

eTerciopelo

AMOR  
para  
DUMMIES

FINALISTA  
XII PREMIO  
NOVELA  
ROMÁNTICA  
TERCIOPELO



ENEIDA WOLF

eTerciopelo

AMOR  
para  
DUMMIES

FINALISTA  
XII PREMIO  
NOVELA  
ROMÁNTICA  
TERCIOPELO



ENEIDA WOLF

# Amor para *Dummies*

Eneida Wolf



TERCIOPELO

# **AMOR PARA DUMMIES**

## **ENEIDA WOLF**

### **ACERCA DE LA OBRA**

**Bárbara no cree en el amor pero quiere enamorarse. Tomás se ha enamorado, le han roto el corazón y ha decidido que eso del amor no va con él. Parece que los dos necesitan un buen manual de amor para dummies a ver si no vuelven a meter la pata.**

Bárbara, una ginecóloga muy peculiar, nunca ha creído que los cuentos de hadas hayan sido escritos para ella. Pero cuando está a punto de cumplir treinta años, decide que ha llegado el momento de enamorarse y darle una oportunidad a lo que ella considera el prototipo de príncipe encantador para ver si, de una vez por todas, Cupido decide llamar a su puerta.

Pero no es Cupido quién llama ese día, sino Tomás, el psiquiatra más atormentado, misterioso y frívolo del hospital donde ella trabaja.

La atracción es inmediata y recíproca, pero Bárbara no está dispuesta a dejar pasar lo que tiene —un proyecto de cuento de hadas—, por una noche loca, y tampoco quiere que Tomás y ella dejen de ser amigos.

Tomás, por otro lado, tiene sus propios fantasmas acechándolo, y por mucho que intente hacerlos desaparecer, siempre acaban volviendo con ganas de ponerlo todo patas arriba, y su ex es uno de ellos.

Parece que algunas personas necesitan que exista un manual de amor para dummies, que hiciera desaparecer todas sus dudas...

Los dos somos unos dummies en el amor, unos pobres locos perdidos en su inmensidad, y en sus facetas más desconocidas.

### **ACERCA DE LA AUTORA**

**Eneida Wolf** es el pseudónimo detrás del que se esconde una abogada barcelonesa, escribió su primer libro a los diez años, a los dieciocho publicó *Sangre envenenada* y después de terminar derecho, publicó una serie de libros de romance histórico llamada *Escándalos de temporada*. Con *Amor para Dummies* ha quedado finalista en el XII Premio de Novela Romántica Terciopele.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Introducción

1. *Cuando Harry encontró a Sally*
2. *Si la cosa funciona*
3. *Ángeles y demonios*
4. *Un pez llamado Wanda*
5. *Babe, el cerdito valiente*
6. *¿Qué fue de Baby Jane?*
7. *Melinda y Melinda*
8. *Nueve semanas y media*
9. *La propuesta*
10. *Inocencia interrumpida*
11. *La cosa más dulce*
12. *Quiéreme si te atreves*
13. *Una canción del pasado*
14. *PD: Te quiero*
15. *Abajo el amor*
16. *Yo antes de ti*
17. *Cómo perder a un chico en diez días*
18. *¿Bailamos?*
19. *Una serie de catastróficas desdichas*
20. *Una terapia peligrosa*
21. *Di que sí*

22. *El cuerpo del delito*
23. *Sin reservas*
24. *Dicen por ahí*
25. *Mi chica*
26. *La escafandra y la mariposa*
27. *Paso de ti*
28. *La joya de la familia*
29. *Serendipity*

Créditos

## Introducción

*Existen múltiples cualidades del ser humano que merecen ser alabadas. A lo largo de mi vida, he procurado buscar alguna en cada persona con la que me he cruzado, algunas me han sorprendido y otras me han decepcionado. Pero no han sido sus cualidades las que han hecho que las quiera, sino sus defectos. Porque cuando quieres a alguien, no lo haces por partes sino en su totalidad.*

*Tú, mi querido nieto, eres capaz de diseccionar a las personas y no verlas en su conjunto, como si fuesen muñecos que pudiesen partirse, queriéndote quedar con las partes más bonitas. Y verdaderamente piensas que amas a esa persona, pero no es así. No lo haces, solo quieres esa parte bonita y reluciente mientras deshechas lo demás, pensando que desaparecerá tarde o temprano, o que lograrás cambiarlo. Pero no es así, o no siempre.*

*Así que ama, Tomás, pero hazlo por entero y no te quedes a medias tintas.*

*Te quiere,  
tu abuela*

*Cuando Harry encontró a Sally*

Bárbara

*E*stoy echando barriga, esto no puede ser. Los hombres la llaman la curva de la felicidad y las mujeres barriga cervecera. Yo la llamo «mierda pinchada en un palo».

—¡Agg...! —suelto al mirar la vagina de la chica que tiene las piernas abiertas mientras sigue tumbada en la camilla.

Para empezar, esto parece la selva tropical. «Tronca, sería de agradecer que te pasaras la maquinilla antes de venir». Estoy segura de que lo hace antes de darle al sexo duro. Y no es porque me moleste ver pelos, sino porque esos bichos están campando en ellos a sus anchas y son contagiosos.

—¿Es grave? —me pregunta con un hilo de voz.

—No, tienes *pthirus pubis*, conocido comúnmente como ladillas. Para descartar una ETS voy a mandar una muestra para hacer una citología. ¿Que te metiste ahí dentro?

Es una pregunta retórica, sé que fue un pene, aunque un pelín «ladilloso».

—Sólo fueron unos segundos, luego se puso el condón, ¡lo juro! —exclama ella, nerviosa.

Como para no estarlo.

Claro, todo eso de «un par de mete y saca» o «solo la puntita» o «no me voy a correr dentro», es más viejo que Matusalén; luego terminas con una enfermedad de transmisión sexual como una casa. Si lo sabré yo, que siendo ginecóloga veo de todo.

—Cariño, el condón desde el principio. ¿Has oído hablar del líquido preseminal?

—Sí...

—¿Y sabes que eso lo echan, aunque no se corran?

—No.

—Pues ahí lo tienes. Bueno, vístete, ahora te digo lo que tienes que ponerte y te haces los análisis. Vuelve cuando tengas los resultados. Ah..., y dile al machirulo, si es que vuelves a verle, que es probable que también las tenga.

Adolescentes, sé que hay que tener paciencia, pero no lo consigo. En el fondo estoy de malhumor porque Juan aún no me ha echado un polvo desde EL polvo. No sé a qué espera, porque a este paso voy a quedarme menopáusica y tendré que usar lubricante para que entre esa anaconda que se gasta.

Me quito los guantes y voy hasta el ordenador para introducir en él todos los datos de la paciente. Cuando la chica termina de vestirse, se acerca silenciosa hasta el escritorio.

—Toma, cortesía del hospital.

Le alargo dos condones y una piruleta. ¡Qué mala soy a veces!

Estas licencias que me tomo son bastante frecuentes, pero es que si no, esto sería más aburrido que *Odisea en el espacio*. Odio esa película, tal y como dice el título, verla se convierte en eso: una odisea.

Antes de que entre el paciente siguiente, reviso el móvil para ver si tengo algún mensaje. Nada, uno de mi mejor amiga, Lucía, que ahora mismo está de vacaciones en Menorca con su flamante novio. Dice que no vuelve hasta la semana que viene y adjunta una foto digna de un anuncio veraniego de *Estrella Damm*.

Y yo aquí, muriendo lentamente, deseando que pase el lunes lo más rápido posible.

—Nena, ¿qué le has hecho a la chica? Ha salido llorando.

La voz, que proviene del tipo que está apoyado en el marco de la puerta, aún me pone de peor humor. Lucía lo llama «doctor Frankenstein», por eso de que es cirujano plástico y deja a las mujeres como muñecas (aunque luego puedan acabar pareciéndose a la duquesa de Alba), yo doctor o doc a secas y, a veces, cuando teníamos sexo, Alfonso. Está de buen ver, tiene sonrisa de anuncio de dentífrico, seductora mirada azul y el cabello de Keanu Reeves.

—¿No está Lola? ¿Cómo es que te ha dejado pasar?

Lola es la mejor enfermera que hay en el hospital, y tengo la enorme suerte de que trabaje conmigo. Sé que lo hace porque soy la doctora más enrollada que hay en el hospital, y la que más fiestas le hace.

Cuando llegué aquí para hacer la residencia, era una idealista. Creía que las

cosas iban un poco como en *Anatomía de Grey*, donde hay que pelearse para tener las operaciones más chulas, se liga en los cuartos de descanso y a veces pasan grandes desgracias..., pero no.

En ginecología nadie quiere operar a menos que la gente no venga para un parto normal, por cesárea, o sea, esas cosas que no suelen pasar. Los ligues son muy escasos, aquí en cuanto se pilla alguien con caché y buen ver pasa por la vicaría más rápido que canta un gallo, y no hay tantas relaciones. En cuanto a las desgracias, lo más grave que nos ha pasado fue que se inundaron los sótanos un día de lluvia torrencial.

En realidad, mi vida en el hospital es más como una película de Almodóvar porque, aceptémoslo, en España las cosas no son como en Estados Unidos.

A las dos semanas de andar por el hospital, Alfonso, el cirujano plástico del que he hablado antes, me invitó a desayunar en la cafetería. Yo estaba emocionada porque en mi cabeza éramos Meredith y Derek, de la serie antes mencionada, el reputado cirujano plástico y la brillante novata. Pero no, solo quería hablar de mi padre, que es un famoso cardiólogo ya jubilado.

Al final terminé acostándome con él porque, en el fondo, soy de lo mejorcito que hay por aquí, y no es por echarme flores, pero, mi uno setenta con una talla treinta y dos de pantalones y la copa D de sujetador se convierten en un bomboncito. Lo único que me operaría sería la nariz, porque tengo un poco puente. Lucía dice que es casi imperceptible, pero yo sigo convencida de que se ve.

Al final, el doctor y yo terminamos saliendo, viéndonos para cenar y tomar algo, y esas cosas que haces con alguien que te pone y que encuentras agradable, pero nada más. La meta de mi existencia siempre será casarme con un millonario y vivir la vida, pero parece que conocer a uno es más difícil de lo que creía. Digo yo que ser una mujer florero no puede que estar tan mal.

Mi madre lo fue, y tan feliz, o eso me ha parecido siempre.

Fue la primera enfermera de mi padre, se llevaban diez años y, en cuanto él enviudó de su primera mujer con la que no tuvo hijos, se casó con ella. Mamá murió cuando yo tenía diez años. Dos años más tarde, él volvió a casarse, esta vez con su ayudante de quirófano, veinte años más joven. La pobre falleció hace unos cinco años al atropellarla una bicicleta —sí, muy triste todo—, y como no, papá volvió a casarse, esta vez con su secretaria, que, siguiendo la tradición, es treinta años más joven que él.

Intento calcular cuántos años de vida le quedan a la pobre, que, por cierto,

es más o menos de mi edad y si la próxima va a tener dieciocho o será menor de edad. A mi padre le llamo «papuchi» y le ruego que no permita que ninguna se fecunde *in vitro*, que quiero seguir siendo hija única.

—¿Qué quieres? —le pregunto a Alfonso.

En el fondo, ya sé lo que quiere, pero esta vez no voy a volver a lo mismo. Me he cansado de estar con alguien tan egoísta y superficial.

Ya lo sé: habló de putas, la tacones; pero yo también me he cansado de ser así. ¿Hola? ¿Cupido? ¿Sabes que existo? Me gustaría tener a alguien a quien querer, al menos un poco. Puede que me quiera tanto a mí misma que no me quede amor para nadie más. ¡Bah, menuda gilipollez!

—Te echo de menos. ¿Por qué no lo hablamos esta noche? —pregunta, queriendo mantener el interés.

—Porque estoy saliendo con alguien —resuelvo yo.

—¿Quién?

—No es del hospital, es locutor de radio.

—Pues para salir con alguien te veo de muy... mal humor.

—Es algo reciente. Oye, no tengo por qué darte explicaciones, doc. Además, te acostaste con Amaia de dermatología, podrías tener ladillas. ¿Por qué no la molestas a ella?

—No hay nadie como tú en la cama. Eres «bárbara».

¡Sujetadme, que le doy un mamporro!

—Lárgate. Ya.

Sólo sonrío antes de hacer lo que le pido. Inspiro y expiro conteniéndome.

—El sexo no compensa su gilipollez, el sexo no compensa su gilipollez, sexo no compensa su gilipollez...

Voy repitiendo mi mantra esperando a que mi cuerpo se calme, cuando noto una presencia a mi alrededor y alzo la cabeza, encontrándome con alguien, en la puerta de mi despacho, otra vez.

«Mecachis, ¿dónde se ha metido Lola?».

—Esta técnica no funciona.

Que el Jon Kortajarena del hospital, el Cary Grant de mis sueños o Tomás Dauphine a secas te diga eso en voz muy, muy grave y sensual, solo hace que mi vagina reclame lo que hace meses que no tiene.

—¿Dónde está Lola, mi enfermera?

—Sonándole los mocos a una adolescente. Bárbara, ¿no? —pregunta, acercándose con pasos lentos pero seguros.

—La última vez que me miré en el espejo lo era, sí.

Me mira con cara de: «Qué gilipollez acabas de soltar...». Pero así soy yo, digo tonterías cuando habla conmigo un hombre atractivo, un hombre como él. En realidad, digo tonterías a todas horas, no nos engañemos.

—Bien, porque hay algo que tengo que preguntarte.

—Dispara.

—Antes tienes que jurar que no le dirás nada a tu amiga Lucía.

—Lo juro.

¿Qué? Ya sé que hay códigos de amistad y todo eso, pero la curiosidad me está matando. ¿No pensará, tal y como dice Beyoncé, en poner un anillo allí? No es que Luci esté en plan Jennifer López «y el anillo pa' cuándo», eso de que le dedicase un libro entero fue suficiente para demostrar su amor, y supongo que después de todo, si se casa alguna vez será con él, pero a largo plazo porque sigue el mantra de Christina Aguilera y su «no quiero casarme a menos que sea contigo».

—¿En qué estás pensando?

—En una canción. Suéltalo ya, que quiero saber qué es —me impaciento.

—¿Crees que, si Marcos le propone irse a vivir juntos, ella aceptaría?

Tomás Dauphine, además de ser el psiquiatra más cañón del hospital, es el hermano gemelo de Marcos Dauphine, el novio de Lucía. Él no es médico, sino profesor de literatura y escritor en la universidad, por suerte, porque tener que lidiar con dos elementos como los gemelos macizorros durante todos los días de mi vida... En fin, no quiero pensar en ello.

—¿Luci? Por favor, claro que sí, con lo romántica y convencional que es ella, por Dios.

En serio, a veces me pregunto si los hombres tienen alguna especie de intuición o simplemente están ciegos.

—Bien. Ah... —menciona, antes de hacer el ademán de darse la vuelta—, y si tan necesitada estás, podría hacerte el favor.

Lo dice serio, y no sé si bromea porque no tiene pinta de estar de cachondeo.

—Tentador, pero no. —Río por no llorar cuando respondo, porque Tomás es un hombre de esos que si lo ves pasar por la calle, le miras el trasero, te lo imaginas desnudo sin ton ni son y le estudias el paquete sin querer en vez de mirarle a los ojos.

—¿Dudas de mi habilidad para satisfacerte? ¿O de mi anatomía?

Es en ese punto donde me pregunto si estoy soñando o está pasando. En menos de quince minutos acabo de tener dos ofertas de sexo de dos hombres de buen ver. Si ya lo dicen, solo ligas cuando los hombres huelen que estás pillada.

—No es eso, pero estoy saliendo con alguien. Tenemos citas y estoy esperando a que dé el paso. Pero gracias, te juro que, si no estuviese en esta situación, hubiese aceptado. Creo que... —Toso levemente bajando la mirada hacia la entrepierna— podrías estar muy bien dotado. Un honor que hayas pensado en mí.

—No era nada personal, solo la buena obra del día.

¿Perdona? ¿Por qué los tíos son unos gilipollas cuando los rechazas?

—Tienes suerte de que tenga mi autoestima por las nubes, a cualquier otra le hubiese sentado mal.

—¿Por qué?

—Has dado a entender que doy pena.

«¿Qué coño le pasa a este tío?».

—Es que la das. Dile al chico que quieres sexo, no creo que le moleste. Y, por cierto, yo no me tiro una mujer si no cumple ciertos estándares, así que si te lo he ofrecido no ha sido por pena, solo que a esta hora no suele apetecerme e iba a hacer el esfuerzo. Ha sido un placer, Bárbara, ya nos iremos viendo.

Dejándome con la palabra en la boca, se da la vuelta y sale de mi consulta. Muy bonito, sí, pero voy a quedarme sin polvo también. Santa paciencia, espero que Juan esta noche esté dispuesto a despertar a su anaconda, porque si no la cosa solo puede ir de mal en peor.

Lola interrumpe mis pensamientos enseguida. Por fin, ya era hora de que se dignase a aparecer.

—No sabes cómo se ha puesta la niña, que hasta le he tenido que sonar los mocos —exclama Lola, entrando en el consultorio—. ¿Qué le has dicho?

Pone los brazos en jarra, censurándome con sus ojos color miel. Para tener cerca de cincuenta años, Lola se conserva divinamente, dice que es porque lleva toda la vida poniéndose cremas, y las antiarrugas desde los treinta, por lo que yo ya debería empezar, pero a mí eso de que puedan llevar baba de caracol, me aterra. Se acicala su corta melena rojiza mientras sigue fulminándole con la mirada.

—Nada, la verdad. ¡Ay Lola, no sé qué me pasa! ¿Crees que hago bien en sentar la cabeza?

—Pues claro que sí, hija. Siempre te lo he dicho, que el guaperas del cirujano no era material de boda. El segundo que ha entrado ya no sé quién es.

—Ese tampoco lo es. Pero yo estoy hablando de Juan.

—Ah, sí... Pues ese parece un buen chico, y decente. ¿A ti te gusta? Porque eso es lo importante. Lo que sí que tiene es una voz bonita, que me lo has puesto por la radio —exclama, dándome un codazo y sonriendo.

Evidentemente, pienso, es locutor de radio, solo faltaría que tuviese voz de camionero.

—Juan es guapo, tiene pinta de vikingo y me rio mucho con él.

—Hija, yo con las películas de Esteso y Pajares también.

—Yo... pues sí. Creo que podría enamorarme de él —reflexiono—. O puede que ya lo esté un poco.

—Pues hija, ya sabes.

Hay algo que me gusta de Juan, y es que me toma en serio. Juan me escucha cuando hablo, de verdad, le gusta mi opinión. Así que, a la mierda, ¡voy a hacer que funcione!

—A mí es que esto de las citas se me da fatal. Si ya me conoces, me pongo a hablar y solo digo tonterías —confieso.

—Pero qué dices, si eres la mar de salada. Anda, coge una de las magdalenas que he hecho, que son deliciosas, y ya verás cómo te sientes mejor.

Horror, ¡no puede ser! Acerca la bandeja a mi cara y, por supuesto que tienen buena pinta, pero eso debe de tener millones de calorías. O miles, por lo menos.

—Lola, por favor, deja de traer pasteles a la oficina o no voy a entrar por la puerta —sollozo, pero cojo la maldita magdalena y me la meto en la boca.

—Hija, que una tiene que amortizar la Thermomix.

—Mmm, está de muerte. Pero te lo digo en serio, el exceso de peso disminuye las posibilidades de que la anaconda de Juan vuelva al nido. ¿Sabes que las serpientes antes de comerse a su presa se deslizan sobre ella para ver si les cabría dentro? Pues lo mismo con los penes, pero a la inversa.

Abre la boca y alza una ceja de la incredulidad, alucinando con lo que le estoy diciendo.

—A los jóvenes de hoy en día se os va mucho la pinza, ¿eh? Suerte que no he tenido hijos. Anda, déjate de anacondas y cómete otra magdalena.

No me voy a comer otra, ni hablar. Pero... puede que dentro de un rato sí.

*Si la cosa funciona*

Tomás

«*L*os hombres no lloran».

Eso es lo que nos inculcan desde pequeños, a veces es sin querer, de una forma sutil e imperceptible, pero lo hacen. En ningún dibujo animado llora jamás un hombre, aunque esté derrotado, muriéndose o desesperado. Tampoco los superhéroes, al menos los que había cuando yo era pequeño.

Pero todo eso es una tontería, porque los hombres sí lloran, los hombres necesitan también ese abrazo, esa caricia de empatía, ese beso con cierto amor patente en él, esas charlas para saber que no están solos en la vida. Pero frente al mundo, no pueden sentirse solos ni tristes ni llorar ni tener sentimientos porque los hombres no lloran delante de los demás.

Somos supermanes, superhéroes hechos de acero inoxidable, como la puerta de una nevera. ¡Qué idiotez!

Como si todos los seres humanos no tuviésemos las mismas partes del cerebro, porque los sentimientos vienen de allí, no del coño.

Soy un hombre y he llorado. Eso intento transmitir en mis terapias como psiquiatra reputado que soy. Soy un hombre y he sufrido. Pero eso me ha hecho perder la fe en la humanidad. En mí mismo. En las mujeres. En serio, ¿qué les pasa? Toda la vida estudiando la conducta humana y todavía no las entiendo.

—¿Y qué sientes cuando discutes con tu mujer? —pregunto al señor que está tumbado en el diván de mi despacho.

«Sí, soy de la vieja escuela».

—Me molesta.

—¿Nada más? ¿Tristeza, congoja...? ¿Has llorado?

—¿Yo? —pregunta sorprendido.

—Es una reacción del cuerpo, llorar es bueno, te desahogas y sacas lo que llevas dentro.

—Yo... no, intento no hacerlo.

—No deberías.

Es a eso a lo que me refiero. Contienen tanto sus sentimientos que acaban con frustraciones acumuladas... y en mi diván.

—¿Debería comentarle lo de la infidelidad a mi mujer?

Todos los días me hacen preguntas sobre lo que deberían o no hacer, como si yo fuese moralmente superior y tuviese la clave de todo.

—Yo no soy nadie, eso debes decidirlo tú, y tomar la decisión. ¿Quieres decírselo? ¿O no?

—Yo no quiero, pero me siento culpable. La he engañado.

—Puede que debamos indagar primero sobre el porqué de ese engaño, y luego solucionar lo de su mujer.

—Sí. Por cierto, ¿aquí tienen urgencias?

—Así es. ¿Qué tipo de urgencia tiene?

—Tengo molestias en ... el miembro.

Me sacó las gafas y miro al techo. Desde luego, es un milagro que determinadas personas sigan casadas después de cincuenta años juntas.

—Lo enviaré con la doctora Ponce.

Bárbara Ponce se toma muy en serio eso de las enfermedades sexuales, o eso me pareció ayer cuando fui hasta su consulta. Sé que no es su especialidad, pero si lo mando a urgencias y está ella, seguro que le echa la bronca, que es precisamente lo que le hace falta a este hombre.

Curiosa mujer.

Cuando por fin el paciente se va, me levanto de la silla para coger algo de comer en la cafetería y volver. Siempre suelo hacer lo mismo, pido un sándwich de pollo sin mayonesa, me pongo mi recopilatorio de *jazz* en el tocadiscos y leo según lo como algún informe o una propuesta de terapia o, si no, cualquier libro de John Katzenbach.

Hoy iba a hacer lo mismo, suelo estar cómodo con mi rutina hasta que la he visto sentada, con un libro en una mano, un sándwich de pollo en la otra y un agua con gas.

Su rubio teñido es muy logrado, pero el color de sus cejas la delata. Físicamente es una mujer hermosa, sus facciones de pómulos muy marcados, expresivos ojos verdosos y nariz fina me recuerdan un poco a ese busto de Nefertiti, aunque ella tenga la piel un poco más pálida.

Decido sentarme frente a ella, en su mesa. Me impulsa a ello verla sola, porque no me gusta socializar con gente del hospital, aunque Rafael y Javi me lo han puesto algo difícil.

Rafael es uno de los recepcionistas. Es callado y bastante reservado, nos conocimos cuando el hospital organizó unas *ginkanas* en las que era obligatorio participar y me tocó de compañero. Había descubierto que era igual de antisocial que yo; la gente lo tenía por un tipo misterioso y atractivo, cuando en realidad odiaba a todo Dios. Según él, es demasiado educado para mandarlos a la mierda. Y tampoco es que sea callado, se trata más bien de que no tiene nada que decir; en resumen, no se trata de un tipo reservado, le importa una mierda si le hablas o no.

La única persona a la que respeta y admira es a Javier Heredia. Asegura que no hay hombre más generoso en ese hospital ni mejor profesional que él. Por desgracia, las mujeres suelen ser unas superficiales y les cuesta ver lo que hay debajo de esa primera capa. Javier le salvó la vida a lo único que Rafael quiere: Katia.

¿Y quién es Katia? Su cerda vietnamita. Literalmente, es una cerdita algo peluda, rosadita y de cola rizada que tiene como mascota. Le dio un ataque al corazón un día y Javier, como cardiólogo, supo lo que le pasaba; así que saltándose los protocolos, cogió un desfibrilador que había cerca —en una parada de metro—, y la reanimó.

Yo no estuve presente, pero cuando Rafael me lo contó con lágrimas en los ojos, no pude reírme, aunque es digno de película de Woody Allen

Rafael y yo hicimos buenas migas cuando descubrimos que nos importaba más bien poco eso de socializar en la *ginkana*, y nos escondimos en la azotea del hospital para fumar, donde nos dimos cuenta de que nos soportábamos mutuamente, algo extraño.

Yo soporto a poca gente y por eso es raro que me sienta con una mujer con la que, aparentemente, tengo poco en común. No es que odie al sexo femenino, pero si pudiese ser gay, lo elegiría.

Su reacción de sorpresa al verme sentarme es la esperada. Arquea una ceja después de levantar la mirada del libro para observarme.

—¿Ahora somos amigos? —pregunta con una de sus perfectas cejas oscuras mucho más alta que la otra.

«Amigos». Mis amigos son más amigos de mi hermano que míos, todo sea dicho. Mi única amiga del género femenino se llama Patricia, nos conocemos desde que teníamos cinco años y lleva más de una década saliendo con mi otro amigo, Roberto. Nunca la he visto como a una mujer propiamente dicha, pero a Bárbara Ponce sí.

—No sabía que para comer juntos tuviésemos que serlo. ¿Hay alguna regla escrita sobre eso? —respondo de inmediato.

—Ni idea, pero espero no tener que cantar el *Kumbayá* alrededor de la mesa porque, uno, canto fatal, y dos, no creo que te la sepas. ¿Estudiaste aquí o en Francia?

—Fui al liceo francés aquí en Barcelona, pero estudié medicina en Francia —resumo.

—Pensándolo bien, creo que deberíamos serlo...

—¿Amigos? ¿Por qué? —pregunto entonces.

—Tu hermano está saliendo con mi mejor amiga, en un futuro no muy lejano sospecho que van a casarse, tener hijos..., y vamos a tener que vernos hasta en el bautizo del perro; ya sabes, esas cosas que suele hacer la gente.

Ladeo la cabeza pensando que la gente no bautiza a su perro, al menos que yo sepa, pero me llama más la atención lo que dice sobre la gente. Habla como si ella no estuviese incluida, y con ello no me refiero a que se crea un alien o de una raza superior —o, al menos, eso espero—.

—¿Y tú no?

—No, yo no he bautizado a mi perro, además se llama Nemo y no creo que sea un nombre cristiano.

—No me refería a eso, ¿es que no te consideras gente? —especifico al ver que no lo ha captado bien.

—Ah... Me refería a gente convencional. Yo soy un poco loca de psiquiátrico así que... Ay, olvida esto último, coño, que tú eres psiquiatra. Oye, ¡no me encierres en ninguna institución mental!

Suelto una carcajada, y de las grandes. Dios, hacía tiempo que no me reía de verdad. Mucho tiempo, puede que demasiado.

—Tranquila. ¿Vas a comerte esa parte del sándwich?

—No.

Entonces la cojo y me la llevo a la boca. Tengo hambre y siempre pienso

que son demasiado pequeños para comerme solo uno y demasiado grandes para cogerme dos.

—Podrías pedírmelo, ¿no?

Me encojo de hombros y le guiño un ojo.

—Somos amigos, ¿no?

—No lo sé, no has dicho que sí.

—Esto ha sido una aceptación implícita... —Me saco de la manga.

—Lo que tú digas —comenta en tono resignado, forzando una sonrisa esquiva—. Ya que somos amigos, supongo que me dejarás hacerte una pregunta.

Mmm..., preguntas... Normalmente soy yo el tipo de las preguntas incómodas, claves y reveladoras. Pero siento curiosidad por lo que quiere preguntarme esa muchacha de rostro angelical y mirada penetrante.

—Adelante.

—¿Has visto *American Psycho*?

Me la quedo mirando, pensando en lo que acaba de preguntar. Ha mencionado un thriller de humor negro y terror. Esperaba que dijese algo relacionado con mi vida, la gente suele tener curiosidad por saber cosas sobre mí; será que no comento muchas cosas y tampoco doy detalles, así que podía ser que se hubiera creado ciertas expectativas sobre mi persona, cuando en realidad hay muy poco que decir.

Pero no lo ha hecho. Sin duda, su cerebro debe funcionar de forma distinta. O, simple y llanamente, le importo un pimiento. Me gusta esta chica, creo que podríamos ser amigos.

—Es una obra maestra, claro que la he visto.

—¿Y entendiste el final? Porque yo no, y llevo mucho tiempo pensando en él. Creo que tu punto de vista sería interesante, como psiquiatra. ¿Es un psicópata o un psicótico?

—Parece que me estés entrevistando. ¿No serás una infiltrada de *Equipo de investigación*? —bromeo.

—No, hablo demasiado y se me vería el plumero enseguida.

—Desde mi punto de vista, hay ciertas pistas que nos dicen que ve alucinaciones, como los dibujos, que serían un reflejo de lo que pasa en su cabeza.

—¿Pero...?

—No deja de ser una crítica al sistema superficial de Wall Street, a la era

Reagan de finales de los 80, y podría ser también válido que todo hubiese pasado porque todos los detalles encajan. ¿Has leído el libro?

—No.

—¿Y qué opinas tú? ¿Psicópata o psicótico?

Se relame los labios pensativa antes de responderme. Gruesos y jugosos, no me extraña nada que el doctor Guerra, el cirujano plástico, no quiera dejarla escapar fácilmente.

—Yo... psicópata. Por el título, por el morbo y por la emoción, y el suspense que supone el que no lo pillen.

—Bien, podemos ser amigos —suelto con firmeza, después de escucharla—. Eso sí, no me pidas consejos sobre moda, tengo muy mal gusto.

—Pero si vistes bien..., y no llevas un calcetín de cada color —alega, bajando la cabeza por debajo de la mesa para mirarme los pies—. ¿Estás intentando librarte de ir de compras?

—Por supuesto.

—¿Acaso te parezco la versión rubia de *Loca por las compras*? —dice, indignada.

—¿Tengo que responder a eso? Esa película no la he visto, pero dado el título... en fin, cambiemos de tema... Ahora me toca hacer preguntas a mí.

—Venga, dispara entonces.

La mía va a ser puramente de cotilleo, no sé si se espera otra de películas, pero a mí me van las de suspense y las de culto, y mis favoritas suelen ser las que siguen estando en blanco y negro.

—¿Por qué no quieres acostarte con el doctor Guerra? Parece que te satisfacía.

Achica los ojos, pero noto que mi pregunta no le ha molestado.

—No estoy enamorada de él, era divertido y sí, el sexo estaba bien, pero nada más. Además de que se suponía que salíamos y me ponía los cuernos, y no fue una, sino varias veces. Puede que deba probar algo nuevo, algo que me llene y sentar un poco la cabeza, ¿no crees? Además, como ya te he dicho, estoy teniendo citas con otro tío, y no creo que para el *karma* sea bueno salir con uno y acostarse con otro —reflexiona.

Eso me suena a «No sé qué es lo que quiero, pero vamos a cambiar de aires porque me aburro», aunque no se lo digo, claro. Debería, pero no es mi paciente.

—Pues depende del tío, puede que eso le ponga.

—Oh, Juan no es de *esos*. Es un tipo decente —sentencia, muy convencida.

Decente. Tengo ganas de decirle que la mitad de los hombres que pasan por mi consulta también son tachados de decentes y luego son unos infieles crónicos, pero lo omito.

—Entonces, ¿te gusta?

—Claro que sí, sabe escuchar, entiende de películas, es gracioso y tiene aire de vikingo. Por eso estoy haciendo todo eso de las citas, bueno, y porque quiero volver a tener su anaconda entre mis piernas —susurra, alzando los ojos al techo.

¿Ha dicho anaconda? Lo ha dicho. Por segunda vez consecutiva desde que estoy sentado aquí, me río.

—Ya sabes que debes hacer entonces, ¿no?

—¿Tener paciencia? ¿Comprarme un vibrador? ¿Mendigarle sexo? —pregunta, arrancándome de cuajo una carcajada.

¡Cómo es esta mujer, Dios mío! Creo que nunca he conocido a nadie como ella, tan natural, tan despreocupada, sin pelos en la lengua.

—Seducirle. Tengo que irme, ha sido divertido comer contigo. ¿Mañana a la misma hora?

Se encoje de hombros y asiente.

—¿Por qué no?

Cierto, ¿por qué no? Expandir mis horizontes nunca está de más.

Volver a mi despacho después de salirme de la rutina es extraño, pero cuando me encuentro a Javier en la puerta dando vueltas igual que un león enjaulado, sé que algo le pasa y que no me va a gustar.

—Ah, por fin. ¿Dónde estabas? —pregunta con la barbilla alzada.

—Comiendo en la cafetería —respondo mientras abro la puerta, y lo invito a pasar.

—Te he pedido miles de veces que comas conmigo allí y nunca quieres. ¿Has ido solo?

—Con una amiga.

Se le cae el bolígrafo de las manos, esas que tiene constantemente sudorosas y que se seca con toallitas de papel que lleva en el bolsillo de la bata.

—¿Tienes amigas? Pensaba que solo... te acostabas con ellas y que nunca repetías —murmura nervioso.

—Esas no son amigas, son mujeres con las que follo. Es la mejor amiga de la novia de mi hermano, Bárbara —le resumo—. ¿A qué has venido? No voy a

recetarte ansiolíticos —le advierto.

Su cara, de mejillas redondas y sonrojadas, desdibuja la sonrisa que tenía puesta.

—Por favor, tengo una cita con Amaia. ¡Una cita con Amaia! ¿Sabes lo que me costó convencerla?

—Sí, me lo contaste. De todas formas, va a dejarte en la *friend zone*. Amaia, la enfermera de dermatología, está colada por el doctor Guerra. Lleva una eternidad detrás de él, si lo saben hasta las piedras. Lo sé hasta yo que de esas cosas no me entero ni de la misa la mitad —reconozco.

—¿Y quién no está colada por él? Pero por suerte solo hay un doctor mírame-que-bueno-estoy Guerra, y existen muchas más mujeres en su órbita.

—Bárbara —resumo, porque es cierto—. Pero Bárbara Ponce le ha dado calabazas a Guerra.

Coge aire y se detiene de ese paseo por mi despacho en círculos que hace.

—Espera, ¿estamos hablando de la misma Bárbara? ¿La ginecóloga, diosa de la belleza? ¿La que estuvo con Guerra? De piernas largas y ... dejémoslo en que, si Afrodita fuese real, tendría su cuerpo —murmura, pareciendo que se excita con tan solo mencionarla.

—Ajá.

Creo que voy a tomarme un café, aunque el de la máquina del pasillo está repugnante. Debería traerme aquí una de esas máquinas de Nespresso. Sería lo más práctico dada mi adicción a la cafeína. A la buena cafeína, por supuesto.

—¡Oh, Dios!, tienes que presentármela —exclama casi a gritos, con los ojos saliéndosele de las órbitas a la par que se le abren y cierran las fosas nasales como pequeñas alitas.

—¿A Bárbara? No creo, está teniendo una crisis existencial y quiere salir en serio con un tal Juan, pero en el fondo solo quiere fornicar con él.

No quería psicoanalizarla, pero ha sido muy fácil.

Esa realidad entraña algo más que me gustaría descubrir, aunque no debo.

—Pero si yo soy el hombre más serio de este hospital, si a la tercera cita ya pienso en el matrimonio y en el nombre que les pondremos a nuestros hijos —alega mientras se acerca a mi escritorio.

—Ese es tu principal problema, que te emocionas demasiado rápido.

—Te lo suplico, preséntamela —dice, poniéndose de rodillas—. Es la última cosa que voy a pedirte.

Tentador, o lo sería si fuese cierto, que no lo es.

—Me lo pensaré. Tengo un paciente dentro de cinco minutos y tú una operación, ¿no?

—Sí —reconoce, poniéndose de pie otra vez—. Voy a recordártelo mañana, por si se te olvida.

¿Olvidarme de este numerito? Imposible.

## *Ángeles y demonios*

Bárbara

Cuando era pequeña, soñaba con ser princesa. Me habían dicho en el colegio que podía ser lo que yo quisiera, así que decidí ser princesa. Podría llevar corona todos los días, comer *gofres* con chocolate y mandar. Era lo más impresionante; la profesión que creía que se ajustaba más a mi carácter y a mi forma de ser. En realidad, esto último estoy segura de que no lo pensé, solo quería ser princesa y ya está.

Pero cambié de opinión enseguida cuando me explicaron que para ser princesa tenía que casarme con un príncipe y cumplir con todos los protocolos reales además de tener que lidiar con los *paparazzis*.

Lo penúltimo era lo que más me preocupaba. ¿Casarme con un hombre? ¡Puag! Si el único hombre que había en mi vida era mi padre —y, todo sea dicho, no era una maravilla, si no más bien una figura ausente—, y los niños me parecían unos tontos que no sabían diferenciar a las princesas Disney y solo les importaba jugar al fútbol. Sin tener en cuenta que eso de seguir las reglas no era lo mío. Pero, aun así, la idea de llevar una corona era más potente que los contras y estuve dudando durante varios días en si debía de escoger otra profesión o no. Al final tuve que hacerlo, porque la profesora me dijo que eso no era un verdadero trabajo; aunque le había respondido, por supuesto, que ninguna princesa tenía otro trabajo más que ser princesa para callarle la boca.

Ahora mi duda existencial no está en si quiero ser una princesa o no, —por favor, si algún Grimaldi, Oldemburgo, Orange, Windsor o Bernadotte quiere casarse conmigo, que me lo diga *ipso facto*, no voy a tener dudas como cuando tenía seis años— sino en si lo que vale la pena realmente es el amor.

Me siento un poco ridícula con ese vestido negro abierto por la espalda, los tacones de vértigo y bien maquillada, hasta me he ahumado los ojos, esperando a que Juan llegue al bar donde hemos quedado. ¿Qué estoy haciendo? Yo no era así, y, en el fondo, me da miedo estar haciendo esto y quedar luego en ridículo. Lo más probable es que llegue con vaqueros y una camiseta de propaganda... que es lo que debería haberme puesto yo, ¡jelines!

Bajo las luces de neón pido un ron con cola y espero a que la música de *chill out* no se me meta demasiado en la cabeza. Ya tengo suficiente con que los pensamientos me retumben en los oídos susurrándome que huya lo más rápido posible, que en menudo embrollo me estoy metiendo.

—Espero que no lleves aquí demasiado rato.

Giro la cabeza para encontrarme con ese hombre de hombros anchos, cabello rubio corto y ojos de un azul tan nítido que hasta parece que pueda verme reflejada en ellos. Y no lleva vaqueros ni camisetas de propaganda.

—Cinco minutos —murmuro, agitando las pestañas cual mariposa.

Es algo un poco estúpido porque para que hiciera efecto tendría que tenerlas tan tupidas como Jessica Rabbit. A ver si va a pensar que tengo un tic.

—Estás preciosa —susurra al tiempo que se inclina para darme un beso en la mejilla.

A todos nos gustan que nos piropeen, no nos vamos a engañar. Y a mí me sube la bilirrubina como la espuma, aunque por suerte, con esta luz, no se nota.

Esa es la diferencia entre Alfonso y Juan, el primero no piensa antes de hablar y el segundo... puede que tampoco, o quizá se lo piensa mucho, pero dice las cosas como deben ser. En realidad, la diferencia es abismal, de un huevo a una castaña, tanto en la forma de ser como de tratarme. Doc ha pasado a la historia, sin duda alguna, y está claro que el sexo no compensa ni su gilipollez ni la falta de modales. A veces las comparaciones sí que son provechosas.

—Tú tampoco estás mal —murmuro mientras pide lo mismo que yo.

Esta tiene que ser LA noche donde vuelvo al ruedo, cojo el toro por los cuernos y me monto en él hasta el amanecer.

—¿Qué tal en el hospital? ¿Mucho trabajo? —pregunta, pareciendo interesado.

Que sea real o no, ya no lo sé. Pero al menos se esfuerza.

—Un poco, pero nada agobiante. ¿Habéis encontrado ya sustituta para Lucía?

Mi amiga Lucía trabajaba antes con Juan en la radio, es periodista, pero ha escrito un libro y se ha hecho famosa intelectual (no a lo Beyoncé, sino a lo... es igual, dejémoslo en escritora pseudoconocida) por lo que ha querido tener más tiempo para escribir, así que ha dejado las ondas. Ahora lleva una librería muy mona y escribe.

—Aún no, espero encontrarla pronto. Tengo entradas para ir al cine la semana que viene, ¿te apetecería?

—Por supuesto, sabes que adoro el cine. ¿Qué película?

—*Jurassic World*.

—No está mal —finjo una sonrisa, porque no voy a mentir, no es la película que yo hubiese escogido.

Esperaba algo diferente, pero supongo que la cartelera del mes de julio no es la mejor que hay. Se sienta a mi lado en la barra, de cara a mí, y no sé qué es lo que está mirando con tanto interés. ¿Tengo el maquillaje corrido? ¿Se me ve el sujetador?

—No sé si es algo evidente, pero me gustas —suelta entonces de sopetón, sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento—. Me gustas mucho, y creo que deberíamos tener algo más que citas espontáneas, si tú quieres, claro...

Ahora me palpita el corazón... como una patata frita. No, vale, pero me va muy deprisa, de verdad, creo que nunca me he puesto tan nerviosa, así que me quedo un poco en blanco. ¿Qué se dice en estas situaciones? Bueno, hay dos opciones concurrentes en las películas:

Opción A: no decir nada y que la otra parte lo interprete como un no; un ejemplo sería lo que ocurre en *Notting Hill*, cuyo resultado fue que Hugh Grant tuvo que cruzar medio Londres más tarde para ir en busca de Julia Roberts, algo que no sería lo más idóneo para mis pies con tacones.

Opción B: decir que sí, que yo también y todo eso,, lo que nos llevaría hasta el final de la película. ¿Y luego qué? Mi mente busca referencias sin encontrarlas porque, seamos realistas, nunca sabes lo que hay después de los créditos (salvo cuando hay segundas partes, claro).

¿Soy el prototipo de chica de comedia romántica? Creo que no, tiro más al humor, y del malo. Personalmente soy muy fan de Tina Fey, y yéndonos a lo nacional, Silvia Abril tiene un punto con el que me parto.

—Tú también me gustas —termino diciendo, pasando por completo de mis razonamientos internos que no han llegado a nada.

Esa es la señal, Barbi, ahora o nunca. Así que termino el contenido de la copa y me inclino hacia él para besarlo con ganas. Y qué ganas, porque sabe delicioso, es delicioso, picante y atrevido. Me besa a su vez sin pensárselo, sujetándome por la nuca.

—¡Dios, Bárbara! He pensado que ibas a responder otra cosa —murmura mientras me pone la mano en la parte baja de la espalda.

—Estaba pensando en... es igual, bésame.

No voy a enrollarme sola cuando está él dispuesto a hacerlo conmigo, hay que ser prácticos en esta vida.

Dos horas más tarde estoy en su apartamento, en su cama, de donde me levanto cuidadosamente para no hacer ruido y no despertarle; tengo que hacer pis con urgencia.

Barbi: «La anaconda ha despertado y ha entrado en la madriguera».

Le mando un mensaje a Lucía —en clave, por supuesto— mientras estoy sentada en la taza del wáter. Puede que sea precipitado, pero a lo mejor vamos a ser pareja. ¡Coño! Nunca he tenido una pareja como tal. Estoy sonriendo, mierda, ¡estoy sonriendo! Es oficial, estoy teniendo un ataque de *panfilitis aguditis*.

Pulso el botón de la cisterna y me lavo las manos. ¡Uf, qué pelos! Debería arreglármelos un poco. ¿Dónde habrá un peine? A ver este cajón...no, aquí está el secador y... no puede ser.

Me quedo petrificada al verlo. Allí, junto al secador, hay un pintalabios de MAC, de esos que tanto me gustan. Lo toco con los dedos antes de cogerlo para abrirlo.

Está usado, esa es una señal muy mala. En realidad, ya es malo que lo haya encontrado aquí, esté usado o no. Es un mal presagio y el color es horrible, ese *nude* es demasiado claro (y mira que es difícil que haya un MAC de color feo). Miro el nombre, *Japanese*. Si ya lo dice la madre de Bridget Jones, los japoneses son una raza cruel.

Tranquilicémonos, rubia, (aunque soy rubia de bote, me da igual). Se me ocurren varias teorías acerca de por qué Juan tiene un pintalabios en su baño. Que sea de su exnovia, Ruth. Y no, no lo he buscado en internet ni nada

parecido, lo sabía antes de acostarme y de salir con él, es lo que tiene que Lucía me cuente incluso la vida del panadero.

En realidad, el panadero es un mal ejemplo porque es de Kosovo y ha tenido una vida un poco dura aunque muy interesante, se llama Pavel y me reserva todos los domingos el último cruasán de chocolate o me da de los recién hechos.

Centrémonos. La teoría de Ruth es bastante plausible, y a su vez puede entrañar dos subteorías; que se lo haya olvidado y ahora lo esté buscando como una loca —es de MAC, ¿qué esperáis?—, o que ella lo haya dejado adrede para marcar territorio.

La segunda teoría es un poco más enrevesada, y con mal gusto porque el *nude* con la piel lechosa y de norteño que tiene Juan quedaría fatal. ¡Vaya, que puede que el pintalabios se lo ponga él! No tendría muchos problemas al respecto, soy bastante abierta de mente y aunque siempre he tenido claro que me van los penes, mientras no se lo cortase, todo iría bien. Bueno, eso y que me hiciese algo parecido a *La chica danesa*, y sus gustos se volviesen más parecidos a los míos. En este caso, podríamos ser amigos, pero no pareja.

Debería molestarme, ¿no? Curiosamente, no lo hace.

Dejo el pintalabios donde lo he encontrado, y me olvido del peine y de la madre que me parió. Tengo que tranquilizarme y no pensar en ello, y eso hago cuando vuelvo a meterme entre las sábanas y Juan me abraza por detrás. Es bonito que te quieran, lo admito, y me acostumaría a eso muy, muy rápido.

Puede que ya no quisiera dormir de otra manera.

Eso de que un sábado por la mañana haga mal tiempo es una mierda. Yo quería ir a tomar el sol en el balcón, eso sí, sin escandalizar a los vecinos porque lo tengo rodeado de plantas y, al contrario de lo que dice Sabina, «Eva tomando el sol, bendito descontrol», nadie me vería. Pero llueve, así que ni sol, ni balcón, ni leches.

He vuelto a las diez de la mañana después de desayunar en casa de Juan. Él tenía que hacer algunas entrevistas para buscar nueva locutora, y me ha prometido que mañana haríamos algo. Estoy contenta porque eso de tener planes fijos con alguien por una parte está bien ahora que Lucía está de vacaciones y me aburro un poco, pero, por otro lado, los domingos son para hacer el vago por casa...

—¡Nemo! Venga, mi perrito, ¿vamos a dar un paseo? Así haces tus necesidades, que creo que te estás meando.

Nemo es mi perrito pequeño. Tiene tres años según los de la perrera, y no me acuerdo de la raza porque es un nombre algo extraño; se trata de una bolita marrón clara muy mona, poco ruidosa y muy movida. Me pongo unos vaqueros anchos, las bambas y una camiseta de color rosa brillante, luego cojo el paraguas, le pongo la correa a Nemo y salimos a la calle hasta el Turó Parc, que es el parque más cercano a mi casa. Vivir en Barcelona, en el barrio de San Gervasio, no está nada mal, aunque es el único lugar donde he vivido por lo que mi criterio puede considerarse nulo.

El parque está casi vacío, y aunque ya no llueve, hay cuatro gatos —es una expresión porque no son gatos de verdad, sino personas con perros y un hurón, aunque lo más raro que ve visto pasear por aquí, ha sido una cabra, lo juro—. Dejo que Nemo se pasee por allí durante unos diez minutos y después de lanzarle la pelota tres veces, decido que ya es hora de volver a casa. Sin embargo, cuando estoy cruzando el paso de peatones, me detengo al ver que una niña con dos coletas y llena de pecas comienza a gritar algo imposible de entender al tiempo que se abalanza sobre Nemo, mi Nemo.

No es raro que mi perro llame la atención, es adorable y tal, pero tanta euforia no la había experimentado nunca.

—¡Mamá! ¡Es Bolita! —vuelve a gritar, poniéndose hasta de rodillas. Si yo fuera su madre, le iba a decir que los pantalones se los lava ella, que el suelo está mojado y vete a saber lo que ha pasado por allí.

Entonces llega corriendo la madre, una mujer de unos cincuenta años, delgada y con más bótox que Carmen de Mairena. Bueno, es posible que exagere un poco; Carmen lleva un montón y el arreglo de esta señora es más sutil.

Haber salido con un cirujano plástico te da cierta experiencia en estos temas, como, por ejemplo, diferenciar entre pechos naturales u operados.

—Hija, este no es Bolita, son de la misma raza, pero no lo es... —empieza a decir la madre.

—¡Sí que lo es! ¡Son sus orejas! ¡Mamá, es Bolita! —La niña no para de gritar.

Es hora de intervenir y dejar claro quién es aquí su dueña, es decir yo.

—Eh..., perdonad, tengo que irme. No es Bolita, sino Nemo, mi perro.

Hago el ademán de largarme, pero la niña tiene a Nemo entre sus brazos y

no lo suelta.

—Mami, te digo que es Bolita, ¡esta señora nos lo ha robado!

Entonces pasa algo sumamente surrealista. La madre suspira, y asiente.

—Desde luego, se parecen. ¿De dónde lo ha sacado?

—De la perrera —replico, indignada.

¿Qué demonios está pasando? Hay gente parándose a mirarlo todo, incluso llega un policía para ver quiénes son los que están deteniendo el tráfico.

—¡Es Bolita! Se nos escapó en el parque y debieron encontrarla. Pero ¡es mi perrito! ¡Devuélvame! —empieza a acusarme la niña.

Veo entonces que toda la gente empieza a murmurar y a mirarme mal. Lo que me agobia un poco.

—Este perro es mío, salvo que demuestres lo contrario. Y como no puedes, me voy —me reafirmo, intentando de nuevo llevarme a Nemo, hasta que la niña se pone a llorar.

—¡Es mi perro!

¡Mierda! Esto es jugar sucio, y estoy segura de que ni siquiera es su perro.

—Anda, devuélvaselo —murmura una señora desde atrás.

—Pero que es mi perro, no el suyo —vuelvo a decir.

Entonces aparece el guardia y se coloca delante de mí. Lleva una barba tupida y tiene los ojos parecidos a los de Alex González. Aunque solo me lo recuerda en eso, en lo demás no se parecen en nada.

—Señorita, están obstaculizando el tráfico. Devuélvale el perro a la niña o sino tendremos que llevárnosla a comisaría.

—¿Perdón?

—Como lo oye.

Ante la amenaza de ser detenida, y el linchamiento público al que estoy siendo sometida por parte de los transeúntes, me pongo de rodillas y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, le doy la correa a la asquerosa niña con lágrimas de cocodrilo, y entonces me pongo yo a llorar. Que me están quitando a Nemo, el único perro que he tenido.

La niña, sin ni siquiera mirarme, se lleva a Nemo siguiendo a su madre, que ni se ha inmutado, y la gente empieza a dispersarse, quedándome sola en medio del paso de cebra.

—Señorita, por favor, salga del medio de la calle y no obstaculice el tráfico —vuelve a decirme el mismo agente.

Le digo que sí y me levanto. Dios, pero ¿qué ha pasado? En un momento me

han quitado el perro, así como así, sin pruebas ni sin nada. ¡Me han quitado a mi perro! Maldita sea, tendría que haber llamado a un abogado, estoy segurísima de que esto no puede hacerlo nadie, y que el policía tampoco podría hacer eso. Me duele el pecho, ya no voy a volver a ver a Nemo nunca más... era un buen perro. Un poco presumido, porque le gustaba mucho bañarse, y más cuando le ponía las sales de baño y se quedaba horas en la bañera, o cuando lo peinaba y lo emperifollaba.

Tampoco se quejaba de ver siempre mis películas favoritas, y le gustaba dormir a mi lado cuando me sentía sola. Admito que lo adopté porque me di cuenta de que si tienes perro, ligas un montón —sí, fue antes de tener las citas con Juan—, pero he llegado a quererlo. Y una cría de menos de doce años me lo ha quitado. Ya dicen que los niños pueden llegar a ser muy crueles, pero leches, esto no me lo esperaba.

—¿Quieres un abrazo?

*Un pez llamado Wanda*

Tomás

*D*icen que las casualidades no existen. Algunos alegan que todo lo que pasa debía de suceder, que estaba escrito en las estrellas, en el destino. Que las cosas ya están predeterminadas y que deben de ocurrir de una manera u otra, sin que puedas hacer nada para evitarlo.

Nunca he pensado mucho en ello, me refiero a que las cosas normalmente sí que tienen una razón de ser, pero que tú te veas o no afectado corresponde a las decisiones que has tomado previamente.

Como ahora.

Nadie me mandaba estar caminando, un sábado por la mañana, por delante del Turó Parc, solo en busca y captura de una máquina de Nespresso para el despacho, en la tienda que hay allí al lado. Pero aquí estoy, presenciando un espectáculo lamentable y sintiendo mucha pena por Bárbara Ponce.

Bárbara, sí, la mejor amiga de la novia de mi hermano. Es de esas conexiones que tienes que pararte a pensar.

—Lo necesito —exclama al tiempo que se lanza a mis brazos.

La rodeo con ellos, es menuda comparada conmigo, y no creo que pese demasiado, pero no lo compruebo. Una vez que se aparta, me dirijo al guardia que sigue pululando por allí.

—Oiga, ¿le importaría darme su número de placa? —pregunto, viendo por momentos cómo le cambia la cara—. Vamos a ir a comisaría a denunciar esto.

—¿A denunciar el qué? —dice con tono chulesco.

—Lo que acabo de presenciar. Sabe que no podía hacer esto, y aun así ha dejado que se llevasen al perro. O me da su número de placa o llamo a mi abogado.

Se pone tenso, y tras pensárselo durante unos instantes, accede a ello. Una vez dado el número, se va más rápido que canta un gallo.

—¿Tienes abogado? —pregunta Bárbara con un hilo de voz.

—La que me hace la declaración de la renta, Carla Fortuny. Servirá, supongo.

—Ya. ¿Va a servir de algo denunciar?

Lo pienso, y ya que no tenemos los datos identificativos de la madre de la niña, va a ser un poco complicado que prospere.

—Creo que no —confieso.

—Entonces es igual. Me han quitado a Nemo, y de nada servirá buscarlo. Estoy acostumbrada a que pase esto. No con perros, sino con... da igual —decide callarse.

—Creo que había una película acerca de un pez al que buscaban... —intento recordar el título, y juraría que el nombre del pez era Nemo—. El azul ese, ¿sabes?

—*Buscando a Nemo*, pero el pez era naranja. El azul se llamaba Dori. A Nemo le gustaba mucho el agua, se quedaba horas en la bañera, moviendo las patitas de un lado para el otro. Nemo mi perro, no el pez de la película. Creo que necesito un helado y ver una peli que me haga llorar. ¿Vienes conmigo?

Su mirada de animal desamparado me acaba de convencer, y accedo. Ya iré después a comprarme la máquina de café, tampoco es urgente. Y supongo que dado que Lucía está de vacaciones con mi hermano, no puede llamarla para que la consuele. Será la buena acción del... ¿mes? ¿Año? Quién sabe.

—Vale. ¿Vives cerca?

—Sí, en la calle de abajo. Era el piso de mi madre cuando estaba soltera —explica, sin que yo le pregunte nada.

Eso es algo muy curioso de Bárbara Ponce, que te da detalles de cosas que tú no le habías preguntado, un hecho que debería parecerme irritante, es más, me lo parece en otras personas, pero no en ella. Le sale de una forma muy natural.

—Pues el valor inmobiliario está más alto que nunca, debería venderlo, aunque no creo que te haga mucha gracia si lo estás usando.

—¡Oh! Se lo diré en mi próxima sesión de ouija, que ponga un anuncio desde el más allá —comenta.

Por el tono medio gracioso y el contenido del mensaje, deduzco que su madre está muerta, y que no se trata de algo reciente.

—Lo siento, creía que lo decías en el sentido de que vivía con tu padre.

—Lo sé, no te preocupes, murió hace mucho tiempo, cuando yo era apenas una cría.

Abre el portal del edificio sacando una llave que es más grande que su mano. Me fijo en que sus manos son diminutas, ¿cómo puede tenerlas tan pequeñas? Parecen de uno de esos personajes de *Hobbit*, el libro de Tolkien.

—Es el tercero —me dice cuando entramos en el ascensor, y aprieto el botón—. ¿Dónde vives tú?

—Justo enfrente.

—¿Me estás vacilando? —pregunta al tiempo que abre los ojos de par en par.

—No, te lo juro —alzo las manos para que vea que estoy diciendo la verdad.

—Espero que te guste el helado de chocolate de Ben & Jerry's porque es el único que tengo. Ahora que somos vecinos, ya sé a quién voy a molestar cuando me quede sin ingredientes. O sin comida en general, la cocina no es lo mío —me confiesa con un susurro.

Su casa es espaciosa, muy nórdica, con pocos muebles y luminosa. No contiene demasiados detalles personales, tampoco fotografías, cosa rara en el piso de una mujer. Sí, he estado en suficientes como para saber que tienen fotos de las personas a las que aprecian, parece que tuviesen la necesidad de mostrarlas a todo el mundo. Amigos y familia suelen ser los privilegiados. Una de ellas tenía la foto con un político, cosa que me dio muy mal rollo, y salí por patas antes de que pasase nada. Pero Bárbara no tiene ni una, solo algún cuadro y varios pósteres enmarcados de películas antiguas.

—Acabo de desayunar, así que no, gracias. Mi hermano tenía un gato, ¿lo sabías? Se llamaba Lorenzo, pero lo abandonó.

Abre los ojos indignada.

—No sé si te lo han dicho alguna vez, pero eres un pelín inoportuno contando esto. Y tu hermano es una mala persona, ¿quién abandona a su mascota?

—¡Oh, no! —protesto, intentando subsanar mi error—, fue el gato quién lo abandonó a él. Podemos ir a ver si encontramos a Lorenzo y te quedas con él, o adoptar otro perro.

Niega con la cabeza, lanzando un sollozo sonoro.

—No quiero a otro perro, y tampoco quiero a Lorenzo. Se comería a Wanda,

¿sabes?

Otro nombre extraño.

—¿Quién es Wanda? —pregunto, mirando de un lado para el otro en busca de otro animal.

—El pez que mis vecinos me enchufan siempre que se van de vacaciones, está en la cocina.

—¿Y le han puesto Wanda al pez?

—No, no sé cómo se llama, pero yo lo llamo así por la película. ¿No has visto *Un pez llamado Wanda*?

—No. ¿Es también de dibujos animados? Porque no he visto casi ninguna — confieso.

—Qué va, es buenísima, pero no es de dibujos. Ni tampoco sale un pez propiamente dicho. ¿No te gustan las películas de dibujos animados?

No les tengo una animadversión especial, solo que aparte de *Padre de familia* y *Los Simpson* y otra del estilo, las asocio a los menores de 12 años, así que no son para mí.

—No especialmente.

—¿Cuáles has visto?

Lo pienso durante unos instantes, y me doy cuenta de que no he visto ni una sola película de esas.

—Ninguna.

Abre la boca, sorprendida, como si le hubiese dicho que soy el responsable del holocausto.

—Pero ¿qué veías tú de pequeño? Si las tortugas Ninja todavía no habían salido en versión humana y Marvel publicaba cosas cutres.

—Supongo que a mi hermano y a mí no nos gustaban demasiado las películas. Preferíamos que nos leyesen.

—Ah... ¿Y quién os leía? —se interesa en voz baja, cerrando la boca.

—Mi abuelo. Sobre todo, antes de dormir. Siempre nos contaba historietas suyas, algunas eran reales y otras inventadas. Mi padre es profesor de literatura así que siempre caían adaptaciones de clásicos para niños, y mi madre, como escritora, nos leía sus borradores. Ya ves, soy la oveja negra de esta familia literata que me ha tocado.

Se asoma una tímida sonrisa a su rostro, mientras se coloca el pelo —muy rubio— por detrás de la oreja. Lleva el maquillaje algo corrido y, aun así, se ve guapa.

—Debe de ser bonito —suspira.

—¿Ser la oveja negra?

—No, que te lean. Yo vi muchas películas durante mi infancia, me entretenían de esa manera durante horas, para que no molestase a los mayores.

—¿Tu padre no te contó nunca un cuento? ¿Ni tu madre?

—No. Pero es normal, el gran doctor Ponce siempre tenía grandes cosas que hacer, mucho más importantes que leerle un cuento infantil a una niña — ironiza, pero noto que le duele.

Detrás de ese cabello de peluquería, del cuerpo de modelo, de la cara de ángel y el aire de seguridad, Bárbara sigue siendo una niña. O puede que esté viendo a la cría que hay en ella, ese ramalazo que a todos nos queda y que aflora muy de vez en cuando. Una niña desamparada a la que le han quitado el único ser que, posiblemente, le daba un poco de amor, su perro.

Y me doy cuenta de que yo no estoy tan mal, que tengo una familia que me quiere y se preocupa por mí, que llevo mucho tiempo permitiendo que el recuerdo de una zorra sin escrúpulos me amargue la existencia, y que ya es hora de pasar página.

Para empezar, me siento en el sofá y con la mano, le hago un gesto a Bárbara para que se acerque. Veo que hay una pequeña pila de libros debajo la mesa para el café, y uno, en particular, me fascina. Se me cruza una idea por la mente, y, por primera vez en años, decido que voy a dedicarle tiempo de forma desinteresada a otro ser humano. Bárbara va a sentirse mejor, y yo... creo que no me importa hacer esto. No es un sacrificio como tal, porque lo que voy a hacer también me satisface. Es la primera vez que hago tal cosa por una mujer. La primera que hago algo que no sea quedar con ella con la idea de tener sexo y luego, si te he visto, no me acuerdo.

—¿Los has leído? —pregunto, mientras se sienta a mi lado.

—La verdad es que no. Siempre me los regala Lucía, pero...

No quiero escuchar una excusa pésima, así que me inclino hasta alcanzar *Crónica de una muerte anunciada*.

—Puedes tumbarte sobre mis piernas.

Parece que está aguantando la respiración, que duda..., pero termina haciéndolo. Coloca la cabeza sobre mis muslos y mira al techo... y a mí de reojo. Abro el libro por la primera página y empiezo a leer en voz alta.

—«El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las cinco y media de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo...».

—¿Vas a leerme ese libro? —me interrumpe.

—Sí. No de un tirón, pero creo que hoy nos dará tiempo a unas diez páginas.

—Vale. ¿Tomás?

—Dime.

—Gracias.

Sus tupidas pestañas están pegajosas por esa cosa negra que se ponen algunas mujeres, y le cierran los ojos que a simple vista parecen marrones claros, pero que, si te fijas, adquieren un toque cada vez que los ilumina la luz.

—Somos amigos —respondo.

Ya es hora de que deje de mirarme el ombligo y empiece a ver lo que hay a mi alrededor, y empezar por Bárbara no está mal, al fin y al cabo, le han quitado a su perro y no tiene a quién le lea.

Las palabras brotan, fluidas y constantes, y aunque voy observando sus expresiones de tanto en cuanto, cuando lo hago puedo ver una chispa de emoción en sus ojos que me recuerda a mí mismo cuando me leían de pequeño. Esa emoción por saber qué era lo que iba a ocurrir en la historia, y también cómo me gustaba que mi abuelo hiciese distintas entonaciones.

Llego al final del primer capítulo y me detengo. Ella sabe que esto va a ser todo por hoy, y aun así se muere el labio y duda si abrir la boca para preguntarlo. Sé qué es lo que quiere pedirme. Un poco más. Como yo mismo y mi hermano decíamos, pero era la hora de dormir, y siempre alegaban que «mañana habría más».

—Me gusta mucho la historia. Es como ver una película, pero con cientos de detalles más, ¿sabes? —alega finalmente, sin llegar a pedir nada.

—El autor es una maravilla. Y debo decir que tú, como oyente, también eres muy buena. Mi hermano y yo interrumpíamos muchas veces para descubrir cosas que aún no se sabían.

—Me he contenido, pero quizá cuando tengamos más confianza no lo consiga. ¿Has tenido más oyentes?

—No, es la primera vez que le leo a alguien. ¿Qué tal lo he hecho?

Suspira, entrecerrando los ojos y, poniendo la mano en la mía, me la aprieta ligeramente, como si quisiera hacerme entender que mi gesto la ha conmovido.

—Creo que genial, pero también es la primera vez que me leen, así que no tengo con quién compararte. Pero no me gustaría que dejaras de hacerlo..., si te parece bien, claro... O sea, que no quiero que sea una obligación. De hecho,

estoy segura de que tienes miles de cosas que hacer y que te estoy entreteniendo.

—No, me ha gustado leerte. Y no tengo ningún compromiso, si fuera así, te lo hubiese dicho —le aseguro—. Bárbara Ponce, si somos amigos, hay que hacer estas cosas, ¿no crees?

—No lo sé, mi única amiga es Lucía, y con ella hago cosas como cotillear, comprarme ropa interior y a veces ir al cine a ver comedias románticas o dramones. Y también nos emborrachamos...

«Ir a comprar ropa interior...».

No debería de haber dicho eso, porque ahora mi mente va a imaginársela de esa guisa, y estoy convencido de que todo le sentará divinamente. Además, no puedo ponerme tonto porque, y esto es literal, tiene la cabeza entre mis piernas, y si se me levanta... No, no es buena idea.

—Nosotros haremos otras cosas. En fin, debo irme, quiero comprarme una máquina de café antes de que cierren.

—Claro —exclama saltando del sofá, y por ende, de encima mío, en ese mismo instante.

Respiro aliviado porque he evitado una situación algo incómoda.

—¿Nos vemos en el hospital? —pregunto, antes de salir.

—Claro... —responde, y antes de cerrar la puerta, se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

Muy suave...

El lunes por la mañana ya tengo la máquina de café instalada en mi consulta. Será una mañana tranquila, no tengo programadas muchas visitas y podré ir a nadar un rato en la piscina, algo que me relaja.

—¡Tomás!

Corrección, esta *iba* a ser una mañana tranquila. Pero Javier ha entrado en mi despacho sin llamar, seguido de Rafael, el recepcionista.

—Buenos días —murmuro, dando un sorbo a mi magnífico café, toda una novedad.

Está emocionado, no sé por qué. ¿Le habrá ido bien la cita con la enfermera de dermatología?

—He descubierto que Bárbara Ponce es hija del doctor Ponce —me explica entusiasmado.

Rafa lleva puesta su habitual cara avinagrada. Es más alto que Javier, y también un poco más que yo.

—¿Quién?

Solo sé que su padre es alguien que no ha tenido mucho tiempo para ella, me lo ha dicho.

—El cardiólogo, el que hizo uno de los primeros trasplantes de corazón en España el que logró que la válvula...

—Lo pillo, lo pillo. ¿Y...?

—Pues que ya tenemos algo en común. Anda, pídele que venga a comer hoy con vosotros —me suplica.

—No es por nada, pero no creo que se lleve bien con su padre. Y no, está saliendo con otro tío, además de que este fin de semana ha perdido a su perro y está triste.

A veces Javier puede ser un maldito grano en el culo, de verdad.

—¿Una mascota dices?

Desvió la mirada hacia Rafael, que empieza a hacerse un café en mi máquina nueva. ¡Qué gorriones, en serio!

—Un perro.

—Podría conseguirte un cerdo vietnamita. Están muy de moda, a las chicas les encantan, sobre todo porque a lo mejor no quiere otro perro ya. Y los dos sabemos que los gatos están sobrevalorados.

Alzo una ceja, no porque crea tal cosa de los gatos, nunca se me había ocurrido y tampoco tengo ni idea de a qué se refiere con eso, sino porque es verdad que no quiere a otro perro; ella misma me lo ha dicho, y también rechazó la idea de buscar a Lorenzo, el exgato de mi hermano.

—¿Y cuánto tardarían en enviárselo?

—Si tiro de mis contactos, una semana. Te costaría barato, manejo ciertos hilos en el sector.

No sé a qué se refiere con eso, pero no pregunto.

—No sería una mala idea, la pobre lo está pasando mal.

—¡Pues por eso tienes que presentármela! Esto es como en la jungla, ¿a quién se come el león? Pues a la gacela que está coja. Hay que atacar cuando están más vulnerables, no tan a la defensiva.

Hay veces en las que no sé qué les pasa a algunos hombres, pero me contengo, porque si lo hago sentar en el diván no terminamos ni mañana.

—Javi, tú no serías el león en la jungla. Un mono de esos juguetones, y

gracias —le espeta Rafa, sorbiendo el café—. Entonces, te pido al cerdo —se dirige a mí.

—Pídelo —decido.

Le hará bien, al menos no estará tan sola.

—¿En serio vais a comprarle un cerdo? No tenéis ni idea de psicología femenina.

—Al menos él no hace alegorías de la jungla —me defiende Rafael.

—Un cachorro sería mejor. Les enternece el corazón y si hay ternura, a lo mejor te llega algo a ti.

—Javi, si quieres que las mujeres te vean como a un cachorro, no mojarás en tu vida —murmura Rafa.

—¿Es que tú lo haces más? —pregunta este, cruzándose de brazos.

—No es muy difícil superar la friolera de nada —se defiende.

—Pero si nunca te he visto ligar con nadie —dice Javi, mirándome de forma perspicaz—. ¿Es alguien del hospital?

Rafael no dice nada, pero va hasta la puerta.

—Eso no lo sabrás nunca.

Pero Javi no se da por vencido y sigue a ello, por suerte, fuera de mi despacho por lo que vuelve a él la tranquilidad. Faltan veinte minutos para que entre mi paciente, cuando recibo un mensaje.

Bárbara: «Oye, ¿por qué me has mandado a un tío? Lo mío son las vaginas, no los penes».

¡Oh...! Se refiere a Joaquim López, el paciente que siempre viene con la historia de que tiene mucho estrés y ansiedad porque le es infiel a su mujer.

Tomás: «Quería asegurarme de que se trata su enfermedad sexual como es debido. ¿Es grave?».

Bárbara: «Es gonorrea. Le he dicho que se lo diga a las personas con las que ha estado sin protección, porque si no..., en fin...».

Tomás: «¿Qué? Uy, será difícil...».

Más que nada porque no creo que le diga a su mujer, «Cariño, tengo gonorrea, no sé cómo he podido cogerla, pero vaya, que nos hemos acostado y que te he infectado».

Bárbara: «Se ha acostado con otra y está casado, ¿no? Típico. Entonces va a estar viniendo en bucle, porque las mujeres somos asintomáticas, tenemos la enfermedad, pero

no manifestamos síntoma alguno, así que cuando vuelva a tirarse a su mujer, ella se lo volverá a pasar, él regresará aquí para que lo tratemos y a empezar de nuevo».

Tomás: «Resumiendo, el día de la marmota versión gonorrea».

Bárbara: «¡Exacto! En fin, dile como psiquiatra, que sea sincero y que pase lo que tenga que pasar, que sea valiente joder y que asuma las consecuencias de sus actos».

Cómo se nota que no es psiquiatra. Sería una psiquiatra pésima, la verdad.

Tomás: «Lo intentaré...».

Bárbara: «Pasaré a verte a media mañana, me han dicho que te has traído una máquina nueva de café bueno. La de los pasillos es imbebible».

Madre mía, aquí los rumores corren como la pólvora. Tendré que esconderla bajo llave o hacerles pagar por café.

Tomás: «Oye, acalla los rumores o voy a tener que cobrar por cada taza».

Bárbara: «Somos amigos».

¿En qué momento accedí a ello?

*Babe, el cerdito valiente*

Bárbara

*F*altan tres días para que Lucía vuelva de vacaciones. Necesito terapia urgente con ella, es la única que sabe cómo tranquilizarme y que, en definitiva, me da consejos útiles.

Ella y Tomás.

Es curioso el efecto que ese hombre tiene en mí, como si fuese un jodido encantador de serpientes, como el protagonista de *El hombre que susurraba a los caballos*, pero sustituyendo al caballo por mí, Bárbara. Comemos juntos todos los días, y a media mañana le mango un café, pero le llevo el pastel de turno que ha hecho Lola así que lo hemos convertido en un trueque satisfactorio para ambos. Ojalá todo fuese tan fácil como eso.

En realidad, fue bonito lo que hizo el otro día. Nunca he tenido amigos del sexo masculino. Corrección, nunca he tenido amigos del sexo masculino que no fuesen homosexuales, solo Tomás. Y no está nada mal. Pensaba que sería peor, porque en el fondo, siempre los he evitado. Simple y llanamente porque jamás he pensado que quisieran solo eso, que se conformaran con una simple amistad. La experiencia casi siempre lo confirma, además de la magnífica película de *Cuando Harry encontró a Sally*. Habrá mucha gente que diga que esto no es así, que sus mejores amigos de toda la vida son hombres, y que ninguno tiene ningún interés más allá de eso. Pero es que mi concepto de amistad resulta complejo, en el sentido de que no es solo quedar para tomar un café de tanto en cuanto, no, es vernos cada semana, aconsejarnos sobre todo lo relacionado con nuestra vida, hablar de nuestras inseguridades, sueños y en general, de todo. Ir de compras los sábados por la tarde, maldecir a las modelos a las que todo les queda bien... Es ser esa segunda familia escogida

por nosotros. Y aún no he encontrado a un hombre que haga eso y que no intente tener algo más.

De todas formas, desengañémonos, puede que Tomás y yo seamos amigos, pero si yo no tuviese algo con Juan, seríamos *mucho más*. Quizá esta sea la clave para la amistad.

Cuando entro en el hospital, Rafael, el de la recepción, me llama. ¿Raro? Mucho, teniendo en cuenta que nunca saluda a nadie. Dicen que se hace el interesante, que es un pivón y que lleva una doble vida como modelo de calzoncillos para marcas *low cost*. Pero yo no me creo ni una palabra, pese al dicho de que «Si el río suena, agua lleva...». También había rumores de que uno de los profesores de mi colegio había sido boxeador de peso pluma, y no era cierto, así que desde entonces aprendí a no creerme nada.

—Dime —le espeto al llegar al mostrador, apoyando los codos en la mesa.

No estoy de muy buen humor, más que nada porque ha pasado una semana desde que cierta anaconda volvió al nido, pero luego desapareció y sigo sin saber de ella. ¿La razón? Juan está muy ocupado con la nueva programación de verano, consiguiendo entrevistas con gente importante y formando a la «nueva Lucía», es decir, su compañera nueva de radio cuyo nombre no recuerdo. Pero lo mejor es que fuimos al cine y estuvo bien, compramos palomitas y nos tiramos algunas como dos adolescentes, él me dio de comer otras. Luego nos pegamos el lote mientras un Tiranosaurio Rex híbrido hacía de las suyas en la pantalla.

Rafael alza la cabeza, lo que provoca que me dé cuenta de que sí que es guapo, y mucho. Con una barbilla cuadrada y barba tipo hípster, rubia ceniza como el cabello, me observa con unos ojos azulados transparentes; me fijo también en que es algo pecoso. Podría hacer, si quisiera, todos los papeles interesantes de malo en Hollywood.

—¿Te ha llegado ya el regalo? —pregunta de forma seca.

—¿Qué regalo?

Un regalo, qué emoción. Pero dudo mucho que sea de él.

—Veo que no. Tiene que estar en tu despacho, vamos a por él.

Sin decir nada más, se levanta de la silla, y le sigo hasta la planta donde tengo la consulta. No estoy entendiendo nada. ¿De qué regalo me habla? No es mi cumpleaños, ni mi santo, ni nada que deba celebrar. Recuerdo una vez que estaba cenando con Lucía en un restaurante y, a la hora de los postres, me trajeron un pastel mientras los camareros cantaban cumpleaños feliz; tuve que

soplar las velas, aunque no era mi cumple. Lo bueno fue que comimos pastel gratis, así que no voy a decir nada hasta que sepa de lo que se trata.

Lola ya está en su sitio, detrás del mostrador, y cuando me ve aparecer se quita las gafas de ver para dejarlas colgando de la cadenita de plata.

—Dichosos los ojos, Rafael. ¿Qué te trae por aquí?

—Tú seguro que no.

«¡Qué perla, madre mía!».

—¿No tendrá algo que ver con la caja que han traído a primera hora?

—Así es —responde, yendo directamente hasta el lugar en el que está el envase de cartón, encima de una de las sillas de la mini sala de espera.

—No es mi cumpleaños —menciono por si acaso.

—Y a mí que me cuentas. Te lo ha enviado Tomás, pero ha sido idea mía. ¿Puedo abrirlo? Quiero ver si es digno de mi Katia.

¿Tomás? Si no me ha dicho nada. ¿Y quién es Katia?

—¿Se puede saber qué hay en la caja? ¿Y quién es esa tal Katia? ¿Tu novia?

Rafa me mira sin ninguna expresión, y abre el paquete dejando el contenido a la vista: es un cerdo.

Madre mía, ¿un cerdito? ¡Es un cerdito! Es muy pequeño, sonrosado y con una colita enroscada.

—¡Qué mono! —exclamo sin poder evitarlo.

—¿A quién se le ocurre enviarte a un proyecto de jamón? Que envíen solo la pata, como debe ser —suelta Lola con cara de asco.

—Perdona, que esto no es un cerdo ibérico, ¿eh? —interviene Rafa—. Es un cerdo vietnamita, un macho por lo que veo. Bien, Xao Li ha cumplido —esto último parece que se lo dice a sí mismo, y decido correr un tupido velo sobre el asunto.

—Pero ¿para qué quiero yo un cerdo vietnamita?

De verdad, a veces los hombres no piensan con claridad. Mira que hay mascotas domésticas normales, como un perro, un gato, un conejo, hasta un hurón, pero un cerdo...

—Para amarlo, cuidarlo, que amenice tus días, para salir de paseo, cantarle nanas, darle cariño... ¿no te han quitado a tu perro? —se explaya Rafa, hablando con rapidez.

—Ah, entiendo...

Me ha mandado al cerdo porque me han quitado a Nemo, y no quiero otro perro ni tampoco un gato, los gatos no me gustan. Pero ¿tenía que ser un cerdo?

—Tomás y yo hicimos un trato, yo se lo conseguía a buen precio, y él dejaba que tu cerdo copulase a mi Katia, que también es de pura raza.

—Ah..., que tienes uno tú también y se llama Katia —deduzco.

Rafael no es que sea misterioso, simplemente es raro. Y creo que también es bisexual, lo digo porque me ha mirado las tetas, pero también se le desvían los ojos hacia el culo de algún enfermero. Que no digo que pueda ser involuntario, pero es la sensación que me da.

—Por mí no hay problema, aunque no voy a querer más cerditos.

—Oye, guardadme uno, que yo lo alimento con buenas bellotas, y ya verás tú, ni uno de *Cinco Jotas* —exclama Lola.

Si las miradas matasen, Lola estaría fulminada en el suelo porque Rafael la hubiese dejado troceada.

—Ni se te ocurra —responde en tono amenazador—. ¿Sabes a cuánto se vende uno de esos cerdos? Muchos euros, muchos —asegura con voz baja.

—Coño, ¿en serio? ¿Tomás se ha gastado mucho en regalarme un cerdo? —pregunto, sorprendida.

—No, tengo un contacto en el mercado negro.

Me rio para no llorar. Voy a tener a un cerdo clandestino o robado, pero me quitaron a Nemo impunemente, y nadie hizo nada, ¿no? Pues a la mierda, me quedo con el cerdo. Lo saco de la caja cogiéndolo en brazos. Es peludito pero suave, una monada vaya. Parece de peluche.

—Pues va a ser Babe, como el cerdito valiente —decido, siguiendo con mi tradición de buscar nombres en películas.

—Qué original —murmura Rafa—. Voy a venir a saldar tu deuda cuando el cerdo alcance su madurez sexual. Cuídalo bien hasta entonces.

Y dicho esto, se va de la consulta, no sin antes decirle a Lola que la estará vigilando. Madre mía, qué cosas más raras tengo que presenciar, de verdad...

—¿Vas a quedarte con el cerdo? —pregunta Lola haciendo una mueca.

—Sí, es una monada. Anda, dame algo para que pueda atarlo.

Al final, hacemos una correa improvisada con un cordón de los zapatos y lo sujetamos a la pata de mi mesa.

¿Qué pasa? No sé qué hacer con él, y no vuelvo a casa hasta por la tarde. Lola me consigue un biberón de la sala de neonatos y le damos leche, que se bebe toda. Babe estaba hambriento.

Cuando por fin llega la hora de la comida, camino hasta la mesa donde Tomás tiene dos sándwiches sin mayonesa y dos botellas de agua. Tiene

aspecto de estrella de *rock* alternativa, y un pelo estupendo. No hay duda de que si no estuviese saliendo con Juan le propondría ser amigos con derecho a roce, porque esos ojos oscuros, penetrantes como la noche, se follan solos. Él mismo se folla solo.

—Me has comprado un cerdo —exclamo nada más sentarme, sin ningún comentario previo.

Sólo esboza una leve sonrisa, en señal de satisfacción.

—¿Ya lo tienes? Rafa insistió y no me pareció una mala idea, la verdad.

—Rafa es un interesado, solo quiere fertilizar a su cerdo con el mío. Ese era vuestro trato, ¿no?

—A mí no me dijo nada de eso —responde, sorprendido.

Una duda salvaje aparece por mi mente, porque sé poco sobre él; en general, nadie sabe mucho, ni siquiera Lola ha podido ayudar mucho en este sentido. Y lo que Lola no sepa, es secreto de estado.

—Ya. Por cierto, me han llegado unos nuevos condones, ultra finos, de unos laboratorios. Si quieres una caja, dímelo. Bueno, si te acuestas con alguien ahora. Tampoco es ir dando pan a quien no tiene dientes.

He sido sutil, ¿no? Es curiosidad, pura curiosidad. Coño, ¿no dicen siempre que es bueno tener a alguien en el banquillo por si tu jugador estrella se lesiona?, pues eso estoy haciendo, descubriendo si lo puedo poner en el banquillo o no.

En el fondo, tiene más madera de titular, todo sea dicho. No se merece estar en el banquillo, porque es el Messi de mi equipo.

—De acuerdo, los probaré —asiente, complacido.

—¿Estás saliendo con alguien?

Vale, la curiosidad me mata, lo admito. ¿Es alguien de por aquí? ¿La conoceré? ¿Cómo será? ¿Más guapa que yo? ¿Con más curvas? Puede que le gusten estilo Sofia Vergara, y yo de ella solo tengo los pechos, en lo demás soy extremadamente plana y con piernas de palillo.

—No, solo tengo sexo casual.

Interesante. Pero ¿con quién? Eso ya no creo que pueda preguntárselo sin que suene demasiado directo.

—Es lo mejor. En serio, y si no mírame a mí, que voy más salida que el pico de una plancha porque el hombre con el que se supone que salgo me tiene a pan y agua —exclamo frustrada.

Me observa de arriba abajo, como si estuviese analizándome. Siento cómo

me recorre su mirada, desde los ojos, bajando por el cuello, en el escote traga saliva y la nuez le tiembla un poco. El brillo de sus ojos no miente, y está así por mí... Sólo por mí. Demonios, esto es una tortura, que alguien te esté desnudando con la mirada es... ¡tremendamente erótico!

—Y eso ¿por qué? ¿No te has planteado que quizá en realidad no le gusten las mujeres? Si yo me acostase contigo, lo haríamos como conejos. Empezando por los baños de la planta de abajo, dan mucho juego.

¡Oh, mierda! Mi mente pervertida se está imaginando su boca sobre la mía y mi trasero sobre el cambiador de bebés. Debe de besar como los ángeles caídos, porque los chicos que van de buenos y son malos, son de lo mejorcito que hay. Ríete tú de esos moteros de pelis de adolescentes, cuando tienes a un tímido doctor con bata blanca delante. Creo que es el tipo de hombre que puede cumplir todos tus deseos más oscuros, secretos y perturbadores. Y yo tengo bastantes de eso. Me relamo los labios, pensando por un segundo lo que sería estar con los brazos atados al cabezal de la cama, mientras él me masturba con esa mano grande, poderosa y masculina.

—Y los cuartos de los residentes, en las camillas. Siempre he querido hacerlo allí por el morbo —pienso en voz alta.

—Y en mi diván, podríamos innovar con las posturas —propone.

—Muy cierto —asiento.

Una especie de excitación empieza a crecer dentro de mí, me recorre el estómago y me baja hasta el coño. ¡Jesús! Está más bueno que una hamburguesa a las cinco de la madrugada después de salir de fiesta, estoy segura de que tiene unos pectorales de ensueño, y ese paquete... tiene pinta de..., no una anaconda, no, ¡una pitón!

Vuelvo a la realidad cuando, después de darle ese *repasón*, tose levemente, captando de nuevo mi atención.

—Bárbara, hace dos semanas que no tengo sexo, así que no me mires así —dice todo serio, con una voz grave llena de deseo.

En el fondo, me gusta que se ponga cachondo. Corrección, me gusta ponerle cachondo. Creo que tiene un poco que ver con el hecho de tener el poder sobre alguien, pero en el buen sentido. O quizá sea porque soy una jodida egocéntrica.

—Yo una semana, dos días y quince horas —respondo sin titubear.

Sus labios empiezan a ser una especie de fetiche sexual para mí (y también su voz). Cada vez que se los lame, me enciendo. No *Barbi*, no puedes hacer

esto, estás madurando, quieres mantener una relación seria y no puedes hacerle esto a Juan. Es un buen tío, muy buen tío.

De un salto, me levanto de la silla dispuesta a alejarme.

—Me voy antes de hacer alguna tontería —anuncio.

—Será lo mejor.

No me detengo hasta llegar al baño de chicas, donde me encierro y me apoyo en la pared de azulejos blancos mientras siguen temblándome las rodillas. Qué hombre, si es que lo tiene todo, y cuando me ha mirado de esa manera, me he encendido como si alguien me prendiese fuego, como si yo fuese una cerilla y su mirada el fósforo rozándome hasta hacerme arder.

Es que no tiene ningún sentido. Hay millones de hombres atractivos, algunos me miran con lujuria y deseo, otros no —no se puede tener todo en la vida—, pero no me pongo tan cachonda. ¿Por qué me pasa esto con él? ¿Qué tiene que no tengan otros?

¡Ah...!, ya lo tengo, es que soy nueva en eso de las relaciones, y me pasa como a los niños pequeños; si les dices que no pueden hacer algo, ¿qué les pasa? Que tienen más ganas de hacerlo. Pues yo lo mismo, no puedo follar con nadie más y eso me está pasando factura.

Pero no tiene sentido porque se supone que cuando tienes una relación, eres feliz y no quieres tener sexo con nadie más, ¿no? Al menos durante el enamoramiento inicial. ¡Qué demonios!, si yo no estoy enamorada de Juan. Pero creo que voy a estarlo, pronto. El amor no llega de golpe, eso del «te veo y no meo» solo les pasa a unos pocos y yo no soy de las privilegiadas.

Lo imagino abriendo la puerta del cubículo y entonces, además de hacerlo con la mirada, me desnuda bajándome la cremallera de la falda, que deja caer al suelo. Sus ojos se encuentran con los míos mientras recorre mis caderas, acariciando mi tersa piel, tensando la goma de mis braguitas hasta dejarlas caer también. Confieso que me he imaginado a muchos hombres en mi cama, o en la ducha, en la encimera de mi cocina, en el baño de cualquier bar... La liturgia del deseo susurrada en mi intempestiva vida es habitual, y más cuando el objeto del deseo puede ser cualquiera. Pero esta vez es Tomás, y ya le tenía ganas, todo sea dicho.

Imagino cómo contiene la respiración mientras empiezo ese roce en mi propio clítoris, hasta llevar dentro un par de dedos, percibiendo la humedad que manó de mi interior en el comedor. Sólo con mis gemidos se la pondría dura, muy dura, pero no se detendría, no aún, a saciar su propio deseo, sino

que se arrodillaría en el suelo y empezaría a beberme con su boca hambrienta hasta saciar esa desazón que tengo. Me dejaría completamente seca, y lograría que me corriese con un orgasmo extenuante. Pero es mi mano, son mis dedos los que hurgan en mi vagina y los que logran arrancarme ese orgasmo mientras soy consciente que la imagen de Tomás —de rodillas y completamente entregado a mí— se va a convertir en algo recurrente en mis sueños.

Un poco más relajada, salgo del baño y vuelvo a mi consulta, donde espero encontrar a Lola, y allí está, pero con ella hay alguien más que no conozco.

—¿Ya tengo otra paciente? No me has dicho nada —le reprocho, pero ella niega con la cabeza.

Se trata de una chica menuda, pecosa, de cabello corto marrón oscuro, y ojos algo verdosos que lleva un *piercing* en la nariz chata que tiene. Cuando me ve, los ojos se le iluminan y sonrío. ¿Soy famosa y no lo sabía?

—¡Ay...!, usted debe de ser la doctora Ponce. So-soy Mari Ángeles Padilla —me alarga la mano, y yo como buenamente puedo, se la devuelvo.

—¿Nos conocemos? —pregunto, porque no me suena de nada.

No es que sea un as en eso de recordar a la gente, pero tampoco se me da mal.

—Pues claro que no —interviene Lola—. Cariño, es la nueva residente que está a tu cargo. Anda, tirad al despacho y dale una bata.

—¿Residente? Yo no tengo residentes —exclamo, convencida de ello.

En serio, ese programa lo lleva el doctor Foix, que está encantado de ser el profesor de toda la nueva plantilla de ginecología porque le encanta escucharse a sí mismo. Os juro que no me he aburrido tanto en toda mi vida como cuando fui a una de sus ponencias.

—Ahora sí, hubo un problema con los cupos, la aceptaron por error... y él no quiere tener a más de 5 alumnos, así que te ha tocado.

—¿Y no lo has arreglado? Lola, que para eso eres mi enfermera —me quejo.

—Mira cielo, soy enfermera, no la virgen de Lourdes, así que no hago milagros —explica, quitándose las gafas.

Y, cuando Lola se quita las gafas, es que no quiere discutir, así que desisto en mi empeño y hago pasar a la niña a mi despacho. Rebusco en el armario una de las batas de sobra y se la entrego. A ver, que yo no soy un ogro ni nada parecido, solo que estoy cachonda y encima me encuentro con que tengo que hacer de canguro. Como la pobre *Jane, the Virgin*, que fue a la consulta

ginecológica para una revisión y acabó inseminada artificialmente por error. Que conste que eso nunca me ha pasado a mí, yo soy una profesional.

—No pienses que no quiero tenerte como alumna, no es nada personal, solo que nunca he tenido a ninguna y no sé si voy a ser capaz de hacerlo bien —me sincero con ella mientras se abrocha la bata y me mira con timidez.

—No se preocupe, si yo solo mirando seguro que aprendo. Si fui la última de mi promoción, entré en ginecología de milagro, y porque se equivocaron y ahora no pueden cambiarlo —se sincera ella a su vez.

Es que en el fondo me da pena la chiquilla. Suspiro, decidiendo que, ya que va a ser mi alumna y que el doctor Foix siempre intenta putearme con algo, va a convertirse en la mejor ginecóloga de la promoción. ¡Está decidido!

—Cielo, voy a convertirte en mi nuevo yo. Lo primero que debes saber es que las mujeres, cuando vienen aquí, normalmente tienen tres grandes preocupaciones: el embarazo, el cáncer y las ETS. Todo lo demás es secundario.

Entonces Babe emite un ligero gruñido, de esos que hacen los cerdos normalmente, aunque más suave, y la chica se gira para ver de dónde procede.

—¿Eso es un cerdo? —pregunta, sin dar crédito.

—Lo es. Una larga historia, que deriva en lo segundo que debes saber; en este hospital hay gente extraña. Evita a toda costa al doctor Guerra, se tira a todo lo que se mueve y va por la vida creyéndose un *fucker*. A Rafael, el de la recepción, no le pidas nada que luego siempre quiere algo a cambio. A Amaya de dermatología ni un *hola*, y confía solo en mí y en Lola. ¡Ah...!, y no tomes cafés de la máquina del pasillo, son veneno.

Ella siente mientras lo apunta todo en una mini libretita. ¡Qué aplicada es...!

—¿Algo más?

—Sí. Si tienes que acostarte con alguien, usa los condones del segundo cajón del armario, nos los dan gratis —manifiesto, guiñándole un ojo.

Esto de tener a una aprendiz creo que puede llegar a gustarme.

Cuando paso por delante del cuarto de baño, antes de bajar hasta el aparcamiento, vuelvo a pensar en Tomás. Se está convirtiendo en una pequeña e insana obsesión, de eso no hay duda. Creo que el sexo es una parte importante de la relación, —evidentemente para mí, imprescindible—, pero igual que lo son otras cosas, como la compatibilidad en otras áreas.

Mi vida sexual nunca ha sido muy exultante, aunque sí quizá precoz. La primera experiencia fue con dieciséis años y yo estaba loca por experimentar

con el sexo.

—¿En qué estás pensando?

La voz me distrae de mis pensamientos. *Su* voz. Giro el cuello y veo que se ha detenido a unos diez metros, que está a punto de coger el ascensor. No lleva ya la bata blanca, solo unos vaqueros y una camisa de cuadros roja y blanca. Su cabello espeso me hace volver a recordar en cómo posaba la mano sobre él en mis fantasías para que iniciase un potente vaivén.

—En el momento en que perdí mi virginidad —suelto sin pensarlo demasiado, pero así soy yo, que más de una vez digo lo que me pasa por la cabeza.

—Eso me interesa. ¿Sabías que la primera experiencia sexual puede condicionar mucho las posteriores? —susurra, pues no es un tema del que se pueda hablar libremente en un pasillo.

Me acerco a él tambaleándome mientras pienso en lo que ha dicho.

—¿Crees que podrías psicoanalizarme en este sentido? —consulto, realmente interesada.

—Creí que era algo que no querías.

—Puede que haya cambiado de opinión —digo, escudriñando su gesto tentador.

—Cuéntame —me presiona entonces.

—Fue con un compañero de colegio, un par de años mayor que yo. Tenía dieciséis años y me habían invitado a una de esas fiestas de locas verano. Lucía estaba en un campamento de inglés, así que no me acompañó. Fuimos directos a su cama después de salir de la fiesta, en la que no faltó de nada. Las copas se sucedían una tras otra, la gente hablaba a gritos porque la música estaba demasiado alta, y uno tras otro entraban en los baños para esnifar sobre la taza del wáter. Había alcohol, sexo y drogas a mansalva. Casi no tuve la oportunidad de hablar con él, la tercera copa hizo mella en mí, así que ni supo cuánto me gustaba verle jugar al fútbol en el patio ni que ya tenía pensado hablar con él desde el momento en que había entrado allí. Acercó la mandíbula, empezó a soltar bromitas sin gracia y risas forzadas. Tras otra copa, y por su parte otra raya, balbuceó que ya era hora de salir de allí. Me subí a su coche, donde sonaron un par de canciones que no recuerdo muy bien, quizá alguna de Michael Jackson, mientras llegábamos a su casa. Empezó a acariciarme, a besarme, hasta quedarnos los dos completamente desnudos. Yo sudaba, estaba muy caliente y nerviosa, quería aquello, lo deseaba... Era el

objeto de mis deseos, y estaba a mi merced. Ni siquiera recuerdo si me dolió cuando me la metió, solo que nuestros fluidos corporales se entremezclaron, y follamos puestos hasta las trancas. Creo que estaba más obsesionada con complacerle, con que viese que yo era alguien que valía la pena tener en la cama, que con cualquier otra cosa.

—¿Qué pasó después?

—Lo predecible para todos, menos para mí. Que tuve que volver a casa en autobús, con el vestido de la noche anterior y sin bragas. Creo que hoy en día lo llaman «el paseo de la vergüenza», y puede que en aquel momento la sintiera —reflexiono, pensando en aquel día tan extraño y tan lejano—. Y bien doctor, ¿cuál es su veredicto?

Las puertas del ascensor se abren, y antes de adentrarse en él, me dedica una mirada ambigua, que se me antoja que esconde mucho.

—No tengo suficiente información. Nos vemos mañana, Bárbara.

Las puertas se cierran, y me quedo con un extraño mal sabor de boca, convencida de que se ha guardado algo que no ha querido decirme.

*¿Qué fue de Baby Jane?*

Tomás

Nuestra vida, en el fondo, no sería la misma si no poseyésemos la capacidad de leer. Casi todo en ella, depende de esa capacidad, de esa necesidad de captar las cosas.

Nuestra existencia gira entorno de la lectura: los precios de los productos, los nombres de las calles, las instrucciones, las películas de cine, los nombres de los vecinos, de las tiendas, de las cosas... nuestros propios nombres.

No soy un experto en las palabras ni en la literatura, ha sido mi hermano gemelo Marcos quien estudió literatura y es profesor, pero reconozco su valor y he adquirido el gusto por ella.

Por eso, cuando recibo un mensaje de Bárbara preguntándome si vamos a seguir leyendo el libro, le digo que sí, porque en el fondo me gusta transmitirle esos valores.

«Vamos Tomás, no te mientas —me digo—. Solo has estado repitiéndote este discurso sobre las palabras y su importancia, para justificar el hecho de que quieres quedar con ella».

Y, efectivamente, eso hago cuando me planto delante de su casa a pesar de que sé que esto no es del todo una buena idea.

Para empezar, Bárbara me cae bien. No es una mujer complicada, al contrario, es muy sincera en todo, casi transparente diría yo. Eso hace que no tenga que pensar en dobles sentidos ni estar alerta por si me oculta algo y no me está diciendo lo que en realidad piensa.

Es mi amiga, me gusta su compañía, y no me gustaría verme privado de ella por hacer que engañe a su novio conmigo. Sospecho que eso rompe amistades, lo he visto en muchos casos de mi trabajo.

Para terminar... es difícil explicarlo, pero siento que me necesita. Es disparatado y absurdo, lo sé, pero mi instinto me dice que necesita a alguien que vele por ella. ¿Y tengo que ser yo? No, claro que no, pero quiero serlo, me gusta considerarme como una especie de ángel de la guarda. Dios, ya no sé ni lo que digo. Suena absurdo...

Yo había terminado con las mujeres, no quería saber nada de ellas, solo relaciones momentáneas y punto. Se suponía que Bárbara tenía que ser alguien en quien depositar mi confianza, reconciliarme con el sexo femenino de una forma amistosa y para nada sexual.

Pero joder, no puedo no verla... de esa manera pecaminosa, con ese cuerpo de escándalo y esa carita de muñeca. Es una bomba sexual con una cara inocente de niña tímida, algo que no es en absoluto. Y eso me excita, mucho.

Hay gente que se excita con cosas básicas, como el canalillo de un escote o una falda muy corta. Otros son un poco más especiales, tipo pies y esas cosas más fetichistas. A algunos les ponen las rubias, a otros las morenas, muchos prefieren los culos grandes y otros más pequeños.

Siendo sincero, a mí me da un poco igual, mientras que los pechos sean de un tamaño digno y tenga una estatura media, ni demasiado baja ni demasiado alta. Soy exigente con la fisionomía, y mucho. Que los ojos no estén muy separados, que me da mal rollo —confieso que si me encuentro a Sara Carbonero, me cambio de acera—, pero tampoco demasiado juntos. La boca debe de ser un poco de piñón, con labios gruesos, y en general, que tenga cierta armonía. Así que Bárbara es completamente mi tipo.

Por eso imaginaos mi sorpresa cuando me dijo que su ligue, el tal Juan, la tenía a pan y agua. De golpe me sorprendí examinándola como si la viese por primera vez, porque ya la había observado, pero no con los mismos ojos. Fue fijarme más y darme cuenta de su magnificencia.

Sin duda, hay gente que no sabe lo que tiene, porque yo a Bárbara le hacía de todo y más. Mucho más, por mucho rato y durante mucho tiempo.

Así que aquí estoy, llamando a su puerta, con vaqueros y camisa blanca, con mis gafas de leer en el bolsillo, dispuesto a centrarme en la lectura para intentar no caer en la tentación.

—¡Qué puntual! Aunque mandaríanarices que llegases tarde viviendo enfrente —me suelta nada más abrir la puerta.

¡Maldita sea mi estampa!, ¿por qué lleva esos pantaloncitos? Apenas le tapan las nalgas. Y esa camiseta blanca, con el pelo mojado permite que se le

transparente el sujetador de encaje. Vamos Tomás, eres psiquiatra, sabes aislar tu mente, concéntrate en otra cosa. Ah, el cerdo..., céntrate en él. Pues es mono, y no parece que haga mucho ruido.

—Esta tarde no tenía visitas —murmuro, avanzando hasta el salón.

—Yo tampoco.

Prácticamente da un pequeño salto, sonriente, cuando pasa por mi lado y nos sentamos en el sofá. Parece emocionada por lo que vamos a hacer. Eso me gusta, es gratificante que lo que hagas se aprecie. Y, aunque solo sea una pequeña chispa de su entusiasmo, esta pasa a mí, contagiándome, y cuando cojo el libro para abrirlo por la página en la que nos habíamos quedado, me baja por la columna una especie de cosquilleo.

Bárbara se estira en el sofá, como la primera vez, y pone la cabeza sobre mis muslos. Desde esa distancia puedo olerla, o al menos me llega el aroma del champú afrutado que usa, y una ligera fragancia fresca. ¿Por qué huele tan maravillosamente bien?

—¿Tomás? —pronuncia mi nombre con voz ronca.

—¿Sí?

—Creo que no te lo había dicho, pero mis amigos suelen llamarme Barbi. Es que Bárbara es muy... no sé, de señora mayor o de mala de telenovela. Hay gente a la que no le gusta su nombre, y bueno, no es que a mí no me guste, pero estoy influenciada por todas las demás Bárbaras.

Esbozo una sonrisa mientras intento imaginármela como si fuera una de ellas.

—No me gusta Barbi, suena a muñeca, y tú eres más que eso.

—¿Vas a psicoanalizarme, doctor Freud? Ya que el otro día no te dio la gana de decirme nada...

—Para empezar, Freud era neurólogo, no psiquiatra, y no, solo estaba recalcando una realidad.

Cierra los ojos negando con la cabeza, como si yo estuviese diciendo una tontería.

—Oh, vamos. Soy consciente de mis limitaciones, ¿sabes? Sé que no soy la persona más inteligente del mundo.

—¿Limitaciones? —exclamo, sin dar crédito a lo que oigo—. ¿Quién te ha dicho esa tontería?

—No hace falta que nadie me lo diga, está claro que no me he leído un puñetero libro en mi vida, que soy una inculta que solo hojea el *Vogue* y eso

porque estoy suscrita.

—Pero tienes una cultura cinematográfica increíble, eso también es cultura. Y eres médico, tienes una especialidad. Además, nunca es tarde para ponerse a leer. Cualquiera que te conozca sabrá que tienes un enorme potencial, y si piensan que, por los centímetros de tus plataformas o el rojo de labios tan adorable que llevas, eres menos inteligente, es a ellos a los que les falta un par de neuronas. ¿Puedo empezar ya con la lectura?

No dice nada más que un sí muy bajito. Quizá esté asombrada por lo que le he dicho, o se ha quedado paralizada porque le he dicho algo que no sabía.

—«El día en que lo iban a matar, su madre creyó que él se había equivocado de fecha cuando lo vio vestido de blanco».

—Tomás... —vuelve a interrumpirme.

—¿Qué?

—¿Por qué te gusta Gabriel García Márquez?

—Sus libros suelen atraparme, siempre he querido continuar leyéndolos. Es preciso, tiene ritmo y no sé... fue uno de los libros que me dejó mi abuela antes de morir. Me dijo que sus libros de García Márquez eran especiales, porque había miles de anotaciones dentro de ellos. Todos se los había regalado mi abuelo, que tenía una librería. Ella solía decir que había dos tipos de personas que adoraban los libros; los que los cogían con cariño, que los hojean por la punta, que nunca los doblan, que los dejan en un sitio especial y que los cogen con delicadeza. Pero ella era de los segundos, de los que demostraban su amor con efusividad, los abría e improvisaba el punto con cualquier cosa, incluso doblando las hojas, subrayaba sus partes favoritas con un rotulador fosforito y escribía en los márgenes sus impresiones. Cuando leí el primer libro que había pertenecido a ella, *El coronel no tiene a quien le escriba*, y me fijé en esas anotaciones, logré conectar con mi abuela y conocerla de veras.

Es una confesión muy íntima, algo que no le he dicho a prácticamente nadie, pero tampoco nadie me había hecho antes esa pregunta.

—Tu abuela debió de ser alguien muy especial, me hubiese gustado conocerla.

Escucho sus palabras, y sé que lo dice de verdad, mirándome con ojos tiernos, sensibles.

—Lo era. Me enseñó que Márquez, más que escribir un libro, redacta un nuevo universo, con miles de nuevas impresiones que descubres a medida que

vas leyendo.

—Como si te adentraras en una película, pero en vez de verla, te la describieran —deduce ella.

—Exacto.

Cuando sus pupilas se clavan en la mías, siento esa conexión, esa simbiosis que tienes con alguien con el que conectas a un nivel profundo de forma insospechada. Me siento como si esta casa de madera clara, de paredes blancas y muy desnuda, fuera mi lugar, me siento a gusto, pero no es por la casa, ni por el mobiliario, ni siquiera por la alfombra tupida y suave que hay cerca, sino por ella.

Me gusta estar así con Bárbara.

—¿Sigo?

—Por favor —me pide, y yo sigo leyendo perdiéndome en las palabras, sin quitarme de la cabeza el hecho de que me he estremecido con solo ver su alma proyectada en mis ojos.

No me detengo, solo a veces de reojo, y como la primera vez, verla en aquella postura de concentración, hace que me emocione.

Entonces, me planteo algo que creía que nunca volvería a pensar. En dejar a mis polvos a deshoras, en no volver a pisar cuartos de baños de bares con mujeres entre mis brazos, en no adentrarme en ninguna otra cama ajena. Lo cierto es que desde que conocí a Bárbara, no he hecho nada de eso, solo de vez en cuando me he tocado al leer determinados relatos, como *Las edades de Lulú* con algunas orgías descarnadas, u hojeando a Buckowsky para limar mis miedos y medir mis límites. Porque ya no quiero a amantes pasajeras, ni tampoco mujeres que improvisen aventuras de cama intranscendentes, quiero a alguien por quién sienta unas ganas irrefrenables de tenerla a mi lado, que pueda estar tranquilo, sentado, leyendo, sin pensar en la obligación quedarme o marcharme. Pero que también pueda desgarrarme la piel en mi alcoba y en general, en cualquier sitio. Que sea lo suficiente desinhibida para dejarse meter mano en un sitio público, juguetona con las palabras para calentarme mientras intercambiamos algunos susurros en medio de un comedor, que deje mi miembro a punto de explotar sin ni siquiera mostrar un pedazo de su carne idílica.

—Bárbara Kigslover es una novelista estupenda. No creo que le gustase que alguien le dijera que tiene nombre de actriz de telenovela —suelto, tras terminar la última frase del capítulo.

Parpadea varias veces, buscado sentido a mis palabras, pero solo asiente mientras me parece que rebusca en su memoria quién debe de ser esa mujer.

—Es la autora de *La Biblia envenenada*, un poco crudo para tus gustos — explico.

—¿Crudo para mis gustos? ¿Por qué dices esto?

—Me parece que el tema del racismo en el Congo es un poco duro.

Se incorpora de golpe, dejando salir un suspiro de desaprobación.

—Nunca fui alguien a quién tuviesen que llevar en bandeja. No vivo en una jaula de cristal, sé cómo es el mundo, sé que las personas pueden ser malas, sé que hay cosas terribles, que hubo cosas nefastas a lo largo de la humanidad. ¿Te parezco alguien desvalida y tan *naïf* como para no saberlo?

En un gesto impropio de mí, aproximo la mano a la suya, y le doy un apretón para calmarla.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces...?

—Solo pienso que quizá un relato tan duro no es lo que necesitas en este momento. Al fin y al cabo, no creo que estés en el momento más feliz de tu vida.

Tras un par de minutos de reflexión, inclina la cabeza y asiente.

—Lo que tú digas, señor psiquiatra. ¿Te quedas a cenar?

—No, pero gracias.

—Oh, entiendo...

No, no lo entiende. Así que antes de ir hasta la puerta, cuando su mano roza accidentalmente con la mía y siento un cosquilleo extraño, me debato entre hacer o no lo correcto.

—Pásalo bien —se despide, sin sonreír.

Entonces se lo digo, no sé muy bien por qué, mi yo interior me dice que es porque ella es siempre sincera, y yo debería serlo, pero en el fondo, sé muy bien que es porque deseo que ella también lo piense.

—No tanto como si me quedase, pero no quiero ser la causa de tu infelicidad.

Antes de que ella responda, bajo las escaleras escopeteado.

Nada más entrar en la consulta, noto que hay alguien tumbado en el diván. Mi despacho es oscuro, solo hay una ventana de tamaño medio, donde entra el

sol por las tardes a partir de las cinco. Los muebles son de roble oscuro, tanto las librerías como el escritorio, siendo la silla de este de piel negra, cómoda y rotatoria. El diván hace juego, lo mismo que el sillón. No hay casi nada más que una mesa alargada al lado de la puerta, donde he puesto la cafetera.

—Hermanito, ¿tus pacientes se tumban o es pura decoración?

La inconfundible voz de mi hermano gemelo, Marcos, me reclama. Se incorpora, sonriéndome. Está de buen humor, últimamente lo está siempre. Y para no estarlo, es un cabrón con suerte, como dice él de sí mismo.

—Por supuesto. Es comodísimo.

En cuanto se incorpora, nos abrazamos. Somos de esos gemelos idénticos que la gente suele confundir, aunque se nos puede diferenciar cuando se nos conoce bien. Yo soy más atractivo, y tengo la nariz un poco torcida porque me la rompí de pequeño jugando al hockey, además de ser algo más delgado.

—¿Has hablado con mamá?

—No, sigue en Cannes con papá, de vacaciones —respondo, sin saber a dónde quiere llegar.

—Mejor, porque quiere que escriba otro libro y no hace más que darme el coñazo.

Marcos, además de ser profesor de literatura en la universidad, es escritor —sí, no pudo elegir entre la profesión de mi madre o de mi padre así que escogió ambas—, la mayoría de sus novelas son de misterio, de detectives, excepto la última que aún no he leído, la tengo pendiente.

—Entonces es mejor que no la llames. ¿Qué tal Lucía?

—Bien, ha quedado con Bárbara, su amiga. ¿Sabías que trabaja en este mismo hospital?

Cuando dice su nombre, me da un vuelco el corazón. Será porque no sabe que nos conocemos, y puede que no le guste mucho la idea. Aunque, sí, le pregunté a ella ese dilema moral que no le dejaba dormir sobre si irse a vivir con Lucía o no por ser demasiado pronto.

—Claro, somos amigos —asiento, desviando la mirada.

Sé perfectamente qué es lo que viene ahora, y la conclusión es que no debería habérselo dicho. Marcos refunfuña por lo bajo, poniendo los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra acostarte con ella, lo digo muy en serio. Bárbara está prohibida, no quiero tener que lidiar con el corazón roto de la mejor amiga de mi novia, y menos por tu culpa.

¿Veis? Si es que lo sabía.

—No creo que Bárbara se enamore de mí. Además, está saliendo con un locutor de radio.

Cosa que no me gusta, pero porque se nota que es infeliz.

—Sí, Juan. Era compañero de Lucía ¿Qué pasa?, me lo ha contado —se justifica—. Pero cree que no van a durar mucho.

—¿En serio? Yo también lo creo —le doy la razón a su novia.

—Lucía sospecha que Juan sigue pensando en su exnovia, una tal Ruth. Por lo que me ha dicho, le cae fatal. Al parecer es muy guapa pero un poco puñetera en ciertos temas, y muy especial. Vaya, que es vegetariana, y a Lucía los vegetarianos le caen mal —resume.

Lo bueno de mi hermano es que lo suelta todo, no tiene filtro, y no sabe que, por supuesto quiero acostarme con Bárbara, y ella también conmigo. Y esa información es bastante valiosa.

—Eso explica por qué la tiene a pan y agua —pienso en voz alta.

—¿Te ha contado eso? Sí que sois amigos —se sorprende.

Ya puestos, yo tampoco suelo tener filtro cuando estoy con él.

—Te lo he dicho, me cae bien.

—Que una mujer te caiga bien ya es de por sí un milagro —espeta.

—Eres un exagerado —murmuro, sabiendo que, en el fondo, tiene toda la razón del mundo.

—¿Yo? Fuiste tú el que dijo que para ti las mujeres habían muerto, y te autoproclamaste misógino. Suerte que mamá te dio una colleja. ¿Sabías que el detective de mis novelas lo hice a tu imagen y semejanza? Por eso todos dicen que es gilipollas.

Cuánto amor me tiene mi hermano...

—Oye, fue un momento difícil.

Sobre todo porque hacía apenas unas horas que me había enterado de que la mujer de mi vida, además de conmigo, salía con él.

—¿Y esa amistad cómo ha surgido?

Me observa con el ceño fruncido y el dedo índice apoyado en la mejilla, igual que si fuese Colombo. Vaya, si hasta se me está pegando de ella eso de buscar referencias en series y películas.

—Le pregunté qué le parecería a Lucía irse a vivir contigo, y me ha dicho que aceptaría encantada.

—Espera, ¿se lo preguntaste? Pero ¿por qué? ¿Es qué no te das cuenta? Se

lo cuentan todo entre ellas. La primera vez que nos lo montamos, se lo dijo todo, y la obligó a hacerse un puto análisis de sangre —exclama alborotado y algo agresivo.

—Le hice prometer que no se lo diría. No lo dirá, es consciente de que tienes que preguntárselo tú.

No recuerdo si se lo hice prometer o no, pero se lo digo para que se quede más tranquilo.

—Más te vale que cuando se lo proponga, la note sorprendida.

Voy a tener que hablar con Bárbara sobre el significado de la palabra confidencialidad.

*Melinda y Melinda*

Bárbara

—*Luci Liu*, esto es muy grave, ¿me estás escuchando?

No me presta atención, mi mejor amiga está embobada mirando la pantalla de su teléfono. Después de semanas sin vernos, lo que supone un drama total. Pero está tan enamorada de Marcos que se lo perdono. En el fondo, es el único de sus novios que me ha caído bien, y por ende espero que dure.

—Ah, sí, claro... —dice, alzando la vista hacia mí, por fin.

—De claro nada, monada. Te estoy diciendo que, en teoría, estoy saliendo con Juan, lo que fue idea tuya —le recuerdo.

—¡Alto ahí! —dice, levantando la mano derecha—. Fuisteis los dos quienes os liasteis un día, yo solo os alenté para que os dieseis una oportunidad porque os gustabais, y ninguno de los dos parecía hacer nada al respecto.

—Lo que tú digas. Si no es que no me guste ¿eh?, pero...

Intento buscar las palabras exactas para expresar mi desconcierto cada vez que veo a Tomás, pero no las encuentro.

—Pero ¿qué?

—A ver, ¿qué sentiste cuando tú y Marcos empezasteis a salir?

No es que tenga dudas sobre lo de Juan, es que... vale sí, las tengo. Pero unas minúsculas, casi inexistentes.

—Estaba en una nube —responde tal cual.

—¿Y no te dio pena no poder acostarte con otros? —cuestiono en voz baja.

—Cariño, teniendo en cuenta que no me he acostado más que con tres hombres... no, porque solo quería hacerlo con él —responde, empezando a mosquearse—. ¿Qué te pasa, Bárbara Streisand? Desembucha.

Cuando quiere, Lucía puede ser peor que un agente de la Gestapo.

—Nada, solo era una pregunta hipotética —intento restarle importancia.

—¿Seguro? Que nos conocemos, ¿eh? Que luego te lo guardas todo y termina saliendo por otro lado.

Miro a un lado y hacia el otro de la cafetería de al lado del Cinesa Diagonal, un sitio de ocio al que solemos ir, cerca de su casa y de la mía.

—Tomás y yo somos amigos.

Me paro porque no sé cómo continuar con el relato. ¿Y quiero tirármelo? No, mala idea decirlo así. ¿Me masturbo pensando en él? Tampoco. ¿Tengo sueños húmedos? No, no estamos en ninguna película.

—¿Tomás? ¿El hermano de Marcos? ¿Desde cuándo? —exclama con asombro.

—Unas dos o tres semanas.

Creo, la verdad es que no anoté cuándo sería nuestro *amigoaniversario*.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cariño, él y tu novio comparten físico por si no lo habías notado, son gemelos, así que ya sabrás lo bueno que está, lo irresistible que es y lo posiblemente bien dotado que me imagino que...

—Para el carro... —me detiene antes de que siga hablando—. A ver, Barbi, ¿cómo te lo digo? Tomás es... un capullo con las mujeres, al menos con las que se acuesta. Hasta hay un grupo en *Facebook* que se llama «Aléjate de Tomás Dauphine». Si le gusta alguien, va a por ella y luego si te he visto no me acuerdo.

—¿Y qué te hace pensar que no es eso lo que yo quiero? Vamos, que yo no tenía problemas para tener sexo casual con ese al que tú llamas doctor Frankenstein. Fue él quien quiso pasar al otro nivel, y va y me es infiel. Y no una, sino varias veces —me quejo, pero es que manda narices.

Lucía sacude la cabeza, bebiéndose la copa de vino blanco que hemos pedido, negando con la cabeza otra vez.

—Pero ¿quieres dejar a Juan? Creía que te gustaba.

—No, no voy a dejar a Juan, me gusta mucho, y me gusta lo que tenemos, aunque me gustaría disfrutar de un poco más de acción, pero también me siento atraída por Tomás, eso es todo. Las cosas no son blancas o negras —me justifico.

—Mira cielo, Tomás será cosa de una sola vez, porque se cansa de las mujeres, está muy amargado y quién sabe cuándo dejará de estarlo. Juan sabe

lo que quiere, te ha dicho que desea tener algo serio contigo... ¿vas a perder eso por acostarte con el otro?

—Yo no he dicho eso.

—No sé, Barbi, eres tú la que tiene que estar segura.

Si es que tiene razón, que ya sé que Tomás me pone mucho, muchísimo, pero que también quiero tener algo serio con alguien para variar.

—Ya lo sé. Pero me gustan los dos. Oye, ¿y si soy *poliamorosa*? Podría proponérselo, a lo mejor ellos dos también se ponen cachondos mutuamente.

La mirada de reproche de mi amiga me dice que las cosas no van por ahí. Y es que Lucía en este sentido es de lo más tradicional que puedes echarle a la cara. Tiene muy claro que la monogamia es lo suyo, que quiere casarse y tener una familia, pero tampoco censura mi *modus vivendi*, así que todo está bien.

—Cambiando de tema, ¿sabías que una niña de doce años me quitó a Nemo? Pero ahora tengo como mascota un cerdo vietnamita, Babe —explico a modo resumen.

—No se te puede dejar sola, de verdad...

Asiento, porque es una verdad como un templo. Miro la pantalla del teléfono y veo que tengo un mensaje de Tomás.

Tomás: «Tenemos que hablar sobre los términos de confidencialidad de nuestra relación de amistad».

Y me lo dice así, sin comas ni anestesia. De verdad, cómo me pone este hombre, es que me lo imagino serio, poniendo voz grave y diciéndome eso casi sin mover los labios y es que no respondo. ¡Dios!, voy a tener que hacer como los japoneses cuando salen de trabajar, se van a tomar algo y, como se les sube muy rápido el alcohol, se esposan al maletín y además a una farola para que no los secuestren ni los roben. Aunque en mi caso tendría que atarme a la farola para no acabar en sus brazos.

Barbi: «¿?».

Tomás: «Espero que no le hayas dicho nada a tu amiga sobre la petición de Marcos».

Ah, eso... ¿Le confieso que pensando en su trasero se me olvida hasta el día en el que estamos?

Negativo.

Barbi: «Puedes respirar tranquilo, su secreto está a salvo conmigo. ¿Qué haces hoy?».

Mala idea, muy mala idea. A ver, que, si te pones a la tentación por delante, terminarás cayendo, Barbi. Pero me gusta mucho que me lea, es muy tierno y quiero conocer el final del libro. Creo que no lo van a matar, pasará algo y salvarán a Santiago, estoy segura.

Tomás: «Esta tarde estaré escribiendo una tesis sobre la infidelidad».

Barbi: «Mmm, interesante. ¿Por dónde la enfocas?».

Tomás: «Insatisfacción sexual».

Directo al grano, como me gusta.

—Bárbara, ¿me estás escuchando?

Mierda, que Lucía sigue aquí. Alzo la cabeza y asiento.

—Sí, pero es súper tarde y tengo un paciente a las cuatro. Oye, ¿nos vemos este fin de semana?

—De acuerdo, y si hay algo urgente, llámame.

—Lo mismo digo.

Me levanto de la mesa y pidiendo un taxi, vuelvo al hospital. No, no voy rápido para ver a Tomás, que está muy bueno, sí, que me encanta, también, pero aún no me han diagnosticado ninfomanía.

Es verdad que tengo una visita a las cuatro, y en cuanto traspaso por la puerta, veo que Lola me la señala, sentada en la mini sala de espera. Con disimulo, cojo el historial médico que me da y leo el nombre.

—¿Ruth Moreno?

La gente exótica tiene un punto que a mí, personalmente, me fascina. Todos tienen algo fuera de lo común, algo que me llama mucho la atención y que les envidio. En el buen sentido, porque yo en el fondo, puede que sea mona, pero en mí no hay nada extraordinario como por ejemplo los ojos de Lucía, que, aunque son marrones, creo que son los más bonitos que hay en el mundo, y endulzan su cara ya de por sí mona. Yo soy demasiado normal, tanto que, en un arrebato, cuando tenía quince años me teñí el cabello de rubio casi platino y así me lo he dejado. Digo que tengo alma de rubia, pero es solo porque quería destacar.

Hay gente que tiene los pechos grandes, pero los míos tampoco lo son tanto, otras tienen unas curvas de infarto, pero no es el caso, mis caderas no son anchas y tengo las piernas como palillos.

Así que, al ver a esa mujer tan pecosa y pelirroja, reconozco que realmente, en el mundo, hay gente guapa, y esta mujer lo es. Lo único que no me gusta es

que se llame como la ex de Juan, le había pillado manía al nombre.

—Sí, soy yo —exclama levantándose de la silla, y siguiéndome hasta el interior de la consulta.

Mari Ángeles, a quien he bautizado como Mariangi, está ya en pie, con la bata puesta, dispuesta a ser la ayudante perfecta.

—Soy la doctora Ponce. Por favor, ponte la bata que mi ayudante te dará, detrás del cambiador, y estírate en la camilla.

Por lo que leo, viene a hacerse una revisión y es primera visita. Si la ex de Juan es remotamente parecida a ella, cuando vaya a reclamar su pintalabios, estoy perdida. Pero no debo de ser negativa, ¿cuántas miles de Ruths hay en Barcelona? No lo sé, no tengo los datos del censo en la cabeza, pero seguro que, si lo busco en internet, sale.

La chica sonrío y asiente con la cabeza mientras Mariangi le da la bata verde de papel y rellena los datos que faltan de la paciente en el ordenador.

Una vez en la camilla, le hago un examen general. Un poco por aquí y un poco por allí, la citología y hale..., todo perfecto.

—¿Hay algo que quieras comentarme?

Siempre pregunto esto, porque la gente a veces es un poco tímida, y se calla, y luego llaman por teléfono sobre dudas básicas y Lola se enfada.

—Puede que sí— empieza a decir tímidamente—. Hace un par de días que me acosté con alguien, no fue a propósito, es decir, que no lo planeé, pero bueno, es mi ex, y simplemente pasó, solo que lo hicimos sin protección y no tomo ninguna clase de pastillas anticonceptivas.

—¿Quieres que te recete unas?

—No, no creo en ellas.

Eso es como decir que no crees en los antibióticos o las vacunas, que han erradicado enfermedades, pero vaya, cada uno que piense lo que quiera, así que corramos un tupido velo.

—Podemos hacerte un análisis para ver si hay algo, así sales de dudas.

—De acuerdo.

Me siento en el escritorio, haciéndole el papelito para lo del análisis, cuando, de reojo, veo que después de salir de detrás del cambiador con la ropa puesta y el bolso, saca de él un pintalabios. Es negro y pequeño, un *Mac* sin duda alguna.

Voy a desmayarme, creo que me paralizó y observó cómo se pinta los labios con cuidado extremo con ese color *nude* tan horrendo. El *Japanese*.

¿Coincidencia? No, son demasiadas cosas. Se llama Ruth, tiene el Mac de casa de Juan y... se acostó con su ex sin protección. Intento mantener la calma, le entrego el papel y me despido.

Barbi: Luci, ¿la ex novia de Juan es pelirroja?

Le escribo a Lucía con urgencia. Es para asegurarme, tampoco quiero pasarme de lista.

Lucía: «Sí, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? Mierda, Juan me prometió que no haría nada».

Lucía: «Barbi, no la busques en las redes sociales, ¿es eso lo que estás haciendo?».

Lucía: «Bárbara, contéstame».

Ni le respondo.

—Mariangi, te quedas al cargo de la consulta —le ordeno, quitándome la bata y colgándola, sustituyéndola por el bolso.

—¿Yo? ¿Tan pronto?

Entra en pánico, pero ahora mismo no estoy para tonterías.

—Es una emergencia, necesito saber si esa era la ex de mi actual... chico, ¿entiendes?

—¡Oh, vaya! ¡Ay madre...!, espero que no lo sea —exclama, muy sorprendida.

Pero estoy cada vez más convencida de que sí lo es. No pierdo el tiempo, y bajo hasta el aparcamiento del hospital, donde tengo el coche. Es la ventaja, que los médicos tienen plaza fija. Así que ni corta ni perezosa conduzco hasta el piso de Juan mientras de fondo, en la radio, suena Maluma y su *Felices los 4*, todo muy irónico. Aparco en el primer sitio cercano y luego, llamo al interfono.

Creo que es lo más valiente que he hecho nunca, porque yo no suelo enfrentarme a los problemas de cara..., en realidad, suelo pasar de ellos. Los ignoro, hago como que las cosas no han ocurrido y sigo con mi vida. Pero esta vez, simplemente, no puedo continuar como si nada hubiese pasado, ignorando que Juan, ese hombre que tenía las cosas tan claras, que quería estar conmigo y todas esas cosas, se ha acostado con su ex.

—¿Sí?

—Juan, soy Bárbara.

—Hola, pasa —dice sorprendido.

Me siento nerviosa y un poco angustiada. Es estúpido, lo sé, si es que en el fondo estaba convencida de que no teníamos futuro, solo que pensaba que quién iba a arruinarlo todo de un momento a otro sería yo.

Juan me abre la puerta e intenta darme un beso, pero desvió la cabeza, haciéndole una señora cobra.

—¿Ocurre algo?

Menudo idiota. Estoy a punto de gritarle que sí, infiel de mierda, pero no lo hago.

—Puede ser...

No me detengo hasta llegar al baño, y abrir el cajón donde, efectivamente, el pintalabios ya no está.

—Bárbara, ¿qué pasa? —pregunta, siguiéndome hasta allí.

Lo encaro, con los brazos cruzados y con lo más solemnemente posible, se lo digo.

—Esta mañana ha venido tu exnovia a mi consulta. ¿Adivina qué me ha dicho? Que se había acostado con su ex —en este punto me es imposible no reírme cuando estoy a punto de soltarlo—, a pelo, y que no cree en las pastillas anticonceptivas.

Juan, de golpe, palidece, no se mueve, se queda estático y tampoco dice nada. Me pregunto qué hará, ¿lo negará? ¿suplicará mi perdón? Se admiten apuestas.

—¿Está embarazada?

¡Oh, claro!, la gran preocupación masculina..., antes que nada.

—No lo sé, no puede saberse aún, solo con un análisis de sangre.

—No sé qué decir —confiesa finalmente.

—¿Pensabas contármelo?

—No —confiesa—. Vino hace un par de días para recoger algunas cosas, y pasó.

Debería agradecer la sinceridad, pero llegado a este punto, aunque dijese que no, no me lo creería.

—¿Por qué sales conmigo si sigues queriéndola? —pregunto, al tiempo en que me doy cuenta de que he estado viviendo una mentira.

—Porque me gustas mucho, ya te lo dije, y estaba pasando página. No sé por qué lo hice, fue una estupidez, pero hay algo entre ella y yo que no termina de romperse nunca, por mucho que lo intente —masculla, abatido—. Lo siento, no pretendía hacerte daño, era lo último que deseaba.

Ya, bueno, yo tampoco quiero matar al planeta, pero sigo sin reciclar. ¿Y ahora? Retirada, sin más.

—Procura no hacer lo mismo con otra.

Hago el ademán de ir hasta la puerta, pero me coge por detrás, rodeándome por la cintura.

—Espera. No quiero que te marches es esta manera.

—Arreglarlo no tiene sentido, Juan —suelto, sin ninguna intención de seguir más en esa casa.

—Podría haberme enamorado de ti, lo estaba haciendo.

—Pero no lo estás todavía —resumo, deshaciéndome de su abrazo—. Estas cosas pasan, no es el fin del mundo.

No quiero escucharle más, así que, esta vez sí, llego hasta la puerta y salgo de allí corriendo. Vuelvo al coche y conduzco de vuelta al hospital.

Estas cosas pasan, sí, pero es que es la segunda vez que me pasan a mí. Supongo que lo mío no es el amor, ya que, siendo sincera, yo tampoco estaba enamorada de Juan. Estaba enamorada de la idea de estarlo, y tenía muchas ganas, la verdad, porque nunca me ha ocurrido, pero todavía no me había enamorado. Me gustaba que me llamase por la noche, ir al cine con él, acostarme con él. Pero nunca tuve esa imperiosa necesidad de verle, y tampoco tengo ganas de llorar ahora que todo ha terminado.

¿Me fastidia? Sí, claro que sí, a nadie le gusta que lo engañen. Pero por encima de todo, me preocupa el hecho de tener casi treinta años, y sentir que me han roto el corazón. Lo que lamento es que nunca voy a enamorarme, que quizá ese sea mi sino.

Cuando llego al hospital, necesito un respiro. Espero que no haya ningún paciente de urgencias, y por lo que veo, de estar, no está ni Lola. Al ver la hora, me doy cuenta de que es un poco tarde.

En el fondo, me alivia haber terminado con esto porque tenía dudas. Me siento en una de las sillas de la sala de espera, pensando algo que hacer. Sacar a pasear a Babe, estoy segura de que si con un perro ligaba, con un cerdo triunfo. Pero no quiero salir a ligar, no quiero volver a tener una cita nunca más.

Sólo hay una cosa que me apetezca ahora mismo; solo hay un nombre que retumba en mi cabeza, una y otra vez. Lo cierto es que no termina de irse nunca de mi mente, es un poco como un disco rayado repitiéndose siempre en la misma estrofa.

«Tomás... Tomás... Tomás...».

Me dijo que estará en su despacho. Me llevo el dedo en la boca y lo mordisqueo, fantaseando con el hecho de que ya no tengo ninguna obligación moral por no llevarlo a mi terreno. Pienso en todos los impedimentos, en lo que me ha dicho Lucía. Sin darme cuenta, termino recorriendo los pasillos solitarios de un blanco immaculado, hasta llegar a su puerta.

—¿Se puede?

Abro la puerta, y me lo encuentro con una copa en la mano y la música del tocadiscos puesta.

—Claro. ¿Quieres una?

Lleva las gafas, un sencillo pantalón azul marino y una camisa de color azul cielo que hace que destaquen sus ojos castaños. Su nariz imperfecta le da un toque de intelectual frustrado que hace que mi mente suspire por él. Pero no es eso lo que más me pone de él, sino su manera de hablarme, de tratarme, de cuidar de mí.

—Por favor.

Al estar en su presencia, siento que todo está bien. Su aparente calma me invade también mí, su contacto al entregarme el vaso hace que me estremezca, y me doy cuenta de que el disgusto que he sufrido ha desaparecido por completo con solo pensar en él.

Tomás es como ese fruto prohibido que te mueres por mordisquear. Su cuerpo atlético, entre las sombras del despacho, me parecen sublimes. Veo que sonrío antes de inclinar la cabeza para terminarse el contenido del vaso, que, por lo que puedo oler en el mío, es ginebra.

—Es mejor que hoy te vayas —susurra, alejándose de mí—. Estoy algo ebrio y cachondo, y sabes perfectamente el efecto que provocas en mí.

Se me hace la boca al percatarme del bulto incipiente que hay en su entrepierna.

Nunca he sido demasiado buena para nada. No para mi padre, quien siempre ha querido que yo siguiera sus pasos, y cuando elegí mi propio camino, me apartó. Tampoco me ha tomado nadie en serio, porque siempre he sido una chica con la que divertirse, con la que salir de fiesta y reírse, pero no a la que llamas cuando tienes algún problema porque no cuentas con ella para todo.

Siempre he sido una Marilyn en vez de una Jacqueline, como si las mujeres no pudiésemos ser ambas o no ser ninguna. Yo solo soy Bárbara, y antes de esto no me había importado, me era igual porque ni siquiera había pensado en

ello, porque ya me iba bien no ser buena. Hay veces en que ser mala es lo mejor, y ¿sabéis? Ahora mismo me viene de lujo serlo. Se acabó la buena chica, Bárbara, la infame, ha vuelto.

Sin pensármelo dos veces, dejo caer el bolso al suelo, me desabrocho el vestido para que se deslice hacia abajo, y me quedo en ropa interior ante su atenta mirada. Dirigiéndole mi mirada más traviesa, dejo que descieran también los tirantes del sujetador mientras llevo las manos al cierre de atrás.

Me deshago del sujetador de encaje de color rosa chicle y del tanga a juego.

Tomás abre mucho los ojos mientras me recorre el cuerpo de arriba abajo, lamiéndose los labios. Decido tumbarme en el diván, aunque espero que nadie haya tenido esa idea antes.

—La anaconda está fuera de combate para siempre. Veamos esa pitón.

*Nueve semanas y media*

Tomás

*D*ejando a un lado el hecho de que haya llamado pitón a mi polla, debo decir que la frase no hace que me eche atrás ni que desaparezca de mi mente nada de lo que estoy deseando hacer ahora mismo.

Bárbara se ha desnudado en mi consulta, me está mostrando sus espectaculares encantos encima del diván —algo que resulta tremendamente erótico—; es mucho mejor que la apertura de piernas de Sharon Stone en *Instinto básico*. Y sé que ahora mismo, si se lo dijese, le encantaría. Puede que lo haga luego, porque no pienso limitarme a mirar. ¡Oh, no!, así que reacciono, dejo el vaso encima de la mesa —sin pensar que me da igual que no haya posavasos y mira que tengo una horrible manía con esto— y me lanzo a descubrir la tierra prometida.

Me pongo encima de ella, pero sin llegar a aplastarla; allí está su cara medio enrojecida, deseosa de que la toque, sus ojos me dicen que lo anhela desde hace días, incluso semanas. Sé que lo ha soñado, igual que yo, y que esos sueños eran más húmedos que la selva amazónica. El primer roce es en su boca, donde permito que mi cálido aliento le toque los labios.

—No te haces una idea de lo que tengo en mente, muñeca.

Se agita al escuchar eso, y me doy cuenta de que le gusta que le digan guarradas. Bien, porque a mí me gusta soltarlas. Me inclino hasta llegar a sus labios, esos bordes carnosos de una suavidad excepcional, y me tomo mi tiempo para saborearlos. El primer beso con alguien, es crucial para mí. En ese beso sabes si realmente deseas a esa persona, si es un simple calentón o si vas a querer volver a besarla. La intensidad es importante, porque es el momento de conocer a la otra persona, de sentirla por vez primera, y debe

hacerse de una forma tranquila y pausada, dando tiempo a ambos para conocer los movimientos del otro. Bárbara parece comprenderlo, porque pese a la impaciencia que nos enerva, se lo toma con calma.

Le acaricio el pelo hundiendo los dedos en esa espesa melena platino, corta y ondulada, para continuar con ese roce delirante, y cuando noto que hunde la lengua en mi boca, el corazón empieza a latirme con rapidez. Un leve y provocador mordisco llega después, haciendo que me baje un escalofrío por todo el cuerpo hasta notar que me salta la polla.

Froto la lengua contra la suya, enlazándolas, degustando su saliva, comiéndome sus jadeos acompasados. Bárbara es como la adrenalina: imparable y tremendamente estimulante. Me dejo llevar, la beso sin ningún tipo de cortapisa, sin miramientos ni peros que valgan. La beso con anhelo, y devoro con ansias su boca de piñón mientras ella arquea la espalda, buscando el contacto con mi cuerpo.

Quiero sentirla toda en mi boca, tocar todo su cuerpo y memorizarlo en mi mente. El apetito que me invade por su piel de alabastro no tiene fin, así que pongo la boca sobre su cuello y la beso con ahínco, frotando los labios contra ese punto hasta llegar a enrojecerle la piel. Luego le clavo los dientes y la empapo de saliva, haciendo que se estremezca con mis caricias y mis besos. Llego a sus pechos, esos montículos abundantes y perfectos, y los aprieto con las manos antes de capturarlos con la boca. Primero el derecho, donde paso la lengua por toda la aureola y lamo el pezón mientras que de reojo no dejo de mirarla, para por fin succionar la punta, mordisqueando esa piel erizada. Cuando lo hago, pone los ojos en blanco, entregándose al placer.

—Hazlo con el otro —me pide, y no me hago de rogar.

Me encanta ese profundo arrobó que le provoco, esa manera que tiene de gemir y ese deleite que me embarga al verla allí, a mi merced, buscándome para que la lleve hasta las estrellas.

—Voy a comerte, muñeca, espero que estés preparada para el primer orgasmo —murmuro abandonando la boca de esa ambrosía que es su seno, y bajar hacia la madreselva inferior.

Para ello, me bajo del diván, quedándome de pie en el suelo para abrirle las piernas firmes, y ver por fin su cavidad rosada e hinchada. Dios, no sé si voy a aguantar las ganas que tengo de penetrarla ahora mismo. Pero lo hago, me obligo a hundir la cabeza entre sus piernas para darle un lametón de arriba abajo, lo que provoca que cierre los ojos presa del éxtasis.

—Joder, psicodoc, sabes lo que haces —musita.

Paso por alto ese mote extraño y me concentro para hacerlo de nuevo, recorriendo cada pliegue de su hermoso clítoris con la punta de la lengua. Luego se lo succiono varias veces, se lo lamo y se lo mordisqueo. Finalmente hundo un dedo en su húmedo agujero, para acariciarle la vulva todavía más hinchada que antes.

—¿Te gusta, muñeca? —pregunto, viendo cómo se retuerce bajo mis caricias.

Por supuesto que le gusta, sé que está al borde del orgasmo, así que hundo otro dedo en su cavidad al tiempo que imprimo más velocidad a mi lengua, hasta hacerla gritar, hasta que se corre y siento sus jugos en mi boca.

Podría decirse que estoy teniendo una revelación, porque nunca me he parado a pensar en lo que ellas sienten después del orgasmo. Observo a Bárbara y, pese a la oscuridad de la sala, sus ojos parecen más nítidos, haciendo que un intenso verdor ocupe todo el iris. Clava sus pupilas en las mías haciendo que se me remueva algo en el estómago.

Se incorpora para sentarse en el diván, y me rodea con las piernas al tiempo que alza los brazos para ponerme las manos detrás de la nuca.

—Eres un jodido profesional —susurra antes de besarme lentamente, despacio, saboreándose a sí misma, mezclando sus jugos con mi saliva y la suya.

Es tan erótica, tan sensual que creo que mi polla va a explotar.

—¿Te ha gustado? Dime que sí —suplico, porque deseo oírse lo decir.

—Mucho. Ahora me toca a mí, *muñeco*.

Su sonrisa lasciva me pone a sus pies, y cuando baja de un salto del diván y se arrodilla, buscando con las manos el botón de mi pantalón, no puedo sentirme más feliz. Acabo desabrochándolo yo y bajándolo junto con el *bóxer*. En cuanto ve mi miembro endurecido y empinado, se relame los labios. Luego, cuando alza la vista, tengo que esforzarme para no eyacular allí mismo al ver su expresión excitada y sin aliento.

—Abre la boca, muñeca —ordeno, porque sé que lo está deseando—. No cierres los ojos, quiero mirarte y ver cómo se te dilatan las pupilas mientras me la chupas.

Como respuesta me gano una lamida circular alrededor de mi miembro duro y erecto, que me hace gemir. Le pongo la mano a la cabeza para empujarla, y

noto que ella da lametazos, igual que si se estuviese comiendo un polo de fresa.

—Métetela entera en la boca, Bárbara —gruño, muy excitado y sumamente cachondo, moviendo la pelvis para seguir disfrutando de esa sensación tan maravillosa.

Se dedica a succionarla hasta que me roza los huevos con los labios. Imprime su gesto de energía y empeño, mientras se ayuda con la mano derecha, con la que me acaricia los testículos hasta en la base de mi polla cuando no logra tragarla hasta el final. Verla así de entregada me enciende de una forma desmedida; nunca me he excitado tanto con el sexo oral como con ella. Por un momento, me abstraigo cerrando los ojos y, aun así, veo su imagen, esa carita pícaro sonriéndome. Siento sus gemidos vibrar en mi glande palpitante, y la detengo, antes de explotar.

—Para, o esta fiesta terminará antes de tiempo —susurró, alzándole la cara. Luego la cojo por la cintura y la beso de nuevo.

Es adictiva, su sabor es como un estupefaciente, que una vez lo pruebas ya no puedes parar de consumirlo. Creo que me pasaría la vida besándola, si no fuera porque mi polla reclama atención. La sujeto por las caderas para tenderla de nuevo en el diván, donde la dejo tumbada mientras ella frota sus pechos contra el vello que cubre mis pectorales, arrastrando la mano por mi nuca, por mi espalda, dejando surcos sutiles con las uñas en mi piel.

—Joder, Tomás, fóllame ya o volveré a correrme —suplica entonces.

Dejo caer la pelvis sobre la suya, encajando el glande en la entrada caliente, hinchada y mojada. Me hundo en su interior despacio, y siento que sus paredes me invitan a quedarme, a adentrarme más. Siento sus contracciones como si nunca hubiese penetrado a una mujer, me quedo paralizado de una forma extraña, como si me faltasen unos segundos para tocar el cielo. Su humedad me está dejando fascinado, y sus gemidos, perdido.

La levanto, sin salirme de ella, quedando de pie y ella sentada para recibirme con las piernas enroscadas en mi cintura. Así puedo verla, me fascina observarla jadear, abrir la boca, dejar su aliento al aire. Aumento la velocidad mientras centro de nuevo la atención de mi boca en sus pezones, hasta que se los muerdo.

—Bárbara, no voy a tardar en correrme —le advierto.

—Yo tampoco.

Entonces la penetro con más dureza, sujetándola por la cintura, dando rienda

suelta a mi deseo mientras que ella aúlla cosas ininteligibles, al borde del éxtasis, hasta que explota y me araña la espalda al tiempo que su coño palpita a mi alrededor.

Una vez alcanza al placer, respira con fuerza y me acerca los labios al oído.

—Córrete tú ahora —jadea, mientras aprieta a propósito sus músculos internos alrededor de mi miembro, para provocarme más.

—¿Dónde quieres que me corra? —musito, acariciando sus cabellos, quitándole un mechón de la cara y dándome cuenta de que está preciosa, sonrojada y sudada.

—Dentro —dice, y me besa con frenesí—. Ha sido un polvazo, Tomás.

Cuando la escucho, me dejo llevar al tiempo que hundo la cara en el canal entre sus pechos, liberando toda mi esencia en su interior.

Hay ciertos momentos estelares en tu vida; como cuando consigues una meta deseada, o ganas algo, aunque sea un concurso de cervezas o una partida de póker memorable en el casino. O, en mi caso, cuando disfrutas el orgasmo más brutal de tu vida, tanto es así que pierdes el sentido de la vista durante unos instantes y sientes que tu corazón va a salirse del pecho.

Agotado, me estiro en el diván, tirando de ella para que se coloque encima de mí. Veo cómo se le cierran los ojos poco a poco hasta que se queda dormida, y se me antoja igual que un querubín, solo que más lascivo, con las piernas más largas y la falda más corta.

Los despertares más dulces suelen ser los de después de tener el mejor de los sexos, y esta vez no es diferente, pese a que haya dormido en el diván de mi despacho, algo totalmente inapropiado, y que quién abra la puerta sea Javier, el cardiólogo, que nos despierta de golpe.

—¡La madre que te parió, Tomás!

Lo primero que hago es tapar a Bárbara con mi propio cuerpo, antes de que ese perverso la mire demasiado.

—Javier, date la vuelta —gruño una orden tajante.

Una vez lo hace, permito que ella pise el suelo completamente desnuda y, con la misma gracilidad que una ninfa, busca la ropa del suelo y se viste con rapidez. No parece avergonzada, pero luego pienso que es Bárbara, y no encaja en el tipo de chica recatada.

—Tengo que irme, ya nos veremos —murmura, pasando por el lado de Javier sin mirarle, y sin dirigirme ni una pequeña sonrisa.

Esto no es bueno. ¿Qué cómo lo sé? Porque yo hacía lo mismo cuando no quería saber nada de la chica con la que acababa de acostarme.

—Verás cuando Guerra se entere... —exclama Javier, sentándose en la silla de mi escritorio.

—¡Que se joda! Bien que se tiró a Amaia cuando estaba saliendo con ella —se me escapa, buscando mi propia ropa por el suelo.

—¿De veras? Qué fuerte...

No voy a dejar que ponga sus sucias manos sobre ella mientras esté yo. No es que crea en la posesión de las personas; de hecho, es algo insano creer que una persona te pertenece, lo digo como psiquiatra, pero ya que vamos a ser algo más que amigos, voy a tener que establecer ciertos criterios. A diferencia de lo que la gente pueda creer, no me gusta compartir un mismo plato con otras personas, y menos cuando ese plato es mi favorito, y Bárbara, después de ese polvo espectacular, acaba de convertirse en él.

Bárbara me gusta, y no voy a ser el cabrón que solía ser, no con ella, y menos cuando no ha tenido a un hombre de verdad en su cama hasta ahora.

—Entonces, ¿ahora os acostáis? —pregunta Javier, confundido.

Pongo los ojos en blanco, llamando a mi paciencia para que acuda cuanto antes.

—Sí, Javi, por si no te ha quedado claro. ¿Algo que objetar?

—Por eso no querías conseguirme una cita con ella, ¡qué cabrón! —se lamenta—. Podrías habérmelo dicho.

—¿Qué quieres que te diga? A veces las cosas suceden sin más, no es algo que haya planeado. Ahora, por favor, sal de mi consulta, voy a vestirme —le pido amablemente.

—Cuánta susceptibilidad, y mira que acabas de echar un polvo...

El primero de muchos, pero no se lo digo.

Quiero tener todo el sexo que sea posible con ella; que venga precedido de un encuentro tras otro, de un roce o una caricia clandestina; aquí, en el pasillo, en el ascensor, en su casa o en la mía. Que busque mis reacciones recorriendo mi piel con la yema de los dedos. Que explore los rincones que no despertaron para que así amanezcan excitados y llenos de júbilo. Quiero que me deje hacer con ella todas mis fantasías, en todos los sitios. Y meterle mano buscando los

recovecos en los que pueda darle el más mínimo resquicio de placer mientras ella tenga una exultante y apremiante necesidad de recibirlo.

Quiero estar dentro, lo más adentro posible, metérsela hasta el fondo.

*La propuesta*

Bárbara

*E*l condón.

Tengo cientos de condones en la consulta, y curiosamente le di un paquete a Tomás el otro día. ¿Y qué hago yo? Me olvido de ponerle el puto condón. Con lo que soy yo, madre mía, que se lo digo, grito e impongo a todo el mundo. ¡Yo!

Me olvido de ponerle el jodido condón. Me estoy convirtiendo en una de esas personas que predicán lo que no creen. Por suerte, uso DIU desde los dieciocho años, así que no habrá ni mini Tomás ni mini Bárbara.

«Hale, ya tienes lo que querías, ¿eh rubia? ¿Satisfecha?» me digo a mí misma.

No, porque si fuese por mí habría habido polvo mañanero, pero Tomás Dauphine es de los que no repiten. Lo sé porque me metí en la página esa de Facebook que Lucía me dijo, y por lo que leí, se ha acostado con muchas mujeres. Eso sí, ninguna se quejó de la falta de condón ni de embarazo no deseado, puede que haya sido cosa de una sola vez.

—Barbi, cariño, ¿llevas la misma ropa que ayer? —pregunta Lola bajándose las gafas de cerca para observarme bien.

—Si. Dime que sigo teniendo ropa de emergencia en el armario —suplico.

—La tienes. Mariangi me contó lo que pasó ayer, lo de la ex de Juan. Menuda la Ruth esa, ¿no? —comenta, esbozando una mueca de desagrado.

—Dos no follan si uno no quiere. Excepto cuando lo hacen a la fuerza, pero eso no es follar, es una violación, y créeme, Ruth no cometió ningún delito. Da igual, es cosa del pasado, he seguido adelante —le aseguro, mientras me alarga una bolsa de plástico con una muda dentro.

—O hacia atrás. Mira que el doctor Guerra no me gusta un pelo, pero si es lo que quieres...

Digo que no con la cabeza, acercándome a ella.

—No me lo he montado con Guerra —sonríó, porque en el fondo, ha sido el polvo de los polvos.

Lo digo en serio, en ese orgasmo final he visto las estrellas y todo el firmamento.

—¿Y con quién entonces? No me digas que ha sido con Rafael, el críacerdos —se lamenta.

—No, el psiquiatra. Pero cállate, ¿eh?, que nos conocemos.

Lola me dedica una sonrisa triunfante, y hasta le brillan los ojos.

—Ese sí que me gusta, parece más serio y más centrado.

No le digo nada, porque si ella supiera...

¿Y ahora qué hago? No quiero arruinarlo todo con él, éramos amigos y me gustaba. No quiero que dejemos de serlo solo porque ignore a las mujeres con las que se acuesta, y todo por un calentón, aunque haya sido el top del top.

La mañana pasa lenta y tediosa, no puedo dejar de pensar en Tomás, y en que él seguramente ya habrá olvidado el efecto del orgasmo.

Lucía: «Cariño, aun no sé nada de ti desde que me preguntaste lo de la ex de Juan».

¡Oh, mierda! Tengo que hablar con ella porque es probable que cuando se entere de todo, ponga el grito en el cielo, así que la llamo directamente.

—Hola Lucy Liu —murmuro en voz baja, porque sé que ha sido cruel no decirle nada y dejarla en visto.

—Bárbara —escucho a través del auricular—, ¿se puede saber qué ha pasado? Llevo doce horas sin saber nada de ti. ¿Te has peleado con Ruth? ¿No estarás en el cuartelillo?

Dios mío, qué dramática se pone a veces. Y qué exagerada, yo nunca me pelearía con otra mujer por un hombre, antes la convenzo para iniciar una relación lésbica y dejar al tío a dos velas. Aunque no sea lesbiana, ni siquiera bisexual, pero eso sería secundario.

—No estoy en el cuartelillo, ni me he peleado con Ruth. Sólo vino a mi consulta y me enteré de que ella y Juan se habían acostado mientras estaba «intentándolo conmigo».

Vaya, eso ha sido extrañamente fácil de decir. Será que me he recuperado del todo con el sexo de ayer.

—¿Qué? Lo voy a matar, voy a retorcerle el pescuezo con mis propias manos. ¡Me lo prometió! Que con su ex estaba todo olvidado y que le gustabas de verdad. ¡Maldito capullo!

Joder, creo que se lo está tomando peor que yo, y mira que a mí me ha dolido en el orgullo, pero ella se lo está tomando muy a pecho. Supongo que si alguien se lo hiciera a ella yo haría lo mismo. O mejor, le rayaría el coche y le prendería fuego a su camisa preferida.

—Luci, tranquila, estoy bien. Juan me gusta, pero no estoy enamorada de él. Es completamente sustituible, así que no te preocupes, yo ya he pasado página. Hagamos ver que esto nunca ha sucedido, y por el bien de mi reputación de chica mala y perversa, no se lo digas a nadie.

Como siempre hago, claro.

—¿Quieres que nos veamos esta noche? Podemos poner música y beber como cosacas hasta el amanecer mientras rajamos de los hombres.

—Prefiero ver una película con una copa.

—¿En serio? O estás muy mal o estás divinamente. Me preocupas, Barbi.

—Lo segundo —reitero.

—Barbi...

Si no se lo digo, va a estar dándome el coñazo hasta que me muera.

—Ayer me acosté con otro tío. Así que sí, estoy divinamente.

Tan bien estuve que hasta se me olvidé de ponerme el condón. Pero eso no se lo digo, porque cuando le pasó a ella, le eché una bronca de padre y señor mío.

—¿Con quién? ¿Te has acostado con el doctor Frankenstein? ¡Oh, no Barbi!

—No fue con Guerra.

—¿Entonces?

En este punto, estoy en una gran encrucijada. Opción A: decirle que fue un compañero del hospital al que no conoce. Entonces me dejaría en paz, pero yo me quedaría sin la sabiduría que tiene sobre los hermanos Dauphine que ahora necesito. Opción B: decirle que me tiré a Tomás, al hermano libertino de su novio, tragarme un gran «te lo dije» y después de eso, pedir consejo.

A la mierda, hay cosas que no se pueden esconder, y menos a tu mejor amiga.

—Con Tomás. Y ya lo sé, pero me pone, ¿vale? Te lo dije, que me volvía loca, y después de la traición de Juan, necesitaba sentirme deseada.

Al contrario de lo que pienso, no me riñe. Será que fue ella la que me

incentivó a salir con él y ahora se siente culpable.

—Lo sé, dímelo a mí que estoy saliendo con su gemelo. ¿Y habéis quedado en algo?

—No, esta mañana he huido.

—Ya. Bueno, si para ti solo fue sexo... no hay problema.

—Solo fue sexo. Increíble y estupendo sexo, por cierto. El mejor sexo de mi vida.

—Vale, no quiero detalles.

—Es que no sabes cómo mueve la pitón Luci.

—¡Estás hablando de mi cuñado! Mierda, ahora cuando lo vea voy a pensar en su pitón, como tú dices.

—Lo único que me fastidia es que éramos amigos, y no quiero arruinar nuestra amistad por el sexo, aunque sea increíble.

—Bárbara Ponce dando prioridad a la amistad con un hombre... —señala.

—Será que nunca había tenido un verdadero amigo.

—¿Será eso...?

Me está ya mosqueando. ¿Qué demonios quiere decir?

—Luci, para ya. ¿Qué insinúas?

—Nada. Oye, tengo que colgar, que hay unos adolescentes haciendo el tonto en la sección juvenil. Hablamos luego.

—*Ciao.*

Mierda, no se lo he podido sonsacar. Pero lo haré, por supuesto.

A la hora de la comida, no voy a la cafetería como siempre. Vale sí, estoy siendo un poco cobarde, pero no quiero que me deje plantada, ¿de acuerdo? Pero en cuanto pasan quince minutos, recibo un mensaje suyo.

Tomás: «¿Me estás evitando?».

«No mira, nos hemos acostado y no voy a comer contigo por causas que no tienen nada que ver cuando nunca faltó.» ¿Colaría? No creo.

Barbi: «No».

Barbi: «Puede».

Barbi: «Mira, sí».

Tomás: «¿Por?».

Barbi: «No quiero que dejemos de ser amigos solo porque hayamos echado un polvo».

He sido sincera, ya está. Ahora es él quien tiene la pelota en su tejado.

Tomás: «Yo tenía pensado echar muchos más y continuar siendo amigos. Si quieres, claro».

¿Está bromeando? Porque si es una broma no tiene gracia, ¿eh?. Con estas cosas tan importantes no se bromea.

Barbi: «Pensaba que Tomás Dauphine nunca repetía».

Tomás: «¿Quién te ha dicho eso?».

Barbi: «Se dice el pecado, pero no el pecador».

No voy a decirle que soy una cotilla, que sé de la existencia de su página en Facebook... un segundo, ¿por qué no? Total, a mí me da igual.

Tomás: «Te estoy esperando en la cafetería. ¿Vas a venir?».

Barbi: «Dame cinco minutos».

Me pongo de pie nerviosa, y sin poder evitar mordisquearme las uñas ante el inminente encuentro. Es una estupidez, ¿por qué esta inquietud? No lo sé, es incomprensible, pero no le doy más importancia, así que bajo en el ascensor hasta la planta baja del hospital y cruzo las puertas.

Está en nuestra mesa, leyendo un libro. En su bandeja hay dos sándwiches, y dos aguas. Y esa expresión de pasividad arrogante, por alguna razón incomprensible, hace que mi tanga baje solo.

No soy de las que titubean, nunca lo he sido y no voy a empezar a serlo ahora. Así que voy hacia allí y me siento delante de él, esperando que note mi presencia, y lo hace.

—No deberías creerte todo lo que oyes ni lo que lees —murmura sin apartar los ojos del libro.

Tomás Dauphine podría llevarme al orgasmo sin moverse de esa silla, estoy convencida de ello.

Me he acostado con varios hombres en mi vida, algunos más guapos, otros normalitos, y él no es ni el más guapo ni el más alto ni el más atractivo, y por mucha pitón que tenga, tampoco es el mejor dotado, pero ejerce tal atracción en mí que me resulta inevitable pensar que es el mejor sexo de mi vida, y esto hay que aprovecharlo.

—No lo hago, pero nunca está demás preguntar.

Me mira a través de sus gafas de profesor sexy, ese que te tirarías en medio de la clase casi sin parpadear, muy intensamente.

—¿Qué ha pasado con Juan?

Sospechaba que tarde o temprano preguntaría por eso.

—Tener algo serio con alguien sin estar enamorada es... inútil.

—Ya lo sabía. En fin... —dice, cambiando de tema—, ¿qué dices a mi propuesta?

¿Su propuesta? Irresistible, por supuesto.

—¿Seguiremos comiendo juntos?

—Claro, solo que voy a meterte mano por debajo de la mesa. Espero que esto no suponga un problema.

Lo dice sin titubear, tan seguro de sí mismo, tan decidido, tan... tan Dauphine. Es delfín en francés, creo.

—Me gusta la idea. Yo voy a ponerte la polla tan dura como una piedra con el pie.

Le da la risa. ¿Por qué se ríe? Debería ponerse cachondo.

—Eres como mi hermano con las palabras malsonantes. Ver si voy a tener que lavarte esa boca con jabón —me regaña entonces, como si tuviese cinco años.

Solo que cuando tenía cinco años casi nadie me regañaba. Pero me muerdo el labio inferior y ladeo el cabeza medio sonriendo.

—Serías el primero en hacerlo. Pero te gusta, ¿verdad? Que te diga todas esas cosas. Creo —y chasqueo la lengua—, que bajo esta apariencia tan seria, tan neutral, tan decente... se esconde un jodido pervertido, un depravado y un salido. Y, en el fondo, me encanta —admito.

—A mí también me gustas, Bárbara. ¿Quieres que nos veamos esta noche? En mi casa, a las diez. Es el segundo, segunda.

—Allí estaré. Por cierto, ayer...

Mi frase se queda en el aire, pero con paciencia él espera a que termine.

—Vaya, que me gustó mucho. Me gusta experimentar, en este sentido —termino diciendo—. Y no veo la hora de volver a empezar.

Es que este hombre tiene la jodida habilidad de ponerme a tono solo con mirarme de forma lasciva.

—Yo también te quiero devorar, recreándome en ello mientras te lamo desde el borde hasta la punta mientras con los dedos acaricio el extremo de tu cuello, volviendo al reguero de saliva que ha dejado mi lengua en tu piel. Tengo varias teorías sobre ti, Bárbara Ponce, y creo que todas son acertadas. Pero la que más me pone es esa faceta tuya de alma pasiva en la cama que, con el estímulo necesario, se convierte en un ente peligrosamente activo.

Mentiría si dijera que ahora mismo no tengo las bragas muy, muy mojadas. Pero frunzo el ceño, confundida.

—¿Pasiva?

—Creo que intentas complacer al otro y a veces te olvidas de que debes dominarlo un poco para saber decirle qué quieres y qué no, para satisfacerte como te mereces.

Lo cierto es que la otra noche fue la más placentera de mi vida, y sí, nunca nadie se había preocupado tanto de que me corriese.

—Tengo trabajo, nos vemos esta noche.

Le guiño el ojo y me levanto de la mesa.

Me estoy comportando como una *femme fatale*, y no lo soy. Porque en el fondo, que me digan de esta forma que le gusto a alguien, sin peros, y que sea tan transparente es... es nuevo. Y de una forma particularmente sensual. Sin falsas promesas, sin palabras vacías. Sólo ha sido sincero conmigo, no me ha dicho que quiere ser mi novio ni salir conmigo, como muchos otros. Ni que esto es temporal, para conocernos, y luego cuando ven que yo no tengo interés se asustan.

Pero Tomás Dauphine ha llegado con sus aires de sabiondo irresistible, de hombre inalcanzable, y me está mirando el culo mientras salgo de la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja.

*Inocencia interrumpida*

Tomás

*H*ay cosas que suceden sin más, que pasan de la noche a la mañana, en un abrir y cerrar de ojos y que cambian toda tu perspectiva, tu manera de ver las cosas.

Eva lo cambió todo.

Llegó en un momento en el que estaba dispuesto a enamorarme, en que deseaba tener una relación con esa persona especial para mí, esa que hace que el corazón se acelere y que, en definitiva, acaba convirtiéndose en tu mundo. Quería encontrar a esa persona y pensé que la había hallado a las primeras de cambio. Estaba convencido de que Eva era el amor de mi vida, puse todas mis expectativas en ella y la subí a un pedestal, así que cuando lo descubrí todo, fue como caer desde un sexto piso cuando debería haber sido de la planta baja.

Eva llegó por casualidad, no supe hasta más adelante que fue por mi hermano. Fue la primera vez que me enamoré de alguien. Tenía los ojos entre azules y verdes, de ese color indescriptible con motas pardas. Eran cálidos y muy vivos. Solía adularlos, decirle que tenía los ojos más bonitos del mundo entero. Sin embargo, había cierta crueldad en ellos que decidí ignorar a sabiendas de que aquello podría pasarme factura, como acabó ocurriendo.

Desde entonces los ojos de las mujeres son, para mí, sinónimo de peligro. Son una trampa que puede llegar a ser mortal, porque te desarman y te distraen, y luego te encuentras de nuevo vulnerable y en desventaja. Mi regla después de lo de Eva ha sido no repetir jamás con una mujer, es cierto, Bárbara no ha dicho ninguna mentira. Pero ella es la excepción que confirma la regla.

Ella ha logrado entrar en mi vida cuando tenía la puerta herméticamente cerrada, y lo ha hecho sin exigir nada. Y sus ojos... hay algo en ese iris emborronado de verde suave, de tristeza escondida y de luz tenue. Son hermosos, vibrantes. Pero no hay peligro en ellos, ni una pizca, ni tampoco maldad.

No sé qué va a pasar con Bárbara, ni siquiera sé cuáles son mis sentimientos hacia ella, solo estoy seguro de que me gusta su presencia, de que añoro su risa cuando no la escucho y que me resulta agradable pasar el rato con ella. ¡Ah!, y el sexo es sublime. Sólo sé que me gusta, y que ha cambiado mi reticencia a entablar cualquier relación con una mujer. Puede que no llegue a nada, puede que me canse o se canse ella, o puede que nos vaya bien así. No lo sé, pero no voy a dejar que temores pasados estropeen lo que hay entre nosotros.

—Pregúntale a tu chica si el cerdo está creciendo como debería.

Alzo la cabeza y veo a Rafael delante de mi mesa, con su habitual cara de mala leche.

—Mi chica. Supongo que te refieres a Bárbara.

—Le regalaste un cerdo, ¿no? —pregunta.

Como si eso me convirtiese automáticamente en su novio. A veces me pregunto qué tendrá ese hombre en la cabeza.

—Sí, pero... es igual. Ya se lo preguntaré. ¿Dónde está Javier?

Con lo bocazas que es, supongo que ya todo el hospital sabrá que nos hemos acostado. No le culpo, su vida privada es inexistente.

—Tenía que hablar con el forense. No creo que tenga tanta suerte, pero vaya, dijo que iba a intentarlo —exclama, y veo un brillo extraño en su mirada verdosa.

—¿Quién es el forense?

—No tengo ni idea.

Me inquieto en mi silla, albergando ciertas dudas a lo que dice.

—¿De veras? Creo que debería saber quién es ese forense, aunque en mi área por suerte, muchas muertes no veo.

—Creo que ha bajado a los sótanos, y por supuesto, no le he acompañado. Además de ser un lugar lúgubre y oscuro, y dar mal rollo, nunca está allí, o eso me han dicho. Envía los informes por correo electrónico.

—Estoy preocupado por Javier.

—Javi se ha obsesionado con la tal Amaia, que no para de darle calabazas

ahora que Guerra vuelve a hacerle caso —explica negando la cabeza y lanzando un suspiro—. Le hace falta echar un buen polvo.

Ahora el que niega con la cabeza soy yo.

—Aunque tuviera sexo, seguiría sintiéndose solo. Lo que tiene es una gran falta de carencias afectivas. Lo que necesita es una novia.

—Tú eres el psiquiatra —me da la razón, y se lo agradezco—. Por cierto, asegúrate de que tu novia no se deshace del cerdo, y sobretodo, que no se lo dé a la maldita arpía de Lola.

Creo que nunca había visto a Rafa cabreado. Es decir, cabreado de verdad, porque su estado siempre suele ser el de alguien amargado, con pocas ganas de mantener contacto humano, huraño y algo borde, pero ¿enfadado? Nunca.

—¿Quién es Lola?

—La enfermera de tu chica. Le gustan demasiado los embutidos.

Se me escapa la risa al escuchar esto, y enseguida me entran ganas de conocer a la tal Lola. Creo haberla visto antes, de la primera vez que fui a hablar con Bárbara, pero las imágenes están borrosas en mi cabeza.

—Ya. Oye, tengo un paciente dentro de cinco minutos, ya te diré algo sobre el estado del cerdo.

Asiente y sale de mi despacho. Esto del cerdo, la verdad es que suena muy raro, pero pese a eso, intento no darle muchas vueltas.

La tarde pasa lenta, muy lenta, y es porque solo quiero llegar a casa y hablar con Bárbara. Porque quiero hablar con ella, lo de este mediodía me ha sabido a poco, y qué decir de lo de esta mañana... maldito Javi, ¿por qué tenía que entrar justo en ese momento?

Quiero más de Bárbara, mucho más. Así que cuando llego a casa, le envío un mensaje nada más cruzar la puerta y meterme en la ducha. En cinco minutos estoy limpio y vestido, listo para recibirla. Cuando escucho el sonido del timbre, una excitación nerviosa y una sonrisa de majadero me curva los labios. Allí está, delante de mi puerta. No va especialmente arreglada, pero para mí está perfecta con unos vaqueros anchos y una camiseta de tirantes negra cuyo escote no pasa desapercibido.

La siento cálida y fresca, como una brisa de verano.

—Tienes el buzón lleno, ¿lo sabías? He tirado a la basura la propaganda que sobresalía, espero que no te moleste.

Entra sin que yo la invite y vaga por mi casa con tranquilidad, observándolo todo.

—No me importa. ¿Qué tal ha ido tu día?

Cuando termina de inspeccionar mi apartamento —muy simple e impersonal, todo hay que decirlo, y bastante parecido al suyo—, viene hacia donde estoy yo, junto al sofá.

—No ha ido mal. Aburrido. ¿Qué quieres hacer? Las posibilidades son extensas.

Al decir eso, veo cómo me recorre con la mirada de arriba abajo, deleitándose en mi cuerpo. Y yo me siento poderoso, atractivo, viril.

—¿Quieres saber cómo termina el libro?

Su cara cambia radicalmente, dejando paso a la emoción. No es algo sexual, sino muy distinto, esa que Bárbara muestra cuando algo le apasiona de verdad.

—Me encantaría. Porque no lo matan, ¿cierto? Espero que sea todo una de esas paranoias donde nada es lo que parece.

No le cuento que no es así, solo lo busco en la estantería de la derecha y me siento. Ella se tumba en nuestra ya posición habitual. Me da la sensación de que llevamos toda la vida haciendo esto, tengo esa sensación de familiaridad con Bárbara, como si la conociese de mucho antes.

A medida que voy leyendo, puedo sentir en mis piernas sus movimientos de sorpresa, de emoción y finalmente, de susto. Es muy expresiva, tanto que podría decir en voz alta qué es lo que está pensando en cada momento.

—«Después entró en su casa por la puerta trasera, que estaba abierta desde las seis, y se derrumbó de bruces en la cocina». Fin.

Su mano llega a la mía y la aprieta con avidez, con un temblor momentáneo y entonces, al mirarla, veo que una lágrima resbala desde su ojo derecho hasta mojar su cabello.

—Lo han matado. No puedo creerlo —musita para sí misma.

—Muñeca, se llama *Crónica de una muerte anunciada*... creo que te dan pistas suficientes.

—También llaman *Apocalipsis* a una película y no es el verdadero fin del mundo. ¡Eso nunca se sabe! ¿Hay segunda parte? ¿Me la leerías? —pregunta con su carita de no haber roto un plato en su vida, frunciendo su boca de muñeca de porcelana mientras hace revolotear las pestañas.

—No la hay. Pero podemos leer otro, si quieres.

Si hay algo que me fascina de ella, es esa sonrisa genuina y real que te dedica. No es muy habitual, pero cuando lo hace, parece que el mundo se ilumine. Es una sonrisa demasiado bonita para ser real, como ella.

—Me encantaría. ¿Sabes? En el fondo ha sido como ver una película, solo que a medida que leías, era yo quién me imaginaba lo que pasaba, y lo bueno es que hay multitud de detalles de los que te das cuenta, y en la película pasan desapercibidos, si es que los hay. No sé si estoy diciendo tonterías —dice, quitándole importancia.

Sonríó mientras se incorpora para quedarse sentada en el sofá.

—No las dices.

Entonces se sienta a horcajadas sobre mí, acariciando mi rostro con ternura, lentamente, dejando que la piel de su dedo índice provoque cierto cosquilleo a mi frente, en mi sien y en mi mentón.

—No sabía que la pitón estaba despierta... —Profiriendo un gemido tras manifestar lo evidente, se acerca un poco más a mi cuerpo, haciendo que nuestros sexos se rocen.

—No sé qué me gusta menos, que la llames pitón o polla —declaro, buscando sus nalgas con mis manos y apretándolas con fuerza.

—¿Al doctor no le gusta que diga guarradas? —susurra cerca de mi oído, dejando su suave aliento en él, haciendo que mi voluntad de ir despacio de vaya al garete.

Aparto su cabello rubio platino de su rostro, y le coloco un mechón rebelde detrás de la oreja, antes de empezar a besarle la frente, las cuencas de los ojos, la nariz, las mejillas, el mentón, hasta alcanzar sus labios.

—Me gusta que me las digas en la cama, no fuera de ella.

La tomo por la barbilla para besarla, enroscando la lengua con la suya, degustando su saliva. Sabe a pecado y a lujuria, pero también a algodón de azúcar. Me separo un poco para observar cómo la tenue luz de la lámpara envuelve su rostro y me quedo paralizado durante unos instantes, porque se me encoje el corazón ante la visión de esa boca roja y de esos ojos acuosos y melancólicos. Así que vuelvo a besarla con vehemencia, explorando cada parte de su boca, mordisqueándole los labios y devorando cada centímetro.

Siento antojo de su piel, de ese sabor salado que me deja en las papilas gustativas. Quiero ponérsela roja de tanto besarla, y así empiezo con su delicado cuello, que lamo y succiono haciendo que jadee. Sus jadeos me vuelven loco, son como un chute, una descarga en mi excitación.

—Desnúdame, Tomás —susurra entonces, a la par que busca el extremo de mi camiseta y la sube para dejar mi pecho desnudo y, a su antojo entonces, empieza a acariciarlo.

Voy a disfrutarla, a tocar cada parte de su piel, a besar cada uno de sus puntos débiles. Así que no dudo en sostenerla por el trasero y levantarla del sofá a peso para llevarla hasta mi habitación. La dejo caer con cuidado encima de la cama, y acto seguido me pongo encima, apoyándome en las rodillas y la palma de mis manos.

—No te muevas ahora —le advierto.

Entonces soy yo quien se pone a quitarle la camiseta, luego le desabrocho el botón de los vaqueros y se los bajo hasta quitárselos. Allí está, con su ropa interior de color fucsia, en mi cama. También me la imagino en la mesa de la cocina, en el salón... en todas partes. Bárbara pega con todo. Me inclino para besarla, y vuelvo a la conquista de su piel, esta vez le lleno el escote de saliva con ávidos lametones, con mordiscos leves, hasta que ella misma se quita el sujetador dejando ver sus preciosos pechos.

—Mímalas como tú sabes...

El deseo es evidente en su voz, aterciopelada y suplicante. Yo la complazco, apretando sus pechos mientras intento abarcarlos con las manos, luego me llevo el derecho a la boca, lamiendo su pezón, succionándolo frenéticamente hasta mordisquearlo. Hago lo mismo con el otro mientras que Bárbara se mueve inquieta entre gemidos. Empiezo a conocer qué es lo que le gusta y lo que le vuelve loca, y esto le encanta.

Regreso a su boca, haciendo que mi pecho quede pegado al suyo. Sentir que sus pezones rozan mi torso lleno de vello me produce una excitación increíble, y creo que a ella también. Sentirla así de caliente es sublime; la veo tan deseosa, tan bonita, tan necesitada de cada caricia...

—Muñeca, voy a saborearte. Abre bien las piernas —le susurro, mientras le quito el tanga que aún llevaba puesto.

—Por favor —me ruega, y las separa.

Afuera está anocheciendo, pero por la poca luz que entra desde la ventana vislumbro su coño húmedo, de labios hinchados y sonrosados. Acercó mi rostro hacia él y huelo a ese algodón de azúcar igual a que si estuviese en plena feria. Acaricio primero el interior de su muslo en sentido ascendente, recreándome en esa sensación tan placentera de tenerla a mi merced, de ver cómo gime cuando nota mi aliento en su sexo. Se retuerce cuando deslizo la lengua en la entrada de su cavidad y mis labios se pegan a su clítoris. Gime desafortadamente mientras la devoro con ansia viva, mientras degusto cada gota de néctar que brota de su interior.

—Joder, doc, vas a hacer que me corra...

Succiono con ímpetu una última vez, dejando que mi lengua abandone esa superficie gloriosa.

—¿Te gusta como lo hago? —pregunto, desabrochándome los pantalones—. Dímelo.

Asiente, dejando caer la cabeza encima del colchón con cara de satisfacción.

—Me encanta. Joder, estoy muy puesta.

Me hace gracia esa expresión, pero yo también estoy muy, muy excitado y solo pienso en hundir mi miembro en ella cuanto antes. Así que dejo caer la pelvis sobre la suya, buscando su abertura con la punta de lo que ella llama pitón. Encajo el glande en su húmeda y caliente entrada y, de un golpe, me hundo en ella.

Ella suspira de placer, así que retrocedo para, en cuestión de segundos, penetrarla otra vez, pero esta vez despacio, mientras las paredes de su coño van acogéndome centímetro a centímetro. Busco su boca, que me recibe con anhelo, y siento cómo sus piernas delgadas y firmes se elevan para rodear mi trasero.

Pero me detengo, y rodando sobre la cama, hago que sea ella quien se quede encima de mí. Me mira al principio confusa, sin saber muy bien qué hacer.

—Fóllame, muñeca —le pido, mientras que con la mano derecha busco su clítoris y lo estimulo con los dedos.

—¿Vas a dejar que diga guarradas? —pregunta, abriendo la boca para lanzar un suspiro de placer.

—Voy a dejar que hagas lo que quieras.

Es una jodida fantasía tenerla encima, con sus pechos prácticamente encajados en mi rostro, rebotando cuando empieza a moverse, colocando las manos sobre mi pecho. Arquea la espalda y levanta la pelvis, buscando cada roce con mi miembro duro y palpitante, frotándose desde delante hacia atrás con mi hueso púbico, recorriendo de arriba abajo mi falo con su vagina.

Estoy disfrutando como un energúmeno del espectáculo, pero quiero ser partícipe así que no dudo en llevarme uno de sus pechos a la boca, haciendo que se muestre aún más desenfundada, porque empieza a moverse más rápido.

—Así muñeca... fóllame duro.

No se lo piensa dos veces y se deja caer con rapidez, acompañando sus movimientos con círculos, cosa que hace que me excite mucho más. Vuelvo a

meter el pulgar entre sus pliegues y estimulo ese botón haciéndola cerrar los ojos y jadear impúdicamente. La visión de sus pechos sudorosos balanceándose es superior a mí, y no puedo más que volver a lamerlos, para luego apretujarlos con mis manos, y pasar el pulgar por sus pezones pétreos hasta pellizcarlos. Cuando veo que entonces ella misma es quién, con su dedo, va estimulándose en su parte baja, siento que desfallezco ante el deleite que me provoca aquella visión.

Creo que nunca he visto nada más erótico que Bárbara cabalgando mi miembro mientras se enerva con las caricias en sus pechos. La dejo hacer mientras marca el ritmo y se estimula. Mierda, me voy a correr, así que se lo hago saber.

—Yo también—susurra ella.

Siento que me envuelve, que succiona mi miembro mientras grita mi nombre y yo la beso de forma abrupta, necesitado de su aliento, de su pasión desmesurada, hasta que también exploto, y hundo mis gemidos en su garganta. Todo yo tiemblo, aún con mi miembro palpitante en su interior, su cabeza apoyada en mi hombro y el pelo revuelto.

Con mi deseo impreso en su piel, la estrecho con fuerza dejando los brazos encima de su espalda, procurando normalizar mi respiración. Es perfecta, Bárbara es perfecta.

—Me ha encantado—susurro aún con los ojos cerrados.

Ella asiente y deja salir un suspiro.

—A mí también. Nunca había probado mi faceta dominante en la cama, me gusta. ¿Qué hora es?

Pasadas las nueve, seguro. Pero no lo sé y tampoco voy a moverme para averiguarlo.

—No lo sé, pero es de noche—señalo algo obvio.

—Es tarde, debería marcharme.

Lo dice, pero finjo no oírla, y por supuesto no la suelto. Me gusta demasiado sentir su cuerpo desnudo encima mío.

—Duérmete, muñeca.

Es lo único que le digo. Por suerte no rechista, solo cierra los ojos y deja que el sueño la venza.

*La cosa más dulce*

Bárbara

*D*ormir en una cama extraña no es habitual en mí. ¿Por qué? Pues porque odio profundamente las mañanas. No son idílicas como las pintan en las películas, ni hablar. La chica, después de tener una noche de sexo salvaje, no despierta fresca como una rosa, sino despeinada, con mal aliento, por no haberse podido lavar los dientes, y con el maquillaje corrido.

Justo como yo debo de estar ahora mismo.

Tengo un sexto sentido en estos casos que suele funcionar. Me despierto antes de que amanezca y salgo cagando leches. Suele funcionar, pero hoy no lo hace. Parece que no he dormido en semanas, porque no me he despertado y he dormido como un tronco y encima de Tomás, literalmente.

Joder, si es que creo que sigue teniendo la polla dentro de mí. Joder, ¡joder! Que se está excitando... Noto cómo va creciendo centímetro a centímetro. La madre que lo parió, esto me está poniendo a mil por hora. No sé qué hacer, así que no me muevo.

Vale, puede que un poco, pero es que estoy:

1. Desnuda sobre un hombre que a la vez también está desnudo.
2. El hombre es absolutamente una delicia, muy varonil, inteligente y sensual...
3. Su miembro prácticamente me está follando.

No puedo no ponerme cachonda, no puedo. Aun así, lo estoy, por lo que busco ese pequeño roce casi imperceptible, moviendo ligeramente la cadera, algo que hace que mis partes bajas encuentren algo de alivio. Tendría que tener suficiente fuerza de voluntad para levantarme e irme, en vez de estar

mendigando contacto sexual. Como si no hubiese echado un polvo en años, ¡madre mía!

Pero es que Tomás es el dios del sexo hecho carne, no hay más. Y me gusta estar en su cama, oler a su colonia y abrazarle por la noche.

No tengo tiempo de protestar, pues planta las manos en mi trasero, aprisionando mi cuerpo, y su boca se posiciona sobre la mía para ofrecerme una caricia seguida de una burbujeante lamida en la oreja. ¡Oh, Jesús! Esto hace que a toda la parte derecha de mi cuerpo se le ponga la piel de gallina. Busca mi clítoris con la mano derecha mientras que con la izquierda sigue sobándome el culo.

—Buenos d-días a ti también—susurro.

Se me olvida el pensamiento, el sudor, los pelos de loca..., se me olvida todo, hasta mi nombre. Ese es el efecto que tiene Tomás en mí, que el mundo a mi alrededor desaparece por completo y solo existe él, solo existimos nosotros.

—Te los estoy dando, muñeca.

Entonces me muevo sinuosamente, como si fuese un gato desperezándose, y arqueo toda la espalda mientras noto que su miembro se levanta aún más y adquiere más dureza.

—Te habrá puesto cachondo mi aspecto mañanero parecido al de una...

No me deja continuar porque vuelve a besarme, sin casi dejarme respirar. ¡Oh...! Sus besos son demasiado intensos, y hacen que mi glucosa baje a menos mil.

—No acepto una palabra que no sea diosa, muñeca. ¿Quieres que esta vez te folle yo, o quieres seguir estando arriba?—pregunta.

Es el hombre más considerado con el que he estado en la cama, sin duda, y el que más guarro y más tierno se pone. Que me ha llamado *diosa*, ¡joder! Esto me tiene totalmente fascinada, así que le muerdo el lóbulo de la oreja para excitarlo más.

—Fóllame, doc—ordeno.

Tarda menos de dos segundos en levantarme por las caderas, abandonando la calidez de mi vagina para tumbarme boca arriba en la cama y colocarse entre mis piernas. Quiere lamarme de nuevo, pero yo no le dejo, porque quiero que sea rápido y tome el control, porque quiero un polvo mañanero excitante y sucio. Lo quiero adentro, muy adentro, a ver si saca con un orgasmo esta quemazón que siento por dentro.

Hunde su miembro en mi interior mientras me frota los pechos con las manos, inclinándose para mordisquearme el cuello. La embestida es brusca y salvaje, y jadeo ante tanto anhelo, pero también llena de caricias y de besos. Los besos que me da mientras mueve las caderas hacen que al mirarle a los ojos encuentre algo inesperado, algo intenso y descomunal, algo que me asusta y me atrae al mismo tiempo. No puedo despegar las pupilas de las suyas, están dilatadas y llenas de deseo. El estómago se me contrae y el corazón me palpita con fuerza.

Verlo así de entregado es una sensación indescriptible, resulta tan dominante, tan tirano... pero a la vez tan complaciente. Me siento unida a él de una forma que no había percibido antes con nadie.

Entonces se inclina y me susurra muy lento:

—Me gustas mucho, Bárbara.

Esas no son palabras guarras y excitantes, no lo son. Son más que eso, son una declaración sincera, lo dices porque lo sientes de veras.

—Me encantas, Tomás.

Mi respuesta también es sincera, y sin más preámbulos, ambos nos corremos al unísono, explotando en un gozo colosal que nos quema y nos arrastra como meras hojas ante una inminente cascada.

Lo ha vuelto a hacer, me ha vuelto a follar como nadie. Creo que ya puedo morir en paz después de haber echado tres polvos fantásticos en menos de cuarenta y ocho horas. En mi epitafio podrían poner: «Murió satisfecha».

—¿En qué estás pensando?

—En mi epitafio.

Mierda, no debería decir esas cosas, siempre me olvido de morderme la lengua.

—¿Quieres añadirle diosa mañana? —bromea entonces.

—Algo así. Creo que debería irme a casa, ducharme, y prepararme psicológicamente para traer al mundo una vida —reflexiono en voz alta, pero me cuesta moverme.

Es que se está muy bien aquí, calentita entre sus brazos...

—¿Qué te preocupa?

Arrugo la nariz mientras me observa con sus ojos oscuros y somnolientos. Y ese pelo despeinado que lo hace parecer una estrella de *rock* después de un concierto.

—No es preocupación sino paciencia. El histerismo de los padres

primerizos a veces es muy duro de soportar. ¿No ibas a psicoanalizarme?

—Puedo hacerlo cuando quiera y no te darías cuenta. Pero no hace falta, tus traumas son más que evidentes.

—Ya me lo imagino, y más viniendo de un psiquiatra. Pero te acuestas conmigo, al menos eso quiere decir que no estoy tan pirada, ¿no?

Intento sacarle hierro al asunto, la verdad, porque que Tomás intuya mis secretos y tormentos no sé si es bueno.

—Podría ser. O a lo mejor soy yo, que me va el riesgo.

—No lo creo. Me pregunto cuál es tu película favorita.

Ahora mismo me he vuelto un ser insaciable de conocimiento, y no precisamente de la historia universal sino de conocimientos sobre Tomás. Porque me he dado cuenta de que cuando más sé, más me sorprende y más quiero saber. Es un hombre muy interesante, y hay ciertos secretos de él que estoy dispuesta a descubrir. Soy curiosa por naturaleza, así que esto estaba predestinado a ocurrir.

—Adivínalo —susurra, haciéndose a un lado y abrazándome por detrás mientras apoya la barbilla en mi hombro.

Eso de venir a su casa para que me leyese ha sido una buena idea, porque a diferencia de la anaconda, la pitón es muy juguetona, insaciable y se mueve mucho mejor. Si las comparamos, son más o menos del mismo tamaño —y no, no soy de las que miden el pene los tíos mientras duermen—, aunque un pelín más gruesa, y como ya he dicho, tiene un ritmo muy superior. Así que, definitivamente he salido ganando.

—*¿El silencio de los corderos?*

Suelta ir un suspiro que aspira a ser una risa endeble en mi cuello, haciéndome algo de cosquillas.

—Qué graciosa. No, es más antigua.

—*¿Instinto básico?*

—No sale ningún psicoanalista ni psiquiatra ni psicólogo, muñeca.

—Entonces me estoy confundiendo. ¿Por qué me llamas muñeca?

—Prefiero llamarte muñeca a Barbi, aunque en el fondo son lo mismo. Pero esa palabra sale en mi película favorita —revela.

—Veamos, dices que es antigua, pero ¿cómo de antigua? Para mí son las anteriores a 1990.

—Es en blanco y negro.

—¡Uy...! —me lamento—, esas no las domino tanto, pero si quitamos los

*westerns*, las de Katherine Hepburn, Cary Grant y Ava Gardner...

—¿Por qué?

—Porque son mis actores favoritos de la época, y sé que ninguna de esas películas sale la palabra muñeca —le explico.

—¿Quieres una pista?

La verdad es que estoy bastante perdida, así que sí, sería de agradecer.

—Por favor...

—El título tiene nombre de ciudad.

¡Oh, ya lo tengo!

—¡Madre mía, doc! Pero si *Casablanca* es un clásico —adivino con facilidad.

—¿Qué puedo decir? Soy un nostálgico.

—Pero en inglés no es *doll* sino *kid*.

—Lo tradujeron como muñeca en vez de niña o pequeña, porque puede que sonase un poco pederasta. Pero ese niño que llevo dentro y que la vio por primera vez a los quince años, enamorándose del personaje de Humphrey Bogart, escuchó muñeca.

—Entiendo...

Los latidos de mi corazón suben a una velocidad vertiginosa cuando deposita un beso en mi mejilla y se levanta de la cama.

—Voy a ducharme o llegaré tarde. ¿A las dos como siempre?

—A las dos —asiento, sonriendo.

Si esto es el Cielo, no se está nada mal.

—¡Qué fuerte!

Cuando Mariangi vuelve a la consulta sin el *croissant* que le había pedido, lo hace con un brillo en la mirada y un nerviosismo hasta ahora desconocido en ella.

—¿Dónde está mi *croissant*? —me quejo yo.

—¡Ay, lo siento! Pero ¿es que no sabes lo que ha pasado en la cafetería?

Lola tiene una especie de sexto sentido en la cabeza, solo que en vez de ver muertos como el niño que tan mal rollo da, huele los cotilleos a kilómetros de distancia, y como buen labrador, se asoma por la puerta justo a tiempo.

—¿Qué ha pasado?

Mariangi, al ver que el público ha aumentado, decide ponerse en ambiente y se aclara la garganta antes de empezar el relato.

—Estaba yo entrando en la cafetería, pensando en mis cosas, sobre Nacho, un amigo con el que me acuesto veces pero que tampoco me gusta demasiado y la verdad, que tengas un *piercing* allá abajo dificulta mucho...

—Niña, que no tenemos todo el día —la apremia Lola.

—Perdón, perdón. Iba hacia la cola, cuando un hombre se me ha cruzado mientras se comía un Kitkat, y de repente ha empezado a toser porque se estaba ahogando. Sin pensarlo mucho le he dado la botella de agua que acaba de rellenar, pero el hombre me ha cogido por el pescuezo mientras decía «¡Me ahogo!», a la vez que me estaba ahogando a mí.

—¡Qué dices! — exclamo, alucinando con la historia.

—Sí, sí. Y entonces ha llegado mi héroe. Me lo ha sacado de encima y, por detrás apretando en el estómago, también le ha salvado la vida al hombre ese. Ha sido magnífico, maravilloso, ¡Dios! Me he enamorado.

Algo en la nariz, solo hacerlo cuando hay cosas que no me convencen, y esto precisamente me suena a cuento infantil.

—¿Y quién ha sido? —pregunto entonces.

—El doctor Fabra.

—¿Y quién es ese?

—Es el cardiólogo —murmura Lola, que sabe perfectamente lo poco que me gusta esa especialidad.

—¡Ah...! —suelto un gemido y sigo escribiendo en el ordenador.

—Sé que no es el doctor más guapo que existe, pero... ¡Qué hombre!, preparado para la acción, salvando vidas, sin titubeos ni dudas —dice Mariangi emocionadísima.

¿Existe un término para enamorarte de quién te ha salvado la vida? Tipo Síndrome de Estocolmo. Tengo que buscarlo.

—No es por cortarte la fantasía, pero los cardiólogos suelen creerse dioses, seres superiores, para ellos el resto de las mortales somos meras motas de polvo en su camino. Y como no tienen tiempo, se lían con sus secretarias, sus enfermeras o sus alumnas, olvidándose por completo de su progenie.

Vale, esa es mi experiencia personal y mi rabia hacia mi figura paterna, soy consciente de ello.

—Cariño, ese es tu padre. Javi es un encanto que no se come un rosco — explica Lola entonces, en un intento de calmar la situación.

—Todo vuestro, entonces.

—¡Oh, vamos!, no te hagas la tonta. Si todo el hospital se huele lo que tú y el doctor francés hacéis —dice Lola poniendo voz de presentadora de televisión.

—¿Sexo? Creía que estas alturas hasta las piedras lo sabían.

—Yo lo sabía —dice Mariangi—. Me lo contaste tú —señala a Lola.

¡Qué raro!

—Vamos cariño, sigue diciéndote esto a ti misma, a ver si te lo crees.

—Que sí, Lola, no te estoy mintiendo.

—Que yo no digo que no os acostéis, cariño, sino que te estás enamorando.

—¿Yo? —profiero, elevando la voz—. ¡Qué dices! Me gustaría enamorarme, pero Cupido pasa de mí.

—Vamos a ver; hablas con él a todas horas, que lo veo... Te ves con él casi cada día, coméis juntos y te gusta mucho. Dime, ¿cómo te sentirías si todo terminase?

Lo pienso, y aunque es algo que me cuesta imaginar, cuando lo logro veo que es algo distinto a mi ruptura con Juan. Hay algo que me bloquea el estómago y se me ha puesto un nudo en la garganta que me impide respirar.

—¿Muy dolida? Es que Lola, también somos amigos. Ya sabes que no tengo muchos amigos.

—Ya. Bueno, tú piénsalo, y tú —se refiere a Mariangi—, pídele una cita a Javi, que, seguro que está encantado, con lo monina que eres.

—¡Ay!, si es que yo tenía un amor platónico aquí, en el hospital, y ahora tengo dos.

—¿Quién? ¿No será Guerra? —pregunto con temor.

—Rafael, el recepcionista. Lástima que sea tan borde —se lamenta entonces.

—Nena, a este no lo mires mucho, que es más raro que un perro verde —susurra Lola.

Su enemistad con Rafael es palpable desde el incidente del cerdo.

—Y el doctor Dauphine también es muy guapo —comenta Mariangi.

Pero me giro y digo que ni hablar con mi mirada

—A ese ni tocarlo, que me lo estoy tirando yo —advierdo para marcar territorio.

—¿Sois exclusivos? —dice Lola con un guiño de ojo.

¡Será cabrona! Pues no lo somos, bueno..., no hemos hablado de eso. Pero,

como dicen, ojos que no ven corazón que no siente, si se acuesta con otras no quiero saberlo. Pero podría investigar. O preguntarle a Lucía...

En el fondo, es una cuestión de seguridad, porque ni ayer ni esta mañana se ha puesto el condón. En serio, ¿qué coño me pasa? ¿Hola, cerebro? ¿Hola, sentido común? A este paso voy a coger una ETS como una catedral.

Tengo que averiguar si está con otras, es de vital importancia. Y hacerme un análisis.

*Quiéreme si te atreves*

Tomás

«La noche pasada fue sublime. Y esta mañana también. Nos metimos en la cama comiéndonos a besos. Tiramos la ropa por el camino desde la puerta de entrada hasta el borde mismo de la cama, sin poder hacer nada por evitarlo.

Tu vestido blanco, mis pantalones negros, la ropa interior de los dos, bragas, calzoncillos y sujetador. Dejaste que te cogiese por la cintura y te levantase para que me rodearas con las piernas, con el deseo explotándome a borbotones, con las ganas diseminándose por la habitación y todos lados. Me lo tomé con calma, recreándome primero en tu espalda un cosquilleo dinámico, agudo, después en tu cuello y, por último, entre tus piernas. Sentías mi lengua pasando y repasando cada uno de tus huecos, sentías la yema de mis dedos deslizándose por tu piel.

Me fascina ver tu placer. Es un incentivo glorioso al mío, porque tus ganas alimentan las mías, tus gemidos me hacen gemir, tu deseo se convierte en el mío también. Hice y deshice todos y cada uno de tus nudos bebiéndote entera, dejándote seca, abriéndote las piernas aún más para lamerte y chuparte hasta que te corriste...».

Sería bonito dárselo, aunque yo no soy escritor como Marcos, y quizá entraría en el ámbito de la literatura erótica. Pero solo tengo una conclusión: estoy enfermo.

Debo estarlo, porque la cantidad de eyaculaciones que llevo en una semana no son normales. Lo digo muy en serio, nunca había practicado tanto sexo, en mi vida. Ni siquiera me ponía tan cachondo desde que estaba en plena adolescencia.

La culpa de todo la tiene Bárbara.

No puedo resistirme a ella cuando me pone esa cara de niña buena viciosilla, cuando parece que me esté radiografiando al mirarme desnudo o cuando empieza a decirme guarradas. Hasta empieza a ponerme cachondo todo ese rollo de la pitón, pero por supuesto eso voy a seguir negándolo.

Pero eso no es lo peor...

Si fuera solo sexo, todo sería más fácil. Tremendamente fácil, pero no lo es. Desde el momento en que pienso en ella al levantarme de la cama hasta acostarme, sé que no es solo sexo. Sería fácil negarlo, decir que es una simple necesidad fisiológica, alegar que la atracción que hay entre nosotros puede llegar a nublar la realidad, pero si hay algo que he aprendido es que ocultarte a ti mismo lo que realmente hay, es una mala idea, porque acaba estallándote en la cara.

Y ahora mismo sé que con Bárbara hay más que sexo. Hay una conexión especial, un sentimiento de protección hacia ella, una cierta dependencia emocional, y con ello no me refiero a una necesidad, sino a la voluntad de estar con ella.

Me refiero a que quiero estar con ella. Simple y llanamente.

Bárbara: «Doc, ¿sabes por dónde estoy pasando?».

Me llega un mensaje suyo, justo cuando estoy pensando en ella. Aunque últimamente es un pensamiento demasiado recurrente para que sea una mera casualidad.

Tomás: «¿Por dónde, muñeca?».

Bárbara: «Por los baños esos que dijimos...».

Miro la agenda, y hasta dentro de media hora no tengo ningún paciente. ¿Es una invitación en toda regla? Por supuesto. ¿Voy a declinarla? Por supuesto que no. Si solo con leer esa insinuación mi miembro reclama atención.

Así que salgo de la consulta y aprieto el botón del ascensor para ir hasta la planta baja, dónde están los mencionados baños. Nunca hay nadie en ellos, pero porque ahí es dónde están los laboratorios, y no hay ni mucho público ni mucha gente trabajando allí.

Me meto y el ascensor empieza a descender. Percibo esa emoción en el estómago, como cuando estaba en el colegio y hacía algo malo. No, no faltaba a clases, ni tampoco hacía gamberradas, la verdad, pero alguna vez habíamos ido mi hermano y yo durante el recreo hasta el patio de los mayores para jugar al fútbol con ellos, aunque estuviese prohibido, o nos escaqueábamos de asistir a las actividades extraescolares con notas falsas.

Pues ahora mismo tengo esa sensación, pese a que tengo ya he pasado los treinta, soy un reputado psiquiatra —o al menos eso es lo que espero—, y puedo tener sexo como cualquier otro adulto. Pero Bárbara me transmite esa

emoción de cuando era un niño, de cuando todo era nuevo, como si cada vez fuese la primera. Esa agitación de sentir sus labios sobre los míos, la exaltación al desnudarla, como si se tratara del primer cuerpo femenino que veo despojado de ropa, esa turbación al escuchar sus gemidos y saber que soy yo quien se los provoco.

El cosquilleo me sube desde el estómago por todo el torso y anida en mi pecho cuando agarro el tirador de la puerta y la abro, para entrar en el baño. Enseguida veo a Bárbara, está delante del espejo de cuerpo entero, entre los aseos y los lavamanos, observándose a sí misma, muy quieta.

Sonríe al verme, sin moverse, y yo me acerco por detrás. Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la barbilla en su hombro. Aspiro su olor corporal; una mezcla de coco y lima, puede que sea del champú, de una loción corporal o de su colonia.

Le doy un beso en el cuello, pues lleva el cabello recogido en una pequeña coleta. Noto bajo mi contacto que el beso la hace estremecer, y entrecierra los ojos, pero sin llegar a cerrarlos del todo. Sigue observándome a través del espejo cuando deslizo las manos por debajo de la falda lapislázuli, buscando su vagina y encontrándome con que no lleva bragas.

Mi miembro salta de emoción, y se pega a su trasero, haciéndola sonreír.

—He creído que no iba a necesitarlas —confiesa mientras mis dedos viajan hasta sus pliegues y empiezan a obrar su magia.

—Y no lo harás, muñeca.

Para mi desgracia, tiene que ser algo rapidito, porque no deja de ser un baño público y porque en media hora tengo cita con un paciente.

—¿Sabes? Pensar que, en cualquier momento, puede entrar alguien, me pone tan cachonda... —confiesa entre gemidos, y esto hace que y me excite aún más.

Hundo los dedos dentro de ella, buscando ese punto sensible y encontrándolo. Me pongo a acariciarlo sin piedad. Su humedad me impregna los dedos, está cachonda, tanto como yo. Sus ojos entrecerrados siguen mirándome, regalándome expresiones de puro placer. Esto es sublime, esta imagen creo que me va a quedar grabada a fuego en la mente durante el resto de mis días.

Le lamo el lóbulo de la oreja, chupo su cuello perfecto y le mordisqueo el hombro. Noto que se le empieza a poner roja la piel, mientras jadea bajo mi tacto.

—Muñeca, estás tan mojada... —exclamo entonces.

Tenerla así de excitada me provoca un morbo intenso. Me gusta tenerla así de entregada a mis caricias, jadeante, deseosa de que la penetre. Es puro caramelo, es esa melodía lejana que te pone la piel de gallina, es pura adicción.

—Quiero que me folles por detrás, doc —manifiesta, y creo entonces que, como dice ella, mi pitón está a punto de explotar.

Así va a ser entonces. Le subo la falda hasta la cintura, dejando a la vista su exquisita vagina.

—Apoya las manos en el espejo —le pido, y hago también que se incline hacia adelante, dejando el culo en pompa.

Pongo las manos sobre sus nalgas, son tan suaves y cálidas que me pierdo un poco en ellas. Con el pie, le abro un poco más las piernas y separo también esos glúteos, firmes y apetitosos.

Antes de seguir, me arrodillo, buscando con la lengua sus labios hinchados y el olor a algodón de azúcar. Les doy un lametazo, algo que hace que Bárbara se arquee, buscando contacto. Doy un par de pasadas más con la lengua y vuelvo a levantarme, porque no hay tiempo que perder, y mi falo está que arde.

—¡Joder, Tomás...!

Busco el botón del pantalón y la cremallera, desabrochándolo todo, y bajándomelo junto con los calzoncillos hasta las rodillas. Pero antes de buscar su hendidura, me muerdo el labio y le doy una ligera palmada en el culo. Gime ante mi atrevimiento, y cuando veo su cara de satisfacción, no dudo en hacer lo mismo con el otro glúteo, solo que un poco más fuerte.

Pero no hay tiempo para jugar, así que, con la punta de mi pene, rozo su sexo hinchado, escuchándola gemir de nuevo.

—¿Sigo, muñeca? —pregunto.

—¡Oh, sí...! —suplica con un hilo de voz.

Salgo un poco para hundirme en ella con firmeza, abandonándome a esa sensación de que su coño succione mi miembro, haciéndome perder todo raciocinio. Quiero hundirme en ella, profundamente, hasta el fondo. Ese placer, su olor y la cara de éxtasis que se ve a través del espejo hacen que abandone todo raciocinio, que nuestros cuerpos lo transformen todo. El ruido de mis genitales chocando con su trasero, que aprieto con las manos, y sus jadeos me trastocan.

Le ciño la cintura, arqueándola más para que la profundidad de mi estocada

sea más larga, y para ver cómo mi pene se hunde entre sus glúteos, dentro de su deliciosa carne. Sé que no voy a poder prolongar esto eternamente, pero las sensaciones son demasiado placenteras, así que me pego a ella, buscando penetraciones más cortas, mientras que deslizo la mano derecha hacia la parte delantera de su cuerpo buscando de nuevo a su clítoris.

—¿Quieres que me vuelva loca? —susurra jadeando, esbozando una pequeña sonrisa cuando mi dedo índice recorre sus labios vaginales estimulándolos.

—Eso es lo que quiero —murmuro, inclinándome hacia su oído—, que enloquezcas conmigo.

Con el glande hago fricción en su entrada más cercana, antes de volver a hundirlo dentro de ella. Hasta que ya no puedo más y dejo que las contracciones de su sexo me arrastren, gritando de puro éxtasis, dándole varias estocadas secas, duras y firmes mientras noto que ella alcanza al unísono su propio placer. Verla así hace que mi corazón se hinche, que el placer me arrastre hacia un clímax tan intenso que me sacude con la fuerza de un tifón, de un huracán.

Me dejo caer sobre ella, completamente exhausto. Pero en cuanto puedo, la sujeto de la cintura para retirarme de su interior, y la siento en uno de los retretes. Sigue sonrosada, con las piernas temblorosas y la mirada serena. Cojo un trozo de papel higiénico y la limpio hasta que no quedan restos de mi semen.

—Somos unos jodidos imprudentes —exclama de golpe.

—¿Por hacerlo en un baño del hospital?

—Por hacerlo sin condón.

¡Oh, eso...! Mierda, ni siquiera lo había pensado.

—No tengo ninguna enfermedad sexual, si es lo que te preocupa. Y tú, dada la importancia que le das a estas cosas, creo que tampoco.

—Tienes razón. Pero me gustaría saber si la pitón visita otras... madrigueras. Por fines puramente prácticos —añade con rapidez.

Por supuesto. Hago que no con la cabeza mientras me incorporo, subiéndome los pantalones. Ella hace lo mismo con la falta y nos quedamos el uno frente al otro.

—Muñeca, nos acostamos mínimo dos veces al día. La pitón no tiene ni tiempo de recuperarse, ni ganas de viajar a otros nidos.

Estoy hablando metafóricamente, porque no quiero acostarme con otras.

Pero tampoco quiero asustarla, porque me da la impresión de que Bárbara no está por la labor, aún no. O puede que me equivoque, porque no me da la impresión de que se ilusione o le dé igual que me acueste con otras.

—Bien —responde, alzando la barbilla, y veo alivio en sus ojos, aunque no me lo dice.

—¿Hay otras serpientes que visiten este nido?

Porque a mí sí que me importaría, todo sea dicho. Y es que me dolería, no por el mero hecho de que se acueste con otro, porque, al fin y al cabo, si es solo sexo, y tiene todo el derecho, pero es que para mí no lo es. Y no quiero que lo sea tampoco para ella.

—No, y si te digo la verdad, solo quiero dentro a esta pitón. Pero puedes hacer lo que quieras, no es que...

No dejo que diga nada, no quiero ni escuchar algo que no siente realmente, o que le duele decirme. Así que la acallo con un beso, dulce y calmado. Es perfecto, esto es perfecto.

Bárbara permanece sonrojada y silenciosa mientras le acaricio el mentón, presa de esta sensación que ya conozco. Pero esta vez es distinto, porque su mirada enarbolada y esquiva es demasiado transparente.

—¿Qué haces esta noche?

Se muerde las uñas y frunce el ceño. ¿Qué le pasa?

—Quería invitarte a un evento. Veras, me van a dar un premio sobre un estudio que hice, y resulta que tengo una mesa para cinco personas, ¿sabes? Viene Lucía y tu hermano, se lo he dicho a mi padre, y como somos amigos... no es que tenga muchos amigos, en realidad solo Lucía, y tú. No tienes por qué venir, de verdad, no quiero ponerte en un compromiso, si puedo decírselo a Lola que seguro que viene. Pero si quieres...

—Claro que iré.

Parece sorprendida, pero sonrío genuinamente. Es esa sonrisa que tanto me gusta.

—Gracias. Es a las nueve, en el hotel Juan Carlos. Lo bueno es que dan cena, lo malo es que hay que ir con atuendo formal.

—¿Y de qué estudio te dan el premio?

—Sobre la fertilización con la inyección intracitoplasmática de espermatozoides en el óvulo. Ah, llevo el DIU así que sobre lo otro, tampoco tendrías que preocuparte.

—También me lo imaginaba, pero no me importaría ser padre.

—Seguro que serías un padre estupendo, pero yo sería una pésima madre.

—Nadie es perfecto —susurro, porque sé que no es así, que ella sí lo es y que no sería una mala madre.

—Entonces vendrás.

Es una pregunta retórica, pero, aun así, la dice con satisfacción.

—Sí. Ahora me voy, tengo un paciente.

—Yo también.

Salimos del baño, y estoy tentado de cogerle la mano mientras vamos hacia el ascensor, pero no lo hago. Lo que no puedo evitar es besarla de nuevo en el ascensor antes de que las puertas se abran y salga.

—Nos vemos luego, doc —susurra entonces mientras se aleja, visiblemente turbada.

Necedades son lo que hacen los necios, los locos y los ilusos. ¿Soy un iluso enamorándome de nuevo? ¿Quién sabe...? Pero tampoco quiero debatirlo conmigo mismo, al fin y al cabo, Bárbara no es Eva, es lo contrario. Es más, diría que son lo opuesto en todas las facetas, visibles y ocultas...

*La recuerdo desmenuzando aquella pechuga de pavo, de morros, con las cejas fruncidas y los ojos puestos en el plato, seguía ignorándome. Recuerdo aquella cita a la perfección, en el Martínez, bajo aquella vista de Barcelona.*

—No sé por qué quieres que salgamos a cenar, sabes que estoy a dieta.

*Era un reproche, pero yo entonces no lo vi de esa manera. Taciturna y de mala leche, seguía siendo preciosa.*

—¿No te lo pasas bien conmigo? Dime que sí, si estás preciosa.

*Los halagos funcionaban bien, era entonces cuando se relajaba y sonreía, como si no lo supiera. Pero lo sabía, y es que Eva era una preciosidad. Estudiaba con Marcos, o eso me dijo él, literatura en la universidad, pero para ganar dinero extra hacía de modelo para algunas marcas.*

—No sé si me van a coger para el catálogo que te dije. ¿Tú que piensas?

—Que sí, ¿cómo no lo van a hacer?

*Aun así, aquella noche se enfadó conmigo. No recuerdo porqué, pero lo hizo. No le gustaba que fuese amable, y cuando no lo era, me lo reprochaba. Pero es que, en el fondo, Eva nunca me quiso. Ella quería otra versión de mí, esa que nunca voy a ser. Ella quería a mi hermano, pero Marcos no podía ofrecerle lo que ella deseaba, porque Marcos no estaba enamorada de ella.*

*Pero yo sí.*

*Una canción del pasado*

Bárbara

Soy idiota.

¿Cómo se me ocurre decirle a Tomás que venga a ese estúpido evento? Esto me pasa por ser tan impulsiva, y por no mentir. Tendría que haberle dicho que esta noche tenía una cena con cualquiera, inaplazable e ineludible. Pero siempre hubiera corrido el riesgo de que hablara con su hermano y que yo quedara fatal.

Aunque también podría haberle dicho lo del evento sin invitarle. Pero quería hacerlo, porque es mi amigo.

—Cielo, sabes muy bien por qué le has invitado —suelta en un susurro Lucía cuando llegamos al salón de actos.

Hay unas veinte mesas, y un hombre nos indica cuál es la nuestra.

Debo decir que no solo me dan un premio a mí, sino también a otros médicos, pero la verdad es que estoy bastante orgullosa de ello.

—No sé a qué te refieres —respondo, sentándome a su lado.

Niega con la cabeza, lo que agita su melena lisa y oscura. La jodida tiene un cuerpo curvilíneo espectacular, y ese vestido rojo palabra de honor le queda que ni pintado. Su novio Marcos también está muy guapo, con un traje negro y una corbata a juego con el vestido de ella. Así que, si Tomás aparece, sé que voy a estar babeando por él.

Sólo faltan él y mi padre.

—Tienes sentimientos hacia él, Barbi —dice entonces.

—Y dale con eso tú también. Vamos a ver, ¿acaso una mujer no puede acostarse con un hombre sin que haya sentimientos de por medio?

—Claro que sí, llevas haciéndolo toda la vida, ¿y te he dado yo el coñazo alguna vez con eso del amor? Nunca. Pero hay cosas que se intuyen.

En eso tiene razón, nunca me había dicho nada parecido. Pero es que es ridículo, no estoy enamorada, solo me gusta mucho. Muchísimo.

Tengo los nervios a flor de piel, y no sé qué me pone más histérica, si el hecho de que vaya a venir o que al final no venga. ¿Y si realmente siento algo por él? Pero ahora mismo no es el momento de pensar en estas cosas, porque la gala está a punto de empezar, llevo un vestido color turquesa que espero y deseo haga que mi cuerpo parezca el de una diva de las que salen en los premios de cine y televisión, y un maquillaje impecable.

—El crápula de mi hermano ya ha aparcado, está al caer —anuncia entonces Marcos, sonriéndome.

—Bueno, al menos solo habrá una silla vacía —bromeo entonces.

No tarda en aparecer, trajeado, con el cabello peinado hacia atrás, sus gafas de pasta inconfundibles y con ese atractivo que hace que te derritas al instante. Soy un mero charco en el suelo, ¿qué tendrán los hombres de traje? Es un misterio. Quizá sea mi obsesión por la figura de James Bond, el galán más perfecto de la historia del cine (cuando era Pierce Brosnan quién lo interpretaba, y apurando mucho, Sean Connery).

Después de saludar a su hermano con uno de esos abrazos que se dan los tíos, y a Lucía con un beso en la mejilla, se sienta a mi lado, inclinándose para darme también un beso, pero, además, me susurra algo al oído.

—Me quitas el aliento con este vestido.

Sus palabras se diluyen en mi mente mientras una oleada de sentimientos invade mi cuerpo, pero no me asusta ni me aterroriza, porque es una oleada cálida, intangible, impalpable. Alcanza mi estómago y llega hasta mi corazón, mitigando su ritmo —que se ha vuelto frenético por el nerviosismo al que estoy sometida—.

Por debajo de la mesa, me acaricia la mano y la estruja en señal de que sabe que me ocurre algo, que el temblor de mis dedos no es normal. Y cuando las luces se apagan y un par de focos iluminan el escenario, vuelve a apretármela, tranquilizándome.

Empieza a hablar una mujer, pero yo no la escucho. Seguramente está haciendo el típico discurso de bienvenida, y pronto empezarán a decir los nombres de los premiados. Tengo preparado un breve discurso sobre mi

investigación y algunos agradecimientos, aun así, no me gusta hablar en público.

Los premiados suben a la tarima uno a uno, hasta que es mi turno. Bárbara Ponce. Miro a mi alrededor y veo sonrisas y gente aplaudiendo. Tengo que subir.

—Por favor, no hagas un Jennifer en los Oscar cuando subas las escaleras —me digo a mí misma mientras me levanto.

Inspiro y expiro, concentrada en cada paso que doy. De momento, la cosa va bien, y los zapatos de tacón no me traicionan, a diferencia que, a Cenicienta, que hubiese necesitado una buena plantilla. Pero yo no soy como Cenicienta, no tengo su paciencia para aguantar a nadie —y mucho menos a una madrastra y dos hermanastras tan insolentes—, ni su bondad ni su nariz perfectísima.

Vamos, que Ceni y yo nos parecemos lo que un huevo a una castaña. Pero Tomás es, sin duda alguna, el prototipo de príncipe. No por su aspecto, que también, sino porque es todo lo que una mujer podría soñar. O al menos, todo lo que yo podría querer en un hombre.

Dejo de pensar en tonterías y saco la tarjeta escrita para proceder con el discurso. La cosa va bien, no me encallo, lo hago fluido y todos me escuchan.

Hasta que llego a la parte de «este premio se lo dedico a...». No voy a leer lo que puse, básicamente porque el susodicho no está. Miro hacia la mesa, donde su silla sigue vacía. Papuchi no va a venir. He sido una ingenua, aunque una parte de mí ya me decía que no lo haría, que, aunque dijese que sí, que podía, que vendría seguro, terminaría decepcionándome. Hacía tiempo que no me decepcionaba, pero es que simplemente hace mucho que dejé de hacerme expectativas sobre él. Si no esperas nada de alguien, no va a fallarte nunca, ¿no?

Así que a la mierda. Doblo el papel y vuelvo a mirar hacia mi mesa, sabiendo exactamente qué decir.

—Finalmente, doy las gracias a mi mejor amiga, a mi hermana, Lucía, por estar siempre.

Creo que va a ponerse a llorar. Qué blanda es, pero así la quiero. Tras los aplausos, bajo de nuevo, y antes de poder sentarme, Lucía se levanta y me da un abrazo de los que aprietan mucho pero no ahogan.

—Gracias Bárbara Streisand —murmura antes de soltarme.

—A ti, Lucy Liu.

Así empieza la cena, con una discusión entre Marcos y Tomás sobre quién es

el mayor.

—En realidad, yo soy el mayor —explica Marcos—. Porque yo soy Tomás.

—¿Perdón? A ver, profesor, explícate —exijo entre risas.

—De pequeños nos confundían siempre, hasta mi madre dudaba sobre quién era quién, y a nosotros nos parecía gracioso, así que nos intercambiábamos los nombres al azar —continúa Tomás.

—Yo un día era Tomás, pero al siguiente, Marcos. Y el mayor dice mamá que fue Tomás, porque cuando éramos bebés llevábamos dos cintas de colores distintas para diferenciarnos, pero luego nos las arrancamos.

—Interesante —dice Lucía, medio sonriendo—. ¿Y cómo sabes que tú eras Tomás originariamente?

—Porque lo sé, lo recuerdo —dice él.

—Pero es imposible que lo recuerdes. Te lo estás inventado —se queja Tomás entonces. En fin, dejando el tema, hay algo que queremos decirnos.

Lucía se aclara la garganta antes de hablar. Por favor, por favor, no que esté embarazada. Me lo habría dicho, ¿no?

—Nos vamos a vivir juntos —dice toda emocionada.

Esto yo ya lo sabía... ¡Ah, coño!, que era secreto. Siento una ligera patada por parte de mi doc, y entonces finjo entusiasmo.

—¡Enhorabuena! ¡Qué emocionante...!

Ladeo la cabeza para mover un poco el cuello, y me detengo. No me lo creo. Acaban de traernos el aperitivo, estoy pasándomelo en grande cuando, de golpe, allí está él, caminando hacia nosotros, con el cabello grisáceo peinado a lo George Clooney —claro que no se parecen en nada más, mi padre tiene narizota, barriga, aunque es alto y más bien delgaducho—, y suele lucir una sonrisa de regodeo.

—Cariño, enhorabuena —dice, dándome un sonoro beso en la frente, pero antes de que pueda decirle nada, se da la vuelta—. ¡Luis! —exclama al ver a alguien que conoce, yendo hacia otra mesa.

Típico de él. Ahora se pasará horas hablando con otro médico, quién le ofrecerá un sitio en su mesa que él no rechazará, porque aceptémoslo, soy irrelevante.

—¿Tu padre? —pregunta Tomás, viendo la escena.

Solo asiento, algo cabizbaja.

Pero el conocido no lo hace, será que él sí que valora que su familia haya venido y esté con él, así que vuelve a la mesa y se sienta entre Marcos y

Tomás. Es irónico y algo extraño, juntar dos partes de mi vida tan atípicas en una misma mesa.

—¿Qué tal, doctor Ponce? —saluda Lucía para romper el hielo.

—Algo cansado, he tenido una operación de tres horas, pero al final todo ha salido bien. Pero no quiero aburrirte con los detalles, Lucrecia. Por cierto, soy el doctor Ponce, el padre de Bárbara —se presenta a los gemelos.

—Lucía —murmura Marcos, que por la cara que pone no le hace mucha gracia ese desaire hacia mi amiga.

A pesar de eso, ambos le dan la mano y se presentan. Que Marcos sea profesor de literatura se la trae al paio, y de hecho queda relevado a un segundo plano cuando Tomás dice que es médico.

—¿Qué especialidad? —pregunta enseguida papá, pero sé que la respuesta no va a ser de su agrado.

—Psiquiatría. Trabajo con Bárbara en el hospital —aclara él.

A papá todo lo que no entrañe un quirófano se la trae floja, dicho vulgarmente.

—¿Por qué psiquiatría habiendo tantas otras áreas?

—Creo que es útil. Una de cada tres personas sufre depresión hoy en día.

—Pero la gran preocupación actual es el cáncer —responde papá.

Ay, esto no me está gustando. No sé por qué tengo la misma sensación de cuando Tomás me leía *Crónica de una muerte anunciada*, esa en la que no crees que vayan a matarle, pero acaba pasando. Pues aquí un poco de lo mismo.

—Su curación tiene un factor psicológico importante —contraataca Tomás.

—No se necesita ninguna habilidad especial para recetar ansiolíticos o antidepresivos.

¡Ay!, eso ha dolido. Lucía, Marcos y yo miramos la escena como si se tratase de un partido de tenis.

—Yo no puedo abrir a mis pacientes ni hacerle un TAC para saber qué tienen, así que discrepo.

Esto se está poniendo feo, muy feo. Es hora de intervenir, y más cuando observo que a mi padre le está subiendo la presión arterial, y que le empieza a palpar la vena del cuello.

—¿Qué tal Sofía, papá?

Dios, necesito algo para tranquilizarme, y lo único que tengo a mano es la copa de vino, así que no dudo en usarla.

—Está bien. ¿Con cuál de esos dos pimpollos te acuestas?

¡Oh, genial!, se ha cabreado. Claro, como nadie le baila el agua y no tiene con quién presumir, se enfada.

—Sale conmigo —responde Tomás antes de que yo diga nada.

Creo que la tensión en la mesa podría cortarse con un cuchillo. La cara de pocos amigos de Marcos se ha acentuado, creo que no le ha gustado eso de que lo llamen pimpollo. Normal, yo lo hubiese mandado a la mierda.

—¿Y qué tal el doctor Guerra? Hace tiempo que no sé de él.

Manda narices, desde que lo conoció me estuvo diciendo que los cirujanos plásticos como Guerra solo estaban para ganar dinero y que no era un buen profesional, y ahora lo menciona como si fuese maravilloso. ¿Qué pretende nombrándolo? ¿Provocar a Tomás? Pero si ni siquiera salimos juntos, aunque eso él no lo sabe.

—Supongo que bien —murmuro yo.

—Está divinamente. De hecho, comentó que quería tomarse un año sabático e irse de voluntariado con su chica, la de dermatología. ¿Cómo se llamaba?

—Amaia —respondo, sorprendida con la facilidad de palabra que tiene el jodido.

Menuda trola acaba de soltarle, pero parece eficaz porque mi padre deja el tema.

—Por cierto, cariño, Sofía y yo nos casamos. Nos prometimos el otro día, así que finge sorpresa cuando te lo diga.

Me parecería raro, pero a estas alturas ya estoy acostumbrada a todo. No por nada lo llamo papuchi.

—Pero si lo ha colgado en Instagram —exclama Lucía, pasándome su teléfono donde hay una foto de la mano de Sofía con un anillo.

Un sudor frío empieza a empapar me la frente, y empalidezco. No puede ser, joder.

—Tú... ¿le has dado el anillo de mamá?

Cuando lo miro a los ojos, parece que no sepa de lo que le estoy hablando, pero no desisto.

—No lo sé, lo tenía por casa. Quizá lo llevaba tu madre.

—Es el anillo de prometida de mamá —insisto otra vez.

—¿Y qué?

No le importa. No le importa nada, ni nadie, ni siquiera el recuerdo de una de las mujeres que se supone que quiso. Se supone, porque ya lo dudo. Pero,

aunque fuese muchas cosas, era mi madre, y era algo que de verdad esperaba tener de ella.

Nunca he sido una persona agresiva, ni tampoco demasiado histérica —Dios me libre de montar numeritos en público—, pero es el colmo de los colmos. El anillo de mamá en manos de esa desconocida. Una rabia me recorre todo el cuerpo, y no puedo evitar dar un golpe encima de la mesa.

—¡Yo lo quería! Es una de las pocas cosas que conservas de ella, porque todo lo demás lo diste a la beneficencia.

La gente nos observa, soy consciente, y eso hace que papá se ponga nervioso.

—No montes un espectáculo, Bárbara —me advierte.

El labio me tiembla de la furia que llevo dentro ahora mismo. Quiero pegarle, zarandearle y decirle que no tiene corazón, que ya puede salvar los de los demás, pero que él no sabe ni lo que es.

—Creo que será mejor que se vaya, doctor Ponce.

Escucho las palabras de Tomás, y veo su intención de darme la mano, pero yo soy más rápida y me levanto de la silla, antes de que las lágrimas alcancen mis mejillas. Maldita la hora en que se me ocurrió invitar a papá.

Recorro los pasillos bajo un leve sollozo intransigente que pretendo ahogar con la mano, sin mucho éxito, hasta llegar a los baños. No me lo pienso y entro en el de mujeres, encerrándome en uno de ellos.

¡Maldita sea! No es justo. No lo es. Y no me da igual, estoy cansada que quitarle hierro al asunto y de pasar del tema, de decirme a mí misma que no le necesito, que me es indiferente, porque no es así. Yo quiero a mi padre, a pesar de todo, y por eso me duelen estas cosas.

Yo le quiero y él a mí no. Y ahora no voy a tener no siquiera un mísero recuerdo de mi madre.

—Barbi, abre la puerta, soy yo.

Su voz me devuelve a la realidad, como si un lazo invisible me atrapase en el suelo y tirase de mí. Inspiro y expiro, buscando parar esta llorera tonta.

—Me has llamado Barbi, qué raro...

Es lo último que digo antes de abrir la puerta y darme cuenta de que sus ojos oscuros me han atrapado y no creo que me suelten en mucho tiempo.

*PD: Te quiero*

Tomás

Siempre me han gustado los puzzles, los rompecabezas, los acertijos con palabras. Recuerdo muchas tardes sentado en la mesa de la cocina, buscando la pieza exacta para encajarla y hacer que el dibujo empezase a cobrar forma. En cierto modo, Bárbara ha sido un conjunto de piezas desordenadas que he ido colocando hasta tener el puzzle armado y listo.

—Que usted no le tenga apego a nada, no quiere decir que su hija sea igual.

Esta frase no se la digo yo, sino Lucía. Podría quedarme a discutir, a reprocharle todo lo que ha hecho mal desde que ha aparecido, incluso darle un golpe bien dado en toda su jeta de soberbio, deleznable y grandioso gilipollas, pero de nada serviría, porque le da igual.

Sus prioridades en la vida está claro que no son las mismas que las de su hija, y en cierto modo, no se le puede culpar. Es lo que tiene carecer de empatía, es una cuestión genética. Los profesionales lo llamamos psicopatía. La gente piensa que un psicópata es un asesino sangriento, un depredador que busca víctimas constantemente, pero no es así siempre. Existen varios tipos y grados de psicopatías, y pueden convivir y lo hacen con total normalidad. Hay gente a la que se le nota más, suelen tener profesiones agresivas y con mucha tensión porque, en el fondo, no les afecta. O con tendencia a la mentira — como los políticos—. Así que me la trae al paio el padre de Bárbara, es un caso sin remedio y no voy a perder el tiempo con él. Así que me levanto y la sigo a ella, hasta ver que se mete dentro de los baños. También entro en ellos, y llamo al único que está ocupado —por suerte porque es el baño de señoras—.

—Barbi, abre la puerta, soy yo.

La escucho sonarse la nariz y abrir la puerta.

—Es la primera vez que me llamas así.

Me encoge el pecho verla así. Parece tan frágil, tan desamparada. Cuando en realidad, no es así. Ella es fuerte, es una sobreviviente. Sé que no me necesita, que ha vivido esto toda su vida, que habrá tenido más bajones y que se ha levantado ella sola. Pero quiero darle la mano de todas formas, ser su apoyo, serlo todo. Así que me acerco, termino de limpiarle con la mano las lágrimas que siguen brillando en su mejilla y la rodeo con los brazos.

Ella apoya la cabeza en mi pecho, relajándose al instante. Siento que los latidos de su corazón se atenúan y su respiración acompasada vuelve poco a poco a la normalidad.

—No te acostumbres —susurro, porque llamarla Barbi es de amigos, y yo no quiero ser solo su amigo.

Sé que no somos nada, pero creo que nos lo podemos permitir todo, que estamos hechos el uno para el otro solo que no nos damos cuenta. Que quizá no queríamos nada serio, pero que ahora mismo estaría dispuesto a firmar cualquier cosa para pasar el resto de mi vida a su lado. Que nunca se lo he llegado a decir, y no sé si lo voy a hacer, pero la quiero.

La quiero aquí y ahora, la quise antes, cuando era alegre y jovial, y la quiero llorosa y destrozada. La quiero de todas las formas imaginables, loca y serena, lasciva y adorable, vestida y desnuda. La quiero con todas sus cicatrices y sus imperfecciones, sus miedos y sus sueños.

—Gracias —murmura aun estando tan cerca de mí que puedo notar su vibración al hablar, en mi pecho.

—No tienes por qué dármelas.

Se separa de mí para mirarme a los ojos. No sé por qué siente la necesidad de justificarse.

—Es una tontería, lo sé. Mi madre está muerta y no creo que cambie nada el hecho de tener su anillo, y tampoco pretendo hacer vudú ni nada parecido con él, y ni mucho menos voy a intentar nada tipo *Una auténtica muñeca*, pero me ha cabreado porque era... un recuerdo, ¿sabes?

—No tienes que justificarte. ¿Eso es una película? —pregunto confuso.

—Sí, sobre una niña cuya madre muere, y hace un hechizo extraño con un pelo que supuestamente es de su madre, pero no, es de su Barbie. Así que quién vuelve a la vida es la muñeca. Es de Tyra Banks. Lo siento, pero en mi

defensa diré que ya te he dicho que era una loca de psiquiátrico y no me hiciste caso.

Digo que no con la cabeza, y me inclino para besarla brevemente en los labios, y un roce en su nariz con la mía.

—No lo sientas. Yo no lo hago. ¿Te llevo a casa?

Se queda algo pasmada, puede que ese gesto no se lo esperase, pero creo ver un ligero sonrojo y una medio sonrisa.

—O a cualquier otra parte —murmura, despegando los ojos de mí, y alzándolos hacia el techo.

Esta vez sí que le cojo la mano y la arrastro hasta el aparcamiento, dónde he dejado mi coche. No puedo evitarlo, busco en cada CD que tengo hasta encontrar la canción y se la pongo mientras arranco el coche, dejando atrás aquel lugar, aquel episodio. Sólo ella y yo en un coche, yendo a cualquier parte.

—Espero que no sueñes nunca con no soñar, muñeca —murmuro ese fragmento de *Cualquier otra parte* de Dorian, mientras llegamos a nuestra calle, y aparco en el primer sitio libre que veo.

—No. Tampoco tomo pastillas rosas ni soy nihilista. Algo pesada puede que sí, hablo demasiado y no tengo filtro, digo las cosas tal y como las pienso. Soy terrible disimulando, alérgica al marisco y me chifla el jamón serrano. Mataría por ir a un concierto de los Beatles, y esa película que no te cansas de ver nunca, para mí es *Notting Hill*. El día de navidad, por la tarde, siempre veo pelis navideñas antiguas con un gorro de Papá Noel y un viejo pijama de cuadros verde y rojo. Ah, y siento una extraña conexión contigo que no termino de entender.

Es en ese instante en el que sé que no estoy solo en esto. Los dos somos unos *dummies* en el amor, unos pobres locos perdidos en su inmensidad, y en sus facetas más desconocidas.

—Yo también —confieso, apagando el motor.

Salimos del coche algo temerosos de nuestro próximo paso. Sé que es difícil, pero quizá debería ser un caballero, acompañarla hasta la puerta y despedirme. Ha sido un día difícil para ella y no quiero importunarla.

—Gracias por todo —murmura, y sin mirarme, se abalanza hacia mí, plantándome un beso suave y corto en la mejilla.

—No tienes por qué darlas —respondo de nuevo—. Buenas noches, muñeca.

—Buenas noches.

Busca sus llaves en el bolso y yo me alejo paso a paso, lento, comiéndome la cabeza sobre lo que debería hacer. Escucho el tintineo, y sé que se está recreando. Qué demonios, voy a poner toda la carne en el asador, estoy listo para ello. Así que vuelvo tras mis pasos.

—¿Quieres que suba contigo? Puedo escucharte, la gente me paga para eso. Me refiero a que podemos hablar, no subo para que nos acostemos, aunque me encante hacerlo.

Creo que debería haberme quedado en la primera frase. De pronto, vuelvo a tener diecisiete años, y es la primera vez que le digo a una chica si quiere salir conmigo. Soy un desastre en el amor, siempre meto la pata. Pero parece que a ella le da igual, porque sigue sonriendo.

—Iba a ver una película, pero... ¿te importaría leerme?

Que me ponga morritos es bueno. Asiento mientras ambos entramos. Me siento bien. Me siento de puta madre, tal y como dice Marcos.

—Estaba esperando a que me lo pidieses. De hecho, creo que tengo tu próximo libro, y te lo he visto en casa.

—¿En serio? Todos los libros que tengo me los ha regalado Lucía, así que es ella la que tiene buen gusto. Espera, ahora vengo —ruega, desapareciendo dentro de su habitación.

Me desplazo hasta la estantería donde lo vi; allí está, parece nuevo. Lo saco de entre *El código Givenchi* y *El diablo en invierno*, cuyos títulos no me suenan de nada.

—Toma, por si quieres ponerte cómodo —murmura Bárbara alargándome una camiseta blanca.

Es de hombre, y parece mi talla. O incluso más grande. La verdad es que me vendría bien sacarme el traje, así que empiezo a desatarme los botones de la camisa, a quitarme la chaqueta y a bajarme los pantalones. No pregunto por qué tiene una camiseta de hombre, es fácil imaginárselo, pero huele a coco, huele a ella cuando me la pongo.

Ella también se ha puesto cómoda con un vestidito minúsculo y se ha lavado la cara.

—Cuando fuimos a Milán Lucía y yo, me dejé el pijama y en la tienda del hotel me compré una camiseta ancha para que hiciese esa función —explica antes de sentarnos en el sofá—. Te queda bien.

Apoya la cabeza en mi regazo, mientras yo abro el libro en la primera

página. Pero antes de empezar a leer, le hago una pregunta.

—¿Has visto la película?

—Confieso que sí. Es *El médico*, tenía que verla. ¿también era un libro de tu abuela?

—No. Éste lo leí al terminar el colegio, y la verdad es que fue decisivo para estudiar medicina. ¿Tú lo hiciste por tu padre?

—Siempre lo he negado, pero en el fondo así es. Quise que se sintiera orgulloso, ¿sabes? Saqué muy buenas notas en el primer año, y cuando se lo conté fue muy decepcionante. Ni siquiera me felicitó, ni aquella vez ni ninguna otra. Así que, después de hacer el MIR, me revelé por primera vez. Él estaba convencido de que yo escogería cardiología, pero no lo hice. Fue una pequeña revolución, la primera de todas ellas. Y me gustó. De todas formas, pronto entendí que le daba igual, que hiciese lo que hiciese, yo nunca le importaría. Pero basta de hablar de mí, ¿qué tal son tus padres?

—Buenos. Mi madre es quizá más brusca, un poco fría y distante, pero creo que es porque le cuesta expresar sus sentimientos, lo suyo es la palabra escrita. Mi padre es más accesible, pero muy casado con su trabajo también. Le apasiona la literatura, es uno de esos genios a quienes les pasa el tiempo sin querer. Pero sí que me quieren, y a mi hermano también. Y también sé que están orgullosos de mí. Si tuvieses un padre normal, él también lo estaría de ti, estoy seguro.

Se remueve, con esa extraña expresión cuando le dicen algo bonito y no sabe ni qué cara poner, ni qué responder.

—Tomás, ¿alguna vez te has enamorado?

«De ti» pienso, pero no se lo digo. Sería fácil confesarlo, teniéndola a mi merced, traspasándome su calor corporal, dibujando líneas invisibles en su pelo, en su frente, aferrada a mis piernas.

—Una vez, hace mucho tiempo —musito, fascinado por la belleza natural de su rostro.

Me mira expectante, con ojos ávidos de conocimiento.

—¿Y qué pasó?

—Que ella no lo estaba de mí. Quería a otra persona, a alguien que no soy.

—Menuda tontería. Si eres el hombre más inteligente que conozco.

Me hace reír, pero también me llena de orgullo que piense eso.

—Eso sí que es una tontería, pero gracias por el cumplido.

—Lo digo de verdad. Y si me dices que sabes cocinar, puede que no te deje

salir de mi casa.

Tentador, muy tentador. Pienso en lo que sería llegar a casa los dos, hacer la cena mientras ella habla sobre algún caso extraño que ha tenido en el hospital y yo me quejo de que Javier ha vuelto a pedirme ansiolíticos. Que coja un trozo de lo que estoy cocinando y le diga que se espere, que aún no está listo.

Que cenemos en el comedor, ver esa brizna de brillo en sus ojos cuando le diga que es preciosa, que me bese en el cuello al levantarse, sin avisar, y que después nos sentemos en esta misma posición en el sofá, y devoremos juntos un libro.

Dios, estoy perdido.

—Sé cocinar.

*Abajo el amor*

Bárbara

¡MAYDAY! Creí que jamás llegaría a ocurrir, pero está pasando. Está pasando y no sé qué hacer ni cómo actuar ni qué decir.

«Houston, tenemos un problema». O en mi caso, materia gris de Bárbara.

Puedo sentir cada latido de su corazón, dado que estoy apoyada en su pecho. Es maravilloso despertar a su lado, es lo más bonito que hay en el mundo. ¿Que por qué? Bueno, que un tío pase por el drama de «padre dejándolo en ridículo, hija montando el pollo en medio de una gala» y que aun así te lleve a casa, seque tus lágrimas y se quede a dormir, tiene bastante que ver.

Pero no es solo eso. Es Tomás en sí mismo, es su forma de ser, de comportarse, de sonreír. Estoy completamente enamorada de ese hombre, y me doy cuenta ahora. O, hace siete horas, pero, en fin, podría ser peor, podría seguir viviendo en la ignorancia.

Estoy enamorada, y esto es muy nuevo para mí. No sé qué hacer, en cualquier otra circunstancia si tuviese a un hombre en la cama, me lo tiraría y a otra cosa, pero no es cualquier hombre. Es EL hombre. *The man*. ¡Ay, qué dilema...!

Por si no tengo suficiente ya con esto, me estoy poniendo cachonda al notar su entrepierna dura. Soy una ninfómana en potencia, lo sé, al menos con él. ¿Se puede ser ninfómana con una persona solamente? Seguramente él sabe la respuesta. Aunque debo decir que ayer muchas ganas de sexo no tenía, y él no insinuó ni intentó nada. De hecho, fue todo ternura y amabilidad, y se quedó a dormir cuando le pedí que me abrazase un rato.

No me lo pienso dos veces, y es que acabo de darme cuenta de que me he dejado la puerta abierta de la habitación y ha entrado Babe. No me pondré a

restregarme mientras el cerdo mira.

Toco el suelo con los pies y voy hacia el cerdo más bonito que hay. Es muy cariñoso, no pensaba que fuese así, pero mis conocimientos del mundo animal son muy limitados. Lo llevo hasta la cocina porque no sé qué va a pasar y tampoco quiero pervertirlo.

Volver a la cama es una opción muy viable y sugestiva, pero no sé si la correcta. Y es que, en el fondo, hay dos cosas que puedo hacer ante mi fortuito y genuino enamoramiento; huir de él o aceptarlo.

Y como no sé qué opción escoger, es mejor mantener las distancias, así que voy directa hasta la ducha. Me desnudo por completo, metiéndome bajo el chorro de agua caliente, despertando del todo. Cierro los ojos, buscando oxígeno del aire que recojo, con nueva inquietud. Algo hace que los abra, un roce en el hombro seguido de un escalofrío que me invade el estómago.

No tengo tiempo de ver quién es, pero en cuanto unos labios atrapan los míos y me pierdo en su sabor apabullante, sé que es Tomás. ¿Quién si no? ¿El vecino pervertido del sexto? No se atrevería, es un simple mirón.

—No quería despertarte —digo a modo de nota informativa, mientras me mordisquea el cuello y empieza a tocarme de forma impúdica, como a mí me gusta, frotándose los pechos, el estómago, hasta bajar hacia las piernas, rozando mi sexo.

¡Jodido Tomás!, Dios todopoderoso del orgasmo.

—Vale la pena hacerlo para meterme contigo en la ducha.

Desliza la mano derecha entre mis piernas, buscando ese resquicio para adentrarse en él, llevando el dedo índice hasta el fondo al percibir mi creciente humedad. Por supuesto que estoy mojada, si me he pasado la noche encima de él, estoy tremendamente lista para una ronda de besos que me llevan hasta el infinito y más allá. Soy consciente de que le he robado la frase a Buzz Lightyear, pero es que mi infinito es una metáfora y el suyo no.

Aprieto con cierta tensión los labios al abrir los ojos y notar que está gloriosamente desnudo. Y es que si con traje ya es brutal, desnudo es sublime. Nunca he podido apreciar tan bien su perfección al completo como ahora, a plena luz del día, delante de mí, derecho, empalmado y con esos ojos oscuros en los que se refleja la lujuria en forma de brillo lunar.

—Quería hacerte el desayuno, pero puede esperar —confieso, besándole en los labios trémulamente, mientras el agua de la ducha nos moja por completo.

—Yo solo quiero una cosa para desayunar —murmura, arrodillándose—,

ese algodón de azúcar que tienes aquí.

Nunca nadie se ha referido a mi coño como algodón de azúcar. Si es que tampoco nadie me lo ha comido nunca como él, y tampoco nadie me ha hecho sentir tan deseada y a la vez querida como Tomás. Sí, querida. Porque adoro el sexo y nunca he tenido ningún problema, pero con él es todo más intenso, lo eleva a una categoría única y especial. En el fondo, creo que ha estropeado todos los futuros polvos que pueda tener con otras personas, porque no serán ni la mitad de magníficos que los suyos. Los ha echado a perder, pero yo ahora solo lo quiero a él, conmigo en la ducha, muy adentro.

Besa mi pubis diluyendo la saliva con el agua que se desliza por mi piel, bajando hasta llegar a mis labios vaginales, que lame, besa y succiona. Al sentir un leve mordisqueo, emito un profundo jadeo porque ese hombre no puede parar de darme lo que necesito. La lengua es el mejor músculo de todos los que tiene, y se dedica a hacer maravillas con mi vagina, calmando ese escozor que tengo y que él me provoca con solo su presencia.

Imaginar sin pudor el conjunto de la escena, y verla reflejada con poca nitidez en el espejo del cuarto de baño a través de la mampara de la ducha, me encoge el corazón. Es tremendamente erótico verle arrodillado con aquel trasero perfecto, notar mi gesto de excitación absoluto, mis mejillas arreboladas por esa satisfacción absoluta. Me veo acariciarle el cabello mojado, con los pechos en punta, con los pezones erizados.

Cuando estoy a punto de explotar, se detiene, se levanta dejando un riego de besos en mi estómago, rodeando mis pechos, mordisqueando mi areola, mis pezones. Sin previo aviso, llega hasta mi boca y me la devora entre gruñidos, dándome de probar mi propia esencia.

—Eres deliciosa —me murmura en el oído, mientras oímos el repique del agua sobre nosotros, sobre los azulejos.

Me apretuja los senos mientras siento su polla tiesa y dura contra el estómago. Las aprieta con ganas, con ansias, como si no tuviese suficiente y le faltasen manos, o tiempo. No se detiene, baja hasta tocar mis glúteos y también los estruja, para después elevarme entera, quedando de espaldas a la pared, sintiendo el frío del mármol en mi piel.

Pero no me da tiempo a quejarme, porque entra en mí de un golpe, robándome un gemido estrepitoso. Me veo a mí misma de esa forma tan salvaje y tan primitiva, mi reflejo me lleva a pensar que Tomás me ha calado hondo como nadie lo ha hecho. Que está follándome el cuerpo, pero también la

mente cuando me mira a los ojos y me ve, a mí, a Barbi segura y a Barbi insegura, a mi faceta más desconocida, y sigue aquí. El corazón se me acelera y no puedo más que agarrarme a su cuello y beber su aliento para que entre muy adentro, como si fuese el oxígeno que mi corazón necesita para seguir viviendo.

—Me encanta sentirte adentro —susurro, entrecerrando los ojos cuando me mordisquea el cuello, y sigue entrando y saliendo.

Al sentir aquello, acelera las embestidas, como si mis palabras hubieran supuesto un incentivo, como si con ellas hubiese encendido una mecha y estuviese a punto de explotar.

—Dios, muñeca, estar dentro de ti es como una droga, siempre quiero más y nunca es suficiente.

Aprieto la mandíbula mientras sigue acelerando, luego suelto un grito de gozo y pido más, porque lo quiero todo, lo abarco todo y estoy tan cerca del orgasmo, que necesito que siga embistiéndome. Y lo hace, con fuerza, entra en mí con tal ímpetu que incluso temo que me rompa, pero no es así, sino que exploto, sollozando su nombre, dejándome llevar por ese magnífico orgasmo que me lleva a un estado total de embriaguez y me hace ver todo el firmamento, hasta el infinito y más allá...

Me deja en el suelo, cerciorándose de que los pies tocan la superficie y de que no me resbalo. Entonces busca el bote de jabón y, después de empapar la esponja, me enjabona todo el cuerpo y hace lo mismo con el suyo. Cuando llega el turno del cabello, parece que le gusta el olor de mi champú.

—Huele a coco. Me preguntaba si era tu colonia —dice mientras me enjabona el cabello, no como un profesional sino con cuidado, como si tuviese miedo de hacerme daño.

—También tengo una fragancia de coco —admito entonces, con los ojos cerrados para que no vaya el jabón a los ojos—, me gusta.

—Huele muy bien en ti. Es la primera vez que lavo la cabeza a alguien, así que no sé si lo estoy haciendo bien. ¿Te hago daño?

¡Dios!, creo que me va a estallar el corazón. A ver, ¿cómo no voy a enamorarme si solo le derrito con esos gestos?

—No, lo estás haciendo perfectamente.

—Vale, ahora a enjuagarlo. ¿Por qué te tiñes el pelo?

Quita todo rastro de jabón de mi cabello, acariciando el cuero cabelludo con suavidad.

—No lo sé, empecé a hacerlo y ya es una costumbre.

—Morena, ¿no?

—Sí, más bien castaña, pero no clara.

—Estarías igual de guapa.

No respondo a eso, porque apaga la ducha y salimos, envolviéndonos en una toalla. Esto parece un sueño, puede que me despierte y que nada de esto sea real. Puede que sean todo imaginaciones mías, como la serie de *Doraemon*, donde el protagonista resulta que despierta y que todo lo que le ha ocurrido se lo ha imaginado mientras estaba en coma.

—¡Mierda!, seguro que Lucía me ha llamado miles de veces —pienso en voz alta, buscando unas braguitas en el armario mientras le echo una ojeada al teléfono—. ¡Bingo!

—Estará preocupada, llámala. Yo he quedado con mi hermano para desayunar, ¿quieres ir por la tarde al cine? Hay una película que creo que va a gustarte.

—¿Cuál?

—Es de dos personajes que coinciden en una boda y ambos están algo amargados. No recuerdo el nombre.

—*Destination wedding*. ¡Quiero verla, quiero verla! —exclamo entusiasmada, dando saltitos en ropa interior.

—Lo sospechaba. ¿A las 7?

—Perfecto.

Se despide de mí con un beso profundo, en su justa medida, y lo acompaño hasta la puerta. Luego, no tardo nada en vestirme, un modelito de rayas azules y blancas y las bambas son suficientes para subir la calle hasta la librería que dirige Luci.

Abro la puerta de cristal y me acerco a ella, que está colocando libros en una estantería. Me fulmina con la mirada, y luego pone los ojos en blanco.

—En serio, envíame al menos un mensaje diciendo, «Estoy bien» —me reprocha.

—Lo siento, pero la cosa es grave —trago saliva, poniendo cara de circunstancias.

—¿Grave? ¿Cómo de grave? ¿Has hablado con tu padre? ¿Se han pegado?

—¿Qué? ¡No! No es nada de eso.

Que se pensaba que Tomás y mi padre *se habían pegado*. ¿Hola? ¿Sentido común?

—Pues Marcos estuvo a punto de hacerlo. ¿Entonces?

Me mira expectante, con los ojos muy abiertos, esperando mi declaración.

—Yo... joder, no sé cómo ha pasado, pero tenías razón, ¿de acuerdo? Me he enamorado. Quiero a Tomás, mucho, como la trucha al trucho. ¿Puedes creerlo?

—Claro que sí, ya lo sabía yo. Si es que no era normal lo tuyo con él. Siempre sueles pasar de tus ligues, y este mes no te he visto el pelo. ¿Y desde cuándo te quedas en sus casas? Nunca, solo cuando te lo piden. Y por no hablar de que le invitaste al evento...

—Lo sé, lo sé. ¡Ay, Luci! —gimo, apenada—, no sé qué hacer, tengo el corazón que parece que me va a dar una taquicardia en cualquier momento. ¿Qué hiciste cuando te diste cuenta de que estabas enamorada de Marcos?

—¡Oh!, no creo que te sirva. Supe desde el minuto uno que iba a enamorarme de él.

—Pero él no. ¿Y qué hiciste?

—Terminar con él. Y entonces fue cuando escribió el libro de nuestra historia, me dijo que me quería, y aquí estamos.

—¿Crees que tengo que terminar con él? —pregunto confundida.

La verdad es que no tengo ni pajolera idea de qué hacer. Porque yo estoy enamorada, pero ¿y Tomás? Menuda estupidez, claro que no...

—¡No! Mira, ya sé que te dije que Tomás era un bala perdida etc., pero... es todo un avance que tenga algo estable contigo. De hecho, en la cena creí sinceramente que erais pareja por cómo te miraba.

—¿Tú crees? —me intereso.

—Sí.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos? ¿Qué hago? No sé Luci, esto es... muy complicado. El amor es un asco, no sé cómo proceder. ¿No tienes un libro para eso?

—¿*Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus?*

—No, algo más sencillo. Como lo de inglés o matemáticas para *dummies*. ¿No hay un *Amor para dummies?*

—Creo que no, o puede que sí, pero seguro que es una chorrada. ¿Por qué no pruebas a seguir como hasta ahora? Tampoco es necesario que grites a los cuatro vientos tus sentimientos, y si finalmente él te demuestre los suyos, entonces puedes plantearte decírselo.

—Sería más fácil si hubiera un manual de instrucciones. Pero, es Tomás, él

es serio, responsable, culto, bueno... no va a enamorarse de mí. Puede que yo le guste, porque yo gusto, sé que soy guapa y que estoy buena, pero ya está.

—¿Por qué no va a enamorarse de ti? Eres un partidazo, Barbi.

¡Por supuesto! Un *partidazo*, claro.

¿Estamos locos? Si no me quiere ni mi padre, soy un desastre la mayor parte del tiempo, tengo un cerdo de mascota porque no pude retener a mi perro, solo sé hablar de películas y no leo el periódico ni que me maten.

Si Tomás llega a enamorarse de mí, va a ser un milagro.

*Yo antes de ti*

Tomás

*L*os libros viejos suelen coger el hedor u olor de sus dueños. El humo del cigarrillo, el del café humeante, o incluso el perfume que estos solían usar. Es inevitable dejar huella, que se note que pertenecieron a otro antes que a ti. Sus páginas habrían sido pasadas por otra persona, sus manos habrán tocado la tinta impresa, incluso habrá lágrimas si se emocionó, emborronando algunas palabras. Quizá haya alguna anotación, u algo subrayado, o el extremo de la página doblada, o un punto de libro dentro.

Unos prefieren libros nuevos, para marcar su propia historia en ellos, para empezar de cero. A otros les gusta heredar libros, o comprarlos en tiendas de segunda mano. Yo espero que Bárbara sea de esas últimas, porque soy de segunda mano, estoy maltrecho por un amor del pasado, usado por otra persona, con las cicatrices consecuentes que dejó, mis costumbres después de ella, mis miedos.

—¿Me estás escuchando? —reprocha mi hermano al verme ensimismado con el contenido de la taza.

—No, perdona.

—Te preguntaba qué demonios tienes con la mejor amiga de mi novia.

¿Qué tenemos? Es difícil este concepto, definir algo así es complejo en este punto.

—Somos amigos con beneficios —respondo, sin dejar de observar a mi hermano.

Es quizá, lo más acertado para decir en esos momentos. Es en lo que hemos quedado desde el principio.

—Es la primera mujer con la que te acuestas con regularidad, la primera con la que tienes una amistad, la primera... desde Eva —puntualiza Marcos.

—Correcto —confirmo yo, indudablemente consciente de ello.

Mi hermano no es como yo. No tiene demasiada paciencia, tampoco mi temple ni mi carácter pausado. Él es un remolino que, a la mínima, se pone en acción. Por eso me gusta Lucía para él, porque sabe calmarlo, aplacar esa fiera que, en el fondo, puede llegar a ser.

—¡Joder, Tomás!, ¿vas a decirme algo que no sepa? Que ya me ha contado Lucía que Bárbara no espera nada, que nunca ha tenido una relación seria con nadie y que no se enamora, pero aun así...

Ya veo por dónde van los tiros. Piensa que yo solo voy a querer sexo ocasional con Bárbara. Que estoy jugando, como he hecho con todas las mujeres desde Eva. Pero no sabe lo equivocado está.

—¿Crees que estoy jugando?

—¿Lo estás haciendo? Y sí, acabo de responderte con una pregunta, porque sigues sin responder a la mía. Te tengo calado, hermanito, a ti y a tu psicoanálisis.

Echo la cabeza hacia atrás carcajeándome de su respuesta. Luego, tomo un sorbo de café, y vuelvo a mirarle a los ojos, para disipar todas sus dudas.

—La quiero.

Le choca escuchar eso, porque cierra los ojos con brusquedad varias veces, sin creerlo.

—¿Cómo?

—La quiero. Me he enamorado de ella. Me ha costado varios años, pero ha pasado. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque has pasado de estar amargado, de ser un rancio y de no querer saber nada del amor a... enamorarte en una friolera de... ¿un mes?

—¿Qué puedo decirte? Estas cosas ocurren cuando menos te lo esperas.

—¿Y desde cuándo te van las rubias?

—Bárbara es morena.

—Creía que te gustaban sabiondas y mandonas. De las que tienen el látigo en la mano, ¿sabes?

—Ahora ya no.

No entiendo a qué viene este interrogatorio. Me ha estado dando el coñazo durante meses sobre mi salud mental, y ahora duda.

—Entonces, ¿has superado lo de Eva?

—Por supuesto que lo he hecho. ¿A qué viene esta pregunta?

Suspira, mientras aprieta los dientes antes de pronunciar unas palabras que no pensaba escuchar jamás.

—Bien, porque esta mañana me ha llamado. Quería hablar contigo, pero has cambiado de número.

La incredulidad brota con facilidad, y me quedo durante unos instantes pensando en ello. Hace cinco años, o puede que más, que Eva se fue y no supe más de ella. A excepción de algunos anuncios en la televisión o en los autobuses, por supuesto, pero ni siquiera quise saber qué había sido de su vida. Es extraño que quiera hablar conmigo, precisamente conmigo y no con Marcos.

—¿Te dijo para qué?

—No quiso por teléfono, solo que era importante. Si no quieres, Tomás, no la llames. No le debes nada.

Por supuesto que no le debo nada. ¿En qué está pensando mi hermano?

—No lo haría por eso, si no para demostrarle que me es indiferente. Es más, voy a llamarla. Dame su teléfono —exijo.

—No sé si es una buena idea...

—Dame el teléfono —vuelvo a insistir, y esta vez me lo pasa.

—Dime algo cuando hayas hablado con ella.

Parece mamá. No, es peor que ella, porque conociéndola se limitaría a ver qué hago sin decirme nada.

—¿Qué piensas que va a pasar? ¿Que va a decirme cuatro cosas bonitas y voy a estar a sus pies de nuevo?

—Yo no he dicho eso, pero es un riesgo. Al verla volverán todas las emociones que sentías, y puede que te inquietes y dudes.

Niego ante su lógica, porque no va a ser así. No lo será porque Bárbara ocupa todo mi pensamiento, ella es la razón por la que mi corazón se acelera, por la que volvió a latir, ella me devolvió la ilusión.

—No pasará. Ahora voy a casa a ducharme, y luego, más tranquilamente, la llamaré. Por la tarde iré al cine con Bárbara. Es una actividad que suelen hacer las parejas, ¿no?

—Y otra gente, también. Tú por si acaso, avísame.

Salgo de la cafetería a paso lento, buscando en mi cabeza el momento exacto en el que me enamoré de Eva. Poseía esa belleza simétrica, resplandeciente y elegante que la hacía única. La noche que la vi por primera vez, bebió más de

la cuenta. Me acerqué a ella para invitarla a algo, y ni siquiera me dejó hablar. Solo posó sus etéreos ojos sobre mí, sonrió y me susurró al oído que aquella noche sería solo suyo.

Por supuesto, lo fui. No me quedó más remedio que rendirme a aquella mujer demasiado hermosa, demasiado ocurrente, que me trataba como si me conociese de toda la vida. En su apartamento, la desnudé con paciencia mientras que ella tenía prisa, pero se dejó llevar.

A la mañana siguiente fue cuando caí rendido, cuando recibí ese flechazo; ella me miró con admiración, ternura y amor mientras yo me hacía el dormido. No sabía quién era aquella mujer que había aparecido de la nada, solo que tenía que conocerla. Porque a mí nadie me había mirado nunca así, ni me habían tratado de esa manera. Había sido el gafotas del colegio, el rechoncho que nadie quería en su equipo, y mis amigos eran, realmente, los amigos de mi hermano.

En la universidad cambié, pero mi carácter parado y metódico no estaba preparado para lidiar con las mujeres, así que mi fama de hombre difícil aumentó. Hasta aquel momento, en el que, sin hacer nada, la tenía en mi cama y a mis pies. Y cuando se fue, no entendí qué había pasado, pues de un momento a otro dijo que tenía que marcharse, y la perdí. Fui algo pesado, porque para mí había sido la noche más maravillosa y tendría que haberlo sido también para ella. Hasta que obtuve una cita, una noche. Aceptó a regañadientes, y yo di lo mejor de mí mismo.

Su seguridad en sí misma no era insolente, solo formaba parte de lo que era, algo normal, y en el fondo, lo que yo nunca había sido.

Ignoraba que aquella noche, a quién miraba de esa manera era a Marcos, y no a mí. Que fui un recambio, un sustituto de quién ella quería. Y por mucho empeño que le pusiera, no me elegiría nunca.

Por eso, cuando llego a casa, después de darme una ducha, decido apretar las teclas del teléfono y llamar. No tarda en responder, solo un par de pitidos.

—¿Diga?

Reconozco su voz de inmediato. Me inquieta un poco, lo admito, es raro, como volver a tu habitación de cuando eras niño, o cuando vuelves a escuchar una canción de hace muchos, muchos años, de esas que te trae recuerdos.

—Marcos me ha dicho que querías hablar conmigo.

Creo que lo peor de todo, cuando cortas de cuajo con una persona, es que por muchas fotos que borres, por muchos mensajes que envíes a la papelera,

siempre acabas recordando cada palabra importante que os dijisteis. Y yo sigo recordando unas cuantas.

—Gracias por llamar, Tomás. ¿Qué tal estás? Parece que bien. Aunque no quiero entretenerte mucho, solo quería pedirte un pequeño favor; el lunes voy a ir al hospital donde trabajas, y la verdad es que necesitaría ver a una cara conocida por allí. No te lo pediría si no fuese... realmente importante.

Se necesita tener bastante caradura para llamar a uno de los tíos con los que te acostabas, mientras lo hacías también con su hermano gemelo, para pedirle un favor. Por eso me intriga su petición, y me da la impresión de que es algo médico, de hecho, pondría la mano en el fuego por ello. Así que eso, añadido a la idea de demostrarme a mí mismo que puedo verla con total normalidad, me hace acceder.

—De acuerdo. ¿A qué hora tienes visita?

—A las diez.

—Entonces te espero a las nueve y media en la cafetería del hospital. Hasta entonces.

Y cuelgo.

He sido frío, pero supongo que no esperaré otra cosa. Ha sido fácil, pero puede que cuando la tenga de frente, no lo sea tanto. Pero ahora mismo no quiero pensar en Eva, y es que solo puedo pensar en una cosa; que tengo mi primera cita con Bárbara. Puede que no sea oficial, que ella no se lo tome como una cita, pero lo es.

El capricho físico a veces no tiene mucho que ver con la belleza, es mucho más completo. Puede venir con el olor, la forma de caminar, el sonido de su voz, el duelo dialéctico o el látigo imperceptible de sus pestañas. De una barbilla oscilante, o de unos ojos brillantes. Pese a que la belleza de Bárbara puede llegar a quitarte el aliento, no es eso lo que me llamó la atención. Fue su carácter desenvuelto, cómo alzó la ceja llena de incredulidad la primera vez que me senté con ella. La forma en que me hizo reír.

El tiempo pasa despacio hasta que llega la hora, y me planto en su casa con unos pantalones azul marinos, una camisa blanca y los náuticos. Me abre la puerta con una risita nerviosa, los párpados le brillan porque se ha echado una especie de purpurina, y con el vestido de flores me hace pensar en una mañana de primavera.

—¿Vamos? Quiero hincharme a palomitas, hace mucho tiempo que no como y tengo mono.

—Espero que seas de palomitas saladas —respondo mientras cierra la puerta.

—Siempre. De todas maneras, no pienses que las vaya a compartir.

—Así que el sándwich sí, pero las palomitas no ¿eh?

—Tengo mis prioridades.

La sala del cine no está muy llena, y nos sentamos en una de las últimas filas, cada uno con uno vaso mediano de palomitas y una botella de agua. Pronto empiezan los anuncios.

—¿No vas mucho al cine? Pensaba que sí —cuestiono en un susurro.

—No demasiado. Tampoco me gusta ir sola al cine, así que, si quiero ir, tengo que engatusar a Lucía para que venga. ¿Sabes? La primera película que vi en el cine fue *Titanic*.

—¿Cuántos años tenías? —me escandalizo.

—Seis, creo. Mi niñera se moría por verla, así que ... —pone cara de circunstancias y mordisquea una palomita.

Entonces empieza la película y nos quedamos callados. Pasa un rato, hasta que percibo su mano ávida en mi pierna, que va subiendo poco a poco, hasta que llega a mi cadera. Joder, esto no lo tenía planeado.

Me inclino hasta llegar a su oído, y después de dejar un leve beso, le susurro:

—No hagas eso, muñeca, o voy a ponerme a cien por hora.

Gira el cuello para responderme, también cerca de la oreja.

—Puede que sea eso lo que quiera. ¿Nunca te han masturbado en el cine?

La mención hace que ya me excite, pero debo mantenerme firme y aguantar en la cita hasta el final.

—Lo cierto es que no, pero como ya te dije, estar dentro de ti es como una droga, muñeca, y yo quiero la experiencia completa, no un sucedáneo en el cine. Así que, ahora nos concentramos en la película, que sé que querías verla, y luego iremos a mi casa, y como dicen en *Light my fire*, encenderás mi fuego, y créeme, voy a arder por ti, muñeca.

Su respuesta es un gemido, ya que después de mi discurso le doy un beso en el cuello. Por supuesto, me concentro poco en la película, pero es graciosa y a Bárbara le gusta mucho porque la oigo reír más de una vez.

Cuando las luces se encienden, le sujeto la mano y me la llevo caminando hasta mi casa, aunque ella se queja de lo poco reales que son las películas románticas.

—Es que es verdad, allí te lo pintan todo estupendo y maravilloso, pero la realidad no es así para nada —masculla, mientras abro la puerta de casa.

—¿Quieres beber algo?

—Yo... ¿puedo ir al baño un segundo? —pregunta, con un gesto de dolor.

—Por supuesto. ¿Estás bien?

—Sí, es solo un malestar en la barriga.

Mientras tanto voy a la cocina y preparo dos vasos. ¿Será de ron, ginebra o vodka? Antes de que decida adivinarlo, escucho un lamento desde el baño, así que voy hasta allí.

—¿Bárbara? ¿Estás bien? —digo, llamando a la puerta del baño.

—Ehh..., sí. ¡Mierda! Tengo que irme.

¿Irse?

—¿Por qué? ¿Estás bien? Voy a entrar.

—¡No entres!

No le hago el menor caso, y, por suerte, no ha puesto el pestillo. La encuentro sentada en el wáter, con las braguitas hasta los tobillos y cara de terror.

—¿Qué te pasa? Tampoco es nada que no haya visto antes.

Empieza a enrojecer. Pero ¿qué le pasa? ¿A qué viene ese rubor repentino?

—Es que... acaba de venirme la regla. Lo siento, no me acordaba. En fin, sal, y me voy a casa...

—¿Por qué te avergüenzas? ¿Quieres que vaya a comprarte compresas al súper de abajo?

—¡No hace falta! Tengo alguna en el bolso, de verdad, es solo que...

No la había visto nunca tan nerviosa, como si aquello fuese algo horrible. Así que me pongo de cuclillas y le sujeto el mentón para que me mire a los ojos.

—Es algo natural, no pasa nada. ¿Quieres que te traiga un ibuprofeno para el dolor? Luego nos sentamos en el sofá, y leemos un poco. ¿Te parece?

—No te... ¿importa que no haya final feliz?

—No todo es sexo, muñeca —respondo, rozando su boca con un beso—. Te espero en el sofá.

—Creo que es una de las cosas más bonitas que nadie ha hecho. ¿No querías casarte conmigo? —dice genuinamente, pero pronto se muerde el labio, diciéndose a sí misma que no debería haberlo dicho.

—Voy a hacerlo, en un futuro.

No le doy tiempo a reaccionar, porque me pongo de pie y salgo del baño. No tarda en seguirme; coge la pastilla de mi mano y se la traga con el agua que está encima de la mesita. Luego, se acurruca a mi lado mientras empiezo el capítulo.

Siento que su corazón late con avidez, y sé que ella me quiere.

El capítulo es rápido, no porque yo tenga prisa, sino porque Bárbara es muy traviesa, y no para de darme mimos. Algo que me encanta, pero... a mi pequeño amigo también, y demasiado.

—Muñeca —exclamo con la voz un poco rota—, esto se está volviendo un poco insoportable.

—¿El qué? —pregunta, alzando la cabeza con unos aires de inocencia que no son tales.

—Me estás poniendo, como tú dices, muy tonto —resumo entonces.

—Lo sé, y lo siento. Pero es que... no puedo evitarlo. Se me ha pasado el dolor y estar encima de ti, escuchar tu voz tan sensual, tocarte así... también me pone cachonda.

Suspiro, resignado. O no tanto, porque yo también esperaba esto, no voy a mentir. Y los hombres de verdad no dudan en mancharse la espada de sangre.

—Habrá que remediar eso, supongo. ¿Sabías que los orgasmos son liberadores de estrés? —murmuro, empezando a besar su cuello.

—Lo sabía. Déjame...

Sin dudarle, se pone de rodillas frente a mí, y empieza a desabrocharme el pantalón para bajármelo. Antes de nada, deja su respiración acompasada en mi estómago, y luego un riego de besos en él, con los que recorre también mis piernas velludas.

—Déjame sentirlo en mi boca —susurra, y esta vez no se lo niego.

Levantando un poco el trasero, termino de quitarme la ropa interior, dejando al aire mi erección y tocándola un poco en toda su longitud para aliviarme un poco. Su declaración hace que abra los ojos de par en par, deseoso de aquello.

Bárbara se yergue sobre los codos, y se mete mi erección en la boca, dejando que palpите contra su lengua. La veo cerrar los ojos lo que hace que sus tupidas pestañas se deslicen como el más suave de los velos. Cierra los labios alrededor del glande y me hace jadear cuando empieza a mover la lengua en círculos.

Es sublime sentir esto, ver lo excitada que está. Me acaricia los genitales con suavidad sin dejar de chupar, y luego me masturba llegando con la mano

hasta donde su boca no alcanza, succionando mi dolorido pene, paladeándolo. Recorre cada centímetro de él con la lengua, y el rastro de su saliva me vuelve completamente loco.

—Estoy en el cielo, muñeca —murmuro con la voz ronca, demasiado excitado.

Entonces sus lametazos empiezan a ser más intensos, hasta que presiona mi erección con los labios, de arriba abajo. Me está follando sin prisa, y haciendo que mi polla entre y salga de su boca. Esto es más de lo que puedo soportar; sé que estoy a punto de eyacular, así que la detengo.

—Para, para, o me voy a correr...

—Es lo que pretendo —murmura, con los ojos entornados y algo acuosos.

—Creía que estabas excitada —exclamo, levantándola del suelo y metiéndole la mano por debajo del pantalón para acariciar su sexo por encima de las bragas.

—Sí, pero... ya sabes.

—¿Es por la regla? Porque por mí no hay problema.

Esboza una media sonrisa insegura, de esas escasas en las que deja ver sus pequeñas inseguridades.

—¿Seguro? —pregunta entonces.

Hay algunas personas que dicen que el contacto físico que nos rodea deja lazos invisibles que hacen que las relaciones sean inquebrantables, y ahora mismo me lo creo. Nunca he deseado tanto a alguien, con tanta intensidad como a Bárbara.

—Segurísimo —afirmo, porque no veo el momento de dejarla tal y como a mí me gusta, completamente desnuda.

Y de hecho, empiezo a quitarle la camiseta y los pantalones, despacio, admirando su perfección, cada marca de su piel, sus mejillas rojas, sus pechos redondos, su cintura pequeña, sus caderas diminutas y sus rodillas huesudas.

—Date la vuelta —susurro, haciendo que se acomode sobre las rodillas en el sofá. Mientras le acaricio la espalda con las yemas de los dedos siento que su piel se eriza por momentos.

Acaricio sus pliegues, ya húmedos, estimulándolos mucho más mientras inclino mi pecho sobre su espalda y con la otra mano, llego a uno de sus pechos. Se lo estimo con la punta de los dedos hasta que el pezón se eriza. La escucho jadear, y sé que está lista para recibirme, así que deslizo la erección en su sexo para penetrarla.

—Tomás, no pares —exclama, gimiendo mientras cambio de pecho.

Mis movimientos empiezan a ser algo violentos, un tanto salvajes, pues quiero dárselo todo, y me pierdo en un arrebato enardecedor. Sé que está disfrutando, quiero que lo haga, que no se limite a darme placer, porque eso es lo que intenta hacer casi siempre: complacer a todos los hombres que han pasado por su vida, empezando por su padre. Me dejo llevar, cogiéndola con tosquedad, con fuerza, sin demasiados miramientos, ensordeciendo todos los sentidos de mi cuerpo, llenándola.

—No sabes lo que me gusta cómo me aprieta tu coño, muñeca —susurro cerca de su oído, llegándole a mordisquear la tierna piel del cuello.

—Y a mí, joder. No pares ahora, Tomás —gruñe entonces, y veo cómo clava las uñas en la tela del sofá, así que la penetro con más fuerza y con más rapidez—. Me corro... —murmura en un gemido coyuntural.

No dejo de golpear la pelvis contra su trasero, disfrutando de las contracciones reiteradas de sus paredes, lo que me lleva a sentir un delirio vertiginoso, y pierdo del todo el control. Su piel sudorosa, la humedad de su coño, el fuego de nuestros cuerpos uniéndose en uno solo hacen que yo también llegue a la cima del más exquisito deleite, vertiendo mi esencia dentro de ella.

Nos dejamos caer en el sofá, exhaustos, mientras la aprieto contra mi pecho para silenciar sus quejas de que voy a tener que cambiar el sofá.

A la mierda, ha valido la pena.

*Cómo perder a un chico en diez días*

Bárbara

Creo que la sororidad entre mujeres es algo bueno, y de verdad que no tengo nada personal en contra de Ruth, pero no creo que sea lo más adecuado que yo sea su ginecóloga, y menos ahora que está embarazada de Juan. Sí, Juan, el hombre que estaba saliendo conmigo cuando la dejó preñada. No la culpo, ella estaba soltera y sin compromiso y él no, así que toda la culpa recae sobre Juan, soy consciente de ello, pero la mera idea de Ruth, Juan y yo en una sala de parto me resulta demasiado incómoda, así que le he dicho que tengo demasiados pacientes, y que como ella era nueva y estaba al principio del embarazo, la he derivado a otra doctora muy maja (demasiado, es de esas que lo ven todo de color de rosa).

Como he dicho, estoy bien, qué digo, estoy perfectamente. En el fondo, estoy flotando porque me he enamorado, y eso, en mi caso, no ocurre todos los días.

—Quién te ha visto y quién te ve. Anda, tráeme uno de esos cafés buenos de la máquina de tu novio y así tienes una excusa para ir a verlo —dice Lola, entrando en mi consulta.

Obviamente sabe que hasta dentro de quince minutos no tengo ningún paciente, así que muy ufana, me levanto de la silla.

—De acuerdo, pero no te lo tomes de costumbre. Y no es mi novio —puntualizo, a ver si se va a extender el rumor y luego lo gafo.

—Aún... —puntualiza ella, que está rellenando algún formulario.

Pues mira, la verdad es que no me importaría. Y está claro que no soy de esas que adoran todo lo que tenga que ver con parejas, tipo camisetas, tazas y todas esas mierdas que van a conjunto, pero creo que sería bonito que Tomás y

yo fuéramos pareja. Y mentiría si dijera que no he fantaseado con nuestra boda, porque lo he hecho esta misma mañana viniendo al hospital.

Dios, esto es increíble, pero ¿cómo me he podido colgar por un tío de esta manera? Y encima, del chico bueno, del que vale la pena, del hombre diez en todos los sentidos. Siempre pensé que yo sería el prototipo de chica que me enamoraría del cabrón de turno, del idiota en mayúsculas, de ese que nunca vale la pena, de los que en las películas de adolescentes salen haciendo el idiota el noventa por ciento del tiempo, y no entiendes por qué la chica lista y mona se enamora de él y acaban juntos solo porque el diez por ciento restante el tío hace las cosas bien. Si es que no lo entiendo, ¿cómo podría enamorarme de un gilipollas integral habiendo especímenes como Tomás?

En el fondo, ya lo dijo Medea, o en realidad Ovidio, «Sé que es lo mejor y lo apruebo; sin embargo, hago lo peor». Pero en este sentido, esa irracionalidad no se ha materializado en mí, o al menos, no me enamoré a sabiendas de que era lo peor. O quizá sí que lo pensaba, pero no lo era. No lo sé, la verdad.

Llamo a su puerta, y abro, pero parece ser que no está. Vaya, mi gozo en un pozo. Voy a tener que llevarle a Lola un café de la cafetería, que no está mal y es mucho mejor que el de la máquina del pasillo. Así que voy hasta allí, pero antes de entrar, me detengo en seco al ver a Tomás. Está sentado en una mesa, y tiene delante una mujer. No sé quién es, pero me suena, su perfil se me hace conocido. No llego a entrar, me quedo detrás de la puerta, donde puedo observarlos sin que ellos me vean.

Puede que esté siendo paranoica, puede que sea su prima, aunque se parezcan en el blanco de los ojos. Pero se me detiene el corazón cuando Tomás la mira con ternura. Conozco esa mirada, me la ha dedicado a mí muchas veces, y al verla siento que un cuchillo me atraviesa el estómago.

Me duele muchísimo, y siento unas ganas tremendas de llorar. Ni siquiera sé quién es esa mujer, pero la ha mirado como solo me ha mirado a mí, y esto no augura nada bueno.

—Te ha llegado esto por mensajero.

La voz de Rafael me sobresalta, y enseguida cojo el sobre que me entrega.

—Pero ¿qué cojones? —se me escapa en voz alta al ver una invitación de boda.

La boda de Juan y Ruth. Y encima me invita ella. Manda huevos, de verdad.

—Eso debe de doler —musita Rafael, que lee la invitación con descaro.

Alzo la vista de nuevo, y el corazón termina de quebrarse al ver a Tomás abrazándola.

—Ni una cuarta parte de lo que es ver eso —respondo en voz baja.

No puedo seguir viendo este espectáculo, es demasiado para mi salud mental y física. Así que salgo corriendo de allí, sin café, y me encierro en mi despacho diciéndole a Lola que Tomás no está.

Ya sé lo que me está pasando, estoy celosa. Cosa completamente irracional, pero lo estoy. Y ¿quién es ella? Creo que esa información solo la sabrá Lucía, y es a quien llamo inmediatamente.

—¿Barbi?

—Dime la verdad, ¿Tomás tiene una mujer secreta? ¿Una novia que vive en el extranjero? Dímelo ya, Luci.

Lo quiero saber de inmediato, sin anestesia, cuanto antes.

—¿Qué? No, nada de eso. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque le he visto hablando con una mujer, en la cafetería, y se han abrazado. Y la ha mirado como me mira a mí. ¿Sabes quién es?

Mierda, creo que estoy a punto de llorar. O eso o me ha entrado algo en el ojo.

—Esto... sé quién es, ¿de acuerdo? Pero no te imagines cosas raras.

—Es su prima, ¿verdad? Dime que es su prima y que estoy haciendo el ridículo, por favor.

—No es su prima. Es su ex.

¿Hola? Eso es igual a que te digan que hay dos noticias, una buena y una mala. Y que, en el fondo, solo exista una mala.

—Oh, la ex. ¿Esa que lo traumatizó?

—Esa misma.

—Luci Liu, ya me estás contando qué demonios ha pasado, porque estoy al borde de un ataque de nervios, y no es broma. Voy a tener que tomarme un Trankimazín ahora mismo.

Si ya lo decía yo, que vivir no estando enamorado se vivía muy bien. Maldita la hora en que reclamé algo a Cupido. ¿Se admiten devoluciones de flechazos? ¿No? Joder.

—La chica se llama Eva, estudió filología con Marcos en la universidad y... tenían una relación de más que amigos y menos que novios. Ella no sabía que Marcos tenía un hermano gemelo, y una noche de fiesta se encontró con Tomás, y pensando que era Marcos, se acostó con él. Según les dijo, al principio no

quiso nada con él, pero terminó acostándose con los dos al mismo tiempo, sin que ellos lo supiesen. Cuando se enteraron, ambos cortaron toda relación con ella, pero Tomás quedó bastante más tocado porque le gustaba en serio, ¿sabes?

—¿Se acostó con los dos? Será cabrona, eso se comparte, leches.

Si no estuviese enamorada de Tomás habría sido mi ídolo, todo sea dicho, pero no.

—Pero tú no sabes nada de eso, ¿eh? Te lo estoy contando en estricta confidencialidad y porque eres mi mejor amiga. De todas formas, te puedo asegurar que después de eso, mucha estima no le tiene.

Eso lo dice porque no lo ha visto. Si se nota a leguas de distancia que sigue sintiendo algo por ella. Y yo aquí como una tonta preguntándome si algún día se enamorará de mí.

Ilusa.

—Tranquila, no diré nada. Gracias, Luci.

—Oye, no te comas el coco, ¿eh?

—No, un beso.

Por supuesto que me voy a comer el coco. ¿Quién en su sano juicio no lo haría? Aparece la ex del hombre del que estás irremediablemente enamorada, una ex muy guapa, y ¿no te preocupas? Por favor, como si yo fuese la mujer prototipo de las películas románticas que interpreta Katherine Heigl.

Es entonces cuando Mariangi abre la puerta emocionada, totalmente exaltada y saltando.

—¡Hay alguien famoso en la cafetería! Y me he hecho una foto con ella, voy a colgarla para que todos la vean. ¡Es increíble!

Parpadeo varias veces, e intento sonreír porque Mariangi es un sol y no quiero soltarle una lagrimita.

—¿Quién?

—Esa modelo que está tan de moda, Eva Santaaulalia.

¡Oh!, de eso me sonaba su cara. Eva, claro. Que es modelo..., encima.

—No sé quién es —respondo con algo de indiferencia, fingiendo mirar la pantalla del ordenador.

—Seguro que la has visto en algún anuncio. Por cierto, el doctor Dauphine te está buscando, pero ahora tenía un paciente, así que hasta dentro de media hora me ha dicho que estaría liado.

¡Oh, mierda! Va a cortar conmigo. En realidad, a dejar lo que tenemos

porque para cortar antes debe haber una relación, y de eso sí que no tenemos. Este es uno de los peores días de mi vida.

—Voy al baño —miento, porque no quiero llorar aquí delante y que sepan que me duele.

Es una tontería, lo sé, pero durante toda mi existencia he eliminado de ella cualquier cosa que pudiera hacerme daño; he hecho como si no pasase, como si no me molestase que mi padre no fuera a ningún festival del colegio ni a mi graduación, para los demás no sintieran pena por mí.

Así que salgo de la consulta e intento respirar profundamente, arriba y abajo, apoyada en la pared del pasillo para dejar de pensar durante al menos, dos segundos.

—Perdona, ¿sabes dónde está la consulta de la doctora Uría?

Abro los ojos y me encuentro directamente con la mujer en la que no quería pensar. Genial, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Es guapa, muy guapa, de facciones perfectas, delicadas y finas, estilizada, de ojos claros, ni verdes ni azules, pero cautivadores. Es más alta que yo y con unas curvas perfectas.

Cualquier teoría sobre quererte a ti misma se va al traste cuando ves ese monumento de mujer, y solo siento envidia por ese cuerpo escultural.

—Es en la planta de abajo, pero su consulta la están cambiando y... es igual, ya te acompaño.

No tengo muchas ganas de seguir mirando a la mujer que le robó el corazón al hombre del que estoy enamorada, pero tampoco soy una mala persona, está buscando a una doctora en ginecología, mucho más experimentada que yo, y con más especializaciones. Vamos, que yo en el fondo soy la última mona en mi departamento, sin contar a los residentes.

—Gracias. La verdad es que iba a acompañarme un amigo que trabaja aquí, pero ahora tenía un paciente. ¿Eres doctora?

—Ginecóloga, sí —respondo mientras caminamos.

—Entonces supongo que nos veremos por aquí. Soy Eva, Eva Santaaulalia —se presenta, alargando la mano.

—Bárbara Ponce —se la encajo, cómo no.

—¿Crees en el destino, Bárbara?

Su pregunta me toma por sorpresa. ¿A quién demonios se le ocurre preguntarle eso a una desconocida? Podría ser una loca, podría ser como Rafael y enviarla a la mierda.

—No lo sé. Pero sería un poco triste pensar que sí, pues entonces

hiciésemos lo que hiciésemos, no serviría de nada, ¿no? Porque estaríamos destinados a algo inevitablemente.

De reojo veo que sonrío. Jodida, qué bonita sonrisa que tiene.

—Yo pensaba lo mismo, pero hay cosas en la vida que suceden, y entonces te paras a pensar si realmente no es la vida dándote una segunda oportunidad. Me gustas, Bárbara, espero que la doctora Uría te ponga en su lista para mi operación.

Llegamos donde está la consulta, y se sienta en una silla de la pequeña sala de espera.

—¿Qué operación? —pregunto.

—Tengo un tumor cancerígeno, cáncer de ovarios en Fase 1. Creo que la vida me está diciendo que lo he hecho todo mal.

El temblor en su mano me dice que está asustada, terriblemente asustada; como para no estarlo. Es humanamente imposible no empatizar en esta situación, así que me siento a su lado dispuesta a tranquilizarla.

—Esto quiere decir que lo han cogido a tiempo, así que no te preocupes, la operación no creo que sea complicada, todo irá genial —murmuro con optimismo.

—Creo que eres la primera persona que me dice eso, aparte de mi psicóloga. La gente piensa que tengo una vida de ensueño porque salgo en las revistas, en pósteres publicitarios... pero no es así. Poca gente me llena, ¿sabes? Las personas con las que disfruto conversando pueden contarse con los dedos. Y encima...mi marido, o debería decir exmarido, me dejó el año pasado.

—Lo siento.

—Y aquí estoy, contándole mi vida a una completa desconocida —ironiza—. Le hice mucho daño a alguien, ¿sabes?

El corazón me da un vuelco, porque sé perfectamente de quién me está hablando, y ahora lejos de pensar que está loca por contarme todo eso, quiero saber, que siga contándose.

—¿A quién?

—Al amigo que he mencionado antes. Ni siquiera mi exmarido ha querido venir a acompañarme, pero después de años sin vernos, y de haberle roto el corazón, le llamé y ha venido. Fui tan estúpida, no me di cuenta de que era el hombre que mejor me había tratado y el mejor que podría tener nunca. Pero estaba obsesionada con otra persona... y no lo valoré.

Me tiembla la garganta, parece que tenga en ella un nudo que no me deja hablar.

—A veces es demasiado tarde —susurro, desviando la mirada al suelo.

—Puede que esta vez no. Sigue soltero y... no sé, algo me dice que quizá la vida nos esté dando una segunda oportunidad. Sigue siendo guapísimo, y me pasaría horas hablando con él, sobre todo de libros.

Eso ya lo sé. Solo que de eso conmigo no puede hablar. Tiene que ser frustrante. Y ella es filóloga. Es culta, es guapa, es elegante y, en definitiva, es todo lo que yo no soy.

—¿Crees que sigue enamorado de ti después de todo? —no puedo evitar preguntarle.

Se encoje de hombros, pero sonrío.

—No lo sé, pero la forma en la que me ha mirado es especial. Y me ha perdonado, cosa que creo que es importante, ¿no?

¡Oh, mierda!, sigue enamorado de ella... Creo que voy a vomitar.

—¿Bárbara? Te estaba buscando.

La voz de Tomás a mi espalda hace que dé un respingo, y me doy la vuelta de inmediato.

—¡Oh, no lo sabía!

Ve entonces que Eva abre los ojos sorprendida.

—Vaya, ¿os conocéis? Claro, si trabajáis en el mismo hospital —se responde a sí misma—. Bárbara ha sido un amor acompañándome a la consulta.

—Mmmm... —murmura Tomás, que me observa inexpresivo.

Tengo que salir de aquí antes de que esto se vuelva mucho más incómodo. Piensa Barbi, piensa una excusa... Miro el reloj y se me ocurre una.

—¡Vaya! Tengo una paciente dentro de cinco minutos. Eva, ha sido un placer, Tomás, nos vemos luego.

Y salgo huyendo de esta situación tan jodidamente incómoda. Pero no voy a la consulta, sino que me escondo en una sala vacía de la planta baja y empiezo a llorar igual que si acabase de ver *Un paseo para recordar*, solo que esta vez el dolor es tres veces mayor, porque es mi corazón el que sufre un daño que, me da a mí, va a ser irreparable.

*¿Bailamos?*

Tomás

*B*árbara se acaba de ir con una pésima excusa. ¿De qué huye? ¿Sabe quién es Eva? No, no lo sabe, es ridículo, creo que la imaginación me está jugando una mala pasada.

—Qué bien que hayas llegado a tiempo, no sé si las noticias de la doctora Uría serán buenas.

Poso la mirada en Eva, y asiento.

—Lo serán, ya verás como sí.

La conversación que hemos tenido en la cafetería no ha sido fácil, no lo ha sido en absoluto, pero necesaria para poder estar así sin que sienta rechazo hacia ella. Los seres humanos somos muy complejos, y la mente humana todavía más.

No quiero justificarla, pero tampoco voy a martirizarla por algo que se ha quedado en el pasado y que no se puede cambiar.

Verla después de tanto tiempo ha sido extraño, y más allí en la cafetería del hospital. Poner en un lugar a una persona de otro entorno tan distinto confunde, suele pasar, y me ha ocurrido cuando la he visto aparecer por la puerta. Se ha sentado delante de mí sin parar de gesticular, cosa que me indicó que estaba nerviosa.

—No has cambiado ni un ápice —ha sido lo primero que me ha dicho.

Yo me mantenía sereno, con la expresión más neutra posible, pero en el fondo pensaba que ella tampoco había cambiado mucho. Quizá se había vuelto más glamurosa, tal vez tenía la nariz un poco más corta y los pómulos más altos.

—Se intenta.

He esperado a que fuese ella la que hablase, porque, al fin y al cabo, yo no tenía nada qué decirle, y lo ha hecho pronto.

—Sé que te estás preguntando qué demonios estoy haciendo aquí, en tu hospital, que por qué te he llamado. Soy consciente de que fui una completa arpía contigo, lo sé, y créeme que es la única cosa de la que me arrepiento. Debí ser sincera, debí decírtelo en cuanto me enteré. Pero en el fondo no quería, ¿sabes por qué?

Los destellos de sus ojos me provocaba sentimientos contrapuestos. Por un lado, quería mandarla a la mierda, pero por el otro, me superaba el ansia de saber.

—¿Por qué? —he terminado preguntándole.

—Porque tu forma de querer es adictiva. Lo haces todo más simple, más sencillo, más placentero. No sabes las veces en las que desee haberme cruzado contigo antes que con Marcos, porque entonces me hubiese enamorado de ti, y no de él. Y, es curioso, pero a lo largo de estos años he pensado mucho más en ti que en él. Tú y yo tenemos recuerdos mucho más bonitos, los atesoro aquí, muy adentro.

No he podido evitarlo, porque en aquel momento he sabido que estaba hablando con el corazón. Y la he recordado tal y como era entonces, tal y como yo la veía, y la he mirado de esa forma en la que antes acostumbraba a hacer.

—¿Qué ocurre, Eva?

Porque sabía que algo pasaba, si no, ¿por qué me decía todo aquello precisamente ahora? Después de tantos años, uno lo deja pasar, pasa página y olvida, y más si la persona te ha importado un carajo.

Entonces ha levantado el mentón y le ha temblado la voz.

—Tengo cáncer. Tú sabes que le temo a pocas cosas en esta vida, pero morir sola es una de ellas.

He sabido que no había forma de escapar, que decirle simplemente que yo había seguido adelante y que mi corazón pertenecía a otra no era una opción, porque en el fondo Eva no buscaba una reconciliación, solo un poco de compañía en esos momentos tan difíciles, y yo soy la única persona de su pasado a la que le importó lo suficiente como para acudir a su lado.

—No te vas a morir. Te quedan demasiados años de vida —susurré, apretándole la mano.

—Ya sabes que yo soy una ferviente admiradora de Scott Fitzgerald, y él

decía que nuestras almas tienen diferentes edades que nuestro cuerpo. Puede que yo sea una anciana.

Negué con la cabeza y puse los ojos en blanco.

—Siempre estuviste dentro de la pubertad. Así que calculo que acabas de entrar en la veintena.

La he abrazado antes de que se desmoronase, sabiendo con certeza que todo pasa, que nada se queda para siempre, y el amor, por suerte, a veces, es una de esas cosas.

Tal y como he predicho, la doctora Uría indica que el tumor está focalizado solo en el útero, que no se ha extendido y que, en principio, una vez extraído, el peligro habrá pasado, y que tampoco hará falta ningún otro tratamiento más. Que se lo han cogido muy a tiempo.

Cuando salimos, vuelve a abrazarme.

—¿Vas a estar por aquí mañana cuando me operen? —cuestiona.

—Claro. No te pongas nerviosa, todo irá bien, ya verás —la animo yo.

—Eso espero. Nos vemos mañana entonces.

Asiento y veo cómo camina hasta la salida con sus estilizados zapatos de plataforma y sus gafas de sol de diva. Prueba superada, diría yo.

—¡Tomás!

La voz chillona de Javier me impulsa dar la vuelta, porque sé que si no lo hago me estará persiguiendo durante el resto del día. Está sudado, como si hubiese estado corriendo una maratón.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde vas con esas pintas? —exclamo sorprendido.

Miro a Javier, que está observándolo todo fascinado.

—No sé quién es ella, pero tienes que presentármela. Porque no tienes nada con ella, ¿no? Estabas con Bárbara, de ginecología —pregunta, para asegurarse.

—Estoy con Bárbara de ginecología, sí. ¿Hay alguien de ese hospital que aún no lo sepa? —pregunto, porque sé que seguramente no es así.

—Mmm..., es probable. El otro día vi a dos enfermeros intentando ligar con ella. Puede que debas... marcar territorio, ¿sabes? Ya sé que no quieres oír hablar sobre lo de la ley de la jungla, y que la última vez os reísteis de lo lindo tú y Rafa, pero ...

¡Maldita sea!, puede que en este aspecto Javi tenga razón. O no, ¿por qué debería aceptar el consejo de alguien que no se come un rosco?

Los celos son una emoción estúpida, propia de personas inseguras, y yo no

soy ni una cosa ni la otra. Pero, por otro lado, sí que hay algo inseguro en nuestra relación, y es que no hemos hablado de que sea definida. Me refiero a que yo no le he dicho lo que siento, aunque sí que determinamos exclusividad. Es ridículo, no debería sentir ese sentimiento de posesión con ella, pero lo hago. ¿Qué demonios?

—Pueden hacer lo que quieran, sé que Bárbara los ignorará —asiento, intentando parecer seguro de mí mismo.

He estudiado los celos como psicólogo. Sé que pueden ser una herramienta —si se utiliza con cuidado—, para dar a conocer lo que sientes a la otra persona. Pero en este caso, no valdría la pena, no con alguien como Bárbara, que siempre ha estado mendigando atención, y nunca se ha sentido querida. Con ella debo ser directo, y que no albergue dudas sobre mis sentimientos.

—Si tú lo dices... en fin, me voy a correr.

—¿A correr? ¿Por qué?

—Me han dicho que, si mejoro mi forma física, puede que Amaia se fije en mí de una vez por todas.

No lo contradigo, aunque sea mentira. Como si Amaia dejase de estar enamorada de Guerra por arte de magia o solo por ver que Javi ha adelgazado...

Por fin puedo ir a ver a Bárbara. Me despido de Javi y subo hasta su planta. En la puerta me encuentro con Lola que sale de la consulta.

—Si buscas a Bárbara, ya se ha ido. Dijo que se encontraba mal, y pasó todas las visitas de la tarde a mañana. No tenía muy buena cara —me confía su enfermera.

Debe de ser eso. Puede que le siga doliendo la barriga, esta noche iré a hacerle una visita sorpresa. Creo recordar que cuando perdió al perro quiso comer helado, quizá esto también le apetezca.

Le llevaré una tarrina de helado. O varias, porque no sé cuál es el sabor que más le gusta.

Cinco horas más tarde, estoy delante de su puerta, llamando al timbre, escuchando a través de esta los ronquidos del cerdo. ¿Por qué demonios no me abre? Puede que no esté... La llamo, pero tampoco me coge el teléfono. Y yo con tres tarrinas de helado en las manos, deshaciéndose.

¿Qué narices le pasa a esa mujer?

Desisto, y vuelvo a casa con el rabo entre las piernas. ¿Se habrá enfadado conmigo? No lo entiendo, de verdad que no entiendo nada. Después de poner

el helado en el congelador, miro por la ventana y se me ocurre algo; salgo al balcón y cuento los pisos de su edificio, hasta encontrar el suyo. Tiene las luces del salón encendidas, y no tiene cortinas. Su silueta se ve desde aquí, y creo que... sí, aquí tengo unos prismáticos.

Está viendo una película, *Notting Hill*, su favorita. Hasta puedo ver la cara de Julia Roberts desde aquí. ¿Qué hace...? Está cogiendo un pañuelo de papel, y se suena los mocos. Maldita sea, está llorando.

«¿Por qué estás tan triste, Bárbara?».

Sea lo que sea, mañana pienso averiguarlo.

Hay pocos lugares en los que me sienta como en casa. Uno de ellos es despertar al lado de Bárbara, sea donde sea. El vacío a mi lado en el colchón me inquieta, no porque sea una costumbre dormir con ella, que no lo es, me perturba porque debería serlo y no lo es.

A su lado el tiempo se detiene y no existe más espacio que el que ocupan nuestros cuerpos, nuestros gestos, nuestras palabras. Es realmente difícil tener esa simbiosis con alguien, y cuando la encuentras, se vuelve imprescindible, aunque la disfrutes durante unos breves minutos, comiendo en la cafetería, como cada día. Pero ayer no pasó, y esto no me gusta nada...

En algún sitio —puede que, en las redes sociales, o en alguna revista en la consulta del médico— he leído que «Llegará alguien que baile contigo, aunque no le guste bailar y lo hará porque es contigo y nada más». No voy a decir que el baile sea una cosa que odie, pero tampoco fingiré que sé bailar. En realidad, no tiene que ver ni con el tango ni la salsa, sino con esas cosas que no te gustan, pero qué harías por esa persona solo porque te importa.

Ahí fue cuando me di cuenta de que, con Bárbara, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que ella quisiera, incluso ir al cine y no dejar meterme mano para que viese la película.

Por eso cuando llego al hospital y sale corriendo cuando me ve, tomo la iniciativa de seguirla. Observo que abre la primera puerta que se encuentra y se mete dentro. Entonces me doy cuenta de que es un armario.

—¿Me estás evitando? —exclamo al entrar dentro del maldito armario de la limpieza.

Parece sorprendida, y aprieta los labios.

—No. De hecho, hay algo que quería decirte —susurra mirando al suelo.

Me pego a ella y levanto su mentón, ansioso por robarle un beso, y eso hago. Sus labios se convierten en mantequilla y gime de placer cuando enrosco la lengua con la suya.

—Ayer no me abriste la puerta —me quejo, buscando su piel tersa bajo la falda.

Aprisiono sus glúteos, mientras noto que me pongo duro, muy duro.

—No estaba en casa —miento.

Lo sé porque vivo enfrente, y vi la luz de la sala de estar encendida y a ella en el sofá viendo una película llorando como si no hubiese mañana. No soy un acosador, todo sea dicho, pero fue inevitable que la mirara.

—Mentirosa. ¿Es porque tienes la regla? Un buen caballero no duda en mancharse la espada de sangre, lo sabes ¿no? No sería la primera vez.

Desabrocho los tres botones de su blusa que me molestan y voy directo a mordisquear sus pechos, para lo que aparto a un lado la tela del sujetador que los cubre.

—No, ya no, no es eso. Mmm... joder, no hagas eso —jadea, intentando contenerse, pero sin lograrlo.

—¿Por qué? —murmuro, grabando su expresión de necesidad en mi cabeza.

—Yo... no puedo seguir con esto —suelta de golpe.

El corazón se me detiene, ¿ha dicho que quiere dejarlo? ¿Lo que tenemos? No, no es posible. Le doy un mordisco en el pezón derecho y le bajo las bragas con impaciencia mientras me desabrocho los pantalones.

—¿Te refieres al sexo?

—Ajá.

—Dame una buena razón, muñeca —pido, porque ante todo debo mantener la calma.

Excitado y necesitado de ella, mi miembro palpita al notar cómo arquea la espalda mientras le amaso el culo con avidez.

—Juan quiere que volvamos.

Casi me da la risa allí mismo. Debe de ser una broma, pero no veo que se ría. ¿Me está mintiendo? No lo sé.

—No estás enamorada de Juan, ¿por qué quieres volver con él? —pregunto, sin pensar más.

—Puedo enamorarme de él —explica, dubitativa.

—Pero no lo estás —insisto yo, y esta vez sus manos buscan el elástico de mis calzoncillos y lo bajan.

Las mías están ya en su coño, húmedo y preparado para mí. Lo necesito como el respirar, ella es mi oxígeno y mi agua. Me hundo en ella al tiempo que suelto un gemido, dominado por esta ansia viva que me consume.

La quiero, y siento que la estoy perdiendo. Este pensamiento me envenena la mente, y le clavo con fuerza las uñas en las caderas, dejándole marcas mientras entro y salgo en ella con unas estocadas firmes y duras.

—Él nunca te dará lo que deseas, Bárbara.

Me responde con gemidos sonoros y ensordecedores. Mi Barbi de piernas de palillo y cara de muñeca. Quien ha hecho que despertase del largo letargo en el que me encontraba, se coló en mi corazón y ahora quiere irse. No se lo pondré fácil, no lo haré porque sé que su lugar está conmigo.

Hay certezas que llegan en momentos insospechados; mientras esperas el autobús, en la cola del baño o conduciendo por la autopista. Y aquí en el armario de la limpieza de la segunda planta del hospital, presa de un orgasmo salvaje tengo la mía. Bárbara es el amor de mi vida, y pase lo que pase, voy a esperarla.

Si la pierdo, la recuperaré porque sé me quiere, aunque ella no lo sepa, o no quiera saberlo, o lo ignore a propósito quién sabe por qué. Le haré ver que esta atracción entre nosotros es inevitable, que somos las dos caras de la misma moneda y que puedo hacerla feliz, porque este mes ha sido el más feliz de mi vida.

Se baja de mí, empapada de sudor, y busca las bragas para ponérselas de nuevo.

—No hemos terminado —le susurro al oído notando que se le pone la piel de gallina.

Hace el ademán de marcharse, pero le cojo el brazo y hago que me mire.

—¡Vete a la mierda! —suelta.

Con esas palabras, vuelvo a excitarme, y es que está roja, aún con el cuerpo sensible y los ojos libidinosos. Su salida del armario es rápida, dejándome solo con las ganas de volver a hacerlo de nuevo.

*Una serie de catastróficas desdichas*

Bárbara

Si analizamos los antecedentes, lo tengo muy crudo porque, claramente, soy la mala de la película.

Los hombres, por alguna desconocida razón que se le escapa a la ciencia, siempre se quedan con la chica buena, aunque flirtean con la mala. Lo vimos en *Lo que el viento se llevó*, donde Escarlata es la pera limonera y pasan de ella por su prima adorable y santa. También en *Grease*, por mucho que Sandy se enfunde los pantalones de cuero, sigue siendo una mojigata de tres al cuarto. Hay tantas películas de adolescentes donde el chico está enamorado de la chica popular, y la mejor amiga de esta lo está del chico, que podría hasta hacer un máster de eso.

Hasta Taylor Swift hizo un videoclip de eso. Pues perdona Taylor, ¿acaso piensas que las que llevamos minifalda no tenemos sentimientos? No es mi problema que te metas en la banda y que lleves gafas de culo de botella. Pero claro, nosotras somos el demonio solo porque decimos lo que pensamos y no vamos de mosquitas muertas.

Tengo las de perder, y no solo por eso, sino porque es el corazón quien manda, y el de Tomás... ya tenía dueña cuando yo llegué. ¿Qué voy a decirle? ¿Ámame? Si no lo hace, no lo hace y punto. No voy a plantarme delante de su casa para decirle que soy solo una chica delante de un chico... No, no puedo, ya he hecho el ridículo lo suficiente.

Sumando todo eso, incido en que además de guapa —no se puede competir con esa cara y ese cuerpo—, es filóloga. La fantasía de su familia, vamos. Eva es de las buenas, la he calado solo con hablar con ella. Es de esas personas que hacen donaciones a los pobres, de las que ceden el perro sin pensárselo,

de las que no hacen llorar a sus pacientes cuando vienen con ladillas. ¡Dios!, soy una mala persona y ahora el *Karma* me está castigando partiéndome el corazón.

Y no digo que se merezca a Tomás, porque no lo hace, no lo merece por lo que le hizo, porque me parece una idiota porque habiéndolo tenido comiendo de la palma de su mano, le machacó el corazón. Eva no se merece a ese hombre, a ese milagro de la naturaleza. Puede que solo alguien como la Madre Teresa de Calcuta lo haga, pero gracias a Dios era monja y esas hacen voto de castidad.

Y ya sé que tiene defectos, como ser un pelín engreído, pero a mí es algo que me gusta, le hace parecer más sexy de lo que ya es, o también el hecho de que a veces dé cosas por sentado sin que yo me haya dado cuenta. Pero son minucias ante su talante paciente y sus pequeños gestos que hacen que se me derrita el corazón.

No puedo evitar buscar un lugar apartado, fuera del edificio principal, bajando la cuesta de la entrada, donde hay un pequeño jardín, y sentarme en uno de los bancos para meditar sobre qué debo hacer.

Ha sido una gilipollez decirle que voy a volver con Juan. Pero es lo primero que se me ha pasado por la cabeza. Claro que ahora que sé que quiere a Eva, no voy a decirle, «Oye Tomás, como estoy enamorada de ti, y sé que tú lo sigues estando de tu ex, es mejor que lo dejemos porque evidentemente nunca vas a corresponderme, y eso, que voy a cortarme las venas y tal...». Me acaba derivando al psiquiátrico fijo.

Que no, que yo no doy pena, coño. Que ya sé que no me lo merezco, pero ver que se compadece de mí es algo que no podría soportar ni en mil años.

—¿Estás mejor? —pregunta Rafael, que se acerca hasta sentarse a mi lado en el banco.

No me mira a los ojos directamente, sino que los tiene fijos en un punto impreciso del paisaje.

—Si te dijese que sí, mentiría. ¿Qué pasa cuando no eres correspondido? ¿Cuándo deja de doler? ¿Cuándo voy a desenamorarme?

Rafael se gira hacia mí y me mira con sus grandes ojos azules, igual que si estuviese viendo su propia y privada película, ajeno casi a dónde estamos, a mi presencia.

—Nunca se deja de querer del todo, creo. Siempre hay cierta reminiscencia de lo que fue, el recuerdo impide que todo sentimiento desaparezca. O también

dicen que un clavo saca otro clavo, pero no creo que debas fiarte mucho de estos dichos de origen desconocido.

Se le cae entonces algo del bolsillo, y me agacho automáticamente para recogerlo. Él también hace lo mismo, pero soy más rápida. Es un frasco de pastillas, y al alargárselas, no puedo evitar ver la etiqueta. Estrógenos.

Es inevitable mirar a Rafael de arriba abajo, analizando cada parte de él para ver si realmente es lo que pienso que es, y la rapidez con la que coge las pastillas y las esconde, solo lo confirma.

Un silencio incómodo se impone entre nosotros, así que me dispongo a hablar, aunque sea decir cualquier chorrada, pero me sale otra cosa.

—¿Tu cuerpo acepta bien la testosterona?

Tendría que haberme mordido la lengua, pero no, Bárbara metiendo la pata, como siempre. Pero sorprendentemente, no parece cabrearle la pregunta.

—Antes de la operación fue duro, ahora lo que tomo es mínimo, pero sí, soy un buen receptor. ¿No vas a preguntarme nada más?

—¿Puedo? —curioso, antes de nada.

—No es que me esconda, pero tampoco voy diciéndolo por ahí, ¿sabes?

—Ya. En el fondo, temes que te rechacen —deduzco.

—Es que lo harían. Todas esas mujeres que suspiran por mí, la mitad no se acercarían si supieran que antes me llamaba Rafaela y llevaba sujetador. Pero algún día sé que tendré que hacerlo, y será duro porque solo lo haré cuando me importe alguien lo suficiente como para decírselo.

—Si te quiere, no creo que le importe —le digo—. Eso sí, quizá deberías dejar de ser tan brusco con la gente, porque no se te acerca ni el tato, cariño.

—Esa es la idea —exclama, ladeando una débil sonrisa—. Tú también deberías hablar con Dauphine, puede que estés dando por sentado cosas que no son.

Niego con la cabeza, a sabiendas de que la que yo tengo es una certeza absoluta.

—Esta mañana ni siquiera me ha dicho quién era ella. Sé que es su ex por la novia de su hermano, y es evidente que cuando la gente esconde eso, es que entraña algo mucho más gordo. Además, por cosas de la vida, la misma ex me dijo que creía tener posibilidades con él.

—¿Hablaste con ella? —se extraña Rafael.

—Sí, pero fue sin querer. Pero ya sabes lo que dicen, mantén a tus amigos cerca y a los enemigos más cerca aún. El caso es que, en los temas del amor,

el corazón manda, y no hay nada que hacer —zanjo yo.

—¿Sabes? Desde fuera pareces una superficial, de esas que quieren casarse con el cirujano plástico y retirarse para pasarse el día en el gimnasio, y que no se acercan a ti si no tienen algún interés oculto. Pero no lo eres. ¡Joder!, si hasta eres una buena persona, ¿quién le deja vía libre al hombre que quiere para que vuelva con su ex?

—Técnicamente es la segunda vez que me pasa, aunque nunca quise a Juan, así que no cuenta —deduzco—. A ver si voy a estar maldita o algo parecido.

Le arranco una sonrisa, y juraría que es la primera vez que lo veo sonreír.

—Eres una exagerada.

—Oye, tienes una sonrisa preciosa, deberías usarla mucho más —le animo.

—No me digas esas cosas, que con lo guapa que eres y lo buena que estás, no quiero pillarme, cariño —advierde bromeando.

—Todo sería más sencillo si pudiésemos escoger a quien querer, ¿verdad? —reflexiono, sabiendo que ahí está el quid de la cuestión.

—Supongo que sí. Pero entonces no tendría gracia, ¿no? —resuelve, levantándose de golpe—. Vuelvo a recepción, ¿qué vas a hacer?

Me encojo de hombros. Si algo tengo claro es que necesito mantener las distancias, o todo eso acabará como el rosario de la aurora, y no quiero gritarle a alguien que tiene cáncer.

—No lo sé. Creo que voy a cogerme libre hasta el lunes, y lo encararé todo con optimismo y un par de libros de autoayuda.

—Suerte —me desea, volviendo al edificio.

La voy a necesitar, sí señor. No tardo en enviarle al jefe de recursos humanos la petición por *email* para pillarme unos días, y como casi no me he cogido vacaciones estos últimos años, accede enseguida. No me molesto en entrar al edificio, sino que voy directamente hasta el garaje y me subo el coche para volver a casa, no sin antes decirle a Lola que cierre el chiringuito, que hasta el lunes estaremos de parranda.

¿Y ahora? Necesito idear una estrategia, así que voy al único sitio donde sé que voy a poder encontrarla, la librería de Lucía. Por supuesto, antes recojo a Babe y me lo llevo conmigo. Como siempre que salgo por la calle con él, la gente me mira raro. Eso sí, tengo claro que al menos nadie va a confundir a su cerdo con el mío.

En cuanto me ve aparecer, Lucía se abalanza sobre mí con una mirada inquisidora, y su gesto normalmente tierno y maternal desaparece de su rostro.

—Ya puedes contarme qué ha ocurrido con la tal Eva. ¿Es guapa? Marcos nunca lo ha dicho.

Carraspeo antes de continuar, porque es imposible que los ojos no se me nublen.

—Es modelo. Seguro que la has visto por la tele cientos de veces, así que sí, es guapísima. Necesito libros, me voy hasta el lunes de vacaciones y por favor, necesito que te quedes a Babe, en ningún hotel me van a aceptar el cerdo —le ruego.

Perspicazmente, analiza mi expresión. Sabe que algo no va bien.

—Bárbara, ¿qué ha pasado?

Dejo ir un suspiro de frustración y lo suelto todo.

—Pasa que aparece la tal Eva, parpadea un rato y tiene a Tomás a sus pies. Y no me digas que pueden ser imaginaciones mías, porque la miró de *esa* manera, ¿sabes? Como los novios miran a sus futuras esposas cuando caminan hacia el altar. Así que necesito espacio, y un libro para superar esto.

Su abrazo no me pilla por sorpresa, pero se agradece. Es de esas cosas que echarías en falta sobre todas las demás, el abrazo de una amiga.

—Bien Bárbara Streisand, cuidaré de tu cerdo y te daré un par de libros que sé que te hace falta leer. Pero *llámame*, ¿eh?

—Lo haré —le aseguro.

Salgo de la librería para volver a casa. ¿Y qué hago? La maleta. Necesito salir de aquí unos cuantos días, desconectar del todo y respirar tranquila, lejos de esta situación.

No lo pienso demasiado, saco las llaves de la casa de la montaña que tiene mi padre en el Pirineo —a la que nunca va—, y pongo rumbo a mi destino.

Estoy tentada de decirle a Tomás que me voy, pero finalmente no lo hago. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos, aunque haga como Juan y se case con su ex, pero sé que es algo simple e inocente pensar que todo va a seguir igual, aunque parezca que a Eva le caigo bien.

En realidad, voy a caerle bien hasta que se entere de que me he acostado con Tomás. ¡Mierda!, ¿por qué ha tenido que aparecer? ¿Eh? Quizá si ella no hubiese vuelto, él me hubiese querido un poco, lo suficiente para estar como hasta ahora.

En el fondo, soy como ese anillo que mi padre tenía guardado en su casa, aunque no sabía qué hacer con él, ahora que su ex ha aparecido. Solo que no

soy reutilizable. Y cuando me da por mirar la pantalla del teléfono, y leo un mensaje de Tomás, no puedo evitar romper a llorar.

Tomás: «Cobarde».

Creo que nunca me había afectado tanto una palabra. Puede que porque venga de él, o puede que sea, simplemente, la verdad.

*Una terapia peligrosa*

Tomás

*H*ace cinco días que le envié un mensaje a Bárbara, cuando supe que se había ido. Porque no voy a ir detrás de ella, en primer lugar, porque el lunes vuelve de sus «vacaciones», y, en segundo lugar, porque creo que tiene que ser ella quien vuelva a mí y admita qué es lo que le pasa conmigo. Aunque yo ya lo sepa, ahora.

El viernes operaron a Eva, y todo fue sobre ruedas. Cuando entré en la habitación del hospital mientras despertaba de la anestesia, tuve una conversación bastante reveladora. La doctora Uría, después de explicarle que el procedimiento había ido bien, y que en dos días le darían el alta, salió de la habitación dejándonos a solas. Estaba estirada en la cama, mirándome con alivio.

—¿Sabes? Creo que deberíamos salir a celebrarlo —dijo entonces—. ¿Podrías acercarme el neceser? Debo tener una pinta horrenda.

Suspiré, pero no la contradije.

—Acaban de operarte, tenlo en cuenta.

No me hizo caso, y sacando del neceser un espejo de mano y una brocha, vi que empezaba a maquillarse.

—Podríamos salir a cenar el miércoles, yo invito. Recuerdo de que había un restaurante de tapas que te encantaba, ¿cómo se llamaba? Dios, siempre querías ir allí.

Yo también lo recordaba. Y, al ver cómo se mordía el labio inferior, expectante ante mi respuesta, me di cuenta de algo muy importante y que había pasado por alto, y es que Eva no solo estaba siendo amable. Sonreí mientras

pensaba en cómo iba a decirle que no estaba interesado, que ya no sentía nada por ella, que eso había quedado en el pasado.

—No creo que sea buena idea, pero te lo agradezco —resolví.

—¿Y eso?

—Porque hay otra persona, y me importa —confesé con media sonrisa—. Mucho.

Al principio parece sorprendida, pero al cabo de unos segundos vuelve a relajarse.

—Vaya, yo... Es igual, está claro que estaba equivocada —murmuró, cerrando el estuche—. ¿Quién es?

—Es la chica que te acompañó hasta la consulta, Bárbara.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Bárbara sabía mucho más de lo que yo creía, cuando Eva se llevó la mano a la boca para abrir los ojos de par en par.

—Vaya, puede... puede que haya metido la pata. No sabía que tú y ella teníais algo, lo juro.

Fruncí el ceño, sin entender por qué decía aquello.

—¿Qué le has dicho?

—Que yo... ¡Oh, qué desastre! Que esperaba que tuviésemos una segunda oportunidad. ¡Dios!, he sido una estúpida contándole mi vida a una completa desconocida. Pero parecía muy amigable y fue un amor al acompañarme.

—Sí, suele serlo —exclamé, cabreado—. ¡Mierda!, por eso se ha estado comportando de forma tan rara durante estos días.

Entonces todo tuvo sentido, todo. ¡Maldita sea, por eso se estaba alejando, porque creía que iba a volver con Eva! Pero ¿es que no veía que aquello era una locura?

—Lo siento, si quieres puedo hablar con ella, decirle que todo han sido impresiones mías —se ofreció.

Negué con la cabeza, porque en el fondo Eva tampoco había tenido toda la culpa. Bárbara tendría que haberme preguntado, hablar conmigo antes de montarse toda la película en su cabeza.

—No te preocupes, ahora descansa ¿de acuerdo? Lo solucionaré.

—Bien —dijo, y después de una breve pausa, continuó—. Quiero que seas feliz, te lo mereces, y si eres la mitad de bueno de lo que fuiste conmigo, estoy segura de que terminará rendida a tus pies.

Así que aquí estoy, en mi despacho, debatiéndome sobre lo que hacer y lo

que no. Por eso llamo a la única persona que puede arrojar algo de luz sobre el asunto: mi hermano. Después de varios pitidos, descuelga el teléfono.

—¿Tomás? Oye, estoy un poco liado ahora mismo. Tu amorcito nos ha dejado el cerdo en casa, y se volvió un poco suicida cuando abrimos el balcón.

—¿Se os ha caído Babe? —pregunto, horrorizado.

Aunque esté ahora mismo un poco enfadado con Bárbara, soy consciente de que no puede perder a dos mascotas en menos de un mes. Por no hablar del disgusto que tendría Rafa.

—No, he podido cazarlo a tiempo.

—Mejor.

Porque si a Bárbara se le muriese un animalito después de haber perdido al perro, quedaría destrozada para siempre.

—¿Qué ocurre? ¿Todo bien? ¿Has llamado a Eva?

—Lo hice, la han operado hoy, tenía algo cancerígeno, pero ya está bien. Oye, pregúntale a Lucía si le ha dicho algo a Bárbara sobre Eva.

—¡Oh, joder! Por eso quería hablar contigo. Espera un segundo, que se lo pregunto —dice, y haciendo una pausa, escucho cómo le hace la pregunta y cómo ella responde—. Dice que sí, que Bárbara le ha preguntado.

—Pero ¿cómo se le ocurre? ¿Qué le dijo exactamente? ¡Mierda, Marcos!, que me ha dicho que iba a volver con Juan.

Y es entonces cuando escucho la carcajada de Lucía.

Pues a mí no me hace ni puñetera gracia, la verdad.

—Mmm, dice que... que no cree, pero que hables con ella.

—Más le vale, pero se ha ido de viaje —reconozco.

—Oye, dice que seguro que no va a volver con Juan. Que te lo ha dicho porque es su mecanismo de defensa, siempre hace lo mismo.

—¿Qué?

Llegados a este punto de la conversación, no estoy entendiendo nada.

—Que os vio hablando, a ti y a tu ex, y lo primero que le preguntó fue si tenías una mujer secreta, por eso tuvo que decirle que era tu ex, sino quién sabe qué se hubiese imaginado.

—Pero ¿por qué ha pensado eso? Te juro que solo estuvimos hablando en la cafetería, solo le di un abrazo a Eva para reconfortarla porque le habían dicho que tenía cáncer —exclamo muy confundido.

—Dijo algo de que la miraste igual que un marido mira a su futura mujer

cuando esta se aproxima al altar. No sé, chico, ¿a que viene todo esto?

—Explícame eso del mecanismo de defensa.

—Espera, que le pregunto a Luci... Er..., siempre que le pasa algo malo, que alguien la defrauda o que las cosas no le salen bien, finge que no le importa, se inventa una realidad paralela para que la gente no sepa lo que siente en realidad. Vaya, que le ha jodido que estuvieses aún enamorado de tu ex, ¿entiendes?

—Y se inventó que dejaba lo nuestro alegando volver ella con el suyo — deduzco entonces—. Pero eso solo quiere decir una cosa.

—¿Que tiene un problema? —entonces escucho que se enzarzan en una discusión—. Me dice Lucía que no nos metamos con su amiga, que eso solo puede hacerlo ella.

—Eso es aparte, será mejor que dejemos los problemas psicológicos a un lado.

—¿Entonces?

—Que le gusto, ¿no?

Esa era la confirmación que esperaba, y realmente deseaba que Lucía me la diese. Escucho suspirar a mi hermano Marcos a través del auricular.

—Pues supongo que sí. Lucía no suelta prenda.

No, claro que no lo hace. Tienen ese maldito código de confidencialidad que se saltan a la torera cuando les da la gana.

No sé qué demonios hacer, y tampoco tengo ningún paciente, así que bajo a la cafetería, por si está Javi. Necesito hablar con alguien urgentemente.

Y entonces la veo. Está allí, es ella. Ha vuelto.

No lo dudo, me levanto y me acerco a ella, que está charlando con Rafael. No le digo nada cuando nuestras miradas se cruzan, solo la cojo de la mano y la arrastro fuera de la cafetería para llevármela hasta mi despacho. No opone resistencia durante el camino, pero tampoco dice nada.

En cuanto entramos, cierro la puerta y me siento en mi silla. Después abro una libreta.

—Siéntate en el diván —murmuro, buscando un bolígrafo que funcione, sin mirarla.

—¿Cómo está Eva? —pregunta por fin, con un hilo de voz.

—Bien, siéntate.

—Es mejor que no lo haga, puedo ser muchas cosas, pero no me meto en medio de...

—Siéntate-en-el-diván —exclamo con dureza y sequedad, con un tono autoritario que nunca había usado con ella.

Parece sorprenderle, pero lo hace. Se tiende en el diván

—Como quieras —musita—. ¿Para qué quieres que lo haga?

—Para psicoanalizarte. ¿Tienes miedo a enamorarte?

Al escucharme, suelta una carcajada.

—No le temo al amor, de hecho, he querido enamorarme.

—¿Entonces? —insisto, aún en tono enfadado.

—Puede que, simplemente no sea el momento propicio —se encoge de hombros, y yo noto un vacío por dentro que quiero llenar de inmediato.

Sólo sé una forma de hacerlo, y es bebiendo. Así que busco un vaso y lo lleno de la botella de *whisky* que tengo escondida en el armario.

A la mierda la profesionalidad.

—¿Y cuándo lo es? Los momentos propicios no existen, Bárbara, solo las personas adecuadas.

—Discrepo sobre eso —me contradice—. Creía que no bebías cuando estabas trabajando

Alzo una ceja aunque sigo sin moverme de la silla.

—No tengo por qué darte explicaciones —exclamo por fin.

Puedo observar desde allí lo vulnerable que se siente, y cómo intenta, de una forma u otra, oponer resistencia. Pero quiero romperla en mil pedazos, bajar todas sus defensas para llegar a la verdad.

—No te las pedía, solo puntualizaba el hecho de que estás siendo contradictorio —susurra.

—Hablando de contradicciones, ¿ya has vuelto con Juan?

Carraspea levemente, sin saber qué decir. Me pregunto si va a seguir con la mentira o a dejarlo. Estoy preparado para ambas cosas.

—Sí.

Bárbara Ponce en pleno estado de autodefensa. Siempre complaciente, siempre sonriente, fingiendo que todo va bien. Pero nada va bien, veo el fondo de su alma, a través de esos ojos tan cautivadores que tiene, de esas motas verdes centelleantes, que le duele. Pero tiene que superarlo, tiene que hacerlo.

—¿Y qué tal? ¿Lo has perdonado?

—Está en período de prueba. Dijo que había sido un desliz, que se había confundido, que era una relación de muchos años.

Parece un autómatas al decirlo.

—¿Y tú te lo crees?

—Parece sincero, así que sí.

—Pero no le quieres. Te empeñas en estar con hombres a los que no amas. ¿Te has dado cuenta de ello?

—Eso... no es verdad —susurra, buscando sus manos, entrelazándolas, apretándolas con fuerza, para calmar un nerviosismo imperante en su cuerpo.

—Pero no es culpa tuya, es de tu padre.

En este punto sonrío.

—La culpa siempre la tienen los padres, ¿no?

—No siempre, pero en este caso la influencia es muy grande. Viviste una infancia solitaria, y en el fondo te aterra esa soledad.

—No, sé estar sola. Nunca quise tener una relación.

—Mentira, que no quieras una relación no quiere decir que desees estar sola. Evidentemente no crees en las relaciones porque nunca has vivido ni has visto a nadie que tuviese una duradera. Para ti el amor tiene fecha de caducidad. Pero necesitas a alguien que esté pendiente de ti, y que te quiera, al menos por unas horas. Pero que cuando se vaya, no te haga sufrir porque, al fin y al cabo, eso es lo que has vivido siempre. Nunca se te ha ocurrido que no van a marcharse, ¿no? Que van a llamar... Así que mejor no sentir apego por ellos.

—Eres bueno, Tomás Dauphine, muy bueno en tu trabajo —susurra, algo desconcertada—. No sé si sabías que Medusa no era mala. Sí, Medusa, esa mujer tremenda que con solo una mirada convertía a los hombres en piedra.

—¿Por qué dices que no era mala?

—Creo que es la única historia de la mitología que conozco. Medusa era una mujer más o menos normal, hasta que Poseidón —Neptuno en la mitología romana— la violó, y es después de ese ultraje cuando ella empieza a convertir en piedra a todos los que la miran a los ojos.

La escucho con atención, desentrañando sus palabras, buscando el significado de esta historia y que no sé adónde quiere llegar con ella.

—Cuando te cuentan la historia de Medusa no te mencionan que empezó sin ser malvada. Esa historia de monstruo sin razón aparente se ha perpetuado solo con los detalles de su crueldad sin sentido, de su maldad pura, cuando realmente es un acto de venganza. ¿Lo sabías? Que Medusa se había transformado en ese monstruo después de una violación.

—No —confieso, lleno de sorpresa.

—Porque nadie ve a la persona que hay detrás de la historia, porque solo importaba el que le cortó la cabeza, quedando como un héroe. Los hombres suelen querer verse así, héroes de capa y espada. Perseo es el héroe al final de la historia, Poseidón, el rey de los mares y Medusa..., un monstruo.

Trago saliva, calmándome un poco. Es la primera vez que veo a Bárbara defender su postura con ahínco, pero segura y calmada. Y creo que ya sé a dónde quiere llegar.

—No siempre es así. Los matices de grises son infinitos. A veces en las historias no hay malos, solo circunstancias adversas, o malentendidos.

—Lo sé. Pero no quiero ser como Medusa, ¿entiendes? Aunque me hayan hecho daño, de otra forma, no quisiera ser como ella.

—Bárbara...

—La sesión ha terminado —concluye.

No me da tiempo a decirle que no, que esto no ha terminado, así que lo único que puedo gritar antes de que salga por la puerta es la hora de nuestra próxima sesión.

—¡Mañana, cinco y media!

*Di que sí*

Bárbara

*H*a sido uno de los peores momentos de mi existencia, y uno de los más reveladores.

Y no lo entiendo. ¿Por qué demonios me ha hecho sentarme en ese diván? Ha sido como abrirme de cuajo, dejarme al desnudo o peor, con todos los órganos expuestos para ver qué es lo que tengo en cada uno de ellos.

No sé qué hacer, ni qué decir, ni cómo superar todo esto. Tampoco sé qué pretende Tomás, ¿curarme? No hay nada que curar ni que hacer conmigo. Porque él no lo sabe, pero yo sí que creo en el amor, estoy enamorada. De él. Y puede que sea cierto que todas las relaciones a mi alrededor concluyan, pero desearía que, si llegara a estar con él, la nuestra no tuviese fecha de caducidad. Lucharía por ello siempre, todos los días.

Porque él me ha demostrado algo que ningún hombre ha logrado antes: hacerme sentir querida. Pero de verdad. No durante unas horas o un par de noches, no por compromiso como cuando intentas ligar con alguien y eres todo atenciones, como cuando quieres obtener algo de alguien.

Él no quería nada de mí. De hecho, ya tenía lo único que podía interesarle porque se lo ofrecí en bandeja. Fue él quien dijo aquello de «no todo es sexo», el que estuvo a mi lado cuando lo pasé mal, el que fue mi amigo. La amistad siempre he pensado que debe de ser algo desinteresado. Puede que por eso esté haciendo todo eso, porque quiere que seamos amigos igualmente.

Pero no sé si voy a poder conseguirlo.

Voy a acabar como Patrick Dempsey, que sabotea la boda de su mejor amiga porque está enamorado de ella. Pues yo igual, no me atrevo a asegurar que pueda comportarme y no hacerle vudú a Eva u otras cosas peores. Y así me

quedo dormida en el sofá, con las luces encendidas, lo mismo que la televisión.

Me despierta el sonido del timbre de la puerta, y todavía con un poco de secreción viscosa cayéndome por la comisura de la boca y la ropa de ayer, voy a abrir la puerta. Pero no hay nadie, solo una bolsa de cartón marrón encima de la alfombra. Con curiosidad, antes de cogerla, la abro para ver qué es. Hay cosas que no se olvidan y que se tienen siempre en mente, como por ejemplo los paquetes sospechosos y sin remitente que resultan ser explosivos, en un sentido literal.

Pero dentro de la caja solo hay un café para llevar y un *donut*. Trasteo por el fondo para ver si hay algo más, y al fin doy con una notita escrita a mano. Reconozco su letra, tan elegante, con tinta de pluma, estilizada y tan poco de médico.

*17:00h. No llegues tarde.*

*T.*

Como si pudiese haber confusión sobre quién es T. De verdad..., ¿por qué no firma con su nombre entero? Es ridículo. Pero debo de reconocer que eso de traerme el desayuno me pone de muy buen humor, y así lo nota Lola cuando llego a la consulta una hora y media más tarde.

—Dichosos sean los ojos. ¿Qué? ¿Ya te has reconciliado con el psiquiatra? —pregunta, bajándose las gafas.

—Estoy haciendo terapia con él.

—¿Terapia? ¿Qué clase de terapia? Hay una que se hace con sexo tántrico, dicen que es una verdadera maravilla.

Sexo tántrico, madre mía. Ya me gustaría a mí hacer eso con Tomás.

—No sé de donde sacas tú estas cosas, pero no, es terapia tradicional. Y no hay nada que arreglar, está con otra. Fin de la historia.

Arruga la nariz y niega con la cabeza.

—Hija, hay veces en las que una tiene que meterse las pilas y plantar cara. ¿Te crees tú que si Jennifer Aniston hubiese estado al pie del cañón Brad Pitt se habría ido con la Jolie? No, señor.

—No es lo mismo. Y ahora dicen que ha vuelto con ella. ¿No lo ves? Ella es Jennifer, estaba antes, y las fuerzas cósmicas del universo los quieren juntos. Y yo soy Angelina, que por muy guapa que sea, puede que lo mío sea dedicarme

a la filantropía y a adoptar huérfanos de todo el mundo. Aunque sea una madre pésima, que no sabe ni conservar a su perro —reflexiono, viendo como Lola pierde los nervios conmigo.

—No digas chorradas. A ese le gustas, te lo digo yo. Tú sigue con la terapia y no te me desmorones, ¿eh?

—No, no...

La mañana pasa rápido entre ecografías, revisiones periódicas y consultas de anticonceptivos. Soy muy poco profesional, porque todo lo relacionado con el sexo me recuerda a Tomás. O también cualquier otra cosa, lo tengo metido en la cabeza y no hay manera de que se me vaya.

En teoría por la tarde no tengo visitas, así que quedo para comer con Lucía en un pequeño bistro cerca del hospital. A veces me gustaría tener las cosas tan claras como ella, y no estar yéndome por las ramas. Luci es muy atractiva, no tiene unos rasgos perfectos, pero en su conjunto tiene ese algo que la hace única. Resulta bastante exótica con sus grandes y almendrados ojos, una nariz con personalidad y unos labios gruesos y tupidos, con pómulos altos. Tiene más curvas que yo, cosa que admiro porque su cuerpo de reloj de arena levanta muchísimos suspiros, aunque siempre se queje de que tiene el trasero demasiado grande.

Se sienta delante de mí, y enseguida veo su cara, llena de preocupación hacia mí.

—No estás bien —anuncia, pidiendo un par de tapas y directamente una botella de vino.

—Ya lo sé. La vida es una jodida mierda.

—Pero Barbi, que no está con Eva —insiste mi amiga—. Te lo digo en serio, no están juntos—reitera.

—Pero siente algo por ella. No quiero ser de esas mujeres que mendigan cariño, ya no —afirmo, diciéndolo muy en serio.

—Deberías hablar con él y ser sincera. Sé que lo tuyo es ignorar lo que pasa, decir algo que no es, como que estás saliendo con Juan, para hacer ver que no te duele. Pero estás siendo...

—Cobarde —repito yo.

Es lo que él me dijo. Mierda. Agarro la copa y me la trago entera.

—Un poco. ¿Ya le has visto?

—Ajá. Me ha hecho sentarme en el diván como si yo fuese una paciente. ¿Puedes creértelo?

—Viniendo de Tomás, sí. Pues mira, no creo que sea una mala idea. ¿Sabes cariño? Creo que para que otra persona nos quiera, antes hay que querernos a nosotros mismos, y a ti a veces se te olvida.

—Pero si yo me quiero mucho —protesto.

—Pero en el fondo te extraña que alguien quiera algo serio contigo. ¿Por qué?

—Según mi psiquiatra, es culpa de mi padre —susurro, volviendo a beberme otra copa de vino.

—Entonces sé valiente, Bárbara. Porque te lo mereces, y creo que él también te merece, al menos un poco.

Mi mejor amiga es la más grande de todo el universo, y no hay nada más que decir.

No debería ir a terapia ahora mismo. ¿Por qué? Pues primero porque estoy un poco ... embriagada. El vino me sube rápido y siento esta euforia inicial de cuando bebes más de la cuenta. En consecuencia, hay otra cosa que se me dispara, y que en presencia de Tomás va a ser muy difícil de resistírseme: la libido.

Abro la puerta sin llamar y allí está, sentado en su escritorio escribiendo algo, con las gafas puestas, y tan atractivo que las bragas empiezan a bajárseme solas. ¡Oh, Dios!, cuánto echo de menos que me susurre cosas bonitas, y cosas guarras, y su pitón...

—Siéntate, por favor —susurra sin alzar la vista.

Así lo hago. Joder, la vida es injusta. ¿Por qué Eva y no yo? Que ya sé que ella es mejor, pero coño, yo me he portado divinamente. Así que me doy cuenta de algo, y es que estoy muy enfadada y muy cachonda.

—¿Sabes, doc? Hoy quiero hacer un tipo de terapia distinta —murmuro, irguiéndome un poco.

Noto su mirada clavada en mí.

—Bárbara, ¿has bebido?

Su pregunta me hace gracia, no sé por qué. Y me río a carcajada limpia.

—Ehh..., me he pasado con el vino. Ha sido culpa de Lucía, que ha pedido otra botella.

—¿Te encuentras bien?

—Divinamente. O no, estoy cabreada y cachonda, pero esto es irrelevante.

No debería de decirlo, pero si ya de por sí no me callo las cosas, ahora que tengo la lengua muy suelta, mucho menos.

—Yo creo que es muy relevante. ¿Por qué estás enfadada?

—Porque te tiras a Eva. Y ya no lo haces conmigo. En consecuencia, estoy cachonda.

—Creía que tú te tirabas a Juan.

—Pues no. Está en periodo de prueba, a pan y agua —suelto, aunque es una mentira como una catedral—. ¿Qué haces con Eva? ¿También le lees antes de follártela?

Lo digo, y acto seguido me dan unas ganas casi irrefrenables de llorar, pero me contengo.

—Ni una cosa ni otra. ¿Quieres hacer terapia sexual? —susurra.

No lee con ella. Y al parecer, no se acuesta con ella.

—Entonces estarás un poco necesitado —deduzco, y de reojo veo cómo se levanta de la silla.

—Mucho, pero aquí la paciente eres tú. Cuéntame una fantasía tuya, algo que nunca hayas hecho pero que desees hacer.

¡Oh, hay algo! Pero es un poco guarrete.

—Ya sabes que me gusta que me mimes. Pero a veces... Me gustaría que me atases al cabecero de la cama, me enloquece el sexo oral, y creo que me fascinarían los fetiches, como entrar en el dormitorio con un par de taconazos de esos que no pisan asfalto y un conjunto de lencería escandaloso.

Sé que se está poniendo cachondo porque me mira de esa forma perversa, los ojos se le oscurecen y las pupilas se le dilatan. Mi psicodoc tan varonil, de piel canela y cabello oscuro, tan mediterráneo y jodidamente tierno, sé que hoy va a ser mío. No quiero pensar demasiado, porque si lo hago quizá me arrepienta más adelante.

—Continúa —me alienta.

—Puede que todas hayamos tenido esta fantasía. O solo yo, porque nunca me castigó nadie, ni me riñó. Nadie me ha pegado nunca. En el fondo deseaba ser castigada. Hacía a veces cosas malas para llamar la atención, como cortar las cortinas, fumar marihuana en la adolescencia... pero a mi padre le daba igual, y la única que se interesaba era Lucía así que no lo hice más para no preocuparla. Así que me imagino siendo mala, hacer algo que tú no soportes, como... perder un libro de tu abuela. No lo haría a propósito, pero tú te enfadarías y entonces, de vuelta a casa en el coche, me dirías que he sido una descuidada, y que cuando llegásemos, me castigarías.

—Podemos cumplir esta fantasía. ¿Quieres hacerlo, muñeca?

Que saltan chispas, fuego de dragón y lanzallamas cuando me mira, es un hecho. Así que me incorporo, y asiento.

Me levanto del diván y arrastrando los pies llego hasta él y aterrizo en su regazo, sentándome a horcajadas. Noto su miembro endurecido por lo que trago saliva antes de acercarme a su oído.

—Ayer me toqué pensando en ti.

El erotismo de mi voz, los pezones pétreos que se asoman por debajo de la camiseta y la presión de mi hendidura bajo su pene hacen que el autocontrol que antes había mantenido desaparezca por completo.

Busca mi boca como un poseso, así que me agarro a su espalda para que el ímpetu no me desequilibre. Es desesperación en estado puro, está al límite por tocarme, igual que yo, que necesitaba apagar ese fuego que enciende él cada vez que me mira.

No puedo más que respirar por la nariz al verme privada de aire, pero respondo a ese beso que me devora la boca con mayor ardor que nunca. Hundo la lengua hasta que se entrelaza con la suya mientras que mi cuerpo se derrite y mis pensamientos desaparecen por completo, porque solo existe él, solo su boca, su aliento, sus ojos que con parsimonia van desnudándome y sus palabras ingeniosas que me llegan al alma.

—Eres un bocado más apetitoso que el desayuno —exclamo cuando me libera la boca para moverla hasta mi cuello, pasando por la mandíbula, dejando un rastro de besos que me hacen estremecerme.

Con ansias le paso la mano por la nuca y con las uñas le rasgo la piel haciéndolo estremecer. Quiero marcarlo, y siendo un poco cruel, quiero hacerlo para que ella vea que también es un poco mío, que también su corazón me ha pertenecido un poco, durante algún tiempo.

—Has sido una niña mala, muñeca. Me has mentido —susurra entonces, deteniéndose—. Voy a castigarte por haberme dicho que estás con Juan, cuando es mentira.

¡Oh, mierda! ¿Cómo lo ha sabido?

—¿Qué?

—Va a casarse con su exnovia Ruth. Y tú lo sabías. Así que levántate, y vámonos a casa para que pueda castigarte.

Se mete en el papel, lo sé por lo serio que está. Y eso, lejos de asustarme, me excita mucho más. Puede que sea el alcohol en sangre, o su mirada llena de pasión animal, pero le sigo hasta salir de su consulta, me meto en el ascensor

en completo silencio, y bajamos al aparcamiento. Durante todo este rato me ignora, hasta que llegamos hasta su coche.

—Sube —me ordena, y yo le obedezco, pensando en lo que va a hacer.

Es algo que nunca me atreví a pedirle a nadie, porque es demasiado delicado, algo que requiere confianza, y nunca antes la tuve con ninguno de mis amantes.

Tomás ha sido el único con el que me he abierto de par en par, y con el que sé que no va a pensar mal de mí, y que no soy una sádica. Solo quiero probar esto, nada más, y él lo entiende.

—Prepárate para cuando lleguemos —susurra mientras conduce, con la mirada fija en la carretera.

La excitación me llega como un latigazo, recorre mi vientre hasta mis partes bajas. Su voz es grave y ronca, lleva el deseo impreso en ella. Parece hermético, como si hubiese levantado un muro a su alrededor. Como la vez anterior cuando empezamos la terapia, como si en ella solo importase mi mente y no la suya. Pero no estamos en terapia, ¿no? Aunque él ha dicho «terapia sexual», así que puede que sí. O quizá lo he dicho yo. La verdad es que me muero por saber en qué consistirá este castigo, porque sí, le le he mentado.

Enciendo la radio, para poner música, pero él enseguida la apaga.

—No quiero ninguna distracción, Bárbara. ¿Sabes que lo que has hecho es grave? Quiero que reflexiones, para que sepas por qué voy a castigarte.

¡Dios!, es tan brutal excitarse solo por lo que va a pasar. Si no fuera porque tengo que seguir con esto, me bajaría las bragas ahora mismo y le rogaría que me follase.

Al llegar al garaje, aparca el coche y salimos los dos. También en silencio, subimos hasta su casa y tras cerrar la puerta, carraspea para que me gire en su dirección.

—Desnúdate.

Por supuesto que voy a hacerlo, aunque con la mirada que me ha echado, estoy segura de que ya me ha imaginado sin vestido. Y así lo hago, con exquisita lentitud, bajándome una a una los anchos tirantes del vestido de gasa, exhibiéndome como si fuese un regalo de navidad.

—¿La ropa interior también?

No es que no quiera quitármela, pero por casualidades de la vida hoy llevo un tanga negro diminuto, que casi no me cubre el coño, con un sujetador a

juego de encaje transparente que son una delicia digna de admirar. Que ya sé que yo no soy modelo como otras, pero esa erección que tiene desde que hemos salido de la consulta es por mí, y eso me hincha de orgullo.

—No, déjate puesta y ven al sofá.

Se sienta en él, y hace que me coloque boca abajo, apoyada sobre sus rodillas, con los pechos colgando y el culo en pompa. Dios, ya sé qué va a hacerme y toda yo está realmente inquieta.

—Las manos hacia abajo, y quietas —advierte, como si esto lo hubiese hecho con anterioridad.

Entonces lo pienso, y puede que así sea. La palma de su mano empieza a frotar mi trasero, primero la nalga derecha y luego la izquierda, presionando lo suficiente como para crear una fricción caliente. Entonces la otra mano viaja hasta la tela de mis bragas, pero muy sutilmente.

Antes de darme cuenta, el primer azote cae sobre mi trasero. Es un dolor muy soportable, la verdad. Puede que sea porque he pasado cosas peores, para empezar la depilación. Pero la segunda impacta un poco más fuerte, y la tercera todavía más. La picazón es insoportable y yo gimo de dolor, pero también noto un calor incandescente en el epicentro, que no había experimentado antes.

—Vamos a llegar hasta veinte —susurra.

—¿Veinte? —exclamo, sorprendida—. No ha sido para tanto.

Su respuesta es un azote un poco más fuerte, en mis muslos. Este va directo a excitarme, mi coño empieza a ser un volcán expulsando lava. Pero también se me escapan varias lágrimas, porque eso que dicen del placer, es verdad, pero no hay forma de que no duela.

—Lo ha sido. Me has mentado, ¿sabes lo que sentí cuando me dijiste que volvías con ese papanatas? —exclama, dándome los últimos azotes.

—No lo sé, no me lo dijiste —protesto yo, apretando los puños.

Quiero que pare ya, estoy más excitada que nunca. Quiero que me toque porque si no me correré sola. Entonces se detiene, y con la mano calma el dolor de mi trasero, que seguramente esté más rojo e irritado que un tomate.

—Ahí tienes razón —musita, y entonces noto que la piel tersa de sus labios roza mi dolorido trasero y lo besa, dejando una hilera de besos en todas partes —. Me sentó muy mal, muñeca —empieza a decir, separándome un poco las piernas—, tanto que me olvidé por completo de que soy un hombre racional y me puse celoso.

Santo Dios, ¿qué está haciendo? Lamiéndome el culo, y ahora el ano, hasta llegar a mi cavidad chorreante. Pero estoy tan excitada que no sé si diferenciaría entre uno y otro agujero.

—¿Vas a meterla...? —pregunto yo para estar preparada.

—Hoy no, necesito gel estimulante porque si no te dolería. Aunque te lo merezcas —advierte de nuevo, volviendo a deslizar la lengua por mis pliegues, haciéndome estremecer.

Esto es una tortura, me siento demasiado excitada, y creo que no voy a tardar nada en correrme.

—Tomás, voy a explotar si sigues lamiéndome —exclamo entre gemido y gemido.

—Lo sé. ¿Sabes por qué? Los golpes hacen que la circulación se active, tu sexo se llena de sangre, que bombea a cada azote. Pero nuestro cuerpo es muy listo y hace que...

—Suban las endorfinas, como ocurre con el dolor en los partos —termino diciendo yo, que de esto sí que tengo alguna idea.

—Chica lista. Esto es mejor que cualquier droga —susurra, haciendo que me levante de su regazo.

Pero yo no quiero, sino que siga con aquello.

—Mi fantasía no ha terminado —respondo, con la intención de volver a acercarme.

—Debería culminar el castigo y dejarte con las ganas. Pero ...

—Estás demasiado necesitado —termino yo por él al avistar el bulto aparatoso que tiene, y me relamo los labios—. Desnúdate ahora tú.

Se levanta y, de golpe, me coge por la barbilla, dándome un beso salvaje. Me mordisquea el labio inferior con los dientes, y desvía las manos descendiendo por mis caderas, aligerando ese ardor que se extiende. Estoy pegada a él y puedo notar sin problemas sus partes duras presionando mi entrepierna.

—Creía que tu fantasía era que yo te dominase y te castigase. Aquí soy yo quien da las órdenes —susurra—. ¿No es eso lo que querías?

—Sí. No es la primera vez que haces eso, ¿cierto?

*El cuerpo del delito*

Tomás

No, no es la primera vez. Pero todas las veces anteriores no se trataba del placer de ellas, si no del mío. De una forma u otra, las usaba para desquitarme de ese rencor que me quedaba hacia Eva. Era cruel y brusco, aunque no les daba nada que ellas no desearan.

—No es la primera vez. Sin embargo...

—¿Qué? —demanda.

—Es distinto. No quiero hacerte daño —confieso.

—¿Se lo hacías a las otras?

—Es lo que querían. Pero tú, Bárbara, solo quieres experimentar una fantasía, no sentirte dominada ni sometida. Esto no te pone, en el fondo —susurro mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Soy psiquiatra, noto la diferencia.

—Pero mi fantasía comprende el dolor, ¿no?

—Para llegar al placer. Y eso es justamente lo que voy a hacer ahora mismo.

No me ando con rodeos, busco el botón de mi pantalón, la cremallera y me lo quito todo, incluyendo también la camisa. No tardo en hacer lo mismo con su ropa interior, tan sugerente, y un fugaz pensamiento hace que me pregunte por qué demonios se ha puesto esto es mañana, si ha sido intencional o si siempre lleva estas delicias —aunque siempre que le he arrancado la ropa han aparecido prendas análogas—, si esperaba que pasase algo entre ella y yo o si, de lo contrario, era para alguien más.

Me ha convertido en un ser primitivo y demasiado animal para pensar con racionalidad. No sé ni lo que hago, o sí que lo sé, pero no puedo detenerme.

Cuando veo sus pechos turgentes y sus pezones duros, me lanzo a ellos con afán. Han sido demasiados días sin probarlos, sin retorcerlos, ni mimarlos.

—Tomás, no te olvides que estoy al borde del orgasmo... —jadea, sujetándome por el cuello para llevarme a ahondar aún más en sus blandos montículos.

—Qué desconsiderado por mi parte —musito.

Siendo poco delicado, me aferro a sus doloridas nalgas y la levanto a pulso. Ella se aferra aún más a mí, y me rodea con esas piernas que tan loco me vuelven. Llegando hasta la pared, le apoyo la espalda en ella y posiciono la cabeza de mi erección —ya muy dolorida— en la entrada de su cuerpo, pero sin llegar a penetrarla, haciéndola sufrir un poco más.

Veo cómo se arquea mientras le devoro la boca con un ansia que llega a marearme. Se ve tan bonita desde aquí, con los ojos entonados, muy verdes y brillantes, y el pelo rubio alborotado, deseosa de que la posea.

—Tomás, por favor... —suplica, mordiéndose el labio, mezclando las palabras con gemidos de placer.

No puedo más que complacerla, hundiéndome en sus profundidades, tan caliente, tan hecha a mi medida. Empiezo un vaivén enloquecedor moviendo las caderas, golpeando la pelvis contra la suya. No tardo en notar cómo explota alrededor de mi miembro, cómo tiembla y se contorsiona de forma erótica y divina, tanto que me quedo extasiado con tal visión.

Esa parte arrogante de mí mismo se siente satisfecha al ver que solo yo puedo llevarla a tal extremo con solo unas pocas estocadas, y me congratulo al verla sollozar cuando explota su orgasmo. Embisto con ansias renovadas su apretado y delicioso cuerpo, hasta que mi propio clímax se aproxima. Miles de rayos y truenos se desatan en mi interior mientras sigo meciéndome contra ella y me vacío con un rugido ronco.

Pronto empiezo a resentirme de sujetar su peso, así que me despego de ella y dejo que sus pies toquen el suelo, volviendo a la realidad.

—Creo que vas a estar un par de días acordándote de mí cada vez que te sientes —reconozco cuando veo su trasero rojizo.

—No es nada que no te haya pedido. ¿Ya hemos terminado con la terapia?

No hemos ni empezado, niego con la cabeza y la llevo hasta el dormitorio. Haciendo que se estire junto a mí, la agarro por la cintura, igual que si fuese a salir volando.

—No hemos terminado. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué huiste, Bárbara?

—Yo no he huido, solo me cogí... —intenta justificarse.

—No me vuelvas a mentir, no seas cobarde —contraataco yo antes de que diga cualquier chorrada.

Enmudece de golpe, escucho su respiración nerviosa, angustiada.

—No soy cobarde, pero hay cosas que no quiero decirte. ¿Tan difícil te resulta aceptarlo?

—Sí. Creía que éramos amigos, y entre amigos hay algo básico y fundamental —explico armándome de paciencia.

—¿Y es...?

—La confianza. ¿Confías en mí? —pregunto.

—Sabes que sí. En quién no confío es en mí misma. Creo que ha sido un error ser amigos, no creo que podamos serlo.

Tiene razón, no podemos ser amigos, no cuando yo quiero mucho más que eso, y ella en el fondo también. Pero necesita quererse lo suficiente como para confiar en sus posibilidades.

—Yo tampoco lo creo. Ya somos más que amigos, Bárbara. Dar un paso atrás sería un error.

Gira la cabeza observándome como si me hubiesen salido de pronto tres cabezas.

—No sé a qué te refieres —susurra—. Pero no me interesa acostarme contigo porque no lo hagas con ella. Ya te lo dije, hemos terminado.

—No voy a acostarme con ella —aseguro yo, empezando a estar enfadado—. Quiero que dejes a un lado a todas tus relaciones y mis relaciones, porque no tienen nada que ver con esto. O puede que las tuyas sí, porque tu problema está aquí —señalo con el dedo tocándome la cabeza.

—¿Las mías? —exclama indignada.

—Estuviste saliendo con el doctor Guerra y te engañó. ¿Te sentiste dolida? ¿Te rompió el corazón? —empiezo a preguntar.

—Sabes que no, porque no estaba enamorada de él.

—Y lo mismo con Juan. ¿No te has enamorado nunca, Bárbara? —la estoy llevando al límite, pero estoy siendo un profesional y es necesario.

—No, ¿vale? —confiesa entonces—. No es tan raro, hay gente que nunca ha tenido sexo porque es asexual. A lo mejor yo soy así, pero con el amor —se enerva, lo que auspicia un ambiente algo tenso.

—Creo que no quieres enamorarte, o no querías. No conscientemente si no porque te infravalorabas, y entonces, ¿para qué hacerlo si acabarían

marchándose?

—No lo entiendes, ellos... ¿se marchan siempre! ¿Es que no lo ves?

Su grito no es fuerte, pero el dolor que percibo detrás sus palabras es inmenso, tanto que solo puedo tirar de ella para acercarla a mí y abrazarla con fuerza.

—Porque no llegaban a conocerte. No te apreciaron nunca como debían. Es fácil quererte, muñeca, muy fácil, sobre todo al principio, cuando eres fresca y divertida, y tan complaciente en todos los sentidos. Pero llega un momento en el que te cierras, y es difícil adentrarse en tu yo verdadero. No creo que nadie lo haya hecho salvo yo. Por eso se marchan, y también porque no son lo suficientemente audaces ni perspicaces para notarlo.

Poco a poco su respiración vuelve a la normalidad, y finalmente se queda dormida entre mis brazos.

No puedo evitar pensar que tengo suerte de que todos aquellos hombres fuesen unos patanes. O quizá simplemente estaba destinada a mí, si es que eso llamado destino existe. Por qué no.

A la mañana siguiente despierto con un solo pensamiento, y es que Bárbara esté aquí. Pero no está, palpo el lado opuesto de la cama y no la encuentro.

Puede que ayer me pasase de la raya, a lo mejor he cruzado ciertos límites y ahora piensa lo peor de mí. Pero no es propio de Bárbara, no es su estilo desdeñarse de algo cuando ha sido ella misma la que lo propuso. Y, solo le di unos cuantos azotes con su consentimiento. Tengo claro que debo continuar trabajando con ella, y no va a ser sencillo. De todas maneras, después de ducharme le envió un mensaje indicándole una hora y exigiéndole que no llegue tarde.

Siete horas más tarde estoy en mi consulta, expectante. No llama a la puerta, entra sin decir nada y se tumba en el diván. Esta vez viene también con un vestido, un poco más sugerente, negro y ceñido, pero elegante.

—Creo que ya es hora de que empieces a ser sincera, Bárbara. Confías en mí, ¿cierto? Y estoy aquí, te conozco, sé cómo eres y sigo aquí. Por cierto, creo que ante todo te debo una disculpa.

—¿Por lo que pasó ayer en tu casa? No lo hagas.

—Fue poco profesional por mi parte, y aunque no pensaba que esto llegase a ser una verdadera terapia, creo que es lo que necesitas. Aunque puede que te

derive a otro compañero, porque yo no soy...

—No quiero a otro, solo dejaría que tú buceases por mi mente —me corta, y su confesión me emociona—. Estoy cansada de esto, Tomás —exhala un suspiro, meditando un poco.

—Entonces cuéntame por qué te alejas —susurro yo, esperando que esta vez de verdad sea sincera.

—Las respuestas no sé si van a gustarte —dice finalmente—. De pequeños nos dicen que los sentimientos son peligrosos, que no son tan importantes como la razón, y creo que la gente lo cree. Dicen que son infantiles, caprichosos, irresponsables y peligrosos. Nos enseñan que debemos combatirlos, ignorarlos y negarlos. Porque son difíciles de entender, de demostrar, de probar. Todo esto está sujeto a un sentimiento que quizá no entiendas, y te parecerá irracional.

—¿Qué sentimiento es ese?

—Aún no he terminado —se queja, y no puedo verle la cara, solo la punta de la nariz ya que está de espaldas a mí—. Yo quería a mi padre, y a mi pesar, sigo haciéndolo. Cuando era una cría se lo demostraba con facilidad, aunque él no lo hiciese. Hasta que tuve el raciocinio suficiente para ver que estaba haciendo el ridículo, y entonces empecé a disimularlo. Si no se lo decía, si no le abrazaba ni le daba un beso, si apenas mostraba interés, nadie notaría nunca que él no me quería. Si yo le quitaba importancia, los otros también lo harían. Así fue, supongo, como empezó todo. Si nadie sabe cómo me siento, si disimulo bien, quizá parezca que tengo una vida perfecta, que, aunque nadie me quiera, no les necesito. Pero tú... me has hecho sentir especial, y esos sentimientos estaban emperrados en salir hacia afuera, y tuve que huir porque si no, iba a explotar de una forma inimaginable. Tenías razón, no dejaba entrar a nadie, no realmente, y por ende nadie me llegaba lo suficiente, aunque me esforzase por complacerles.

Su voz se apaga gradualmente, hasta que esto último lo menciona como un susurro.

—Me dijiste que volvías con Juan, y Juan va a casarse con su exnovia. ¿Por eso lo dejaste con él?

—Sí, Juan seguía enamorado de ella y descubrí que se habían acostado.

—Y no dijiste nada porque pensaste que te compadecería, o que sentiría pena por ti —deduzco yo.

—Un poco, sí. Yo... da igual —duda en hablar, y al final no lo hace.

—Dímelo —le insisto yo.

Es la vez que consigo que Bárbara hable sin tapujos, y voy a llegar hasta el fondo del asunto.

—¿Es que no te das cuenta? Hay algo en mí que hace que los hombres se larguen, y no quería que lo descubrieses antes de tiempo, pero ayer dijiste cosas y yo.... ¿Has vuelto con Eva?

—No, Bárbara, no he vuelto con ella —menciono algo cansado ya de eso.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy enamorado de ella. Voy a repetirte la pregunta, ¿por qué huiste?

—¡Joder, Tomás!, ¿qué quieres que te diga? —alza la voz, incorporándose de golpe—. ¿Que no soportaba ver cómo te reconciliabas con Eva, la perfecta? ¿Que estaba celosa? ¿Que ya sé que era solo sexo, pero que no pude evitar quedarme colgada?

Al fin. Exclamo un suspiro de alivio medio esbozo una sonrisa.

—Eso era exactamente lo que quería escuchar, ¡maldita sea! —afirmo, levantándome de la silla y colocándome a su lado en el diván, donde apoyo los antebrazos—. ¿Cómo se te ocurre creer que puedo seguir enamorado de ella? Mierda, Bárbara, te montaste tú sola la película —le reprocho, mientras ella frunce el ceño.

—La miraste... con ternura. ¿Por qué quieres escucharlo? No sirve de nada reconocerlo, porque vas a terminar alejándome, de una manera o de otra.

Tiene un nudo en la garganta que no le deja hablar con fluidez, lo percibo. No soy muy dado a las terapias de choque, pero en este caso era necesaria. Es un manojo de nervios ahora mismo, la he sacado de su zona de confort y está claro que, para ella, reconocer ciertas cosas es frustrante. Y ahora me toca a mí. Porque ella no lo sabe, porque me doy cuenta de que yo tampoco se lo he dicho nunca, y es que yo también tengo mis propios fantasmas en cuanto al amor se refiere.

—No voy a hacerlo, porque te quiero.

Me observa con una mezcla de asombro e incredulidad, buscando alguna expresión facial que diga que no estoy hablando en serio, pero no lo encuentra. Se lleva la mano derecha a la boca, dudando sobre la realidad del asunto. Pero mi certeza la abrumba, porque también se lo digo con la mirada.

—¿Por qué? —musita, tragando saliva.

—No hay razones para el querer, muñeca. Pero lo hago, a pesar de tu manía

de llamarle pitón o anaconda a mi pene, de creer que no eres lo suficientemente buena para nadie, o de decir demasiados tacos —confieso.

—¡Oh, joder! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —reacciona entonces, indignándose—. ¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado creyendo que ibas a volver con tu ex?

La verdad, esperaba un «Yo también te quiero» u algo por el estilo, y no esto. Menudo chasco, y qué morro tiene, yo abriéndome en canal y ella cabreándose. Pero qué guapa está cuando se enfada.

—Muñeca, fuiste tú la que me dejó, diciendo que ibas a volver con Juan. ¿Sabes lo mal que lo he pasado yo hasta que hablé con mi hermano? Tus creencias eran infundadas.

Parece reflexionar ante mis palabras, bajando la mirada al suelo.

—No debí de haberte mentado, lo siento. Pero realmente pensaba que ibas a terminar lo que teníamos. Podrías... ¿volver a decirlo? —alza la cabeza, medio sonriendo.

—¿El qué? —pregunto yo.

—Eso que sientes por mí.

—¿Por qué?

—Me gusta escuchártelo decir.

Dejo ir un suspiro y niego con la cabeza, volviendo a mi silla.

—Da igual cuántas veces lo escuches, porque no te lo terminarás de creer. En el fondo, no te crees merecedora de él.

De una vez, se levanta del diván y, sin mediar palabra, se sienta ahorcadas sobre mí y me acaricia la mejilla. Hay un brillo picarón en sus ojos que antes no tenía.

—Sé que la he cagado, ¿vale? Que he metido la pata, pero soy nueva en eso de las reglas del amor, si es que las hay, o sobre lo que hay que hacer o no. Te juro que no me he sentido peor en toda mi vida que cuando me llamaste cobarde. Y tenías razón, lo estaba siendo, a la primera de cambio, me rendí. Así que voy a ser Hugh Grant persiguiendo a Julia Roberts por todo Londres si hace falta; voy a conquistarte.

Se me escapa la risa al escucharla. ¿Conquistarme? Pero si ya me tiene a sus pies.

—Pero si yo ya te quiero.

—Y yo a ti. Pero quiero hacerlo bien, quiero tener eso de las citas contigo, ir paso a paso, y que te des cuenta de que puedes quererme también por mis

virtudes.

Pongo los ojos en blanco, no sé qué pretende con eso.

—También lo hago porque eres buena persona, a veces demasiado, y generosa y divertida.

—Tomás, por favor, déjame hacerlo. Necesito demostrarte que soy una buena elección, ¿entiendes?

Asiento finalmente, y ella se inclina hasta mi boca para besarme, como si fuese la primera vez. Lo hace pausadamente, sin prisas, derrochando ternura, cerciorándose de no perder el control. Y yo me dejo hacer, porque echaba mucho de menos sus labios, su olor y su toque inconfundible. Su voz y su manera de mirarme, como si fuese la única persona en la tierra.

El beso se vuelve más salvaje. Mucho más hambriento, y es que con ella entre mis brazos todo se me va de las manos, me abandona todo punto de racionalidad y mi parte más salvaje sale a flote.

—Muñeca, ¿no querías ir paso a paso? —susurro cuando percibo que sus manos avanzan por mi torso desnudo.

—Quiero, pero han sido muchos días de *abstinencia dauphinal*.

Y me río. Ya vuelve a ser mi Bárbara de nuevo. Pero aún hay cosas que debemos trabajar, porque eso de conquistarme solo reitera algo que ya sé: sigue ignorando sus propios deseos a favor de los míos.

*Sin reservas*

Bárbara

*D*e pronto, sin darte cuenta, de la nada, llega alguien que pone tu vida patas arriba y le da por cambiarla. Sin avisar, llega para quedarse, y tú ni siquiera te has dado cuenta de ello. Parpadeas, y su imagen aparece en tu cabeza. Coges el teléfono y llegas hasta su *chat* de WhatsApp, para escribirle cualquier chorrada. Aparece una y otra vez en tu cabeza, su imagen mental no te abandona del todo.

Llueve, y vuelves a pensar en él. Allí está, y piensa quedarse, pero tú aún no lo sabes, y entonces empiezas a preguntarte si él también piensa en ti, en si cree que el sexo es el más increíble que hay en el mundo, como tú lo crees, en si siente por ti algo más que una simple amistad. Y dudas, porque nadie te ha querido antes, porque nadie te ha susurrado nunca un te quiero al oído, poniéndote la piel de gallina y haciéndote sentir la mujer más especial del mundo.

Piensas que por algo será, que hay algo malo y raro en ti, y pierdes la esperanza. Pero sigue allí, no se va con facilidad. Sigue estando aun cuando no eres una acompañante idónea, aun cuando estás demasiado triste como para ser la mejor compañía de todas, la que en definitiva eras al principio. Y entonces te das cuenta de que te atrapada, total y plenamente, en su telaraña, pues ha ido tejiendo a tu alrededor una red de la que no puedes escapar. Pero es una red invisible, no son hilos tangibles sino sentimientos invisibles, ligámenes extraños que hacen que te sientas parte de su vida.

El amor es lo que tiene.

—Recuérdame por qué te estoy acompañando al centro comercial —dice Rafael sentado en el asiento del copiloto de mi coche, con cara de mala leche.

—Necesito una opinión real. Verás, mi amiga Lucía, a quien ahora conocerás, tiene muy buen gusto y la quiero mucho, pero su visión no se asemeja a la realidad, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—Que no es lesbiana, y si me dice que se me ve bien en un conjunto de lencería, no sabré si es en plan «¡Guay!, pero podría llevar una faja beis y sería lo mismo» o «¡Joder, quiero ponerla a cuatro patas!», ¿entiendes?

Carraspea, y me observa mientras aparco el coche en el garaje.

—Esto es como si un tío, prototipo de modelo de *Calvin Klein* te pidiese que lo asesorases para ir a comprarse calzoncillos.

—Podemos ir después, por eso no te preocupes —lo tranquilizo—. ¿Por qué me miras mal?

—Porque te falta un tornillo, pero me caes bien. ¿Cómo está Babe?

—Genial, pero creo que se cree que puede volar. ¿Sigues con la idea de aparearlo con tu cerdo?

—Ahora creo que Katia no está muy por la labor.

No le pregunto qué significa eso, porque sospecho que será algo un poco extraño y muy incomprensible.

Subimos las escaleras mecánicas hasta la planta baja, donde he quedado con Lucía. Enseguida la veo de espaldas, mirando embobada los escaparates.

—¡Luci! —la llamo enseguida.

Ella se da la vuelta y nos saluda con efusividad, caminando hacia nosotros.

—¿Qué tal las vacaciones? ¿Has hablado con Tomás? Por cierto —se dirige a Rafael—, soy Lucía, mejor amiga de Bárbara.

—Rafael, trabajo con ella en el hospital. Pero no soy médico sino recepcionista, así que ahórrate las consultas médicas —responde con sarcasmo.

—Hecho, Hemingway.

Rafael frunce el ceño primero, y luego se ríe con una carcajada. Es extraño, nunca le había visto reírse así.

—Es el insulto más sutil y con más gracia que me han hecho jamás —confiesa entonces.

—Es que Luci es escritora —contesto yo, orgullosa de mi amiga.

—Entiendo. ¿Le has contado ya tu forma de redimirte ante Dauphine?

Lucía abre los ojos expectante, deseando que le explique de qué demonios habla Rafael. Y es que se ha convertido en uno de mis confidentes favoritos y,

en parte, un amigo.

—No. Ya puedes soltándolo todo, Barbi —me advierte con tono amenazante, medio en broma medio en serio.

—Hablé con él, y resulta que yo le gusto de verdad, ósea, que está enamorado de mí. Increíble, ¿no? También me cuesta creerlo. Así que la jodí por completo.

—Sobre todo cuando le dijiste que ibas a volver con Juan —puntualiza Rafael, cruzándose de brazos—. Que, por cierto, ¿soy el único que piensa que ese tío tiene un morro que se lo pisa?

—¡Oh!, he hablado con él y se lo he dejado bien clarito, que o le dice a Ruth que estaba saliendo con Bárbara cuando se acostaron, o se lo digo yo antes de que se casen —responde Lucía, y entonces entro en pánico.

—¿Qué? No, por favor. Que fue mi paciente, hasta me ha enviado una invitación a la boda. No quiero saber nada de todo esto, en serio, es demasiado para mi salud mental. Ya tengo suficiente con estar enamorada y tener que lidiar con mis sentimientos, y con empezar una relación —exclamo histérica.

—Tranquilízate, tampoco tiene que decirle nombre, apellido y estado civil. Solo que sea sincero por una vez en la vida. ¿Y qué es eso de la relación?

—Que metí la pata, y ahora voy a conquistarle. Ya sabes, empezando de cero, teniendo citas y todo esto. Esta noche voy a hacer una succulenta cena, y de postre, *crème* Bárbara *brûlée*. Pero para eso necesito un conjunto de ropa interior divino de la muerte.

La expresión de incredulidad tanto de Rafael como de Lucía me dicen que hay algo en mi plan que falla. No lo entiendo, si a Ewan McGregor le funcionó la jugada en *Abajo el amor*, ¿por qué no va a funcionar a mí?

—Cariño, si tú no sabes cocinar —menciona Lucía.

—Y creo que eso del sexo en la primera cita, no es que sea lo más adecuado, aunque ahora creo que se lleva todo —añade Rafael.

—Pero entonces, ¿cómo coño lo conquisto?

—Con tu conversación, tus dotes sociales, tus gestos... ¿quieres *conquistarlo* o *seducirlo*? —especifica Luci.

Sin duda, lo primero. Porque el sexo es genial, pero yo quiero demostrarle que soy mucho más que una cara bonita, que puedo ser interesante. Más interesante que Eva.

—Conquistarle. ¡Ay Luci! Tienes que darme un cursillo acelerado de

literatura y cultura general, ¡ya mismo! —suplico entonces.

—Creo que simplemente deberías ser tú misma. Total, ya está enamorado de ti, ¿no? —propone Rafael.

—Ya, pero no quiero que se desenamore. ¿Es eso posible?

Ninguno de los dos responde.

—Relájate, será mejor que vayamos a tomar una copa de vino. Hablemos de ti, Rafael, ¿hay alguien especial en tu vida? —pregunta Lucía.

—Katia es la única.

—Es una cerda —especifico yo, para que Lucía no se piense que es su novia o algo parecido.

—Qué directa, ¿no?

—Lo digo en sentido literal, es una cerda como Babe —tengo que explicarle.

—Ah, vale... —sonríe aliviada—. Pensaba que era tu novia.

—No tengo pareja —murmura él.

—¿Y no hay nadie que te haga tilín en el hospital? Vamos, siempre hay alguien, puedes decírnoslo. No vamos a soltar nada, te lo prometo.

Veo que pone los ojos en blanco, pero con la intención de responder.

—Es complicado, no lo entenderíais.

—¿Por qué? ¿Está casada? —curioseas Lucía.

—No es eso. Y, no es una mujer.

—Oh, eres gay... —susurra Lucía, pero yo no termino de entenderlo.

—No soy gay, soy bisexual. De hecho, suelen gustarme más las mujeres, pero con él... es diferente.

—¿En qué sentido? —pregunto, muriéndome de ganas por averiguar quién es esa persona.

—No es que sea el hombre más atractivo del planeta, pero su forma de ser me parece muy tierna, es tan amable y tan paciente conmigo, que cuesta creerlo. Pero sé que lo hace porque somos amigos, a él solo le gustan las mujeres.

—¿Cómo lo sabes? Puede que te sorprenda. A lo mejor es gay y no lo sabe.

—No lo es —asegura.

—¿Y quién es? ¿Yo lo conozco? Anda dímelo, por favor —vuelvo a suplicar poniendo morritos.

Al final, gracias a mi insistencia, acaba cediendo.

—Es Javier, el cardiólogo. Pero ni se te ocurra decirlo, Bárbara Ponce, o

sufrirás mucho.

—Coño, ya sé quién es.

Recuerdo perfectamente la primera vez que me acosté con Tomás, y a la mañana siguiente aquel hombre abrió la puerta cuando estábamos completamente desnudos en el diván. Su fisionomía no está muy clara en mi cabeza, pero más o menos recuerdo cómo es, y sin duda su atractivo no tiene nada que ver con el físico. Pero ya lo dicen, el amor es ciego.

—No le hagas mucho caso, tiene ciertos prejuicios hacia los cardiólogos — advierte Lucía.

—Es cierto, pero Tomás me ha hablado bastante bien de él. Y mi aprendiz tiene cierta obsesión con él también por un incidente que pasó en la cafetería en el que dice que le salvó la vida.

—Creo que deberías hacer algo al respecto. No sé, quizá te sorprenda — insinúa Lucía.

—Creo que es hetero al cien por cien, Luci.

—Lo es —asiente Rafael.

—Vaya, qué pena. Pero no te preocupes, seguro que tarde o temprano, conocerás a alguien que te hará perder la cabeza, y entonces ni te acordarás de él. Mientras tanto, puedo recomendarte varios libros de temática romántica, ¿eres de finales tristes o alegres?

—Alegres.

Caramba, no lo hubiese dicho nunca de él. Pero a veces las personas te sorprenden.

Después de tomarnos una copa de vino y discutir sobre si el vestido de Kate Middleton fue mucho más bonito que el de Meghan Markle y arreglar un poco el mundo, vuelvo a casa con la impresión de que ha sido una gran tarde.

Pero ahora tengo que concentrarme en cocinar una cena tres delicias —no, no voy a hacer arroz—, y debo hacerlo bien. La cocina no es mi punto fuerte, pero basándome en aquello que dicen de que a los hombres se les conquista por el estómago, al menos tengo que hacer algo decente. Sería imposible esperar un milagro como en *Sedución a la carta* donde Sarah Michelle Gellar da pena cocinando y una langosta con poderes se apiada de ella y todo lo que cocina le sale de fábula, tanto que hasta el hombre de sus sueños se pirra por ella.

Saco todos los ingredientes de la nevera y el libro de cocina que lleva más de una década en la estantería acumulando polvo.

«Pollo asado con especias».

Suena bien, ¿eh? Algo tradicional con un toque exótico, que evoque a las mil y una noches, que desprenda erotismo y sensualidad.

Las instrucciones son claras. Precalentar el horno a doscientos treinta grados. Hecho. Luego dice algo de sacarle al pollo las plumas, pero como este libro es del año de la prehistoria, no es el caso porque estas dos pechugas de pollo son del supermercado de abajo, salidas del envase.

«Salpimiéntalo, úntalo con aceite y colócalo en una fuente refractaria. Luego, esparce unos copitos de mantequilla por el fondo de la fuente y mete en el horno».

Lo de salpimentar usando la lógica, es ponerle sal y pimienta. Fácil. Lo de fuente refractaria ya es otra historia, así que lo unto en mantequilla directamente y lo meto en el horno. Treinta minutos, bien, mientras tanto iré haciendo el primer plato, una sopa de melón con jamón.

Parece muy fácil, se trata de cortar el melón y triturarlo. Bien, cuando ya lo tengo todo en la batidora, le doy al botón, con la mala suerte de que la tapa está mal puesta y media sopa sobrevuela la cocina y la rocía de melón.

¡Mierda!

Deprisa y corriendo recojo como puedo el lío que he hecho, incluso persigo a Babe por todo el salón para que no se suba en el sofá y me lo manche de *eau* de melón.

¡Qué desastre...! En fin, creo que hay suficiente sopa para un bol pequeño, y si le pongo las virutas quedará bien.

Entonces llaman a la puerta, y sí que me estreso. Joder, que ya está aquí. Camino rápido hasta la puerta y abro con una sonrisa. ¡Oh, joder!, qué guapo que está con esa camiseta color mostaza y pantalones blancos.

Abre la boca para decir algo, pero en vez de hacerlo, esnifa un olor extraño que aparece en el ambiente.

—Creo ... que se te está quemando algo.

—¡El pollo! —grito, y salgo corriendo hasta la cocina, donde efectivamente el pollo se está chamuscando.

Apago el horno y lo abro con rapidez para que no se queme más. Adiós pollo a las especias, adiós mil y una noches y adiós plan de conquista. ¿Y ahora qué hago?

—¿Quieres que te ayude?

Me doy la vuelta y veo que Tomás entra en la cocina, abriendo la nevera sin

pudor.

—No te preocupes. Al menos creo que he salvado el primer plato. Podemos pedir sushi a domicilio... supongo.

—O puedes sacarme una sartén y hacemos una tortilla. ¿Te parece?

Solo asiento, esperando a que la haga él, porque yo y las tortillas somos muy inestables. Pero no tarda en buscar en cada parte de mi cocina los platos, la sartén y todo lo demás. Cuando se pone un delantal que tengo colgado en la puerta, ese que me regaló Lucía de broma con el lema «Se me va la olla» y el dibujo de una, y se pone a batir los huevos, yo ya estoy preguntándome que hice en mi vida anterior para merecer esto.

Puede que me torturasen, fuese un mártir o muriese como un héroe. O salvase a un niño de una muerte segura. Sin duda, hice mucho bien.

—¿Vas a decirme por qué querías cocinar, cuando acabo de estrenar la sartén?

Me hago la loca metiendo lo que queda de la sopa en dos boles, y esparzo las virutas sobre ellas.

—Quería hacer algo diferente, en las películas lo hacen.

—Y no tiene nada que ver con esa idea absurda de conquistarme, ¿no? —cuestiona, aunque parece más una pregunta retórica, y es que me ha pillado.

—¿Sabías que el estómago tiene inteligencia propia?

—Lo sé, también soy médico, muñeca. No voy a quererte más ni menos porque sepas o no hacer pollo a las especies —aclara, poniendo la primera tortilla en el plato.

—Mejor, porque es menos que más —susurro, asombrada por el talento que tiene entre los fogones—. De todas formas, algún día voy a tener que aprender. No puedo sobrevivir a base de comida precocinada.

—Eso es cierto.

—¿Dónde aprendiste tú?

—En casa, o cocinaba yo o mi hermano o casi no comíamos, porque mi madre no sabe ni freír un huevo. Fue cuestión de supervivencia.

—Tu técnica me fascina. ¿Vas a darle la vuelta? —pregunto, observando cómo, con un movimiento de muñeca, le da la vuelta en el aire.

—Es cuestión de practicar. Bien, todo listo.

—Oye, lo siento. Al final has tenido que hacerlo tú, y todo por querer hacer algo... en fin, que no lo había planeado de esta forma —admito con cierto sentimiento de culpa.

Entonces se acerca a mí y me da un beso rápido en la mejilla.

—Pero lo has intentado. Me importa un bledo el pollo, solo saber que ibas a hacerlo por mí, me basta. Aunque mañana vamos a tener una sesión de terapia, ¿eh?

—Lo que tú digas.

Parece que tan mal no me ha salido la jugada. Su cercanía me perturba, y de hecho, si no acabase de hacerme la cena, le propondría de pasar a los postres directamente, pero no sucumbo a la tentación.

—Vamos a probar esa tortilla.

*Dicen por ahí*

Tomás

*P*arlotea sobre la tarde de no compras que ha tenido con Lucía y Rafael, mientras se come la tortilla con devoción.

—Es lo mejor que ha salido de mi cocina —confiesa—. Podrías hasta presentarte a Máster Chef. Pero entonces tendrías un club de fans que me odiarían, así que mejor que no.

—No hubiese dicho nunca que fueses celosa —bromeo, buscando la forma de decirle que se deje de tonterías, y que vaya al grano.

Porque sé que está mareando la perdiz, diciendo chorradas y que se calla algo.

—No lo soy, o eso creo. No lo sé, Tomás, la verdad es que es la primera vez que me siento posesiva con alguien, excepto con Lucía, pero es una posesión de amistad, ¿entiendes? De que no quiero que me roben a mi mejor amiga.

—Yo soy un poco celoso, tengo que confesártelo —revelo, terminándome la tortilla.

—Mmm..., supongo que un poco no es malo. Mientras no traspases ciertos límites, todo irá bien.

—Por cierto, tienes algo en el cuello —murmuro, acercándome a ella, apartando el cabello rubio claro para ver qué es—. Creo que es sopa de melón.

Me inclino hacia ella, y con la lengua lo limpio, haciendo que se le ponga la piel de gallina. Su estremecimiento es genuino y provoca cierto revuelto en mis instintos.

—Ya, es que la tapa no estaba muy bien puesta y... da igual. ¿De qué quieres hablar?

—¿Cómo? —pregunto sorprendido.

—Que si hay algún tema en especial del que quieras hablar. Últimamente lo de Corea del Norte y Corea del Sur está bastante de la actualidad, he leído sobre el tema un poco. O si no la gestación subrogada.

Frunzo el ceño y me levanto de la mesa, quitándome el delantal.

—¿Quieres hablar sobre eso? Con sinceridad, Bárbara.

Un debate interno se genera en su cabeza, hasta que responde.

—No especialmente. Pero tú quizá sí, ¿sabes? Quiero que también hagamos cosas que tú quieras, y que sepas que puedes hacerlas conmigo.

Me acerco a ella y le desato el nudo del delantal para quitárselo. Luego tiro de su mano para ir directos al sofá, y nos sentamos en él.

—No tienes que demostrarme nada. Si algún día quiero hablar de eso, te lo diré, pero ahora mismo solo deseo saber una cosa.

—¿El qué?

—Dime cómo que sientes hacia mí, ¿entiendes? Necesito tener la certeza de que quieres estar conmigo, solo eso —murmuro acariñándole la mejilla.

Coge aire antes de decir nada, presiento que es importante, por la forma en la que aprieta sus manos entre sí y traga saliva.

—Es hora de ser valiente y decir lo que siento. No hay recompensa para los cobardes, y no quiero serlo nunca más —admite mirándome a los ojos—. Estoy emocionadamente aterrada, porque te necesito, y tengo miedo de admitirlo en voz alta por si al final todo se desvanece. Te quiero tanto que no me imagino ya un día sin que tú aparezcas por aquí, y quiero tenerlo todo contigo. Hoy he llegado a casa y lo primero que he pensado ha sido, «Tengo que decirle a Tomás de quién está enamorado Rafael», y mil cosas más que me ocurren. No sé si tiene sentido, ni si es bueno o malo, pero así es como me siento.

La abrazo con cariño, dejando que apoye la mejilla en mi pecho, buscando cómo trasladarle esa ternura que ahora mismo rebosa en mi corazón. Respondo a su ruego mientras le acaricio la cabeza con suavidad.

—Lo tiene, muñeca. Pero no vivas con miedo, porque así no se puede vivir, ¿sabes? Te confieso que yo tampoco lo hice demasiado bien, debería haberte dicho mucho antes lo que sentía por ti, y no lo hice.

Me doy cuenta de que vivimos esperando a que la otra persona reaccione primero, que confiese primero para no salir heridos, y así estamos, con mil cosas por decir, y la vida se nos pasa en un abrir y cerrar de ojos, esperando.

—¿También tenías miedo? —pregunta, alzando los ojos hacia los míos.

—Un poco. Pero no se trata de no tenerlo, sino de vencer ese miedo, ¿entiendes?

—Sí —asiente, y esta vez es ella la que me abraza, muy fuerte y muy cerca.

Es de esos abrazos en los que sientes que aquella persona te lo está dando todo, que se queda desnuda en cuerpo y alma, y que sobran las palabras. Permanecemos así durante un buen rato, mientras que nuestros corazones laten al mismo ritmo; pausado, pero con una arritmia constante. Se convierten en uno, se entrelazan y se reencuentran, fundiéndose.

—Ahora cuéntame lo que querías decirme.

Sonríe mientras se acomoda entre mis brazos, de espaldas, dejando que le abarque la cintura con los brazos.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que a Javier el cardiólogo le gusten los hombres?

Es una pregunta extraña, hasta que la enlazo con la frase «No sabes de quién está enamorado Rafael» y todo cobra sentido.

—Ninguna. Pero estaba convencido de que a Rafael le iban las mujeres —confieso yo.

—¡Ah...!, es que le va tanto la carne como el pescado. Pero no digas nada, o Rafael me hará picadillo.

—No lo haré —le prometo—. La verdad es que para mí, Rafael siempre ha sido un verdadero misterio, pero me alegro de que hayáis conectado —le comento con sinceridad.

—Yo también. Siempre está bien ampliar el círculo de amistades, sobre todo cuando esto se reduce a una persona.

—No —corrijo yo entonces—, también somos amigos, no lo olvides. Quiero ser tu amigo, y también tu amante, y tu novio. Y todo lo que venga, ¿sabes?

—Yo también quiero ser tu novia, y tu amante y tu amiga. Por cierto, hay algo que debo confesarte —dice, poniendo morritos—. Terminé *El médico* durante mis vacaciones depresivas.

—Serás traidora —murmuro fingiendo decepción, pero la verdad es que me alegra de que lo haya hecho, no porque no me guste leer con ella, sino porque eso quiere decir que ya ha cogido el hábito de lectura.

—¿Qué? Pensaba que nunca más iba a leer nada contigo y tenía curiosidad por saber si terminaba igual que la película. Pero el libro es mil veces mejor

—alega.

—Lo sé.

—Pero no quiero dejar de hacerlo. Es mi momento favorito, cuando me estiro en tu regazo y de golpe, la realidad se altera con tus palabras. No quiero que dejes de hacerlo nunca —ruega con un hilo de voz.

—No lo haré —le aseguro yo.

Detrás de cada persona hay una historia, hay un pasado que no puedes ignorar. Hay una razón por la que cada uno es como es. Algo en su pasado los hizo como son ahora. Pero la clave es cambiar eso, eliminar ese rastro hasta dejar solo la esencia, y volver a construir eso que había quedado roto. Unas veces es la confianza, otras el amor propio, y otras la seguridad. Hay cientos de heridas distintas, y a veces debes tener paciencia, porque esa persona lo vale.

Y Bárbara lo merece.

Sin duda, llegar al día siguiente juntos al hospital es algo novedoso, pero satisfactorio. De hecho, hemos creado una lista de *Spotify* especial para ir y volver cada día. Cosas de pareja, bonito ¿verdad?

Lo cierto es que ninguno de nosotros tiene mucha idea de cómo hacer las cosas, pero hemos decidido que si a ambos nos parece bien, estará bien.

Antes de que se meta en el ascensor, en la planta de recepción del hospital, le deseo un buen día y le doy un breve beso en los labios que la hace enrojecer. Sobre todo porque hay gente alrededor, pero me da igual. Si tenemos una relación, es bueno que la gente lo sepa. No soy de los que van a ponerlo en Facebook, pero tampoco voy a privarme de darle un beso a Bárbara porque la gente pueda hablar luego.

—Así que estáis juntos —escucho una voz detrás de mi espalda que no identifico, hasta que me doy la vuelta, justo antes de entrar en mi despacho.

Con cabello largo y oscuro, engominado hacia atrás, sonrisa de anuncio de dentífrico y buen porte, el doctor Guerra me mira con cara de pocos amigos. No soy partidario de dar explicaciones a gente que no le debo nada ni me importa demasiado, y esa no va a ser una excepción.

—¿Con Bárbara? Así es.

Abro la puerta de mi despacho y entro en él, con la esperanza de que se dé por aludido y me deje en paz, pero no lo hace. Me sigue hasta dentro.

—Si quieres un consejo, no te impliques emocionalmente. Déjalo antes de que sea tarde, te lo digo por experiencia. No vale la pena.

Iba a sentarme, pero no lo hago. Que alguien me dé consejos sobre cosas que no he pedido siempre me ha parecido de prepotentes, pero si encima me lo dice alguien a quién tan descaradamente se le ve el plumero, me cabrea.

¿Quién se ha creído para decir que no vale la pena?

—¿Perdona? No creo que seas el más idóneo para ir diciendo eso —le advierto, empezando a cabrearme.

—Oye, yo lo digo por tu bien. Es de las que solo quiere meterse en tu cama hasta que se cansa de ti. Si hasta me lo dijo su padre.

Creo que ya lo dije en otras ocasiones, que no soy muy partidario de la violencia física, pero en este caso creo que estaría justificada. No, justificadísima.

—Su padre es un gilipollas de primera. Y ella sí que vale la pena, así que ahórratelo —murmuro cerrando los puños, aunque me quedo junto al extremo de la mesa para no saltar.

Pero solo suelta una carcajada, y sale de mi despacho sin decir nada más. Es un idiota de primera, no hay duda. Estoy a punto de romper algo, cuando aparece por allí Javier, frunciendo el ceño.

—¿Qué hacía Guerra en tu despacho? —pregunta extrañado.

—Tocarme las pelotas —escupo, dejándome caer sobre la silla de mi escritorio—. Pensaba que Bárbara iba a correr a sus brazos tarde o temprano, y se ha enterado de que estamos saliendo.

—Ya me he enterado, vais a ser la comidilla de la semana. Pero me alegro por vosotros, vuestros hijos tendrán unos genes privilegiados. Eso sí, cuidado con Guerra, porque me han dicho que es muy capullo cuando se lo propone.

—Ya lo parece. Pero no puede hacer nada, que se joda. Si le puso los cuernos, que apechugue. ¿Qué demonios pudo ver en él?

—Un físico impactante. Es el prototipo de hombre con éxito. No lo sé, era joven e inexperto, y él un cirujano guaperas. Son cosas que pasan. Por cierto, he venido porque estoy en una encrucijada muy grande.

—¿Es algo relacionado con Amaia?

—Puede ser. Es una mujer estupenda, aunque no me haga ni caso. Pero de momento, solo somos amigos.

—Ajá. Por casualidad no habrás tenido una revelación en cuanto a tu orientación sexual —tanteo el terreno entonces.

—Ehhh, no, nada de eso. De hecho, lo que me ocurrió fue un poco embarazoso y totalmente inapropiado. Si es que ahora no sé cómo voy a poder mirarla a los ojos —dice nervioso, secándose las manos con una toallita que saca de su bolsillo.

—¿A quién?

—A una residente de ginecología. Todo pasó muy rápido, ¿sabes? Entré en uno de los cuartos de descanso para echar una cabezadita antes de una operación, estaba haciendo una guardia. No encendí la luz porque solo iba a tumbarme un rato, cuando noté que había alguien en la cama. Se despertó, y justo iba a excusarme y a salir, cuando me detuvo cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta tumbarme a su lado. Dijo que no dijese nada, y entonces de golpe, ¡me besó! Pero no un besito de nada, no, un beso con lengua incluida. Estuvimos mucho rato, hasta que le dije que tenía que marcharme, y ella dijo que lo sentía mucho, y salió de allí antes que yo.

—Vaya, ¿pero crees que sabía que eras tú?

—Estaba oscuro, pero a través de la ventana entraba algo de luz, y si yo la reconocí, ella a mí también, supongo. ¿Qué hago ahora? Voy a morirme de vergüenza cada vez que nos crucemos.

—¿Preguntarle por qué te besó? Es básico, Javi —le explico, poniendo los ojos en blanco.

—Ya, pero me da un poco de miedo la respuesta. En fin, tengo que irme. ¿Podría preguntarle a tu novia si la conoce y si sabe algo? Por favor, no sabes lo angustiado que estoy por esto.

—Pero ¿por qué? Si a ti te gustaba Amaia, ¿no?

—Sí, pero... ha sido el beso más apasionado que nadie me ha dado jamás, Tomás. Tengo que conocer a esa chica, si es que le gusto.

Madre mía, ahora va a resultar que Javier es un *sexsymbol* en el hospital y nadie lo sabía.

Las horas se me pasan volando, y enseguida llegan las ocho de la tarde, cuando Bárbara entra de nuevo en mi consulta. Directamente se sienta en mi diván y yo, siendo lo más profesional posible, con las gafas y el bolígrafo, empiezo la batería de preguntas.

—¿Por qué se te ocurrió la idea de conquistarme?

—Ya te lo dije, metí la pata al dar por hecho que ibas a volver con Eva y te mentí.

—No, no fue por eso. Con una disculpa bastaba. Dime por qué quieres conquistarme, de verdad.

Se lleva la mano en la boca y mordisquea una de sus uñas.

—Para que veas que valgo la pena. Que no soy solo una cara bonita, que sé hacer otras cosas, tengo ...

—Bárbara, ¿no crees que, si te quiero, eso tengo que decidirlo yo? En una relación, se trata de dar y de recibir. Tú solo das, nunca exiges. Hay que buscar ese punto medio en el que yo hago algo por ti, y tú haces algo por mí. No se trata de hacer méritos, porque no solo quieres lo bueno de una persona, sino también lo malo —intento explicarle—. Quiero que apuntes en una hoja todas tus cualidades y tus defectos.

—No soy buena con estas cosas —me advierte.

—Me da igual. Quiero que te conozcas y que seas consciente de ello. Ahora, vamos a hacer algo que quieras tú.

Parpadea sorprendida, incorporándose.

—¿A qué te refieres?

—Esta noche haremos algo que tú desees, se trata de complacerte a ti, no a mí.

—Pero tú has dicho que lo ideal es que estemos de acuerdo los dos, ¿no?

—Exacto, pero antes tienes que aprender a expresar tus deseos, a decidir qué es lo que quieres, y entonces llegar a un punto intermedio. ¿Qué te gustaría hacer?

—Yo... ¡vaya! En el fondo las posibilidades son infinitas —exclama, abrumada—. No lo sé, sabes que lo que más me gusta es ir al cine, o que me leas, o ... —se relame los labios pensando en algo sucio.

—Esta noche estoy a tu disposición —susurro.

Una sonrisa inmensa llena su rostro, y se acerca a mí para sentarse en mi regazo.

—Verás, hace bastante que no voy al cine y me apetece ir contigo, porque luego discutimos la película y esto me encanta, pero también hay una cosa que...pero quizá sería pedir demasiado.

Sé que es algo depravado, una de sus fantasías incumplidas, y niego con la cabeza, porque su mera insinuación hace que mi miembro empiece e hincharse.

—Ya te he dicho que esta noche, soy todo tuyo, muñeca.

*Mi chica*

Bárbara

No voy a negar que esto es lo más excitante que me han dicho.

—Pero primero ... ¿podríamos ir al cine? Me gustaría prolongar un poco esas ganas.

Las ganas son las que tengo yo de llegar a casa y quitarle la ropa, y otras cosas, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Qué película quieres ir a ver? —pregunta con los ojos medio empañados, será porque intuye que eso que quiero se sale de los límites habituales, o qué se yo.

—Está la de *La sociedad literaria Guernsey y el pastel de piel de patata*, que puede estar bien, y luego *Colette*. Cualquiera de las dos me apetece, así que escoge tú.

Tira de mí hasta que llega a mi cuello con la boca, y me da varios besos.

—¿Qué te he dicho? Que escojas tú. Ya habrá tiempo de discutir otro día qué película ver los dos, una que queramos ver ambos.

—Pero ¿y si hay una que nunca voy a querer ver?

—Podremos hacer concesiones entonces, o nos esperamos a que salga por la televisión y entonces la miras mientras yo cocino o la veo yo mientras lavas los platos.

Esta idea me gusta, así que asiento.

—Bien. Vamos a por la de la piel de patata, el nombre me hace mucha gracia.

A mí también.

Durante el trayecto hasta el cine Tomás me cuenta que, en realidad, está basada en un libro ambientado en la II Guerra Mundial, y cómo no, me explica

el argumento porque ya se lo ha leído.

En la semioscuridad del cine, miro de reojo a ese hombre que me sujeta las palomitas, y pienso en lo que está haciendo por mí, y lo más importante, que quiere que entienda que me lo merezco. La sala está casi vacía, consecuencia de que sea una película que estrenaron ya hace semanas. Enseguida me doy cuenta de que es un poco drama, que es probable que lllore y que, ahora mismo, no me apetece llorar porque estoy demasiado eufórica. Así que trago saliva y me fijo en que me observa en silencio. Su mirada oscura me calienta. Vamos Barbi, como si no lo estuvieses ya con anterioridad. También me fijo en su entrepierna, en el bulto que sobresale, en que tiene las palmas de las manos apoyadas en las rodillas, como si intentase controlarse. Su olor corporal, la textura de su piel, su barba incipiente... todo, absolutamente todo me reclama. No soy de las que suele hacer un espectáculo, los besos con lengua los dejo en el ámbito privado y el sexo en sitios públicos no es lo mío. Pero esto... se trata de lo que yo quiero, ¿no? De lo que a mí me apetece, y ahora mismo quiero meterle mano.

—A tomar por culo —susurro, dirigiendo la mano hacia su entrepierna, para friccionar esa pitón juguetona que tanto me gusta.

—No seas mal hablada —murmura Tomás, pero detrás de sus gafas veo que intenta no sonreír.

—Creí que hoy se hacía lo que yo quería, y que eras completamente mío — exclamo, acercándome a su oreja y soltando el aliento, lo que hace que se estremezca un poco.

—Lo soy. ¿Eso es lo que quieres? ¿Hacer conmigo lo que te dé la gana?

Asiento antes de dejar un reguero de besos desde detrás de la oreja hasta el cuello. Observo a mi alrededor, las dos chicas de la primera fila están atentas y la otra pareja de la derecha parece aburrída, y no tiene pinta de que se vayan a girar, así que me aferro a su cuello y me siento sobre su regazo.

—Así es.

Siento su erección contra mi sexo y casi entro en una combustión espontánea. Pero no se mueve, no hace nada, y entonces recuerdo que soy yo quien da las órdenes.

—Méteme mano —murmuro, mientras que le doy un beso hambriento, que él me devuelve en un gemido desolador, excitante y muy halagüeño.

Y lo hace. Sus manos suben por mis piernas hasta los muslos, deslizando la mano derecha hasta debajo de mi falda vaquera para amasarme los glúteos, hasta tirar del tanga y llevar los dedos a mi agujero secreto.

—¿Así, muñeca? —pregunta, proporcionándome de una sensación de plenitud.

—Quítame el tanga —respondo.

Pero no lo hace, sino que lo rompe y lo mete en el bolsillo del pantalón. Jodido doctor amor, que empieza a masturbarme sin decoro alguno.

—¿Quieres hacerlo aquí, en el cine? —pregunta, deslizando el dedo índice hasta mis empapados pliegues, y hundiéndolo entre ellos.

—No, solo quiero que salgamos de aquí, que me lleves a casa y allí... empezar con todo lo que tenía pensado.

Muchas veces pensaba lo que era el amor, qué se sentiría al estar enamorada. Pensaba que sería la sensación más maravillosa del mundo, puede que la tuviese idealizada, porque, al fin y al cabo, también te da un poco de sufrimiento. Pero también es felicidad, saber que tienes a una persona que va a estar allí a las duras y a las maduras, que hará lo posible para verte. Es también acordarte constantemente de él, pensar en que el otro día vi un vestido con el color de sus ojos, que quizá ese libro le gustaría o simplemente desear que estuviese en aquel instante a mi lado. También empezar a ver rasgos de su carácter en otros, y decir, «Vaya, si Tomás también piensa lo mismo», y otras cosas que demuestran indudablemente, que esté enamorada.

Esto hace que recuerde una especie de cita que leí en alguna parte, y que se me quedó grabada en la mente. Decía que las cosas más bonitas de mundo no pueden verse ni tocarse, deben sentirse. O puede que me lo esté yo inventando ahora, cuando abro los tres primeros botones de su camisa y cuelo mi mano derecha, fría, y la pongo en su pecho velludo y caliente, sintiendo cómo su corazón late acompasadamente.

Es verdad, las cosas más maravillosas del mundo solo pueden sentirse, y sus latidos que se ven acelerados por mí, constantes, serenos, vibrantes bajo su piel, me elevan de este mundo terrenal hasta un lugar inhóspito, lleno de calma y serenidad muy parecido a lo que debe de ser el cielo.

—¿Qué tenías pensado? —pregunta con un ronquido grave y roto.

No quiero ser una amante ni una novia más ni una amiga. Quiero ser esa historia que empieza y que no termina nunca.

—En primer lugar, salir de aquí.

—¿Aunque vayas sin bragas? Qué descaro, doctora Ponce —dice, fingiendo un poco de altivez e irritación—. Las damas primero, y delante si no te importa, no quiero que la gente me vea con la tremenda erección que me has dejado, muñeca.

Me pongo en pie con una sonrisa bailándome en los labios, y salimos de la sala cuando solo ha pasado media hora. Es tan raro que en la salida alguien nos pregunta si no nos ha gustado la película, que por haber salido tan pronto, podemos escoger otra.

—Muchas gracias, pero mi abuela está en el hospital —responde Tomás, todo serio.

Jodido mentiroso, pero claro, como tiene unas ganas descomunales... igual que yo, todo sea dicho.

La mujer está siendo comprensiva, y sospecho que también dejando bastante claro su agrado hacia mi chico, pero nos devuelve el reintegro de las entradas, y salimos de allí hacia el aparcamiento de forma rápida y concisa. Por supuesto, en el ascensor no podemos evitar darnos el lote mientras mete la mano impudicamente por debajo de mi falda, donde no llevo absolutamente nada.

—Vas a... Tomás, no —le advierto cuando veo que tiene intenciones de que tenga un orgasmo allí mismo.

Por suerte, esta noche tengo yo el control, así que se detiene, y cuando llegamos a la planta correspondiente, abre el coche, y nos metemos en él con rapidez. Un pellizco agudo me atraviesa la piel cuando deja una suave caricia en mi rodilla antes de meter primera y arrancar.

Se siente bien, incluso familiar y, por un momento, me olvido del mundo y de mí misma, y solo existe este lapso de tiempo robado en el coche.

—Tócala otra vez, Sam —murmuro, recorriendo yo misma mis rodillas.

Sabe a qué canción me refiero, y no es a *As times goes by* de la película *Casablanca*. Es a nuestra canción, a esa donde, por primera vez, me di cuenta de que quizá era el hombre que estaba destinado a mí.

—Creo que más bien sería, ponla otra vez, Tomás —me corrige, encendiendo el equipo de música del coche y buscando la que yo considero que es ya nuestra canción.

*Que el cielo se está abriendo, y se abre bajo mis pies.*

*Y quiero que vengas conmigo, a cualquier otra parte.*

*A cualquier otra parte.*

—Tomás, quiero que me cuentes qué ha pasado con Eva.

Puede que este no sea el mejor momento, pero es algo que llevo guardándome dentro, y que quiero saber. He estado todos estos días abriéndome con él, y necesito que él haga lo mismo conmigo. No es simple curiosidad, es solo que deseo saber de él, y para conocer de su presente, creo que es necesario también estar al tanto de su pasado.

—Ya lo sabes, mi hermano te lo contó —responde.

Pero no es lo que yo quiero oír.

—Sólo me dijo que estuvo saliendo al mismo tiempo contigo y con él, nada más.

—Es que no hay mucho más que contar —responde con sequedad.

Llegamos a su apartamento, y bajo del coche algo molesta.

No, muy molesta. ¿Por qué no quiere contármelo? ¿Acaso no le he dicho yo todos mis temores, mis mierdas más grandes? ¿Dónde queda eso de la confianza mutua?

—¿Qué quieres hacer ahora? —susurra, acercándose a mí cuando bajo del coche, pero doy un paso hacia atrás.

—Nada. Me voy a casa —exclamo, encogiéndome de hombros.

Se coloca bien las gafas y, cogiéndome tiernamente de la mano, tira de mí para colocarme frente a frente con él.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

Alzo el mentón, no voy a ser políticamente correcta, voy a seguir su consejo. No es algo de lo que él quiera hablar, pero yo sí. Puede que no ahora, tampoco soy una insensible y una egoísta, pero quiero que me lo cuente, ahondar en su mente como él hace con la mía, saber el porqué de su comportamiento anterior.

—Pasa que exiges confianza por mi parte, pero yo no la obtengo de ti. Yo también quiero saberlo todo, y creo que Eva fue una parte importante, aunque dolorosa, de tu pasado, y que no quieres contármelo. Supongo que tienes tus razones, y si no estás listo para hacerlo, quiero que al menos me digas por qué. Tú... nadie me ha importado tanto como tú, Tomás.

Espero a que diga algo, a que haga algo. Pero nada.

Se limita a mirarme con ojos algo tristes, somnolientos, nublados por los pensamientos contradictorios. Espero y espero, y aunque no suelta mi mano,

sigue sin decir nada. Así que, sin otra opción, soy yo quien se suelta, quien se da la vuelta y cruza la calle, buscando en el bolso las llaves de casa.

Y no sé qué pensar.

*La escafandra y la mariposa*

Tomás

*L*e he dicho que la quería.

Que voy a quererla en sus peores momentos y en los mejores.

Que voy a quererla cuando esté feliz y cuando esté triste.

Que estoy aquí y que no voy a irme a ninguna parte, que la quiero, a ella, solo a ella, a cada parte de su ser y de su alma, con sus imperfecciones y sus defectos.

Pero no soy jodidamente capaz de explicarle esto. El porqué empieza a franquear mis muros, empiezo a buscarle sentido, y como psiquiatra, mi análisis no se detiene hasta encontrar ese pequeño recoveco, esa llana y simple explicación: porque es una debilidad.

Los hombres no lloran, por supuesto que no, tampoco se muestran débiles delante de nadie. Y yo soy el primero en intentar desmontar esos mitos, que la masculinidad nada tiene que ver con que los hombres no sintamos, que lo hacemos igual que las mujeres y que tantos siglos de contención han hecho mucho daño.

Pero aquí estoy yo, incapaz de abrir la boca y de decirle que sí, que voy a contárselo todo, que le voy a abrir mi corazón. Porque ya encontré mi lugar en el mundo, dentro del color de sus ojos y de su fragancia, y de su cama.

No sé cuánto rato permanezco allí, en plena calle, de pie, sin estar realmente presente, sumergido en mis pensamientos. Es algo que tengo que hacer, lo sé, es inevitable. Pero ¿qué va a pensar? ¿Que soy un calzonazos por haberle dado todo a una mujer cuando ella no me dio nada?

¿Que fui un idiota porque, en el fondo, esperaba ser yo el elegido? Que me iba a querer a mí, porque estaba dispuesto a perdonar. Esto no es lo que ella

piensa de mí, me presenté ante ella como alguien que desdeñaba compromisos y que... no quería amor.

De golpe, miro el reloj y veo que van a dar las doce. No hago nada más que caminar, entrar en mi piso y cavilar. Bárbara debería quererme por todo lo que soy, mi yo verdadero. No por lo que yo le haga sentir, sino por mi persona, por lo que soy por dentro y por fuera. Pero no puedo pretender que lo haga si no la dejo.

Así que me levanto del sillón donde me he apalancado después de tomarme alguna copa y salgo de casa sin pensarlo, terminando en la puerta de su piso, donde empiezo a llamar insistentemente.

Me recibe unos minutos después, con el pijama puesto y la cara de no haber pegado ojo, con un hola escueto y glacial.

—¿Puedo pasar? —pregunto, o más bien imploro.

—No sé —suspira, llevándose la mano al pecho y frunciendo el ceño, dice algo que no me esperaba—. Te has quedado callado, sin decir nada. Ni siquiera... ¿no has dicho nada Tomás! Como si yo no valiera la pena.

—No sabía cómo hacerlo, precisamente porque eres importante. ¿Recuerdas lo que me contaste de Medusa? Que ella se volvió vengativa por todo lo que Poseidón le hizo.

—Sí —susurra, expectante.

—Yo sí fui Medusa, durante mucho tiempo. Fui malvado y vengativo con las mujeres, y no me siento especialmente orgulloso de ello. Pero tampoco me enorgullece haber sido el hombre que fui con Eva. Y la verdad es que no sé cómo contártelo sin que dejes de mirarme con la admiración, el amor y el deseo con el que lo haces.

Parece comprenderlo, porque cierra la puerta a mi espalda y me hace pasar hasta el salón, haciendo que nos sentemos en su sofá. A diferencia de otras veces, se coloca frente a mí y me mira con una ternura que podría derretirme.

—Eso ya lo sabía. Me metí en esa página de Facebook. Pero no sería justo juzgarte por cosas que hiciste en tu pasado, cuando conmigo has sido todo lo contrario. Porque tú... con eso de azotarme no...

—No es algo con lo que disfrute especialmente. Ya te dije que era un medio para el placer, y darte placer a ti me lo da a mí. De todas formas, no es solo eso —reconozco.

—¿Hay algo más? ¿Látigos, fustas...?

—No, muñeca, no sobre eso. Será mejor que dejemos esa tendencia al

sadomasoquismo a un lado. Era por Eva —resumo yo.

—Oh, Eva. Crees que voy a ponerme celosa, o...

—No. Ya te dije que es agua pasada, pero saber cómo me comporté con ella va a dañar tu imagen de mí.

Pero ella niega con la cabeza y me sujeta de la mano.

—Imposible. Me dolería más que no me lo contaras y ahí sí que cambiaría en concepto que tengo de ti, no lo que puedas decirme.

Me aclaro la garganta, y es entonces cuando empiezo.

—Yo no era un hombre seguro de mí mismo, ni tampoco tenía estas convicciones que ahora conoces. Ni siquiera me consideraba un hombre atractivo, porque en el colegio, siempre fui el hermano gordo, y Marcos la estrella en todos los sentidos. Él era el carismático, el que hacía amigos, y yo solo andaba detrás de él como su sombra. Pero crecimos, cambiamos y nos volvimos más parecidos que nunca. Mi obsesión con la psiquiatría no era más que un intento de comprender las reacciones de los seres humanos, así que empecé medicina en París, pensando que alejarme un poco de las faldas de mi hermano me iría bien, y en cierto modo así fue.

»Era atractivo, ya no tenía exceso de peso y las féminas lo notaban, pero aun así me faltaba esa confianza de los que realmente se lo creen, porque yo, todavía no me hacía a la idea. Entonces, una noche en Barcelona durante un fin de semana que visitaba a mi hermano, una mujer atractiva en un bar se abalanzó sobre mí como si yo fuese el hombre de sus sueños, y me pidió que saliéramos de allí. La llevé a un piso que nadie usaba y que había sido de mi madre, del cual tenía llaves, y allí pasamos una noche de pasión inolvidable. Parecía conocer todos los rincones de mi cuerpo, y me guiaba por el suyo de formas que yo nunca había experimentado. Así que, a la mañana siguiente quise saber quién era, volver a verla, pero... me dio la sensación de que la asusté. Aun así, le di mi teléfono rogándole que volviese a llamarme. No lo hizo enseguida, tardó lo suyo y cuando quedamos había cierta culpabilidad en ella. Pero parecía tan triste que me convencí de que le ocurría algo, y que conseguiría hacerla feliz. Se convirtió en algo habitual que me llamase en los momentos bajos, cuando más necesitaba a alguien. Casi nunca fueron buenos ratos, aunque también los hubo. No sé, creo que me enamoré de ella por la familiaridad con la que me trataba, como si me conociese de siempre y yo no tuviese que probarle nada. Nunca me preguntó sobre mi pasado, y eso me hacía sentir aliviado. Sin embargo, pese a que no era una buena relación

ecuánime, yo era feliz, porque no había conocido nada más que eso. Entonces fue cuando Marcos y yo descubrimos que mi Eva, era también su Eva. No exactamente así, pues para él era solo un rollo cómodo de la universidad, mientras que, para mí, era mucho más. La confrontamos, y nos dijo que había sido sin querer, que en aquel bar pensó que yo era Marcos, y que al principio sí se sentía mal, pero que no pudo evitarlo, que a ella le gustábamos los dos. Pero las cosas no eran tan sencillas.

—¿En qué sentido? —me interrumpe ella por primera vez.

—En que ella le había rogado a Marcos que la perdonase, que volviesen juntos, que lo intentasen de verdad. Ella quería a Marcos, y yo era solo un sucedáneo que le daba lo que él no podía darle.

—Amor —deduce Bárbara.

—Estaba dispuesto a serlo, ¿sabes? Deseaba ser el elegido, y si después de aquello ella me hubiese pedido volver, lo habría hecho sin dudar. Aunque en el fondo supiera que yo no era Marcos, pero tenía la esperanza de que, si se había enamorado de él, ¿por qué no de mí?

Bárbara desplaza su mano derecha sobre las mías y las aprieta, entrecerrando los ojos, abanicando sus tupidas pestañas como si me comprendiera. Puede que lo haga.

—Tú no eres Marcos y nunca lo serás. Es lo que te hacer ser único y maravilloso.

—Lo sé, tardé un poco en comprenderlo. Me enfurecí, con Eva y con todas las mujeres, como si ella fuese la representación del género femenino, la primera y la última. Y luego me centré en mí mismo, acepté la derrota y dije que no me pasaría nunca más. Pero llegaste tú, un día cualquiera, y fuiste ese Perseo que consiguió abatirme, aunque no con una espada —me rio, aferrándome a su mano, como si con ella me encadenase a su alma—, sino con tu corazón. No mataste a Medusa, sino que la curaste.

—Y ahora en vez de transformar a la gente en piedra, les hace tortillas para cenar y les regala cerdos cuando se sienten sola —bromea ella, con los ojos brillantes y llenos de perspicacia.

—No muñeca, esto solo lo hago contigo —confieso—. ¿Sigues queriéndome?

Antes de decir nada, traga saliva y apoya las manos en el sofá, inclinándose para llegar a mi boca.

—Incluso más que antes —susurra, antes de darme un beso en la boca—.

Quédate esta noche conmigo.

—O todas. Sabes que te quiero, ¿no? De una forma distinta, más real. Contigo todo es real y recíproco.

—Me parece perfecto. Pero eso sospecho que es porque los dos sentimos lo mismo. Tomás... ¿sabes qué es lo que deseo?

Digo que no con la cabeza mientras la cojo por la cintura, llevándola en brazos hasta su habitación para dejarla encima de la cama. Luego me quito el abrigo y lo doblo encima del sillón antes de estirarme a su lado.

—Dímelo.

—Quiero que me hagas el amor. Esta noche. Ahora.

Muy despacio, como si el tiempo se hubiese detenido de golpe, mientras las luces de la calle se ven lánguidas y lejanas, y mi corazón renace, me inclino hacia su cuerpo y sin titubeos, igual que si hiciese una caricia, le quito la camiseta y los pantalones del pijama, admirando paso a paso su cuerpo, venerándolo con besos desde el esternón hasta el cuello, de los pies hasta su vientre. Me detengo en una pequeña cicatriz en la rodilla, fruto de una caída de pequeña —tal y como me contó un día—, y sigo avanzando hasta alcanzar su escote. No lleva sujetador, así que froto la yema del dedo índice contra su pezón pausadamente, porque no quiero apresurarme, porque esta noche quiero amarla hasta que nos sorprenda el amanecer.

Cuando la beso recreándome en chupar sus labios gruesos y carnosos, se abraza a mi cuello con desesperación, y sé que le pasa lo mismo que a mí, que siente que si no me aferro a ella voy a morir lentamente. Tomo algo de distancia para verla de nuevo, con el pelo revuelto casi albino, ese brillo en tus ojos incandescente. Al morderle el labio inferior, siento el calor del deseo en sus mejillas. Y vuelvo a besarla, devorándole los labios, traspasándolos con mi lengua que se enrosca en la suya. Sólo existimos nosotros, y esta cama. Adoro sentir sus pezones duros apretados contra mi pecho mientras que mis manos navegan por sus muslos de piel tersa, y le separo las piernas para quitarle, lentamente las bragas.

Mis dedos recorren su húmeda entrada, me doy mi tiempo para disfrutarlo y para que lo disfrute, hasta que desciendo porque quiero sentir sus jugos en mi boca. Mi lengua juguetona retoza entre sus pliegues hasta que le arranco varios gemidos. La lengua no es suficiente, así que añado varios dedos, que con movimientos dulces y recios hacen que enloquezca.

—Voy a correrme, Tomás —susurra jadeando.

Quiero que lo haga, esta noche será este mi objetivo, y no me detengo hasta que noto los espasmos de su vagina y un gemido resuena en la habitación. Entonces es cuando empiezo a desnudarme yo. Vuelvo a su lado tal y como Dios me trajo al mundo. Estoy a punto de volverme a poner encima suyo, cuando me detiene con la mano.

—Déjame a mí —ruega, deslizándose encima de mí.

Se me detiene la respiración al verla tan bonita, tomando la iniciativa, tan segura de sí misma, tan suya. No tarda en tomar el mando, en sujetarme las manos e inmovilizarme mientras todo su cuerpo se amolda al mío, y cuando me entierra dentro de ella, me acoge despacio, haciendo que mi cuerpo sufra una combustión espontánea y tirite de placer. Me acoge entre sus paredes, me succiona con sus músculos internos. Este baile de caricias, besos y el vaivén de sus caderas me hace perder la cabeza, la razón y el oremus. Y ya no soy solo yo, Tomás Dauphine, sino que formo también parte de ella. Somos dos entes separados que por voluntad propia nos hemos unido y que no aguantamos las ganas de hacerlo una y otra vez. Alcanzo con la boca uno de sus senos mientras su cuerpo vibra al son de esta melodía opaca y fortuita.

Noto que sus fuerzas desfallecen, y entonces intercambiamos posiciones, me coloco encima de ella, y muy despacio, vuelvo a entrar en su cuerpo.

—Me encanta deslizarme dentro de ti, cuando estás tan mojada —susurro, mordisqueando su cuello.

Al mirarla a los ojos, veo que tiembla, y abre los labios para coger aire. Siento su necesidad porque también es la mía, y vuelvo a ese ritmo pausado pero profundo, a querer tenerlo todo con ella, se lo doy, y sé que ella me corresponde. No quiero dejar de mirarla, pero al besar las cuencas de sus ojos los percibo húmedos y salados. Está llorando, así que me detengo.

—Muñeca... —murmuro, pero ella me rodea con las piernas para que no deje de moverme, y enmarca mi rostro con las manos y me da un suave beso en los labios.

—No te detengas, por favor.

No lo hago, sigo observándola como si fuese la única cosa que vale la pena observar, hasta que un sonido sale ahogado de su garganta, y sé que el orgasmo la invade mientras derrama más lágrimas, que yo solo puedo besar e intentar borrar con mis labios, hasta que mi propio éxtasis me arrastra. Entonces me dejo caer a su lado, cogiéndola por las axilas para ponerla encima de mí, y abrazarla.

No nos decimos nada, porque ya está todo dicho. A veces las palabras no son necesarias, a veces con tan solo una mirada queda todo dicho. Pero antes de que se quede dormida, y yo con ella, musito una última frase.

—¿Sabes lo que más me molesta? Levantarme teniéndote en mi cabeza, y no en mi cama. Parezco un adicto inclinándome hacia el lado de la cama donde has dormido para poder percibir tu olor.

Su respuesta viene dada con un toque de humor, cogiéndose un mechón de pelo y poniéndomelo frente a la nariz.

—Ya puedes esnifar.

*Paso de ti*

Bárbara

*L*a vida puede ser maravillosa.

Y no lo digo solo porque ahora tenga novio —sí, es oficial, Tomás Dauphine, el sexy, inteligente, guapísimo y domador de pitones psiquiatra es mi novio—, sino porque la vida en general me sonrío.

Tengo a una mejor amiga que es la caña, Lucía, a un nuevo amigo que me hace reír con su divertida amargura, Rafael, y a un cerdito que me da besitos en la mano cuando le acaricio el hocico.

—Pero qué feliz se te ve últimamente, ¿no? —dice Lola, subiéndose las gafas de ver.

—Todo va bien, Lola, todo va muy bien —respondo con una sonrisa.

Entonces llega Mariangi, pálida cual fantasma, y con los ojos salidos de sus órbitas, sudada y muy nerviosa.

—Niña, ¿qué te ha pasado? Parece que hayas visto *Apocalipsis zombi*.

—Peor, Lola —exclama, sentándose en una de las sillas de la pequeña sala de espera.

—¿Nos invaden los vampiros? Que estos son más rápidos.

—Nada paranormal. Mi vida profesional se va a ir a pique después de lo que acabo de hacer.

Esto parece ser una emergencia en toda regla.

—¿Qué has hecho? ¿Las has cagado en alguna intervención? Porque estabas de urgencias, ¿no?

Ya me estoy imaginando cómo el doctor se regodea alegando que mi interna es de lo peor. Joder, voy a tener que darle más trabajo y meterla en más operaciones.

—Sí, pero no he metido la pata en el quirófano. Se trata... del doctor Fabra.

—¿Quién? —pregunto yo.

—El cardiólogo, cariño —me explica Lola, saliendo de dudas.

—Yo... el otro día estaba echando una cabezadita en uno de los cuartos, cuando me desperté de golpe cuando alguien abrió la puerta y entró. Era Javier, mi héroe, el hombre por el que suspiro desde hace algunas semanas. Total, que yo estaba medio dormida y me pareció que estaba soñando, así que ni corta ni perezosa, antes de que se moviera, tiré de su brazo y le planté un morreo de aúpa allí, tirados en la litera.

—¿Qué fuerte! ¿Te lo has montado allí? ¿Hace mucho ruido el somier?

—¡No, no! Sólo fue un beso intenso y sensual, porque me di cuenta de que estaba pasando realmente, y salí corriendo de allí. Dios, no voy a poder mirarle a los ojos nunca más, voy a tener que evitarle de por vida o cambiarme de hospital —se lamenta, escondiéndose los ojos y tapándose los con las manos.

—Tampoco exageres, si seguro que está encantando —murmura Lola, quitándole hierro al asunto—. Mira que sois puritanos los jóvenes de hoy en día, que por un besito de nada montáis un escándalo... en mi época se llevaba eso del amor libre, que me fui un fin de semana a la movida madrileña y no veas las orgías que nos montábamos.

Las palabras Lola y orgía en una misma frase se me hacen extrañas, así que soy yo quien cambia ahora de tema.

—Bueno, que no cunda el pánico. Puede que sea él quien haga ver que nada ocurrió, o a lo mejor te pregunta por qué lo besaste, algo que sería muy lógico dadas las circunstancias.

—¡Ay no, por favor! —exclama Mariangi, toda preocupada—. Si ni siquiera sé por qué lo hice. Solo fue un impulso momentáneo, pensaba que estaba dormida y que era un sueño.

—Podrías decirle que te pareció mono, y que te lanzaste sin pensarlo mucho —propone Lola—. Hay que ser un poco más echado *pa'* plante, Mari, que sino luego se te escapa el tren y ya no vuelve a pasar.

—O lo pierdes para siempre por hacer tonterías —se lamenta—. A lo hecho, pecho, o eso dice mi madre. Creo que voy a suicidarme al baño, ahora vuelvo.

—Mira que sois dramáticos los jóvenes de hoy en día —murmura Lola de nuevo—. ¿Y tú, no piensas decirme nada? Que me he tenido que enterar por

terceras personas de tu relación sería con el psiquiatra.

Empieza a echarme la bronca. Joder, aquí quien no corre, vuela.

—La gente tiene la lengua muy larga —murmuro—. ¿Qué quieres que te diga? A veces te enamoras, y pasa que la otra persona se enamora de ti, y entonces ya te imaginas pasando el resto de tu vida con él. Sería bonito, ¿eh?

Lola sonrío y pone los ojos en blanco.

—Yo también dije eso la primera vez que me casé, y voy por el tercer divorcio. Pero me alegro, te lo mereces. Que madre mía..., entre el doctor Guerra y el tal Juan... menudos elementos, hija.

Yo solo me encojo de hombros, qué voy a hacerle si me llovían hombres problemáticos.

—La ventaja es que después de eso, lo bueno se valora más, ¿sabes?

—Ajá. Por cierto, hablando del rey de Roma, va a asomarse en dos minutos —dice con rapidez—. ¿Quieres que lo haga pasar?

—¿A Tomás? Claro.

—No bonita, a Guerra.

—Oh, bueno, ¿por qué no?

No me da tiempo a pensar, me meto en la consulta con rapidez, y me siento en mi silla, fingiendo leer un informe. ¿Qué? Quiero parecer que soy una profesional, y no que estoy de cháchara con mi enfermera.

—Hola preciosa —dice Alfonso abriendo la puerta y entrando, como siempre, sin permiso.

Ninguna novedad. Esto parece el remake de una película, pero de esas malas, muy malas, tipo *El planeta de los Simios*. Siempre he pensado que hay cosas que no tienen sentido en esa película, pero tampoco voy a hacer una disección de sus escenas cuando mi antiguo amante y ocasional pareja ha venido, con toda probabilidad, a tocarme los ovarios.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin rodeos, con cara de pocos amigos.

—Yo también me alegro de verte, Alfonso. Oye, estás divina, ¿vas al gimnasio? —exclama irónicamente—. Vamos Barbi, hemos compartido muchas cosas como para que ahora me ignores y me trates como a una mierda.

—Oh, por supuesto. ¿En qué estaría pensando haciéndote este feo? Ah, sí..., en que cuando estábamos juntos me pusiste los cuernos, en que luego viniste para que volviésemos a acostarnos, y ni siquiera me pediste perdón. Y yo tengo que tratarte a cuerpo de rey cuando vas a decirme algo que, probablemente, no me guste.

Le suelto esta parrafada, pero es que necesito hacerlo. Porque sí, porque no estoy para gilipolleces ni para gilipollas de media tinta.

—Dice tu padre que le cojas el teléfono.

Ahora mismo su cara de satisfacción no tiene precio, y yo me contengo para no estamparle algo en ella. Papuchi, qué raro, ¿no? Ahora que soy yo quién lo ignora, quiere mi atención. Menuda paradoja.

—Lo haré cuando me devuelva el anillo de mi madre, ya puedes decírselo.

Pero lo que me baila por mi mente es, ¿por qué de golpe y porrazo me entero de que mi padre y Alfonso se hablan? Porque antes él veneraba a mi padre y él, como con todo lo que tiene que ver conmigo, lo ignoraba e infravaloraba. ¿Por qué ahora son amigos?

—Dice que has tenido años para pedírselo y que precisamente ahora, te has acordado cuando lo has visto.

Dios, me tiemblan las manos y me hierve la sangre. ¿De qué coño va?

—No se lo pedí porque pensaba que lo guardaba por razones... ¡sentimentales! No porque me hubiese olvidado de él. Mira, Alfonso, no quiero discutir esto contigo, así que, por favor, vete.

Entre enfadada y triste, desvío la mirada hacia otro lado para que no vea lo mucho que me afecta esta situación. Y es que, en el fondo, esto de ignorar a mi padre es difícil, pero con toda la movida de Tomás, Eva etc., fue fácil olvidarse.

—Ya sé que tu padre no es santo de tu devoción, pero quizá deberías entenderle, ¿sabes?

¿De qué coño está hablando ahora? Con todas mis fuerzas, me trago mis lágrimas y clavo los ojos en ese idiota. ¿En qué pensaba cuando me acosté con él? Corrección, no pensaba.

—¿Entender el qué? —murmuro, perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

—Que es un hombre muy ocupado, es un cirujano reconocido de fama mundial, y da gracias a que se ocupó de ti.

Abro los ojos como platos y me levanto, completamente asqueada.

—Nunca se ocupó de mí. No sabe absolutamente nada de mí. Pagaba a las niñeras para que lo hiciesen, pero no hizo nada más. Y, ya lo sé, ya sé que él no quería hijos y que mi madre «se la jugó», pero soy ginecóloga y también sé que un diez por ciento de los métodos anticonceptivos fallan, así que lo mínimo es darle el beneficio de la duda. Y, ¿sabes qué? ¡Sorpresa! Lo poco

que recuerdo de mi madre tampoco es para que se lleve el premio a la mejor madre del mundo, así que no pienso ni por un segundo en que lo hiciese queriendo. Soy el prototipo de bebé no deseado, así que no me vengas con sandeces con que sea comprensiva, porque llevo toda la vida siéndolo. Sólo hay una razón por la que quiero ese anillo, y es porque mi madre, un día, me dijo de una forma totalmente sorprendente, que le gustaría estar el día de mi boda, y que ella misma le daría ese mismo anillo al novio para cuando me lo pidiera. Así que ya puedes meterte tus palabras por donde no brilla el sol.

Puede que haya sido la forma más maravillosa de mandarle a la mierda, o con solo cuatro palabras hubiesen bastado, pero me he desahogado, y eso, no tiene precio.

En silencio y sin decir nada más, por fin Guerra se va por dónde ha venido, y yo me quedo azorada, de pie en medio de la consulta, buscando recomponerme.

Debería haberle dicho todo eso a mi padre. Debería decírselo. Pero mi padre no es como Guerra, él, de una forma sorprendente, logra tergiversarlo todo, consigue que yo sea la culpable de todo, la exagerada, la que no entiende las cosas, y yo no sé nunca como demostrar mi razón, mis razones. Porque a veces no hay lógica en ellas, y en eso él es el rey.

Puedo ser algo punzante, lo admito, pero no hiriente del todo. Y, aun así, las ganas de estrangularle no se me van casi nunca después de tener una discusión. Demonios, debería poder hacerlo, plantarme delante de él y exigirle que me devuelva ese anillo. Pero no creo que lo haga, primero porque legalmente es su anillo, y la sola confesión que me hizo no tiene efectos jurídicos muy válidos. Segundo, porque no deseo iniciar una guerra. Y tercero, porque estoy cansada, y siento que no tengo fuerzas, que las piernas me flaquean.

Y lo dejo correr.

Pasan las horas del día, y aunque sigo dándole vueltas a todo, al menos no tengo ninguna llamada perdida de mi padre. Quizá Guerra le haya dicho todo lo que le he dicho, y ha decidido dármele, o al menos dejarme en paz. Incluso cabe la posibilidad de que no tenga ya nunca ningún contacto con mi padre.

—¿Muñeca? —susurra una voz llamando a la puerta de mi despacho.

Esa voz cálida que me arropa y me transporta a otro lugar, uno en el que me siento a gusto, a salvo de toda esa porquería que me envuelve. Alzo la vista y allí está Tomás, con la chaqueta puesta y las gafas en la mano, limpiando las lentes con un pañuelo.

—Un minuto, que termino este informe, ¿vale?

—Claro, no te preocupes.

Apago el ordenador y dejo la bata en el armario. Recojo el bolso y le cojo de la mano, apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunto mientras entramos en el ascensor.

—No vas a creértelo, ¿te acuerdas del hombre con la ETS que te mandé?

—Claro, ¿cómo olvidarlo?

—Se ha separado de su mujer.

—Aleluya. Pero ¿le ha contado lo del virus?

—Creo que no. Pero es un pequeño paso. ¿Y tú qué tal?

Suspiro, pensando si debería contarle lo que ha pasado. ¿Debería? No lo sé, pero realmente quiero hacerlo, aunque sea para lanzar reproches en voz alta. Para que alguien me dé la razón o por el contrario, me diga que no la tengo, y que me olvide de todo eso. No lo sé, pero que diga algo.

—Ha sido un día... complicado. ¿Puedo contártelo con una copa de vino mientras me abrazas en el sofá? —pido, antes de que las puertas del ascensor se abran.

Sonríe y asiente, dejándome un corto y dulce beso en los labios.

—Claro.

Y ahora mismo están cayendo todos, todos los mitos de hombres perfectos. Pensad en cualquiera de ellos, y no le llegan a Tomás ni a la suela de los zapatos. Excepto quizá Jack Pearson de This is us, pero es que ser perfecto en sus circunstancias tiene mucho mérito, y cabe decir que Dauphine puede que también esté a la altura cuando llegue el momento.

Y no, espero no quedarme embarazada de trillizos como su mujer —la de Jack—.

*La joya de la familia*

Tomás

*A*bro los ojos, despacio, buscando la luz que entra débilmente entre las persianas. Dentro de poco sonará el despertador y ella se agitará, alzando el brazo, palpando con la mano la mesilla de noche para apagarlo. Luego se levantará, no sin antes rozar su dedo índice en mi mejilla algo rasposa por la barba incipiente de todas las mañanas, e irá hacia la ducha.

Observo su tranquila expresión mientras duerme, apoyada en mi pecho, su respiración tranquila, su cabello esparcido tirado hacia atrás. Me quedan pocos minutos para que se despierte, y siento el pecho hincharse, mientras que un pensamiento recurrente me dice que quiero esto todas las mañanas.

Suena el despertador, y ella refunfuñando, alarga el brazo para apagarlo. Yo cierro los ojos, haciéndome el dormido, hasta que siento su dedo en la mejilla y cómo su cuerpo abandona el mío, como ya he predicho.

Ayer escuché todo lo que Bárbara me confesó; su conversación con el doctor Guerra, su interés en la relación con su padre, así como todo su enfado con él a raíz de lo que pasó en aquella entrega de premios. No ha vuelto a hablar con él, no le coge teléfono y no desea verle. Yo lo entiendo, es natural y perfectamente comprensible.

Quizá haberle mencionado que Guerra también se había pasado por mi despacho hubiese sido bueno para nuestra confianza, pero sospeché que, en el fondo, eso la inquietaría aún más y la enfadaría.

Pero todo eso me da cierta mala espina, y me invade un mal sabor de boca cada vez que pienso en eso. ¿Por qué su padre quiere hacer las paces con ella?

—¿Tomás? —susurra, acercándose a la cama mientras tiene ese cuerpo que me vuelve loco envuelto en una toalla, y lleva el cabello aún chorreando.

—Estoy despierto —respondo, tirando de su brazo y haciendo que caiga encima de la cama, a mi lado.

—¡Que estoy empapada! —suelta un grito ahogado mientras me deshago de la tela que sobra, y mis manos ávidas buscan su cuerpo.

Recorren de arriba abajo sus curvas, sintiendo la humedad, la calidez y la suavidad de su piel.

—Mejor —respondo en tono juguetón, jugando con el doble sentido de la palabra—. No sabes lo que me pone que estés así de mojada. Si es que soy irresistible.

Busca mi boca medio riéndose, dándome un mordisco en el labio.

—Mmm, creo que la pitón no se queda atrás, y que se ha despertado muy juguetona... si es que estoy más buena que un Toblerone.

Afirmativo, claro que lo está, y cuando empieza a recrearse al darme besos en el cuello, tengo ganas de atarla a esta cama y no moverla de aquí de aquí a la eternidad.

—Muñeca, vamos a llegar tarde —exclamo, dándome cuenta de la hora que es.

—Si quieres podemos dejarlo para media mañana... o hace uno rapidito.

¿Por qué voy a elegir pudiendo tener ambas? Así que antes de decir nada la beso profundamente, hasta la campanilla.

Como es de esperar, llegamos tarde, pero a ambos nos da un poco igual porque, al final del día, todos los médicos van con retraso. Si no es porque hay un paciente que llega tarde, es porque alguien se cuele desde urgencias o porque se tarda más de lo esperado con alguno. Y el resultado es una sala de espera con varias personas.

Naturalmente, no puedo sacarme de la cabeza nuestra conversación de ayer, y me doy cuenta de que tengo que buscar una segunda opinión al respecto. ¿Y a quién acudo? A la única persona que puede ser imparcial y que no tiene —o no tiene muchos— vínculos con Bárbara.

Su despacho parece una biblioteca, incluso en su escritorio tiene libros amontonados, junto con una recreación a tamaño real del corazón. Cuando levanta la vista se queda sorprendido.

—¿Tomás? Vaya, dichosos los ojos. Creo que nunca te había visto por mi despacho —confiesa—. ¿Qué te trae por aquí?

Me saco las gafas mientras frunzo el ceño, viendo que está feliz y relajado.

—Me estoy comiendo la cabeza con un tema. ¿Y tú? Te veo demasiado feliz

después de lo que me contaste sobre aquella residente que te había besado.

—¡Oh!, creo que está solucionado. Es decir, ayer por la tarde todo se solucionó. Nos cruzamos en el pasillo y se disculpó, la pobre estaba muy avergonzada. Entonces... bueno, no vas a creerlo, pero no había nadie en el pasillo y la chica está de buen ver, así que, así sin más, la besé yo.

¿Cómo? ¿Por qué? Dios, estas cosas se me escapan, de veras.

—¿Así sin más? Dime que te abofeteó —exclamo.

—No, no lo hizo. Entonces le dije que estábamos en paz, y que, si alguna vez quería salir a cenar conmigo, que estaría encantado. Y dijo que sí. ¿Puedes creerlo? Toda la vida mendigando citas y ahora, me llueve una del cielo. ¿Me ves diferente? ¿Más atractivo? Me he comprado una crema hidratante nueva, y me han salido unas cuantas canas. Será el efecto Clooney.

—Javi, céntrate. Tienes una cita, ¿no?

—Sí, mañana.

—¿Y Amaia?

—No creo que esté interesada en mí. Ayer comimos juntos y no dejó de preguntarme sobre Guerra, dice que tiene un aura de lo más mística. Significa que le gusta de verdad, ¿no?

—Pero Javi, ¿a ti por qué te gusta Amaia? —al final, decido empezar una pequeña intervención de emergencia.

—Tiene hoyuelos, y siempre he tenido debilidad por los hoyuelos. No sé, porque... ¿es amable?

—Ni siquiera la conoces de verdad. Por una vez podrías conocer, por ejemplo, a la residente, hacer las cosas bien, no como un cazador de la selva. Le preguntaré a Bárbara por si sabe quién es. Ahora, centrémonos en mi problema, por favor, que para eso he venido.

—¿Tiene algo que ver con Guerra?

—Más o menos. Espera un segundo, el padre de Bárbara es cardiólogo, y tú también lo eres —pienso en voz alta.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver?

—Que a ti te va a hacer más caso que a mí. No me soporta, ¿sabes?

—Bueno, es que Dauphine, para apreciarte uno tiene que conocerte, sino desde fuera pareces un poco capullo, todo sea dicho. Pero también podría ser porque eres el novio de su hija —propone.

¿Para el psicópata ese? Ni hablar.

—No es eso, te lo aseguro. ¿Tienes algo que hacer a la hora de comer?

—Pues no. ¿Vamos a comer juntos? No me lo creo —murmura entonces.

—No, vamos a ir a buscar al padre de Bárbara, y a recuperar su anillo.

—Era demasiado bueno para ser real. ¿Tengo que ir yo contigo?

—Sí, y no me discutas eso, que se trata de mi futuro anillo de compromiso.

—En el fondo eres un romántico, Dauphine.

Por supuesto que sí, pero no voy mostrándolo a la ligera, aunque debería limpiar mi imagen y borrar ese grupo de Facebook donde me dejan como un cabrón sin corazón.

No es que sea muy inoportuno, pero la hora de comer es bastante obvio que el doctor Ponce va a estar rondando por el hospital donde trabaja, que es otro distinto al nuestro. En realidad, he tenido que buscar si hoy tiene visitas en la consulta privada o en el público, y cuando he visto que era ese último, he puesto rumbo hasta allí con Javier viajando de copiloto, refunfuñando durante todo el camino. Aparco el coche y salimos antes de ir al ascensor.

—Oye Tomás, ¿qué vas a decirle exactamente? Porque aún no entiendo muy bien mi función aquí.

—Solo quiero que veas lo capullo que es, y pedirte que no te vuelvas nunca como él.

Es mentira, solo quiero hacerle ver a Ponce que no es el único cardiólogo respetado en el mundo, y que no se lo tenga tan creído. Porque Javier es muy bueno en su especialidad. Busco en el panel del hospital, el número de su despacho y cuando lo encuentro, nos dirigimos hasta allí. Cuando estoy delante de la puerta, giro el cuello para ver si Javi está bien.

—¿Qué pasa?

—Creo... que debería entrar primero yo solo —digo—. Si la cosa se pone fea, ya te diré que entres.

Esto tengo que hacerlo yo solo. Porque Bárbara lo merece. Así que alzo la mano y llamo a la puerta, abriéndola antes de que nadie diga nada.

—¿Sí? —pregunta la voz del doctor, alzando la mirada hacia mí.

Está sentado detrás su escritorio, con unas gafas puestas. Noto que me reconoce, pero no sonrío.

—¿Puedo pasar? —pregunto, aunque no es más que un mero formalismo porque quiero hacerlo tanto si me dice que sí como si no.

—Adelante. El novio de mi hija, ¿no? Tú dirás —menciona, cruzándose de brazos.

—Ha sido ruin enviar a Guerra para que le devuelva las llamadas.

Entonces sí que se ríe.

—Creí que así se enfadaría y entonces me llamaría. Pero me la ha devuelto mandándote a ti.

—No, ella no sabe que he venido. ¿Qué quiere de ella?

—Que venga a la boda. No me gusta que se me acuse de estar peleado con mi hija, y ha salido en algunas revistas.

Por supuesto, la mala fama es lo que le preocupa. Tendría que haberlo sabido, ese hombre nunca va a cambiar.

—¿Está dispuesto a devolverle el anillo? —pregunto, siendo un duro negociador.

Abre el cajón derecho del escritorio y saca un pequeño estuche de terciopelo negro, alargándolo hasta el extremo de la mesa.

—Aquí está. Quiero que venga, lo digo en serio.

Asiento, cogiendo el estuche y metiéndomelo en el bolsillo.

—Iremos. Ha sido un placer hacer negocios, suegro.

No espero a que me responda, solo me doy la vuelta y salgo de allí con la sensación de haberme metido dentro de una piscina llena de tiburones y haber sobrevivido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Javi—. Has salido muy rápido.

—He hecho un trato con él, pero tengo lo que quiero.

No puedo esperar a que Bárbara lo vea. Puede que la idea de ir a la boda de su padre no le entusiasme, pero era la única forma de conseguir el anillo.

—Yo creo que he hecho un buen trabajo quedándome en la retaguardia. Pero si hubiese tenido que entrar, lo hubiera hecho —me asegura todo serio.

Asiento, mientras que yo solo puedo pensar en la forma decirle a Bárbara que tengo el anillo de su madre. ¡Qué demonios!, voy a buscarla ahora mismo y voy a dárselo.

Y eso mismo hago, no me detengo hasta llegar a la puerta de su consulta, diciéndole a Javi que nos veríamos después y deseándole suerte para su cita.

—Alto ahí, *garçon* —me detiene la enfermera que está en el panel de fuera—. ¿Eres el psiquiatra?

La mujer tiene pinta de ser de armas tomar, bastante estilosa y un poco intimidante.

—Soy yo. ¿Está ocupada? Tengo que decirle algo importante —respondo a la espera de que termine el interrogatorio.

—Ten en cuenta que Bárbara es muy querida por aquí, así que, si le haces

daño, vas a pasar haciendo guardias a las tantas de la madrugada hasta que tengas 50 años. Y si no, pregúntaselo al doctor Guerra.

Es una amenaza con todas las letras, y me gusta porque tiene pinta de cumplirlas. Pero no me dejo intimidar, primero porque no tengo ninguna intención de hacer eso que dice, y segundo, que aplico a aquello que dicen de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—No lo haré —murmuro, abriendo la puerta.

Bárbara está observando una radiografía a contraluz, y en cuanto me oye, la deja sobre la mesa.

—Vaya doctor Dauphine, ¿qué le trae por aquí? —exclama con voz algo irritada.

—Busco a una ginecóloga. De piernas flacas, cara de muñeca y chispeante conversación. ¿La has visto por aquí? —le sigo la broma.

—No, pero podrías haberla avisado de que no venías a comer.

¡Oh, mierda! Se me ha olvidado con todo lo del anillo.

—Lo siento, pero tenía algo muy urgente que hacer. Y, de hecho, por eso estoy aquí.

Me dedica una mueca confusa y se acerca con los brazos cruzados.

—¿Y qué era eso tan importante?

Este es el momento. Solo sonrío, no añado nada más, y saco el estuche aterciopelado del bolsillo, para mostrárselo. Entonces pasa algo que me confunde bastante. Bárbara abre la boca y los ojos desmesuradamente, emitiendo un gemido extraño. Luego, lleva su mano hasta su boca, ahogando una especie de gritito en los que puedo entender algo así como «¡Oh, dios mío!», «¡Mierda!» y demás.

—Bárbara, esto... —empiezo a decir, abriendo el estuche.

—¡Sí, quiero!

Me quedo estupefacto cuando la escucho. Demonios, creo que está pensando algo que no es. Se cree que voy a pedirle que se case conmigo. Maldita sea, si es que eso es exactamente lo que parece. No reacciono, porque no quiero decirle que no le estoy pidiendo matrimonio, pero definitivamente es demasiado pronto. Aunque, acaba de decir que sí, así que, si lo hiciese, estaría yendo a lo seguro.

¿Acaso no quiero casarme con ella? No me importaría absoluto, de hecho, estoy convencido de que es la mujer de mi vida, así que sí, lo haría. Y, como si una especie de revelación se tratara, me arrodillo. No puedo creer que esté

haciendo esto, pero las circunstancias se han prestado a ello, y no quiero desilusionarla. En el fondo, lo hubiese terminado haciendo, a lo mejor dentro de medio año o un año entero. Quizá no en el hospital, si no en una isla paradisíaca, o en un romántico hotel de París, pero esto es mucho más real, en definitiva, aquí en este hospital es donde hemos pasado nuestros mejores y peores momentos.

—Eres una impaciente, Bárbara Ponce, pero ¿quieres casarte conmigo?

Se lo digo, digo la frase entera mientras veo como sonrío y se le salen algunas lágrimas de los ojos cuando abro el estuche y vea qué clase de anillo es.

—¿Cómo...? Sí, sí quiero, pero... ¿cómo lo has conseguido? —musita mientras niega con la cabeza, totalmente atónita.

—Es un poco largo de contar.

Antes de que puedo ponérselo en la mano, se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza.

—Gracias. Creo que es el mejor regalo que me han hecho nunca. El mejor de los mejores. Te quiero. Te quiero tanto, Tomás.

—Yo también te quiero —le susurro al oído, acariciándole el pelo y meciendo su cuerpo contra el mío.

Así es como he terminado prometido. Y, puedo jurar que este secreto voy a llevármelo a la tumba. Puede quizá que se lo cuente a mis nietos cuando me consideren un viejo al que se le va la olla, a modo de anécdota para que tengan una visión de cómo eran realmente sus abuelos.

*Serendipity*

Bárbara

*Un año más tarde...**Lista de la compra*

- Papel higiénico.
- 2kg de tomates.
- Acondicionador.
- Melocotones.
- Chips.
- Queso rallado.
- Pastillas Avecrem.
- 1/2 kg de zanahorias.

Puede, puede que desista de ir al súper hoy, pero necesito papel higiénico, y pronto van a terminarse los pañuelos. Además, tendría que ir a comprarle un regalo a Tomás porque hoy es su cumpleaños y esta mañana le he gritado como una posesa.

¿Por qué?

Es lo que tiene estar embarazada de siete meses y de gemelos. Estoy enorme, y no exagero. Parezco una maldita albóndiga gigante, me caería al suelo y toda yo rodaría calle abajo.

Hace un año que nos casamos, bueno, un año y tres meses. No fue una gran ceremonia, en realidad ninguno de los dos la quería así. Solo algo íntimo junto con nuestros más allegados, una ceremonia bonita ante notario y una comida al aire libre. Eso sí, la luna de miel, que celebramos meses después, nos la

pasamos en las Maldivas excavando con la pitón mi cueva en cada playa. Así que, entre polvo y polvo, se me perdió en DIU —o puede que fuese dentro del agua—, y así terminé yo, con un bombo de aúpa.

Maldito Dauphine, que parece que donde pone el ojo pone la bala, y encima por partida doble. Qué manera más cutre de formar una familia, así de rebote, pero es que yo no soy convencional, ni él tampoco.

Le mando un mensaje a Lucía, que también está en estado de buena esperanza como yo —aunque ellos lo planearon, todo sea dicho— para ver si puede acompañarme a alguna de las tiendas de la calle de abajo. Porque cuando nos mudamos, casualmente el piso que nos gustó estaba en el mismo edificio que el de ellos, y nos hizo ilusión ser vecinas.

Me dice que se está dando un baño de burbujas relajante que compró en el Sephora, que es ideal para la espalda, y que luego ya bajará.

Tendré que ir sola. Pero no pasa nada, puedo hacerlo, solo llevo a dos vidas en la barriga y hace meses que no me veo los dedos de los pies, y solo puedo llevar chanclas porque los tengo hinchados como morcillas. No me llevo a Babe, primero porque ese pequeño cerdito ha crecido. Sí, y mucho. Eso de que los cerdos vietnamitas no crecen es un bulo, más que un cerdo parece un jabalí. Y segundo, porque tiene la fuerza de uno de ellos.

Resignada, cojo el bolso de mano y salgo de casa, bajando en el ascensor. No sé en qué momento mis hormonas se han vuelto locas, pero al levantarme le he dicho a Tomás antes que se fuera al hospital a trabajar, que era un pésimo marido, que cómo había podido dejar de comprar chips de chocolate, con los antojos que tenía. Y se lo he gritado mientras él se disculpaba, y le he dicho que no quería volver a verle si no traía chips.

¡Dios!, soy una mala persona. Soy una jodida loca; se estará arrepintiendo de haberse casado conmigo. Le compraré un pastel de chocolate y uno de esos libros de edición especial que le gustan.

Mis pasos son lentos pero seguros, y cuando estoy a punto de llegar a la librería, me detengo al ver que tengo de frente a alguien que no esperaba.

Está más viejo, más demacrado y más delgado. Ya no tiene ese porte que recordaba, orgulloso y temperamental.

—Papá —murmuro, asombrada.

Hacía mucho tiempo que no lo veía, desde la boda a la que tuve que acudir a cambio de que le diese el anillo a Tomás. Es decir, de que me devolviese mi

anillo, pero no quiero pensar en ello, al fin y al cabo, bebimos champán hasta el amanecer y nos reímos mucho de los invitados —disimuladamente, claro—.

—Bárbara. Vaya, estás... embarazada. No me has dicho nada.

Lo cierto es que hace muchos meses que no hablo con él por teléfono, así que tampoco tuve la oportunidad de decírselo, y lo poco que hablábamos no era trascendental. Vaya, que nuestra relación cayó en picado después de todo lo que pasó, cosa muy normal.

—Ya. Es... mierda —susurro, notando lo que parece ser una contracción.

—¿Perdón?

—Nada, nada. ¿Qué tal tu mujer? —pregunto, estando algo preocupada por el dolor.

Pero como ginecóloga sé que a veces los dolores pueden parecer una cosa y ser otra, así que lo ignoro.

—Ya no es mi mujer. Nos hemos divorciado.

Increíble, ¡divorciado! Papuchi ha roto la maldición de viudo negro.

—¿De veras? Lo siento, parecíais estar muy unidos.

En realidad, me da bastante igual, pero qué voy a decirle. ¡Oh, joder,! otro dolor intenso. Esto no es normal.

—Me dejó por otro. ¿Estás bien? ¿No estarás de parto? —pregunta.

—No, no. Es imposible, estoy de siete meses.

—Pues es...

—Son gemelos, ¿vale? Así que ni se te ocurra decir que estoy como una foca —le advierto.

—No iba a decir eso, sino que creo que estás teniendo contracciones. Bárbara, deberías ir al hospital.

No puedo tener contracciones. No puedo, ¡no puedo! Miro el reloj y empiezo a contar los segundos. Menos de dos minutos entre una y otra. Mierda.

—Necesito tocolíticos, no puede ser que esté de parto —exclamo, muy nerviosa.

—Tranquilízate, voy a llamar a una ambulancia y en el hospital miraremos qué te pasa.

Pero antes de poder decirle nada, puedo percibir un líquido extraño en mis partes bajas. ¡Mierda!, esto no puede estar pasándome. Esto no tenía que ser así. Tengo que relajarme porque si no voy a ponerme a parir aquí mismo.

—No. No puede ser. No puedo haber roto aguas —musito muy asustada.

Porque lo estoy. Porque sé que mis gemelos no están del todo formados, y que no va a ser fácil.

—Bárbara, respira hondo. Llamo a la ambulancia y en menos de dos minutos estará aquí —asegura mi padre.

—Vale. Y llama a Tomás, por favor. Joder, es que esto no puede estar pasando.

Mi agobio es extremo, y me da igual si parezco una loca respirando hondo por la calle igual que si estuviese en clase de yoga.

—Ya está. ¿Cuál es el teléfono de Tomás?

—No lo sé. ¡No me lo sé de memoria! Pero llama al hospital y que te pongan urgentemente con el doctor Dauphine.

Creo que voy a desmayarme, pero mi padre me sujeta por el brazo y la cintura por fuerza para que no lo haga. Su cercanía me sorprende, no comprendo por qué hace esto. ¿Qué querrá esta vez? Quiero decirle que no entiendo por qué me está ayudando, si total, no gana ninguna credibilidad, ni hay prensa.

—Bárbara, todo va a salir bien —me asegura.

—¿Por qué me ayudas? —digo sin rodeos, cuando veo que la ambulancia se está acercando.

Se encoje de hombros y alza una ceja, en busca de algo que decir.

—Porque soy un jodido egoísta que se ha quedado solo. Me he jubilado y no tengo a nadie —confiesa entonces.

Me muerdo la lengua para no decirle que así me sentí yo durante toda mi infancia, pero llega el auxiliar y hace que me estire en la camilla. Empieza a hacer que respire hondo, poco a poco, hasta que meten la camilla dentro de la ambulancia.

—¿Va a ser su acompañante? —pregunta la segunda auxiliar, refiriéndose a mi padre, y me encuentro entonces en una gran encrucijada.

¿Debería? No. Total, tiene razón, eso es ser un jodido egoísta. Pero contra todo pronóstico, asiento. Y, entre contracción y contracción, me dispongo a darle el rapapolvo del siglo.

—Papá, escúchame bien. Voy a ser madre antes de lo esperado, y estoy muy, muy asustada porque he estudiado las múltiples complicaciones que puede haber y no quiero pasar por esto sola, así que puede que esté siendo yo un poco egoísta también. Pero voy a ser una buena madre, o al menos lo voy a intentar. Seré la jodida madre dálmata si es necesario, o la Angelina Jolie de

turno. Así que, si vas a estar presente en la vida de mis hijos, ten claro que no vas a tratarles como a mí ni por un segundo, ¿entiendes? Y, ponedme ya la jodida epidural, porque esto no va a tardar.

No sé cuánto rato estamos en la ambulancia hasta que, por fin, me sacan de ella y voy directa a la sala de partos. Me tranquilizo a mí misma aludiendo a que he estado allí miles de veces en otros partos ajenos y que no ha pasado nada. Pero hasta que no veo aparecer tanto a Mariangi como a Lola no me tranquilizo.

—¡Jefa! Casi me muerdo cuando me han dicho que eras tú —grita Mariangi, poniéndose los guantes dispuesta a ver qué está ocurriendo allí abajo.

—Cariño, que no pasará nada. Que vas a tener dos ratitas en menos que canta un gallo —exclama Lola—. ¿Y este quién es? —pregunta, señalando a mi padre.

—Soy el doctor Ponce. Es un placer, señorita...

—Lola Peña. Ah, el padre del año, claro.

Ver cómo papá le coge de la mano y se la besa, me parece ridículo. Pero lo peor es que Lola se está sonrojando.

—Es usted una de las mujeres más vivas, hermosas y de bandera, que he conocido.

¿De bandera? ¿Hola? ¿Y este piropo del siglo pasado?

—Qué zalamero... Anda, déjese de chorradas —responde, pero sigue sonrojada.

En serio, ¿tienen que coquetear cuando yo estoy de parto? De todas formas, sería muy raro que precisamente Lola y mi padre tuviesen algo.

—¿Y Tomás? —exclamo, porque lo digo en serio, es la única persona que deseo ver ahora mismo.

Maldita la hora en la que me dejó preñada. Hablo muy en serio. Si ni siquiera me había planteado si quería o no tener hijos.

—Pues nada, que no lo hemos podido localizar. Que ha salido a comprar galletas.

¡Jesús, María y José! Lo que me faltaba por escuchar.

—Cariño, están en camino. Dentro veinte minutos vas a tener que empujar. Pero antes, voy a llamar al anestésico.

—Por favor —suplico—. Y, que alguien busque a mi marido.

No estoy segura de poder hacerlo sin él, la verdad.

—¡Barbi!

La voz de Rafael me hace volver a la realidad. Está espantado, y se aproxima hasta mí corriendo.

—Rafa, por favor, busca a Tomás.

—Tranquila, le he mandado un mensaje. Es que ha salido con Javier a comprarte galletas.

—¡Dios! Necesito que salga todo el mundo, ahora mismo.

—Cariño, hay tiempo, sigues sin estar del todo dilatada... —me tranquiliza Mariangi.

—Lo sé, pero hay demasiada gente y me estoy agobiando.

Puede que haya traído al mundo a gran cantidad de bebés, y puede que haya despotricado de las madres primerizas más de lo que debiera, pero eso era cuando yo tenía el control, y ahora que estoy yo dando a luz, y no lo tengo, me siento perdida, nerviosa y dolorida.

Poco a poco veo que todo el mundo va saliendo de la sala menos Mariangi, y puedo volver a respirar. La miro con miedo, porque sé que no debería estar aquí, y que hay riesgos.

Ella me da la mano, asintiendo segura de sí misma.

—Bárbara, has sido la mejor profesora que he tenido. En realidad, la única que me ha prestado suficiente atención, así que créeme, no voy a dejar que pase nada durante el parto. Están bien colocados, no creo que haya complicaciones —me asegura.

—Pero es muy pronto. ¿Y si tienen algo mal formado? —murmuro, porque una cosa es verlos en una ecografía y decir que lo tienen todo, y la otra es que todos los tejidos de los órganos estén bien.

—La unidad de neonatos está advertida. En cuanto salga la primera, van a estar aquí, y la van a cuidar. Además, créeme que, si sale algo mal, a mí no me lo va a perdonar. De hecho, es probable que él mismo se quede para supervisarlos todo. Desde que se enteró de que iba ser el padrino de una de ellas, que se lo ha tomado todo muy a pecho.

—Bien —exclamo, intentando tranquilizarme.

En realidad, una de las niñas tener dos padrinos, pues Rafael se emperró también serlo, y el otro puesto ya estaba ocupado por Marcos y Lucía. Así que Javi y Rafa van a serlo.

Cuando la puerta se abre y aparece Tomás con una bolsa del súper, el corazón se me tranquiliza de golpe y vuelvo a respirar.

—¿Estás bien?

Es lo primero que pregunta, llegando hasta mí y besándome en la frente. Mariangi se levanta y nos deja a solas.

—Lo estoy. Cariño, siento haber sido una auténtica bruja esta mañana, y no haberme acordado de tu cumpleaños —empiezo a disculparme.

—No, muñeca. ¿Quieres las galletas? —dice, alzando la bolsa—. No sabes la angustia que he sentido cuando he leído que estabas de parto.

—Iba a comprarte un regalo... es una historia un poco rara y rocambolesca.

—¿Tiene algo que ver con que tu padre esté en la sala de espera?

—Ajá. Oye, no sé si te lo he dicho alguna vez, pero tú... has cambiado mi vida, y aunque no planeamos esto, me hace muy feliz.

No sé si es que tengo las hormonas revolucionadas, o que tengo al marido más considerado del mundo, pero verle allí, más nervioso que yo, con las chips en la mano y los ojos húmedos, me hace llorar de felicidad.

—Esto es el mejor regalo de cumpleaños que puedo tener —susurra, besándome la frente—. No puedo esperar a tener a mis tres princesas en casa.

Entonces lo siento, estoy totalmente dilatada y lista para empujar.

—No vas a tardar mucho.

He aquí la moraleja de mi vida; no escondas lo que siente tu corazón, pero coño, ponte un puto condón.

© 2019, Encida Wolf

Primera edición en este formato: abril de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.  
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral  
08003 Barcelona  
[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17705-14-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.